

1758, Llega a París Saint-Germain, y ofrece sus servicios al rey como químico experto en tinturas. Frecuenta a la Pompadour.

1759, Supuesta formación de un Conseil des Empereurs d'Orient et d'Occident, que tres años después redactaría las Constitutions et reglement de Bordeaux, de donde surgiría el Rito Escocés Antiguo y Aceptado (que sin embargo sólo aparece oficialmente en 1801). Típica del rito escocés será la multiplicación de los altos grados hasta treinta y tres.

1760, Saint-Germain lleva a cabo una ambigua misión diplomática en Holanda. Debe huir, es detenido en Londres y luego puesto en libertad. Dom Pernety funda los iluminados de Aviñón. Martines de Pasqually funda los Chevaliers Macons Elus de l'Univers.

1762, Saint-Germain en Rusia.

1763, Casanova se encuentra con Saint-Germain en Bélgica: allí éste se hace llamar Surmont, y transforma una moneda en oro.

1768, Willermoz funda el Souverain Chapitre des Chevaliers de l'Aigle Noire Rose-Croix.

1771, Willermoz ingresa en los Elus Cohen de Pasqually. Se imprime en Jerusalén, apócrifo, Les plus secrets mysteres des hauts grades de la masonnerie dévoilée, ou le vrai Rose-Croix: en él se dice que la sede de la logia de los rosacruces se encuentra en la cima de la montaña de Heredon, a sesenta millas de Edimburgo. Pasqually se encuentra con Louis Claude de Saint Martin, el futuro Philosophe Inconnu. Dom Pernety se convierte en bibliotecario del rey de Prusia.

1772, El duque de Chartres, el futuro Philippe Egalité, se convierte en gran maestro del Grand Orient, más tarde Grand Orient de France, y trata de unificar todas las logias. Resistencia de las logias de rito escocés.

1774 Pasqually parte hacia Santo Domingo, y Willermoz y Saint Martin fundan un Tribunal Souverain que luego se convertirá en la Grande Loge Ecossaise.

Saint Martin se retira para convertirse en el Philosophe Inconnu y un delegado de la Estricta Observancia Templaria va a tratar con Willermoz. Así nace un Directorio Escocés de la Provincia de Auvernia. Del Directorio de Auvernia surgirá el Rito Escocés Rectificado.

1776 Saint-Germain, con el falso nombre de conde Welldone, presenta proyectos químicos a Federico II.

Nace la Société des Philathetes con el propósito de reunir a todos los hermetistas.

Logia de las Neuf Soeurs: a ella se adhieren Guillotin y Cabanis, Voltaire y Franklin. Weishaupt funda los iluminados de Baviera. Según algunos, es iniciado por un mercader

danés, Kolmer, que regresa de Egipto: ése sería el misterioso Altotas, maestro de Cagliostro.

1778 Saint-Germain se encuentra en Berlín con Dom Pernety. Willermoz funda la Orden de los Chavaliers Bienfaisants de la Cité Sainte. La Estricta Observancia Templaria llega a un acuerdo con el Gran Oriente para que sea aceptado el Rito Escocés Rectificado.

1782 Gran reunión de todas las logias iniciáticas en Wilhelmsbad.

1783 El marqués Thomé funda el Rito de Swedenborg.

1784 Saint-Germain moriría mientras, estando al servicio del landgrave de Hesse, se encarga de la instalación de una fábrica de tinturas.

1785 Cagliostro funda el Rito de Menfis, que se convertirá en el Rito Antiguo y Primitivo de Menfis-Misraim, y que aumentará el número de altos grados hasta noventa.

Estalla, manejado por Cagliostro, el escándalo del collar de la reina. Dumas lo describe como una conjura masónica para desacreditar a la monarquía.

Se suprime la orden de los iluminados de Baviera, porque se le atribuyen intenciones revolucionarias.

1786 Mirabeau es iniciado por los iluminados de Baviera en Berlín. Aparece en Londres un manifiesto rosacruciano atribuido a Cagliostro.

Mirabeau escribe una carta a Cagliostro y a Lavater.

1787 Hay aproximadamente setecientas logias en Francia. Se publica el Nachtrag de Weishaupt, que describe la estructura de una organización secreta en la que cada miembro sólo puede conocer a su inmediato superior.

1789 Comienza la Revolución Francesa. Crisis de las logias en Francia.

1794 El ocho de vendimiario, el diputado Grégoire presenta a la Convención el proyecto de un Conservatorio de las Artes y los Oficios. Será instalado en Saint-Martin-des-Champs en 1799, por el Consejo de los Quinientos.

El duque de Brunswick invita a las logias a disolverse porque una venenosa secta subversiva se ha infiltrado en ellas.

1798 Detención de Cagliostro en Roma.

1801 En Charleston se anuncia la fundación oficial de un Rito Escocés Antiguo y Aceptado, con 33 grados.

1824 Documento de la corte de Viena al gobierno francés: se denuncian asociaciones secretas como los Absolutos, los Independientes, la Alta Venta Carbonaria.

1835 El cabalista Oettinger dice que se ha encontrado con Saint-Germain en París.

1846 El escritor vienés Franz Graffer publica el relato de un encuentro entre su hermano y Saint-Germain en una fecha entre 1788 y 1790; Saint-Germain recibe al visitante mientras hojea un libro de Paracelso.

1865 Fundación de la Societas Rosicruciana en Anglia (según otras fuentes, en 1860 o en 1867). A ella se adhiere Bulwer-Lytton, autor de la novela rosacruciana Zanon. Bakunin funda la Alianza Socialdemocrática, inspirada, según algunos, en los iluminados de Baviera.

1868 Helena Petrovna Blavatsky funda la Sociedad Teosófica. Se publica *Isis Desvelada*. El barón Spedalieri se proclama miembro de la Gran Loggia dei Fratelli Solitari della Montagna, Fratello Illuminato dell'Antico e Restaurato Ordine dei Manichei y Alto Illuminato dei Martinisti.

1875 Madame Blavatsky habla del papel teosófico de Saint-Germain. Entre sus encarnaciones figuran Roger y Francis Bacon, Rosencreutz Proclo, San Albano.

1877 El Gran Oriente de Francia suprime la invocación al Gran Arquitecto del Universo y proclama la libertad de conciencia absoluta.

Rompe relaciones con la Gran Logia Inglesa, y se vuelve totalmente laico y radical.

1879 Fundación de la Societas Rosicruciana en los Estados Unidos.

1880 Se inician las actividades de Saint-Yves d'Alveidre. Leopold Engler reorganiza a los iluminados de Baviera.

1884 León XIII en la encíclica *Humanum senu* condena a la masonería. Los católicos se marchan de ella, y los racionalistas se adhieren en masa.

1888 Stanislas de Guaita funda la *Ordre Kabbalistique de la Rose-Croix*.

1890 Fundación en Inglaterra de la *Hermetic Order of the Golden Dawn*.

1891 Once grados, del neófito al Ipsissimus. Su imperator es McGregor Mathers. Su hermana se casa con Bergson.

1898 Joséphin Péladan abandona a Guaita y funda la *Rose-Croix Catholique du Temple et du Graal*, proclamándose Sar Merodak. El conflicto entre los rosacrucianos de Guaita y los de Péladan se llamará la guerra de las dos rosas.

1907 Papus publica el *Traité Méthodique de Sciences Occultes*.

1909 Aleister Crowley es iniciado en la Golden Dawn. Fundará luego la orden de Thelema, por su cuenta.

1912 Del Golden Dawn nace la Stella Matutina, a la que se adhiere Yeats.

En América, Spencer Lewis “despierta” a la Anticus Mysticus Ordo Rosae Crucis y en 1916 realiza con éxito en un hotel la transformación de un trozo de zinc en oro.

1918 Max Heidel funda la Rosicrucian Fellowship. En fechas inciertas le siguen el Lectorium Rosicrucianum, Les Freres Amcs de la RoseCroix, la Fraternitas Hermetica, el Templum Rosae-Crucis.

1936 Annie Besant, discípula de la Blavatsky, funda en Londres la orden del Temple de la Rosa-Cruz.

Nace en Alemania la Sociedad Thule.

Nace en Francia el Grand Prieuré des Gaules. En los “Cahiers de la fraternité polaire”, Enrico Contardi-Rhodio habla de una visita que le ha hecho el conde de Saint-Germain.

--¿Qué significa todo esto? --preguntó Diotallevi.

--No me lo pregunten a mí. ¿Querían datos? Pues aquí los tienen. Es todo lo que sé.

--Habrà que consultar a Aglie. Apuesto a que ni siquiera él conoce todas estas organizaciones.

--¡Qué dices! Si es su pasión. Pero podemos ponerle a prueba. Añadamos una secta que no exista, fundada hace poco tiempo.

Recordé le extraña pregunta de De Angelis, sobre el Tres. Dije:

--El Tres.

--¿Qué es? --preguntó Belbo.

--Si hay un acróstico tiene que existir un texto subyacente --dijo Diotallevi--, si no, mis rabinos no habrían podido practicar el Notariqon.

Veamos... Templi Resurgentes Equites Synarchici. ¿Les sirve?

El nombre nos gustó, lo añadimos a la lista.

--Con tal cantidad de conventículos, no era moco de pavo inventarse uno nuevo --decía Diotallevi, víctima de un ataque de vanidad.

Si se tratase de definir con una palabra el rasgo dominante de la masonería francesa del siglo XVIII, sólo una serviría: dilettantismo.

(René Le Forestier, La Franc-Maçonnerie Templière et Occultiste, Paris, Aubier, 1970, 2)

Esa tarde invitamos a Aglie a visitar el Píladés. Aunque los nuevos parroquianos hubiesen regresado a la chaqueta y la corbata, la presencia de nuestro invitado, con su traje azul y su camisa inmaculada, el alfiler de oro en la corbata, no dejó de causar sensación. Por suerte a las seis de la tarde el Píladés estaba bastante despoblado.

Aglie desconcertó a Píladés pidiéndole un coñac de marca. Había, claro, pero ocupaba, intacto, un sitio, detrás de la barra de zinc, quizás desde hacía años.

Aglie hablaba observando el licor a contraluz, luego lo calentaba entre las manos, exhibiendo unos gemelos de oro de estilo vagamente egipcio.

Le mostramos la lista, diciéndole que la habíamos compilado sobre la base de los textos de los diabólicos.

--Es verdad que los templarios estaban vinculados con las antiguas logias de maestros albañiles formadas durante la construcción del Templo de Salomón. También es cierto que desde entonces sus miembros invocaban el sacrificio del arquitecto del Templo, Hiram, víctima de un misterioso asesinato, y hacían votos de venganza. Después de la persecución, muchos caballeros del Temple se integraron, seguramente, en esas fraternidades de artesanos, fusionando el mito de la venganza de Hiram con el de la venganza de Jacques de Molay. En el siglo XVIII, existían en Londres logias de albañiles propiamente dichas, las llamadas logias operativas, pero poco a poco algunos caballeros aburridos, aunque muy respetables, atraídos por sus ritos tradicionales, empezaron a desvivirse por incorporarse a ellas. Así fue como la masonería operativa, historia de albañiles reales se transformó en masonería especulativa, historia de albañiles simbólicos.

En esa atmósfera, un tal Desaguliers, divulgador de Newton, influye en un pastor protestante, Anderson, que redacta las constituciones de una logia de Hermanos Albañiles, de inspiración deísta, y empieza a decir que las confraternidades masónicas son corporaciones con cuatro mil años de antigüedad, cuyos orígenes se remontan a los fundadores del Templo de Salomón. De ahí la mascarada masónica, el mandil, la escuadra, el martillo. Pero quizá por eso mismo la masonería se pone de moda, atrae a los nobles, por los árboles genealógicos que deja entrever, pero gusta aún más a los burgueses, que, no sólo pueden tratarse de igual a igual con los nobles, sino que incluso adquieren el derecho a llevar espadín. Miseria del mundo moderno que está naciendo, los nobles necesitan un ambiente donde entrar en contacto con los nuevos productores de capital, éstos, claro, buscan una legitimación.

--Pero parece que los templarios salgan a relucir más tarde.

--El primero que establece una relación directa con los templarios es Ramsay, de quien, sin embargo, preferiría no hablar. Yo sospecho que estaba inspirado por los jesuitas. De su prédica nace el ala escocesa de la masonería.

--¿En qué sentido escocesa?

--El rito escocés es un invento francoalemán. La masonería londinense había instituido los tres grados de aprendiz, compañero y maestro. La masonería escocesa multiplica los grados, porque multiplicar los grados significa multiplicar los niveles de iniciación y de secreto... A los franceses, que son fatuos por naturaleza, aquello les enloquece...

--Pero, ¿de qué secreto se trata?

--De ninguno, por supuesto. Si hubiese existido un secreto, mejor dicho, si ellos lo hubiesen poseído, su complejidad habría justificado la complejidad de los grados de iniciación. En cambio, Ramsay multiplica los grados para que crean que tiene un secreto. Ya imaginarán ustedes la trepidación de aquellos simples comerciantes que finalmente podían convertirse en príncipes de la venganza...

Aglie fue pródigo en toda clase de cotilleos masónicos. Y, según su costumbre, mientras hablaba iba pasando poco a poco al recuerdo en primera persona.

--En aquella época, en Francia se escribían couplets sobre la nueva moda de los frimacons, las logias proliferaban y por ellas circulaban monseñores, frailes, marqueses y tenderos, y los miembros de la casa real se convertían en grandes maestros. En la Estricta Observancia Templaria, de ese indeseable de von Hund, ingresaban Goethe, Lessing, Mozart, Voltaire, surgían logias de militares, en los regimientos se confabulaba para vengar a Hiram y se discutía sobre la revolución inminente. Para los demás, la masonería era una société de plaisir, un club, un símbolo de status. Allí había de todo, Cagliostro, Mesmer, Casanova, el barón d'Holbach, d'Alembert... Enciclopedistas y alquimistas, libertinos y hermetistas. Resulta evidente al estallar la revolución, cuando los miembros de una misma logia se encuentran divididos, y parece que la gran fraternidad entra en una crisis definitiva...

--¿No había una oposición entre el Gran Oriente y la Logia Escocesa?

--Sólo de palabra. Le pondré un ejemplo: a la logia de las Neuf Soeurs había ingresado Franklin, al que naturalmente le interesaba que se transformara en una asociación laica; lo único que quería era que apoyase su revolución americana... Pero, al mismo tiempo, uno de los grandes maestros era el conde de Milly, que buscaba el elixir de la juventud. Y, como era un imbécil, mientras hacía sus experimentos se envenenó y murió. Por otra parte, piense en el caso de Cagliostro: se inventaba ritos egipcios, pero también estaba implicado en el asunto del collar de la reina, escándalo orquestado por los nuevos grupos dirigentes para desacreditar al ancien régime. También Cagliostro andaba metido en eso. ¿Entienden? Traten de imaginar con qué clase de gente había que convivir...

--Debe de haber sido duro --dijo Belbo comprensivo.

--Pero, ¿quiénes son --pregunté-- esos barones von Hund que buscan a los Superiores Desconocidos...?

--Alrededor de la farsa burguesa habían surgido grupos con intenciones muy distintas, que a veces, para atraer adeptos, se identificaban con las logias masónicas, pero que perseguían unos fines más iniciáticos. Es entonces cuando surge el debate sobre los Superiores Desconocidos. Pero lamentablemente von Hund no era una persona seria. Al principio les hace creer a los adeptos que los Superiores Desconocidos son los Stuart. Después determina que el objetivo de la orden es rescatar los bienes que pertenecieron a los templarios, y saca fondos de todas partes. Como no le bastan, cae en manos de un tal Starck, que decía conocer el secreto de la fabricación del oro porque se lo habían confiado los verdaderos Superiores Desconocidos, que estaban en San Petersburgo. Alrededor de von Hund y de Starck se precipitan teósofos, alquimistas de medio pelo, rosacrucianos de último momento, y juntos eligen gran maestro a un caballero integérrimo, el duque de Brunswick. Este se da cuenta inmediatamente de que está muy mal acompañado. Uno de los miembros de la Observancia, el landgrave de Hesse, llama a su corte al conde de Saint-Germain, porque está convencido de que ese caballero es capaz de fabricarle oro, paciencia, en aquellas épocas había que plegarse a los caprichos de los poderosos.

Pero es que, encima, se cree San Pedro. Se lo aseguro, en cierta ocasión, Lavater, que era huésped del landgrave, tuvo que ponerse firme con la duquesa de Devonshire, que se creía María Magdalena.

--Pero, y estos Willermoz, estos Martines de Pasqually, que fundan una secta tras otra...

--Pasqually era un aventurero. Realizaba operaciones teúrgicas, en una cámara secreta donde los espíritus angélicos se le aparecían en forma de estelas luminosas y caracteres jeroglíficos. Willermoz lo había tomado en serio, porque era un entusiasta, honesto pero ingenuo. Estaba fascinado por la alquimia, pensaba en una Gran Obra a la que los elegidos hubieran debido consagrarse, para descubrir el punto de aleación de los seis metales nobles estudiando las medidas contenidas en las seis letras del primer nombre de Dios, que Salomón había comunicado a sus elegidos.

--¿Y entonces?

--Willermoz funda muchas obediencias e ingresa en muchas logias al mismo tiempo, como era costumbre en la época, siempre en busca de una revelación definitiva, temiendo que la revelación se produjese siempre en otra parte, como en verdad sucedió, e incluso puede que ésa fuese la única verdad... Por ello se adhirió a los Elus Cohen de Pasqually. Pero, en 1772, Pasqually desaparece, parte hacia Santo Domingo, deja todo empantanado. ¿Por qué se eclipsa? Sospecho que porque había entrado en posesión de algún secreto y no quería compartirlo. De todas formas, que descansa en paz, desaparece en ese continente, oscuro como se lo había merecido...

--¿Y Willermoz?

--En aquellos años todos estaban afectados por la muerte de Swedenborg, un hombre que habría podido enseñar muchas cosas al Occidente enfermo, si el Occidente le hubiese prestado oídos, pero ya el siglo corría hacia la locura revolucionaria para satisfacer las ambiciones del Tercer Estado... Ahora bien, es entonces cuando Willermoz oye hablar de la Estricta Observancia Templaria de von Hund y queda fascinado. Le habían dicho que un templario que se declara, quiero decir, que funda una asociación pública, no es un templario, pero el siglo XVIII era una época de gran credulidad. Willermoz trata de establecer varias alianzas con von Hund, como consta en esta lista; hasta que von Hund es desenmascarado, digamos que se descubre que era uno de esos personajes que desaparecen llevándose la caja, y el duque de Brunswick lo separa de la organización.

Dio otra ojeada a la lista:

--¡Ah, sí! Me olvidaba de Weishaupt. Los iluminados de Baviera, con un nombre como ése en seguida atraen a muchos espíritus generosos. Pero el tal Weishaupt era un anarquista, hoy le llamaríamos comunista, y si supiesen ustedes los disparates que se decían en ese ambiente, golpes de Estado, derrocamiento de soberanos, baños de sangre... Y les diré que he admirado mucho a Weishaupt, no por sus ideas, sino por su clarísima concepción del funcionamiento de una sociedad secreta. Pero se pueden tener espléndidas ideas organizativas y unos objetivos bastante confusos. En suma, el duque de Brunswick tiene que administrar la confusión que ha dejado von Hund y descubre que a esas alturas en el universo masónico alemán se enfrentan al menos tres almas: la tendencia sapiencial y ocultista, incluidos algunos rosacruces, la tendencia racionalista y la tendencia anárquico revolucionaria de los iluminados de Baviera. Entonces propone a las varias órdenes y ritos que se reúnan en Wilhelmsbad para celebrar un "convento", como lo llamaban entonces, una especie de estados generales. Debían responder a las siguientes preguntas: ¿La orden deriva realmente de una sociedad antigua? ¿De cuál? ¿Existen realmente unos Superiores Desconocidos, guardianes de la tradición antigua? ¿Quiénes son?

¿Cuáles son los verdaderos objetivos de la orden? ¿Se propone lograr la restauración de la orden de los templarios? Y cosas por el estilo, incluido el problema del papel que debían desempeñar las ciencias ocultas entre las actividades de la orden. Willermoz se adhiere con entusiasmo, al fin encontraría respuestas a las preguntas que, honestamente, se había formulado durante toda la vida... Y aquí surge el caso de de Maistre.

--¿Qué de Maistre? --pregunté--. ¿Joseph o Xavier?

--Joseph.

--¿El reaccionario?

--Si lo fue, no lo fue bastante. Era un hombre extraño. Fíjense que este defensor de la iglesia católica, y en momentos en que los pontífices empezaban a emitir bulas contra la masonería, ingresa en una logia, donde toma el nombre de Josephus a Floribus. Más aún, se acerca a la masonería cuando, en 1773, un breve pontificio condena a los jesuitas. Naturalmente de Maistre se acerca a las logias de tipo escocés, porque, claro, no es un ilustrado bugués sino un iluminado.

Bebía con parsimonia su coñac, extraía de una cigarrera de metal casi blanco unos puritos de forma extraña (“me los confecciona mi tabaquero de Londres”, dijo, “al igual que los cigarros que vieron en mi casa, sírvanse, son excelentes...”), hablaba con la mirada perdida en los recuerdos.

--De Maistre... Un hombre de trato exquisito, oírle hablar era un placer espiritual. Y había adquirido mucha autoridad en los círculos de iniciados. Sin embargo, en Wilhelmsbad defrauda las expectativas de todos.

Envía una carta al duque en la que niega rotundamente la filiación templaria, la existencia de los Superiores Desconocidos y la utilidad de las ciencias esotéricas. Lo hace por fidelidad a la iglesia católica, pero se vale de argumentos propios de un enciclopedista burgués. Cuando el duque leyó la carta en un cenáculo de íntimos, nadie podía darle crédito. Ahora de Maistre afirmaba que el objetivo de la orden sólo consistía en la reconstitución espiritual, y que la ceremonia y los ritos tradicionales sólo servían para mantener despierto el espíritu místico. Alababa todos los nuevos símbolos masónicos, pero decía que cuantas más cosas representa una imagen más cerca está de no representar nada. Lo cual, perdonen ustedes, va en contra de toda la tradición hermética, porque el símbolo es más pleno, revelador y poderoso cuanto más ambiguo y fugaz resulta, si no ¿dónde queda el espíritu de Hermes, el dios de los mil rostros? Y sobre los templarios de Maistre se limitaba a decir que la orden del Temple había sido creada por la avaricia y que la avaricia la había destruido. Ahí quedaba todo. El de Saboya no podía olvidar que la orden había sido destruida con el consentimiento papal. Jamás hay que confiar en los legitimistas católicos, por ardiente que sea su vocación hermética. También la respuesta sobre los Superiores Desconocidos era ridícula: no existen, y prueba de ello era que no les conocemos. Se le objetó que, desde luego, no les conocemos, porque, si no, no serían desconocidos. ¿Les parece una manera de razonar la suya? Es extraño que un creyente de su temple fuese tan impermeable al sentido del misterio. Y después de decir eso, de Maistre hacía un llamamiento final, volvamos al Evangelio y abandonemos las locuras de Menfis. Se limitaba a plantear una vez más la línea milenaria de la iglesia. Ya ven ustedes en qué clima se desarrolló la reunión de Wilhelmsbad. Con la deserción de una autoridad como de Maistre, Willermoz quedó en minoría, y todo lo que pudo lograrse fue una solución de compromiso. Se mantuvo el rito templario, hubo que diferir el tema de los orígenes, en suma, un fracaso. Fue entonces cuando el escocesisimo perdió su ocasión: si las cosas hubiesen sido distintas, quizá también el siglo siguiente habría resultado muy distinto.

--¿Y después? --pregunté--. ¿La cosa ya no pudo remendarse?

--¿Qué cree usted que podía remendarse, para usar sus palabras? Tres años después, un predicador evangélico que se había unido a los iluminados de Baviera, un tal Lanze, muere fulminado en un bosque. En sus ropas se encuentran instrucciones de la orden, interviene el gobierno bávaro, se descubre que Weishaupt está confabulando contra el gobierno, y al año siguiente se suprime la orden. No es todo, se publican unos escritos de Weishaupt, con los supuestos proyectos de los iluminados, que desacreditan durante un siglo al neotemplarismo francés y alemán... Quisiera señalar que probablemente los iluminados de Weishaupt estaban de parte de la masonería jacobina y se habían infiltrado en la rama neotemplaria para destruirla. No por casualidad esa gentuza atrajo a un Mirabeau, el tribuno de la revolución. ¿Quieren que les diga algo?

--Adelante.

--A los hombres que, como yo, queremos volver a atar los hilos de una tradición perdida, un acontecimiento como el de Wilhelmsbad nos deja desconcertados. Alguien había intuido, y calló; alguien sabía y mintió. Y después ya fue demasiado tarde, primero el torbellino revolucionario, después el pandemónium del ocultismo decimonónico... Miren la lista, una verbena de mala fe y credulidad, de zancadillas, excomuniones recíprocas, secretos que están en boca de todos. El teatro del ocultismo.

--¿Está diciendo que los ocultistas no son gente de fiar? --preguntó Belbo.

--Hay que saber distinguir entre ocultismo y esoterismo. El esoterismo es la búsqueda de un saber que sólo se transmite por símbolos, unos símbolos que están sellados para los profanos. El ocultismo, en cambio, que se difunde en el siglo XIX, es la punta del iceberg, lo poco que aflora del secreto esotérico. Los templarios eran iniciados, y prueba de ello es el hecho de que cuando les someten a tortura prefieren morir con tal de salvar su secreto. La fuerza con que lo ocultaron nos asegura que eran iniciados, y hace que añoremos lo que deben de haber sabido. El ocultista es exhibicionista. Como decía Péladan, un secreto iniciático revelado no sirve para nada. Lamentablemente, Péladan no era un iniciado, sino un ocultista. El siglo XIX es el siglo de la delación. Todos se afanan por divulgar los secretos de la magia, de la teúrgia, de la Cábala, del tarot. Y es probable que estén convencidos de su verdad.

Aglie siguió recorriendo nuestra lista, con algún gesto de conmiseración.

--Helena Petrovna. Una buena mujer, en el fondo, pero no dijo nada que ya no estuviese escrito en todas las paredes... De Guaita, un bibliómano drogado. Pápus: ese sí que era bueno. --De repente se detuvo--: Tres...

¿De dónde ha salido ese dato? ¿De qué original?

Muy bien, pensé, se ha dado cuenta de la interpolación. No le respondimos nada preciso:

--Sabe usted, la lista se compiló sobre la base de distintos textos, y la mayoría ya se ha devuelto, eran cosas bastante malas. ¿Recuerda de dónde procede este Tres, Belbo?

--No creo. ¿Y tú, Diotallevi?

--Ya han pasado muchos días... ¿Por qué? ¿Es importante?

--No es nada --nos aseguró Aglie--. Era porque nunca había oído hablar de él. ¿Realmente no recuerdan quién lo mencionaba?

Lo lamentábamos mucho, no recordábamos.

Aglie extrajo su reloj del chaleco.

--Dios mío, tenía otra cita. Perdonen, debo marcharme.

Nos dejó, y nosotros nos quedamos conversando.

--Ahora todo está claro. Los ingleses lanzan la propuesta masónica para coaligar a todos los iniciados de Europa en torno al proyecto baconiano.

--Pero el proyecto sólo resulta a medias: la idea de los baconianos es tan fascinante que produce unos resultados contrarios a sus expectativas.

La llamada rama escocesa piensa que el nuevo conventículo es una manera de reconstruir la sucesión, y se pone en contacto con los templarios alemanes.

--Para Aglie todo esto es incomprensible. Lógico. Sólo nosotros podemos decir ahora qué es lo que sucedió, qué queremos que haya sucedido.

En aquel momento los distintos grupos nacionales se pelean entre sí, y yo no excluiría que ese Martines de Pasqually haya sido un agente del grupo de Tomar. Los ingleses reniegan de los escoceses, que por lo demás son franceses, los franceses están divididos en dos grupos, el anglófilo y el germanófilo. La masonería es la fachada, el pretexto gracias al cual todos estos agentes de grupos distintos, sabe Dios qué habrá sido de los paulicianos y los jerosolimitanos, se encuentran y se enfrentan, tratando de arrancarse unos a otros algún fragmento de secreto.

--La masonería es como el Rick's Café Americain de Casablanca --dijo Belbo--. Esto refuta la opinión general. La masonería no es una sociedad secreta.

--Qué va, si sólo es un puerto franco, como Macao. Una fachada. El secreto estaba en otra parte.

--Pobres masones.

--El progreso se cobra sus víctimas. Sin embargo, reconozcan que estamos redescubriendo una racionalidad inmanente a la historia.

--La racionalidad de la historia es el resultado de una correcta reescritura de la Torah --dijo Diotallevi--. Y eso es lo que estamos haciendo, bendito sea por siempre el nombre del Altísimo.

--De acuerdo --dijo Belbo--. Ahora los baconianos controlan SaintMartin-des-Champs, el ala neotemplaria francoalemana se está disgregando en una infinidad de sectas... Pero aún no hemos decidido de qué secreto se trata.

--Aquí les quiero ver --dijo Diotallevi.

--¿Les? En esto estamos embarcados los tres, y si no encontramos una salida honorable vamos a quedar fatal.

--¿Ante quién?

--Pues ante la historia, ante el tribunal de la Verdad.

--¿Quid est veritas?--preguntó Belbo.

--Nosotros --dije.

Los Filósofos llaman Expulsadiablos a esta hierba. Está probado que sólo esta semilla expulsa a los diablos y a sus alucinaciones... Se le administró a una jovencita que durante la noche era atormentada por un diablo, y esa hierba lo hizo huir.

(Johannes de Rupescissa, Trattato sulla Quinsessenza, 11)

En los días que siguieron me olvidé del Plan. El embarazo de Lia estaba llegando a término y apenas podía estar a su lado. Lia me tranquilizaba diciendo que aún no había llegado el momento. Estaba haciendo el curso de parto sin dolor y yo trataba de seguir sus ejercicios. Lia había rechazado la ayuda de la ciencia para conocer de antemano el sexo de la criatura.

Quería que fuese una sorpresa. Acepté su capricho. Le tocaba el vientre no me preguntaba qué saldría de allí, habíamos decidido llamarlo la Cosa.

Yo sólo preguntaba cómo podría participar en el parto.

--La Cosa también es mía --decía--. No quiero ser como los padres de las películas, que se pasean por el corredor encendiendo un pitillo tras otro.

--Pim, no podrás hacer demasiado. A partir de cierto momento, seré yo quien lo haga. Además, no fumas. ¿No se te ocurrirá coger el vicio para festejar la ocasión?

--¿Y entonces qué hago?

--Participas antes y después. Después, si es varón, le educarás, formarás su personalidad, le crearás un buen edipo como es debido, te someterás sonriendo al parricidio ritual cuando llegue el momento, y sin protestar, y un día le mostrarás tu miserable oficina, las fichas, las galeradas de la maravillosa historia de los metales y le dirás hijo mío algún día todo esto será tuyo.

--¿Y si es niña?

--Le dirás hija mía algún día todo esto será del inútil de tu marido.

--¿Y antes?

--Durante las contracciones, entre una y otra pasa cierto tiempo, y hay que contar, porque a medida que se abrevia el intervalo se acerca el momento. Contaremos juntos y tú me marcarás el ritmo, como los remeros en las galeras. Será como si también tú hicieses salir la Cosa de su cuevecita. Pobrecito, pobrecita... Oye, ahora está tan bien en la oscuridad, chupa humores como una sanguijuela, todo gratis, y después, ¡paf!, saltará a la luz del sol, parpadeará y dirá ¿dónde diablos he caído?

--Pobrecito, pobrecita. Y eso que aún no habrá conocido al señor Garamond. Ven, probemos a contar.

Contábamos en la oscuridad, cogidos de la mano. Mi imaginación volaba. La Cosa era una cosa real que al nacer daría sentido a todos los delirios de los diabólicos. Pobres diabólicos, se pasaban las noches representando unas bodas químicas y preguntándose si realmente producirían oro de dieciocho quilates y si la piedra filosofal era el lapis exillis, un miserable Grial de loza. Y mi Grial estaba allí, en la barriga de Lia.

--Sí --decía ella pasándose la mano por su recipiente panzudo y tenso--, aquí es donde se macera tu buena materia prima. ¿Qué pensaba que sucedía en el recipiente esa gente que viste en el castillo?

--Oh. Que allí borboteaba la melancolía, la tierra sulfurosa, el plomo negro, el aceite de Saturno, una Estigia de molificaciones, asaciones, humaciones, licuefacciones, amasamientos, impregnaciones, sumersiones, tierra fétida, sepulcro hediondo...

--¿Pero qué eran, impotentes? ¿No sabían que en el recipiente madura nuestra Cosa, una cosa toda blanca linda y rosa?

--Claro que lo sabían, pero para ellos hasta tu barriguita es una metáfora, llena de secretos...

--No hay secretos, Pim. Sabemos bien cómo se forma la Cosa, sus nerviecos, sus musculitos, sus ojitos, sus bracitos, sus pancreacitos...

--Santo Dios. ¿Cuántos bazos? ¿Quién es, Rosemary's Baby?

--Es una manera de decir. Pero tenemos que estar preparados para aceptarla aunque tenga dos cabezas.

--¿Cómo no? Le enseñaría a tocar duetos con trompeta y clarinete...

No, porque entonces tendría que tener cuatro manos y ya sería demasiado, aunque piensa lo que podría dar como solista de piano, el concierto para la mano izquierda se le quedaría pequeño. Brr... Pero bueno, hasta mis diabólicos saben que ese día en la clínica también se producirá la obra en blanco, nacerá el Rebis, el andrógino.

--Claro, sólo nos faltaba eso. Más bien, le llamaremos Giulio, o Giulia, como mi abuelo, ¿qué te parece?

--No me disgusta, suena bien.

Habría bastado con que me detuviese allí. Con que escribiese un libro blanco, un grimoire bueno, para todos los adeptos de Isis Desvelada, donde explicara que no debían seguir buscando el secretum secretorum, que la lectura de la vida no ocultaba ningún sentido escondido, y que todo estaba allí, en las barrigas de todas las Lias del mundo, en las habitaciones de las clínicas, en los jergones, en las orillas pedregosas de los ríos, y que las piedras que salen del exilio y el Santo Grial no son más que unos monitos que gritan mientras les cuelga el cordón umbilical y el doctor les da unas palmadas en el culo. Y que, para la Cosa, los Superiores Desconocidos éramos Lia y yo, y que además nos reconocería en seguida, sin tener que preguntárselo a ese zascandil de de Maistre.

Pero no, nosotros, los muy sardónicos, queríamos jugar al escondite con los diabólicos mostrándoles que, si debía existir una conjura cósmica, nosotros sabíamos inventar una que más cósmica imposible.

Te lo tienes merecido, pensaba la otra noche, ahora estás aquí esperando a ver que sucederá debajo del péndulo de Foucault.

Yo diría que este monstruoso híbrido no procede de un útero materno, sino con toda seguridad de un Efialtes, de un Incubo, o de algún otro demonio horrible, como si hubiese sido concebido a partir de un hongo pútrido y venenoso, hijo de Faunos y de Ninfas, más parecido a un demonio que a un hombre.

(Athanasius Kircher, Mundus Subterraneus, Amsterdam, Jansson, 1665, 11, pp. 279-280)

Aquel día quise quedarme en casa, presentía algo, pero Lia me dijo que no me comportase como un príncipe consorte y que fuese a trabajar.

--Hay tiempo, Pim, todavía no nace. También yo tengo que salir. Puedes marcharte.

Estaba llegando a la puerta de mi despacho, cuando se abrió la del señor Salon. Apareció el viejo, con su mandil amarillo. No pude dejar de saludarle, y me invitó a pasar. Nunca había visto su laboratorio, así que entré.

Si detrás de aquella puerta había existido un apartamento, era evidente que Salon había hecho demoler los tabiques, porque lo que vi era un antro de dimensiones vastas e imprecisas. Por alguna ignota razón arquitectónica, aquel ala del edificio tenía techo abuhardillado y la luz penetraba por unas vidrieras oblicuas. No sé si los cristales estaban sucios o eran esmerilados, o si Salon les había puesto un filtro para protegerse del sol, o si era por la acumulación de objetos que proclamaban por todas partes el miedo a los espacios vacíos, pero en el antro se expandía una luz crepuscular, a la que también contribuía la presencia de unas estanterías de farmacia antigua que lo dividían y en las que se abrían arcos que marcaban hiatos, pasadizos, perspectivas. La tonalidad dominante era el pardo, pardos eran los objetos, los estantes, las mesas, la vaga mezcla de la luz del sol con el incierto resplandor que viejas lámparas derramaban sobre algunas zonas del local. En un primer momento, creí que había entrado en el taller de un luthier, del que el artesano hubiese desaparecido en la época de Stradivarius y donde el polvo hubiera ido acumulándose sobre los cebrados vientres de las tiorbas.

Después, a medida que los ojos se fueron habituando, comprendí que estaba, como cabía esperar, en un zoológico petrificado. Allá al fondo un osito de ojos brillantes y vítreos trepaba por una rama artificial, a mi lado descansaba un mochuelo, hierático y atónito, en la mesa que tenía delante había una comadreja, o una garduña o un turón, no sé bien. En el centro de la mesa, un animal prehistórico que al principio no reconocí, como un felino observado con rayos equis.

Podía ser un puma, un gato cerval, un perro de grandes dimensiones, veía su esqueleto cubierto en parte por un relleno de estopa y sostenido por un armazón de hierro.

--Es el alano de una señora rica y sentimental --dijo Salon, en sus labios una sonrisa burlona--, que quiere recordarlo como en los tiempos en que hacían vida conyugal. ¿Ve? Se desuella al animal, se unta la piel por dentro con jabón de arsénico, después se hacen macerar los huesos, se los blanquea... Mire qué buena colección de columnas vertebrales y cajas torácicas tengo en aquella estantería. ¿Bonito osario, verdad? Después se unen los huesos con alambre y, una vez reconstruido el esqueleto, se introduce un relleno, yo suelo hacerlo con paja, pero también puede ser de cartón piedra o de escayola. Por último se monta la piel. Reparo los daños de la muerte y de la corrupción. Mire este búho, ¿no parece que estuviera vivo?

A partir de entonces, todo búho vivo me habría parecido muerto, entregado por Salon a aquella esclerótica eternidad. Observé el rostro de aquel embalsamador de faraones bestiales, sus cejas pobladas, sus mejillas grises, y traté de descubrir si era un ser vivo o una obra maestra de su propio arte.

Para mirarle mejor, di un paso hacia atrás y sentí que algo me rozaba la nuca. Me volví con un estremecimiento y vi que había puesto en movimiento un péndulo.

Un gran pájaro descuartizado oscilaba siguiendo el movimiento de la lanza que lo traspasaba. Le entraba por la cabeza, y por el pecho abierto se veía que penetraba allí donde antes estuvieran el corazón y el buche, y allí formaba un lazo para luego dividirse como un tridente invertido. Una parte más gruesa le traspasaba el sitio donde habían estado las vísceras y apuntaba hacia el suelo como una espada, mientras que los otros dos floretes penetraban por las patas y asomaban simétricamente por las garras. El pájaro oscilaba levemente y las tres puntas indicaban en el suelo la huella que habrían dejado si hubiesen llegado a rozarlo.

--Es un bello ejemplar de águila real --dijo Salon--. Pero todavía tengo que trabajar en él unos días. Precisamente, estaba escogiendo los ojos.

--Me mostró una caja llena de córneas y pupilas de vidrio, como si el verdugo de Santa Lucía hubiera recogido los trofeos de su carrera--. No siempre es tan fácil como con los insectos, con los que basta la caja y un alfiler.

A los invertebrados, por ejemplo, hay que tratarlos con formalina.

Aquello olía a depósito de cadáveres.

--Debe de ser un trabajo apasionante --dije.

Entretanto pensaba en la cosa viva que palpitaba en el vientre de Lia.

Me asaltó un pensamiento gélido: si la Cosa muriese, dije para mis adentros, quiero enterrarla yo mismo, que alimente a todos los gusanos del subsuelo y enriquezca la tierra. Sólo así sentiré que aún está viva...

Volví a la realidad porque Salon estaba hablando y trayendo una extraña criatura de uno de sus estantes. Tendría unos treinta centímetros de largo y se veía que era un dragón, un reptil de grandes alas negras y membranosas, con una cresta de gallo y las abiertas fauces erizadas de minúsculos dientes de tiburón.

--¿Bonito, verdad? Es una composición mía. He utilizado una salamandra, un murciélago, las escamas de una serpiente... Un dragón del subsuelo. Me he inspirado en esta obra...

--Me mostró, en otra mesa, un grueso volumen en folio, encuadernado en pergamino antiguo, con cintas de cuero--. Me ha costado un ojo de la cara, no soy un bibliófilo pero quería tener esto. Es el *Mundus Subterraneus* de Athanasius Kircher, primera edición, 1665. Aquí está el dragón. Igualito, ¿verdad? Vive en las grietas de los volcanes, decía ese buen jesuita que lo sabía todo, lo conocido, lo desconocido y lo inexistente...

--Usted siempre piensa en los subterráneos --dije, recordando nuestra conversación en Munich y las frases que había oído a través de la oreja de Dionisio.

Abrió el volumen por otra página: en ella se veía una imagen del globo terráqueo que parecía un órgano anatómico hinchado y negro, atravesado por una telaraña de venas fosforescentes, onduladas y flameantes.

--Si Kircher tenía razón, hay más senderos en el corazón de la Tierra que en su superficie. Todo lo que sucede en la naturaleza se debe al calor que humea allá abajo...

Yo pensaba en la obra en negro, en el vientre de Lia, en la Cosa que trataba de irrumpir al exterior desde su tierno volcán.

--...y todo lo que sucede en el mundo de los hombres también se trama allá abajo.

--¿Lo dice el padre Kircher?

--No, él se ocupa de la naturaleza, solamente... Aunque es curioso que la segunda parte de este libro trate de la alquimia y los alquimistas y que precisamente aquí, mire, en este pasaje, aparezca un ataque contra los rosacruces. ¿Por qué ataca a los rosacruces en un libro sobre el mundo subterráneo? Se las sabía todas, nuestro jesuita, sabía que los últimos templarios se habían refugiado en el reino subterráneo de Agartha...

--Y al parecer siguen allí --aventuré.

--Siguen allí --dijo Salon--. No en Agartha, en otras galerías subterráneas. Quizá aquí, debajo de este edificio. Ahora también Milán tiene metro. ¿Quién decidió que se construyera? ¿Quién dirigió las excavaciones?

--Supongo que unos ingenieros especializados.

--Claro, cúbrase los ojos. Y entretanto en su editorial publican libros de Dios sabe qué autores. ¿Cuántos judíos hay entre sus autores?

--No pedimos certificados de pureza de sangre a los autores --respondí secamente.

--¿No pensaré que soy un antisemita? Algunos de mis mejores amigos son judíos. Pienso en cierto tipo de judíos...

--¿Cuáles?

--Yo me entiendo...

Abrió su cofrecillo. En un desorden indescriptible había allí cuellos de camisa, elásticos, utensilios de cocina, insignias de diversas escuelas técnicas, incluso el monograma de la emperatriz Alexandra Feodorovna y la cruz de la Legión de Honor. Sobre todos esos objetos su alucinación le hacía ver el sello del Anticristo, en la forma de un triángulo o de dos triángulos cruzados.

(Alexandre Chayla, "Serge A. Nilus et les Protocoles", Le Tribune Juive, 14 de mayo de 1921, p. 3)

--Mire usted --añadió--, yo nací en Moscú. Fue precisamente en Rusia, durante mi juventud, donde se publicaron unos documentos secretos judíos en los que se decía sin vuelta de hoja que para someter a los gobiernos era necesario trabajar en los subterráneos. Escuche esto. --Cogió un cuadernito donde había copiado a mano unas citas--: "En esa época todas las ciudades tendrán trenes subterráneos y pasajes subterráneos: desde allí haremos saltar por los aires todas las ciudades del mundo" ¡Protocolos de los Sabios de Sión, documento número nueve!

Se me ocurrió que la colección de vértebras, la caja llena de ojos, las pieles que extendía sobre los armazones, procedían de un campo de exterminio. Pero no, sólo era un viejo nostálgico, esos eran sus recuerdos pasados del antisemitismo ruso.

--Si no me equivoco, existiría un conventículo de judíos, de ciertos judíos, que traman algo. Pero, ¿por qué en los subterráneos?

--¡Me parece evidente! El que trama, si trama, lo hace por debajo, no a la luz del sol. Eso se sabe desde el principio de los tiempos. El dominio del mundo significa el dominio de lo que hay debajo. De las corrientes subterráneas.

Me acordé de una pregunta que hiciera Aglie en su estudio y de las druidas del Piamonte, que evocaban las corrientes telúricas.

--¿Por qué los celtas excavaban santuarios en el corazón de la Tierra, cuyas galerías comunicaban con un pozo sagrado? --seguía Salon--. El pozo, como se sabe, estaba conectado con capas radioactivas. ¿Cómo está construida Glastonbury? ¿Y no se trata quizá de la isla de Avalón, de donde procede el mito del Grial? ¿Acaso no fue un judío quien inventó el Grial?

Otra vez el Grial, Santo Dios. Pero, qué Grial, hay un solo Grial, mi Cosa, en contacto con las capas radioactivas del útero de Lia, y quizá ahora está navegando gozosamente hacia la boca del pozo, quizá se dispone a salir, mientras yo estoy aquí, entre estos búhos embalsamados, cien muertos y uno que trata de parecer vivo.

--Todas las catedrales se construyeron en los sitios donde los celtas tenían sus menhires. ¿Por qué erigían esas piedras, con lo difícil que era?

--¿Y por qué los egipcios se tomaron el trabajo de erigir las pirámides?

--Justamente. Eran antenas, termómetros, sondas, agujas como las de los médicos chinos, clavadas donde el cuerpo reacciona en los puntos nodales. En el centro de la Tierra hay un núcleo de fusión, algo similar al sol, mejor dicho un verdadero sol, alrededor del cual gira algo, algo que describe distintas trayectorias. Órbitas de corrientes telúricas. Los celtas sabían dónde estaban, y cómo dominarlas. ¿Y Dante? ¿Y Dante? ¿Qué pretende contarnos con su historia del descenso a las profundidades? ¿Entiende, estimado amigo?

No me gustaba ser su estimado amigo, pero seguí escuchándole. Giulio Giulia, mi Rebis hincado como Lucifer en el centro del vientre de Lia; pero él, ella, la Cosa se daría la vuelta, se proyectaría hacia lo alto, de alguna manera saldría de allí. La Cosa está hecha para salir de las vísceras, para desvelarse en su secreto diáfano, no para entrar con la cabeza gacha, en busca de un secreto viscoso.

Salon seguía, perdido ya en un monólogo que parecía estar repitiendo de memoria:

--¿Sabe qué son los leys ingleses? Sobrevuele Inglaterra, y verá que todos los lugares sagrados están unidos por líneas rectas, una red de líneas que se cruzan por todo el territorio, y que aún son visibles porque se utilizaron para el trazado de carreteras en tiempos más recientes...

--Si había unos lugares sagrados, debían de estar unidos por caminos, y esos caminos se habrán trazado del modo más recto posible...

--¿Le parece? ¿Y por qué las migraciones de las aves siguen estas líneas? ¿Por qué indican rutas recorridas por platillos voladores? Es un secreto que se extravió con la invasión romana, pero aún queda gente que lo conoce...

--Los judíos --sugerí.

--También ellos excavan. El primer principio alquímico es VITRIOL: Visita Interiora Terrae, Rectificando Invenies Occultum Lapidem.

Lapis exillis. Mi Piedra, que lentamente estaba saliendo del exilio, del dulce despreocupado hipnótico exilio en el recipiente capaz de Lia, sin buscar otras profundidades, mi bonita y blanca Piedra que quiere la superficie... Tenía ganas de regresar corriendo a casa, esperar con Lia la aparición de la Cosa, hora tras hora, el triunfo de la superficie reconquistada.

El antro de Salon olía a subterráneos, los subterráneos son el origen del que hay que alejarse, no la meta a la que hay que tender. Y sin embargo seguía escuchándole, y mi cabeza bullía de nuevas y astutas ideas para el Plan. Mientras esperaba a la única Verdad de este mundo sublunar, me estaba amargando para concebir nuevas mentiras. Ciego como los animales del subsuelo.

Volví a la realidad. Tenía que salir del túnel.

--Debo marcharme --dije--. Quizá podría indicarme algún libro sobre estos temas.

--Bah. Todo lo que se ha escrito sobre esto es falso, falso como el alma de Judas. Lo que sé lo he aprendido de mi padre...

--¿Era geólogo?

--Oh, no --dijo riendo Salon--, no, en absoluto. Mi padre, no hay por que avergonzarse, porque ya es historia antigua, trabajaba en la Okrana.

Estaba directamente a las órdenes del jefe, el legendario Rakovski.

Okrana, Okrana, una especie de KGB, ¿no era la policía secreta zarista? ¿Y Rakovski quién era? ¿Quién tenía un nombre parecido? Santo Dios el misterioso visitante del coronel, el conde Rakosky... No, no podía ser.

Me estaba dejando atrapar por las coincidencias. Yo no embalsamaba animales muertos, yo engendraba animales vivos.

Quando en la materia de la gran obra aparece la blancura, la vida ha vencido a la muerte, su Rey ha resucitado, la tierra y el agua se han transformado en aire, es el régimen de la Luna, su hijo ha nacido... Entonces la materia ha adquirido tal grado de fijación que el fuego ya no sabría destruirla... Cuando el Artista ve la blancura perfecta, dicen los Filósofos que hay que hacer trizas los libros, porque ya no sirven para nada.

(Dom J. Pernety, Dictionnaire my ho-hermétique, Paris, Bauche, 1758, "Blancheur,>)

Farullé una excusa, a toda prisa. Creo que dije "mi chica tiene que parir mañana". Salon me felicitó, con cara de no haber entendido quién era el padre. Me fui corriendo a casa, para respirar aire puro.

Lia no estaba. En la mesa de la cocina había una nota: "Amor mío, he roto aguas. No te he encontrado en la oficina. Me voy a la clínica en taxi. Ven pronto, me siento sola."

Me invadió el pánico, debía estar allí contando con Lia, yo debía estar en la oficina, hubiese debido ser localizable. Era culpa mía, la Cosa nacería muerta, Lia moriría con ella, Salon las embalsamaría a ambas.

Entré en la clínica como si padeciese de laberintitis, pregunté donde no había que preguntar, me equivoqué dos veces de servicio. A todos les decía que no podía ser que no supiesen dónde estaba dando a luz Lia, y todos me decían que me calmase porque allí todas estaban dando a luz.

Por último, no sé cómo, aparecí en una habitación. Lia estaba pálida, pero la suya era una palidez nacarada, y sonreía. Alguien le había recogido el flequillo, encerrándolo en una cofia blanca. Por primera vez podía ver la frente de Lia en todo su esplendor. A su lado había una Cosa.

--Es Giulio --dijo.

Mi Rebis. También yo lo había hecho, y no con fragmentos de cuerpos muertos, ni con jabón de arsénico. Estaba enterito, tenía todos los dedos donde debían estar.

Quise verlo todo.

--¡Ay qué pilila tan linda, mira qué huevecillos más grandes!

Después cubrí de besos la frente de Lia:

--Lo has hecho tú, querida, lo importante es el recipiente.

--Claro que lo he hecho yo, memo. He contado sola.

--Tú para mí cuentas mucho --dije.

El pueblo subterráneo ha alcanzado el saber supremo Si nuestra insensata humanidad iniciase una guerra contra ellos serían capaces de hacer saltar por los aires la superficie del planeta.

(Ferdinand Ossendowski, Beasts, Men and Cods, 1924, V)

Permanecí junto a Lia incluso cuando salió de la clínica, porque apenas llegamos a casa, y cuando se disponía a cambiarle los pañales al pequeño, se echó a llorar y dijo que aquello era demasiado para ella. Después alguien nos explicó que era normal. Tras la euforia del parto, la mujer se siente impotente ante la inmensidad de la tarea que le espera. Durante esos días en que ganduleaba por la casa sintiéndome inútil, y en todo caso incapaz de amamantar, pasé largas horas leyendo todo lo que había podido encontrar sobre las corrientes telúricas.

Cuando regresé, lo comenté con Aglie. Hizo un gesto de profundo aburrimiento:

--Son pobres metáforas para referirse al secreto de la serpiente Kundalini. También la geomancia china buscaba en la Tierra las huellas del dragón, pero la serpiente telúrica significaba sólo la serpiente iniciática. La diosa descansa en forma de serpiente enrollada y duerme su eterno letargo. Kundalini palpita suavemente, palpita y emite un siseo ligerísimo, y vincula los cuerpos pesados con los cuerpos sutiles. Como un torbellino, o un remolino en el agua, como la mitad de la sílaba OM.

--Pero, ¿a qué secreto alude la serpiente?

--Alude a las corrientes telúricas. A las verdaderas.

--¿Y qué son las verdaderas corrientes telúricas?

--Una gran metáfora cosmológica, que alude a la serpiente.

Al diablo con Aglie, pensé. Yo sé mucho más.

Leí mis notas a Belbo y a Diotallevi, y ya no dudamos. Al fin podíamos dotar a los templarios de un secreto decoroso. Era la solución más económica, más elegante, y todas las piezas de nuestro rompecabezas milenario encajaban.

Pues bien, los celtas conocían la existencia de las corrientes telúricas lo habían revelado los atlántidas, cuando los supervivientes del continente sumergido emigraron en parte a Egipto y en parte a Bretaña.

Los atlántidas, a su vez, lo habían aprendido todo de estos antepasados nuestros que desde Avalón, a través del continente Mu, habían llegado hasta el desierto central de Australia, en la época en que todos los continentes formaban un solo núcleo transitable, la maravillosa Pangea. Bastaría con saber leer aún (como lo saben los aborígenes, que no quieren hablar) el misterioso alfabeto grabado en la gran peña de Ayers Rock, para obtener la Explicación. Ayers Rock está situado en las antípodas de la gran montaña (desconocida) que es el Polo, el verdadero Polo, el iniciático, no ese otro al que llega cualquier explorador burgués. Como de costumbre, y como resulta evidente para quien no esté obcecado por el falso saber de la ciencia occidental, el Polo que se ve es el que no existe, y el que existe es el que nadie es capaz de ver, salvo algún adepto, cuyos labios están sellados.

Los celtas, sin embargo, creían que bastaba con descubrir el plano global de las corrientes. Por eso erigían megalitos: los menhires eran dispositivos radiestésicos, que funcionaban como clavijeros, como tomas de electricidad hincadas en los puntos donde las corrientes se ramificaban en diversas direcciones. Los leys marcaban el recorrido de una corriente ya detectada. Los dólmenes eran cámaras de condensación de la energía, donde los druidas, valiéndose de artificios geománticos, trataban de extrapolar el trazado total. Los crómlech y Stonehenge eran observatorios micromacrocósmicos desde donde se afanaban por descubrir, a partir del orden de las constelaciones, el orden de las corrientes, porque, como dice la Tabula Smaragdina, lo que está arriba es isomorfo de lo que está abajo.

Pero el problema no era ése, o al menos no era sólo ése. Lo había comprendido la otra ala de la emigración de los atlántidas. Los conocimientos ocultos de los egipcios se habían transmitido de Hermes Trismegisto a Moisés, quien había tenido el cuidado de no comunicarlos a sus pordioseros con el buche todavía lleno de maná; a ellos les había entregado los diez mandamientos, que eso sí podían entenderlo. La verdad, que es aristocrática, Moisés la cifró en el Pentateuco. Los cabalistas lo habían comprendido.

--Y pensar --dije-- que ya todo estaba escrito como en un libro abierto en las medidas del Templo de Salomón, y los que custodiaban el secreto eran los rosacruces, que constituían la Gran Fraternidad Blanca, o sea los esenios, que como se sabe transmitieron sus secretos a Jesús, y por eso Jesús es crucificado, desenlace éste que en otro caso resultaría incomprensible...

--Así es, la pasión de Cristo es una alegoría, un anuncio del proceso a los templarios.

--Claro. Y José de Arimatea lleva, o vuelve a llevar, el secreto de Jesús al país de los celtas. Pero es evidente que el secreto aún no está completo, los druidas cristianos sólo conocen un fragmento, y ése es el significado esotérico del Grial: hay algo, pero no sabemos en qué consiste. Qué podía ser aquello, qué decía el Templo verdaderamente, lo sospecha sólo un grupo de rabinos que se quedaron en Palestina. Ellos se lo confían a las sectas iniciáticas musulmanas, a los sufíes, a los ismailies, a los motocallemin.

Y de éstos lo aprenden los templarios.

--Al fin aparecen los templarios. Ya me estaba preocupando.

Íbamos dando retoques al Plan, que como blanda arcilla obedecía a nuestra voluntad fabuladora. Los templarios habían descubierto el secreto durante las noches de insomnio, abrazados a sus compañeros de silla, en el desierto donde soplabla inexorable el simún. Un secreto que habían arrancado trozo a trozo a los que conocían la capacidad de concentración cósmica de la Piedra Negra de La Meca, herencia de los magos babilonios porque a esas alturas estaba claro que la Torre de Babel no había sido más que un intento, ay, prematuro y justamente fracasado por la soberbia de sus diseñadores, de construir el menhir más potente de todos, sólo que los arquitectos babilonios habían hecho mal los cálculos porque, como había demostrado el padre Kircher, si la torre hubiese llegado a su culmen, su enorme peso habría desviado en noventa o más grados el eje terrestre y nuestro pobre globo habría exhibido, en lugar de una corona itifálica apuntando erecta hacia lo alto, un apéndice estéril, una méntula floja, una cola simiesca que colgaría penduleante, una Seskinah perdida en los vertiginosos abismos de un Malkut antártico, flácido jeroglífico para pingüinos.

--Pero, en resumidas cuentas, ¿qué secreto descubren los templarios?

--Calma, falta poco. Se necesitaron siete días para crear el mundo. Intentémoslo.

La Tierra es un cuerpo magnético: de hecho, como han descubierto algunos científicos, es un inmenso magneto, como afirmo Paracelso hace unos trescientos años.

(H. P. Blavatsky, Isis Unveiled, New York, Bouton, 1877,1, p. XXIII)

Lo intentamos, y lo logramos. La Tierra es un gran magneto y la fuerza y las direcciones de sus corrientes dependen también de la influencia de las esferas celestes, de los ciclos estacionales, de la precesión de los equinoccios, de los ciclos cósmicos. Por eso el sistema de las corrientes es cambiante. Pero tienen que moverse como el cabello que, a pesar de crecer en toda la superficie del cráneo, parece originarse en espiral desde un punto situado en la nuca, allí donde es más rebelde al peine. Si se detectase ese punto, si se instalara allí la estación más potente, se podrían dominar, dirigir, controlar todos los flujos telúricos del planeta. Los templarios habían comprendido que el secreto no consistía sólo en disponer del mapa global, sino también en conocer el punto crítico, el Omphalos, el Umbilicus Telluris, el Centro del Mundo, el Origen del Poder.

Todo el fabular alquímico, el descenso atónico de la obra en negro, la descarga eléctrica de la obra en blanco, sólo eran símbolos, transparentes para los iniciados, de esa auscultación centenaria cuyo resultado final habría tenido que ser la obra en rojo, el conocimiento total, el dominio fulgurante del sistema planetario de las corrientes. El secreto, el verdadero secreto alquímico y templario, consistía en detectar el Manantial de ese ritmo interno, dulce, tremendo y regular como la palpitación de la serpiente Kundalini, aún desconocido en muchos aspectos, pero sin duda preciso como un reloj, de la única, verdadera Piedra que jamás haya caído exiliada del cielo, la Gran Madre Tierra.

Por lo demás, eso era lo que quería averiguar Felipe el Hermoso. De ahí la maliciosa insistencia de los inquisidores en el misterioso beso in posteriori parte spine dorsi. Querían el secreto de Kundalini. Nada de sodomía.

--Todo perfecto --decía Diotallevi--. Pero, una vez que sabes cómo dirigir las corrientes telúricas, ¿qué hacemos? ¿Rosquillas?

--Vamos --decía yo--. ¿No se dan cuenta del alcance del descubrimiento? En el Ombligo Telúrico se enchufa el clavijero más potente... Quien controla esa estación puede prever las lluvias y las sequías, desatar huracanes, maremotos, terremotos, partir continentes, hundir islas (desde luego, la Atlántida desapareció como consecuencia de un experimento temerario), hacer brotar bosques y montañas... ¿Se dan cuenta? Al lado de esto, la bomba atómica es una minucia, que además hace daño también al que la arroja. Desde tu torre de mando telefoneas, qué sé yo, al presidente de los Estados Unidos y le dices: De aquí a mañana quiero un fantastillón de dólares, o la independencia de Latinoamérica, o Hawai, o la destrucción de tu arsenal nuclear, si no, la falla de California se abrirá definitivamente y Las Vegas se convertirá en un garito flotante...

--Pero Las Vegas está en Nevada...

--¿Y qué importa? Si controlas las corrientes telúricas, también puedes separar Nevada, y Colorado. Después telefoneas al Soviet Supremo y les dices: Amigos míos, de aquí al lunes quiero que me entreguéis todo el caviar del Volga, y Siberia, para convertirla en un almacén de congelados si no, os devoro los Urales, os vacio el Mar Caspio, os dejo a la deriva Lituania y Estonia y después las hundo en la Fosa de las Filipinas.

--Es verdad --decía Diotallevi--. Un poder inmenso. Reescribir la Tierra como la Torah. Poner el Japón en el Golfo de Panamá.

--Pánico en Wall Street.

--Ríanse del escudo espacial. Ríanse de la transmutación de los metales en oro. Sólo tienes que dirigir bien la descarga, estimular las vísceras de la Tierra, y en diez segundos haces lo que ella tardaría miles de millones de años en hacer, y toda la cuenca del Ruhr se convierte en un yacimiento de diamantes. Eliphaz Levi decía que el conocimiento de las mareas fluídicas y de las corrientes universales representa el secreto de la omnipotencia humana.

--Así debe ser --decía Belbo--. Es como transformar toda la Tierra en un acumulador de orgones. Obvio, Reich era un templario.

--Todos lo eran, salvo nosotros. Menos mal que nos hemos dado cuenta. Ahora podemos adelantarnosles.

Y de hecho, ¿qué había detenido a los templarios una vez que se adueñaron del secreto? Tenían que explotarlo. Pero una cosa es saber y otra saber hacer. Entretanto, instruidos por el diabólico San Bernardo, los templarios reemplazaron los menhires, pobres clavijeros célticos, por catedrales góticas, mucho más sensibles y potentes, con sus criptas subterráneas habitadas por vírgenes negras, en contacto directo con las capas radioactivas, y así cubrieron Europa de una red de estaciones receptoras-transmisoras que se comunicaban entre si datos sobre la potencia y la dirección de los fluidos, los humores y las tensiones de las corrientes.

--Estoy convencido de que detectaron las minas de plata del Nuevo Mundo, provocaron erupciones y, después, controlando la Corriente del Golfo, hicieron fluir el mineral hacia las costas portuguesas. Tomar era el centro de distribución, la Foret d'Orient era el almacén principal. Ese es el origen de su riqueza. Pero eran migajas. Se dieron cuenta de que, para explotar plenamente su secreto, debían contar con una tecnología que tardaría al menos seiscientos años en desarrollarse.

Así pues, los templarios habían organizado el Plan para que sólo sus sucesores, en el momento en que estuviesen en condiciones de utilizar correctamente sus conocimientos, descubrieran el sitio donde estaba el Umbilicus Telluris. ¿Pero cómo habían distribuido los fragmentos de la revelación entre los treinta y seis que estaban repartidos por el mundo? ¿Eran otras tantas partes de un mismo mensaje? ¿Pero era necesario un mensaje tan complejo para decir que el Umbilicus estaba, por ejemplo, en Baden Baden, en Albacete o en Chattanooga?

¿Un mapa? Pero, en un mapa, el Umbilicus estaría marcado con un punto. Y quien tuviese el fragmento marcado ya lo sabría todo sin necesidad de buscar los otros fragmentos. No, la cosa tenía que ser más compleja. Nos devanamos los sesos durante unos días, hasta que Belbo decidió recurrir a Abulafia. La respuesta fue:

Guillaume Postel muere en 1581.

Bacon es vizconde de San Albano.

En el Conservatoire está el Péndulo de Foucault.

Había llegado el momento de asignarle una función al Péndulo.

Al cabo de unos días, estuve en condiciones de proponer una solución bastante elegante. Un diabólico nos había presentado un texto sobre el secreto hermético de las catedrales. Según nuestro autor, un día los constructores de Chartres habían colgado

una plomada de una clave de bóveda y de ese modo habían podido deducir fácilmente la rotación de la Tierra.

--Esto explicaba también el proceso contra Galileo --observó Diotallevi--, porque la Iglesia se había oído que era un templario.

--No-- respondió Belbo--, los cardenales que condenaron a Galileo eran templarios infiltrados en Roma, que se apresuraron a sellar los labios del maldito toscano, ese templario traidor que por pura vanidad estaba a punto de soltarlo todo, cuatrocientos años antes de la fecha prevista por el Plan.

De todas formas, este descubrimiento explicaba la razón por la que aquellos maestros albañiles habían trazado un laberinto debajo del Péndulo, imagen estilizada del sistema de las corrientes subterráneas. Buscamos una imagen del laberinto de Chartres: un reloj solar, una rosa de los vientos, un sistema venoso, una huella babosa de los aletargados movimientos de la Serpiente. Un mapa total de las corrientes.

--De acuerdo, supongamos que los templarios hayan utilizado el Péndulo para indicar la posición del Umbilicus. En lugar del laberinto, que sólo es un esquema abstracto, se extiende en el suelo un mapamundi y se decide, por ejemplo, que el punto marcado por el pico del Péndulo en determinada hora es aquel donde está situado el Umbilicus. Pero, ¿en el suelo de dónde?

--El lugar está fuera de discusión. Sólo puede ser Saint-Martin-desChamps, el Refuge.

--Si --sutilizaba Belbo--: Supongamos que a medianoche el Péndulo oscila con respecto a un eje situado, por ejemplo, digo uno cualquiera, entre Copenhague y Ciudad del Cabo. ¿Dónde está el Umbilicus? ¿En Dinamarca o en Sud frica?

--Observación pertinente --dije--. Pero nuestro diabólico también cuenta que en Chartres hay una fisura en una vidriera del coro y que, a determinada hora del día, un rayo de sol penetra por la fisura e ilumina siempre el mismo punto, siempre la misma piedra del pavimento. No recuerdo cuál es su conclusión, pero sin duda se trata de un gran secreto. Pues bien, éste es el mecanismo. En el coro de Saint-Martin, hay una ventana que presenta una grieta en un punto donde dos vidrios de colores, o esmerilados, están unidos mediante varillas de plomo. Esa grieta fue practicada con toda precisión, y probablemente desde hace seiscientos años hay alguien que se ocupa de mantenerla abierta. Cuando sale el sol en determinado día del año...

--...que sólo puede ser el alba del 24 de junio, día de San Juan, fiesta del solsticio de verano...

--...eso mismo, ese día, a esa hora, el primer rayo de sol que penetra por la ventana ilumina el Péndulo, ¡y allí donde se encuentra el Péndulo cuando es iluminado por el rayo de sol, allí, en ese punto preciso del mapa, está situado el Umbilicus!

--Perfecto --dijo Belbo--. Pero, y si está nublado?

--Hay que esperar al año siguiente.

--Perdonen --dijo Belbo--. El último encuentro es en Jerusalén. ¿El Péndulo no debería estar colgado de lo alto de la cúpula de la Mezquita de Omar?

--No --lo convencí--, en ciertos puntos del globo el Péndulo completa su ciclo en treinta y seis horas, en el Polo Norte tardaría veinticuatro horas, en el ecuador el plano de oscilación sería invariable. O sea que el lugar es importante. Si los templarios hicieron su descubrimiento en SaintMartin, su cálculo sólo vale para París, porque en Palestina el Péndulo trazaría una curva distinta.

--¿Y quién nos dice que hicieron su descubrimiento en Saint-Martin?

--El hecho de que hayan elegido Saint-Martin como refugio, que desde el prior de San Albano, hasta Postel, hasta la Convención, lo hayan mantenido bajo su control, que, después de los primeros experimentos de Foucault, hayan hecho instalar el Péndulo allí. Sobran indicios.

--Pero la última reunión es en Jerusalén.

--¿Y qué? En Jerusalén se reconstruye el mensaje, y no es cosa de un momento. Después hay un año de preparación, y, el 23 de junio del año siguiente, los seis grupos se reúnen en París para averiguar finalmente dónde está el Umbilicus, y después lanzarse a la conquista del mundo.

--Sin embargo --insistió Belbo--, hay otra cosa que no acaba de convencerme. Cada uno de los treinta y seis sabía que la revelación final tendría que ver con el Umbilicus. El Péndulo ya se utilizaba en las catedrales, de modo que no era ningún secreto. ¿Qué impedía que Bacon o Postel o Foucault mismo; porque sin duda, si montó el tinglado del Péndulo, era porque también él formaba parte del corrillo, qué diablos impedía, digo, que cualquiera de ellos cogiera un mapa mundi y lo pusiera en el suelo y lo orientase según los puntos cardinales? Vamos descaminados.

--No, vamos por el buen camino --dije--. El mensaje dice algo que nadie podía saber: ¡dice qué mapa hay que utilizar!

Un mapa no es el territorio.

(Alfred Korzybski, Science and sanity, 1933, 4^{ta} ed., The International Non-Aristotelian Library, 1958, 11, 4, p. 58)

--Supongo que recordarán cuál era la situación de la cartografía en la época de los templarios --decía yo--. En aquel siglo circulan mapas árabes, que entre otras cosas sitúan África arriba y Europa debajo, mapas de navegantes, que al fin y al cabo son bastante precisos, y mapas de trescientos o cuatrocientos años de antigüedad, que aún se consideraban correctos en las escuelas. Adviertan que para revelar la posición del

Umbilicus no es necesario tener un mapa preciso, en el sentido moderno de la palabra. Basta con un mapa que tenga la siguiente característica: una vez orientado, ha de mostrar la posición del Umbilicus en el punto en que el Péndulo se ilumina al alba del 24 de junio. Ahora presten atención: supongamos, como mera hipótesis, que el Umbilicus esté en Jerusalén. En nuestros mapas modernos, Jerusalén aparece en determinada posición, que incluso hoy depende del tipo de proyección. Ahora bien, los templarios disponían de un mapa quién sabe con qué trazado. Pero, ¿qué les importaba? No es el Péndulo el que depende del mapa, sino el mapa el que depende del Péndulo. ¿Me siguen? Podía ser el mapa más delirante del mundo, con tal de que, una vez situado debajo del Péndulo, el fatídico rayo de sol del alba del 24 de junio determinase el punto en que allí, en ese mapa, y no en otros, figurase Jerusalén.

--Pero eso no resuelve nuestro problema --dijo Diotallevi.

--Claro que no, como tampoco se lo resolvía a los treinta y seis invisibles. Porque, si no se sabe cuál es el mapa, no se puede hacer nada. Imaginemos que se trata de un mapa orientado como mandan los cánones con el este hacia el ábside y el oeste hacia la nave, conforme a la orientación normal de las iglesias. Ahora hagamos una hipótesis cualquiera, por ejemplo: que en aquel amanecer fatídico el Péndulo deba situarse en una zona vagamente oriental, casi en el límite del cuadrante sudeste. Si se tratase de un reloj, diríamos que el Péndulo estaría marcando las cinco y veinticinco.

¿Vale? Ahora miren qué pasa.

Fui a buscar una historia de la cartografía.

--Aquí está. Número uno: un mapa del siglo XII. Repite la estructura de los mapas en forma de T, arriba está Asia y el Paraíso Terrenal, a la izquierda Europa, a la derecha Africa, y más allá de Africa también aparecen las Antípodas. Número dos, un mapa inspirado en el Somnium Scipionis de Macrobio, pero que sobrevive en varias versiones hasta el siglo XVI. Africa está un poco estrecha, pero bueno. Ahora presten atención, si orientamos los dos mapas de la misma manera, descubrimos que en el primero las cinco y veinticinco corresponden a Arabia, y en el segundo a Nueva Zelanda, ya que en este punto están las Antípodas. Aunque lo sepamos todo sobre el Péndulo, si no sabemos qué mapa hay que utilizar estaremos perdidos. El mensaje contenía instrucciones, pura cifra todas, sobre lo que había que hacer para encontrar el mapa en cuestión, un mapa que quizá haya sido trazado ex profeso. El mensaje decía dónde había que buscar este mapa, en qué manuscrito, en qué biblioteca, en qué abadía o castillo.

Y puede que Dee o Bacon o cualquier otro hayan reconstruido el mensaje, ¿por qué no? El mensaje decía que el mapa estaba en determinado sitio, pero entretanto, con todo lo que había sucedido en Europa, quizá la abadía se había quemado, o el mapa había sido robado, y ocultado Dios sabe dónde. Tal vez hay alguien que tiene el mapa, pero no sabe para qué sirve, o sabe que sirve para algo, pero ignora de qué se trata, y recorre el mundo buscando a alguien que quiera comprarlo. Piensen un poco, toda una serie de anuncios, de pistas falsas, de mensajes que hablaban de otra cosa pero que se interpretaban como si hablasen del mapa, y de mensajes que hablan del mapa pero se

interpretan como si se refiriesen, no sé, a la fabricación del oro. Y también es probable que algunos estén tratando de reconstruir directamente el mapa sobre la base de conjeturas.

--¿Qué tipo de conjeturas?

--Por ejemplo, correspondencias entre el microcosmos y el macrocosmos. Aquí tienen otro mapa. ¿Saben de dónde procede? Figura en el segundo tratado de la *Utriusque Cosmi Historia* de Robert Fludd. Fludd es el agente de los rosacruces en Londres, no lo olvidemos. Ahora bien, ¿qué hace nuestro Roberto de Fluctibus, como le gustaba que le llamaran? Ya no presenta un mapa, sino una extraña proyección del globo desde el punto de vista del Polo, del Polo místico, claro, es decir, desde el punto de vista de un Péndulo ideal suspendido de una clave de bóveda ideal. ¡Este es un mapa concebido para ser situado debajo de un Péndulo! Son pruebas tan patentes, cuesta creer que nadie haya reparado en ellas hasta ahora...

--Lo que pasa es que los diabólicos son lentos, lentos --decía Belbo.

--Lo que pasa es que nosotros somos los únicos herederos dignos de los templarios. Pero, déjeme proseguir: han reconocido el esquema, es una rótula móvil, como las que usaba Tritemio en sus mensajes cifrados.

Esto no es un mapa. Es un proyecto de máquina para ensayar variaciones, para producir mapas de cualquier tipo, ¡hasta dar con el mapa justo! Y Fludd lo dice en la leyenda: éste es el esquema de un instrumentum, que aún hay que perfeccionar.

--¿Pero Fludd no era ese que se negaba a reconocer la rotación de la Tierra? ¿Cómo podía pensar en el Péndulo?

--Todos estos eran iniciados. Un iniciado niega lo que sabe, niega que lo sabe, miente para ocultar el secreto.

--Esto explicaría --decía Belbo-- por qué ya Dee se interesaba tanto en la labor de esos cartógrafos reales. No para conocer la "verdadera" forma del mundo, sino para reconstruir, buscando entre todos los mapas equivocados, el único que le interesaba, o sea, el único exacto.

--No está mal, no está mal --decía Diotallevi--. Encontrar la verdad reconstruyendo exactamente un texto mendaz.

La principal actividad de esta asamblea, y la más provechosa, debe ser --en mi opinión--la de ocuparse de la historia natural, tratando de realizar el proyecto del Verulamio.

(*Christian Huygens, Carta a Colbert, Oeuvres Completes, La Haye, 1888-1950, VI, pp. 95-96*)

Las vicisitudes de los seis grupos no se habían limitado a la búsqueda del mapa. Era probable que en las dos primeras partes del mensaje, las que estaban en poder de los portugueses y los ingleses, los templarios hubiesen aludido a un péndulo, pero en aquel entonces las ideas sobre los péndulos aún eran bastante oscuras. Una cosa es hacer bailar una plomada y otra construir un mecanismo de precisión capaz de ser iluminado por el sol en el segundo justo. Por eso los templarios habían calculado seis siglos. El ala baconiana empieza a trabajar en esta dirección, y trata de llevar de su parte a todos los iniciados, con quienes intenta contactar desesperadamente.

Coincidencia significativa: el hombre de los rosacruces, Salomon de Caus, escribe para Richelieu un tratado sobre los relojes solares. Después, a partir de Galileo, se desencadena la investigación sobre los péndulos.

Como pretexto se aduce su utilidad para determinar las longitudes, pero, cuando en 1681 Huygens descubre que un péndulo que en París es preciso atrasa en Cayena, en seguida se da cuenta de que eso se explica por la variación de la fuerza centrífuga determinada por la rotación de la Tierra.

¿Y cuando publica su *Horologium*, donde desarrolla las intuiciones galileanas sobre el péndulo? ¿quién le llama a París? Colbert, ¡el mismo que llama a Salomon de Caus para que se encargue del subsuelo de París! Cuando, en 1661, la Accademia del Cimento anticipa las conclusiones de Foucault, Leopoldo de Toscana consigue disolverla en cinco años e inmediatamente recibe de Roma, velada retribución, el capelo cardenalicio.

Pero eso no era todo. La caza del péndulo prosigue en los siglos XVIII y XIX. En 1742 (¡un año antes de la primera aparición documentada del conde de Saint-Germain!), un tal De Mairan presenta una memoria sobre los péndulos a la Académie Royale des Sciences; en 1756 (¡cuando en Alemania nace la Estricta Observancia Templaria!) un tal Bouguer escribe “sur la direction qu’affectent tous les fils a plomb”.

Encontraba títulos fantasmagóricos, como este de Jean Baptiste Biot, de 1821: *Recueil d’observations géodesiques, astronomiques et physiques, exécutées par ordre du Bureau des Longitudes de France, en Espagne, en France, en Angleterre et en Ecosse, pour déterminer la variation de la pesanteur et des degres terrestres sur le prolongement du meridien de Paris. ¡En Francia, España, Inglaterra y Escocia! ¡Y en relación con el meridiano de Saint Martin! ¿Y Sir Edward Sabine, que en 1823 publica An Account of Experiments to Determine the Figure of the Earth by Means of the Pendulum Vibrating Seconds in Different Latitudes? ¿Y ese misterioso Graf Feodor Petrovich Litke, que en 1836 publica los resultados de sus investigaciones sobre el comportamiento del péndulo durante una navegación alrededor del mundo? Y por encargo de la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo. ¿Por qué también los rusos?*

¿Y si entretanto un grupo, sin duda de la línea baconiana, hubiese decidido investigar el secreto de las corrientes sin mapa ni péndulo, sino volviendo a interrogar, desde el

principio, la respiración de la Serpiente? He aquí que se nos volvían a presentar, como anillo al dedo, las intuiciones de Salomón: aproximadamente hacia la época de Foucault es cuando el mundo industrial, criatura del ala baconiana, empieza a cavar redes ferroviarias en el subsuelo de las metrópolis europeas.

--Es cierto --decía Belbo--. El siglo XIX está obsesionado por los subterráneos
□os: Jean Valjean, Fantomas y Javert, Rocamboles, todo un vaivén entre conductos y alcantarillas. Dios mío. Ahora que lo pienso, toda la obra de Verne es una revelación iniciática de los misterios del subsuelo. -Viaje al centro de la Tierra, veinte mil leguas de viaje submarino, las cavernas de la Isla Misteriosa, el inmenso reino subterráneo de las Indias Negras!

Tenemos que reconstruir el plano de sus viajes extraordinarios, estoy seguro de que descubriremos un esquema de las volutas de la Serpiente, un mapa de los leyos en cada continente. Verne explora por arriba y por abajo la red de las corrientes telúricas.

Colaboraba yo:

--¿Cómo se llama el protagonista de las Indias Negras? John Garra, casi un anagrama de Graal, o sea del Grial.

--No seamos rebuscados, seamos más realistas. Verne lanza señales mucho más explícitas. Robur le Conquérant, R. C., Rosa-Cruz. Robur leído al revés es Rubor, el rojo de la rosa.

Phileas Fogg. Un nombre que es una verdadera cifra: EAS, en griego, significa globalidad (por tanto equivale a pan, y a polí), de modo que PHILEAS es lo mismo que Poliphile.

En cuanto a FOGG, significa "NIEBLA" en inglés... Sin duda, Verne pertenecía a la Sociedad "Le Brouillard". Tuvo incluso la cortesía de aclararnos los vínculos entre ésta y la RosaCruz, porque, al fin y al cabo, ¿qué es este noble viajero llamado Phileas Fogg sino un Rosa-Cruz?... Y además, ¿no pertenece acaso al Reform-Club, cuyas iniciales R. C. designan a la Rosa-Cruz reformadora? Sin contar que este Reform-Club tiene su sede en Pall-Mall, otra evocación más del Sueño de Poliphile.

(Michel Lamy, Jules Verne, initié et initiateur, Paris, Payot, 1984, pp. 237-238)

La reconstrucción nos llevó días y días, interrumpíamos nuestro trabajo para confiarnos la última conexión, leíamos todo lo que caía en nuestras manos, enciclopedias, periódicos, tebeos, catálogos de editoriales, los leíamos transversalmente, en busca de posibles cortocircuitos, nos deteníamos a hurgar en todos los puestos de libros viejos, olisqueábamos en los kioscos, robábamos a mansalva en los originales de nuestros diabólicos, nos precipitábamos eufóricos en el despacho para arrojar sobre el escritorio nuestro último hallazgo. Cuando vuelvo la vista a aquellas semanas todo me parece fulminante, frenético, como en una película de Larry Semon, a saltos y carreras, con puertas que se abren y se cierran a velocidad supersónica, pasteles de nata que vuelan,

fugas por escaleras, hacia adelante y hacia atrás, choques de viejos automóviles, derrumbamientos de estanterías en ultramarinos entre ráfagas de latas, botellas, quesos blandos, salpicaduras de sifón, explosiones de sacos de harina. Y, en cambio, si pienso en los intersticios, en los ratos perdidos (el resto de la vida que transcurría a nuestro alrededor), puedo releerlo todo como una historia en cámara lenta, el Plan formándose a paso de gimnasia rítmica, como la lenta rotación del discóbolo, las cautas oscilaciones del lanzador de peso, los tiempos largos del golf, las esperas insensatas del béisbol. De todas formas, e independientemente del ritmo, la suerte nos recompensaba, porque cuando se buscan conexiones se acaba encontrándolas por todas partes y entre cualquier cosa, el mundo estalla en una red, un torbellino de parentescos en el que todo remite a todo, y todo explica todo...

A Lia no le decía nada, para no incordiarla, pero estaba incluso descuidando a Giulio. Despertaba a mitad de la noche y caía en la cuenta de que Renatus Cartesio daba R. C., y que había puesto demasiado empeño en buscar y negar el encuentro con los rosacruces. ¿Por qué tanta obsesión por el método? El método servía para buscar la solución del misterio que tenía fascinados a todos los iniciados de Europa... ¿Y quién había celebrado la magia del gótico? René de Chateaubriand. ¿Y quién había escrito, en tiempos de Bacon, *Steps to the Temple*? Richard Crashaw. ¿Y Ranieri de' Calzabigi, René Char, Ramón y Cajal, Raymond Chandler? ¿Y Rick de Casablanca?

Esta ciencia, que no se ha perdido, al menos en su parte material, fue enseñada a los constructores religiosos por los monjes de Chateaux... En el siglo pasado, se les conocía como Compagnons du Tour de France. Y a ellos recurrió Eiffel para construir su torre...

(L. Charpentier, Les mysteres de la cathédrale de Chartres, Paris, Laffont, 1966, pp. 55-56)

Ahora teníamos a toda la modernidad recorrida por laboriosos topos que perforaban el subsuelo espionando el planeta por debajo. Pero debía de haber algo más, otra empresa iniciada por los baconianos, y cuyos resultados, cuyas etapas estaban a la vista de todos, y nadie se había percatado...

Porque al perforar el suelo se exploraban las capas profundas, pero los celtas y los templarios no se habían limitado a perforar pozos, habían instalado sus clavijeros, que se erguían contra el cielo, para comunicarse entre megalito y megalito, y captar las influencias de las estrellas...

La idea se le presentó a Belbo durante una noche de insomnio. Se había asomado a la ventana y había visto a lo lejos, sobre los techos de Milán, las luces de la torre metálica de la RAI, la gran antena de la ciudad.

Una moderada y prudente torre de Babel. Y entonces comprendió.

--La Tour Eiffel --nos dijo a la mañana siguiente--. ¿Cómo puede ser que no hayamos pensado en ella? El megalito de metal, el menhir de los últimos celtas, la aguja hueca

más alta que todas las agujas góticas. Pero, ¿acaso París necesitaba este monumento inútil? Es la sonda celeste, la antena que recoge datos de todos los clavijeros herméticos clavados en la costra del globo, de las estatuas de la Isla de Pascua, de Machu Picchu, de la Libertad de Bedloe's Island, ya soñada por Lafayette, del obelisco de Luxor, de la torre más alta de Tomar, del Coloso de Rodas, que sigue transmitiendo desde las profundidades del puerto donde ya nadie es capaz de encontrarlo, de los templos de la jungla brahmánica, de las torrecillas de la Gran Muralla, de la cima de Ayers Rock, de las agujas de Estrasburgo, con las que se extasiaba el iniciado Goethe, de los rostros de Mount Rushmore, cuántas cosas había comprendido el iniciado Hitchcock, de la antena del Empire State, ya me dirán ustedes a qué imperio se refiere esta creación de iniciados americanos, si no es al imperio de Rodolfo de Praga. La Tour capta datos del subsuelo y los confronta con los que recibe del espacio.

¿Y quién nos ofrece la primera tremenda imagen cinematográfica de la Tour?

René Clair en *Paris qui dort*. René Clair, R. C.

Había que volver a leer toda la historia de la ciencia: hasta la carrera espacial resultaba comprensible, con esos satélites desquiciados que no paran de fotografiar la costra del globo para detectar tensiones invisibles, flujos submarinos, corrientes de aire cálido. Y para hablar entre sí, hablar con la Tour, hablar con Stonehenge...

Es una coincidencia notable que la edición en folio en 1623 atribuida a Shakespeare, contenga exactamente treinta y seis obras.

(W. F. C. Wigston, Francis Bacon versus Phantom Captain Shakespeare: The Rosicrucian Mask, London, Kegan Paul 1891, p. 353)

Cuando nos comunicábamos unos a otros los frutos de nuestra fantasía, teníamos la impresión, razonable, de que nos estábamos basando en asociaciones injustificadas, en extraordinarios cortocircuitos, de los que nos habríamos avergonzado, por habérmolos creído, si alguien nos los hubiera criticado. Es que nos tranquilizaba el concierto, tácito, como ordena la etiqueta de la ironía, de que estábamos parodiando la lógica de los demás. Sin embargo, en las largas pausas en que cada uno se dedicaba a acumular pruebas para las reuniones colectivas, y con la tranquila conciencia de estar acumulando elementos para una parodia de mosaico, nuestro cerebro se iba habituando a relacionar, relacionar, relacionar cualquier cosa con cualquier otra, y para hacerlo automáticamente era necesario adquirir el hábito. Creo que, a ciertas alturas, ya no hay diferencia entre acostumbrarse a fingir que se cree y acostumbrarse a creer.

Es lo que pasa con los espías: se infiltran en los servicios secretos del enemigo, se acostumbran a pensar como él; si sobreviven es porque lo logran, y es lógico que al cabo de un tiempo se pasen al otro campo, que se ha convertido en el suyo. Como esas personas que viven solas con un perro, le hablan todo el día, al principio se esfuerzan por entender su lógica, después quieren que él entienda la suya, primero les parece tímido, después celoso, después irritable, al final se pasan todo el tiempo haciéndole rabiarse y montándole escenas de celos, cuando están seguras de que se ha vuelto como ellas,

son ellas las que se han vuelto como él, y, cuando están orgullosas de haberlo humanizado, en realidad son ellas las que se han caninizado.

Quizá por el contacto cotidiano con Lia, y con el niño, yo era, de los tres, el menos afectado por el juego. Estaba convencido de que era yo quien lo dirigía, como si aún estuviese tocando el agogó durante la ceremonia: estás del lado de quien provoca las emociones, no del lado de quien las padece. Entonces no sabía de Diotallevi, ahora sé, Diotallevi estaba acostumbrando a su cuerpo a pensar en diabólico. Belbo, por su parte, se estaba identificando incluso en el plano de la conciencia. Yo me acostumbraba, Diotallevi se corrompía, Belbo se convertía. Pero los tres estábamos perdiendo lentamente esa lucidez intelectual que nos permite distinguir siempre entre lo similar y lo idéntico, entre la metfora y la cosa, esa facilidad misteriosa y fulgurante y bellísima que siempre nos permite decir, por ejemplo, que fulano es un animal sin pensar en absoluto que le ha crecido pelo por todo el cuerpo y que le ha salido una cola, mientras que el enfermo piensa “es un animal” y en seguida se imagina que el individuo en cuestión ladra, gruñe, reptar o vuela.

En el caso de Diotallevi, habríamos podido percibir lo que estaba sucediéndole, si nuestra excitación no hubiese sido tan grande. Creo que todo empezó a finales del verano. Había regresado más flaco, pero no era la delgadez ágil del que acaba de pasar unas semanas caminando por la montaña. Su delicada tez de albino presentaba ahora matices amarillentos. Si lo notamos, lo atribuimos a la posibilidad de que se hubiera pasado las vacaciones metido entre sus rollos rabínicos. Pero, en realidad, teníamos la mente en otra parte.

De hecho, en los días que siguieron estuvimos en condiciones de organizar poco a poco incluso las alas ajenas a la rama baconiana.

Por ejemplo, según la masonología corriente, los Iluminados de Baviera, que perseguían la destrucción de las naciones y la desestabilización del Estado, no sólo serían los inspiradores del anarquismo de Bakunin, sino incluso del propio marxismo. Pueril. Los iluminados eran provocadores que los baconianos habían infiltrado entre los teutónicos, pero Marx y Engels pensaban en algo muy distinto cuando encabezaron el Manifiesto de 1848 con la elocuente frase “un fantasma recorre Europa”. ¿Por qué utilizaron una metáfora tan gótica? El Manifiesto Comunista aludía sarcásticamente a la fantasmal cacería del Plan que agitaba la historia del continente desde hacia varios siglos. Y proponía una alternativa tanto con respecto a los baconianos como a los neotemplarios. Marx era judío, tal vez inicialmente había sido el portavoz de los rabinos de Gerona, o de Safed, y trataba de involucrar en la búsqueda a todo el pueblo de Dios. Después la iniciativa se le pasa de rosca, identifica la se'kinah, el pueblo exiliado del Reino, con el proletariado, traiciona las expectativas de sus inspiradores, invierte la tendencia del mesianismo judaico. Templarios del mundo uníos.

El mapa para los obreros. ¡Magnífico! ¿Qué mejor justificación histórica del comunismo?

--Si --decía Belbo--, pero también los baconianos tienen sus accidentes de ruta, ¿no les parece? Algunos de ellos se escapan por la tangente, abrazan un sueño científicista que

les conduce a un callejón sin salida. Me refiero al final de la dinastía, a los Einstein, a los Fermi, quienes, al buscar el secreto en las profundidades del microcosmos, se equivocan de descubrimiento. En lugar de la energía telúrica, limpia, natural, sapiencial, descubren la energía atómica, tecnológica, sucia, contaminada...

--Espacio -tiempo, el error de Occidente-- decía Diotallevi.

--Es la pérdida del centro. La vacuna y la penicilina como caricaturas del elixir de la juventud --terciaba yo.

--Igual que ese otro templario, Freud --decía Belbo--, que, en lugar de excavar en los laberintos del subsuelo físico, hurga en los del subsuelo psíquico, como si sobre éste ya no lo hubiesen dicho todo, y mejor, los alquimistas.

--Pero eres tú --insinuaba Diotallevi-- el que quiere publicar los libros del doctor Wagner. Para mí el psicoanálisis es cosa de neuróticos.

--Sí, y el pene no es más que un símbolo fálico --concluía yo--. Vamos, señores, no nos alejemos de la cuestión. No hay tiempo que perder. Todavía no sabemos dónde situar a los paulicianos y a los jerosolimitanos.

Pero, antes de que pudiéramos responder a esa nueva pregunta, nos topamos con otro grupo que no formaba parte de los treinta y seis invisibles pero que se había introducido en el juego en una etapa bastante inicial y había en parte trastornado los proyectos actuando como elemento de confusión. Los Jesuitas.

El barón von Hund, el Caballero Ramsay... y muchos otros que fundaron los grados en estos ritos, trabajaron siguiendo instrucciones del general de los jesuitas... El Templarismo es Jesuitismo.

(Carta a Mme. slavatsky de Charles Sotheran, 32.-A y P.R. 94 .-. Memphis, K.R., K. Kadosh, M.M. 104, Eng. etc, Iniciado de la Fraternidad Inglesa de los Rosa-Cruces y otras sociedades secretas, 11.1.1877; en Isis Unveiled, 1877,11, p. 390)

Los habíamos encontrado demasiadas veces, desde la época de los primeros manifiestos rosacruces. Ya en 1620 se publica en Alemania una Rosa Jesuítica, donde se recuerda que el simbolismo de la rosa es católico y mariano, antes que rosacruciano, y se insinúa que las dos órdenes están asociadas, y que los rosacruces sólo son una de las versiones de la mística jesuítica para uso de las poblaciones de la Alemania reformada.

Recordaba las palabras de Salon sobre el rencor con que el padre Kircher había atacado a los rosacruces, y precisamente en una obra en la que hablaba de las profundidades del globo terráqueo.

--El padre Kircher --decía yo-- es un personaje clave en esta historia.

¿Por qué ese hombre, que tantas veces dio pruebas de tener un buen sentido de la observación y un gusto por la experimentación, acabó ocultando esas buenas ideas bajo millares de páginas rebosantes de hipótesis inverosímiles? Se carteaba con los mejores científicos ingleses. Además, en cada uno de sus libros retoma los temas típicos de los rosacruces, aparentemente para refutarlos, pero en realidad los hace suyos, nos da su versión desde el punto de vista de la Contrarreforma. En la primera edición de la Fama, ese señor Haselmayer, que los jesuitas condenan a galeras debido a sus ideas reformadoras, insiste en que los buenos y auténticos jesuitas son ellos, los rosacruces. Bien, Kircher escribe sus más de treinta libros para sugerir que los buenos y auténticos rosacruces son ellos, los jesuitas. Los jesuitas están tratando de apoderarse del Plan. Los péndulos se los quiere estudiar él, el padre Kircher, y lo hace, aunque a su manera, inventando el reloj planetario para conocer la hora exacta en todas las sedes de la Compañía desparramadas por el mundo.

--Pero, ¿cómo se las arreglaron los jesuitas para conocer la existencia del Plan, cuando los templarios se habían dejado matar con tal de no revelar el secreto? --preguntó Diotallevi.

No valía responder que los jesuitas siempre saben más que el diablo.

Queríamos una explicación más atractiva.

No tardamos mucho en descubrirla. Guillaume Postel, otra vez. Hojeando la historia de los jesuitas de Créteineau-Joly (lo que nos reimos de este nombre tan poco feliz), descubrimos que en 1544 Postel, arrebatado de furor místico, consumido por su sed de regeneración espiritual, había ido a Roma para unirse a San Ignacio de Loyola. Ignacio le había acogido con entusiasmo, pero Postel no había podido renunciar a sus ideas fijas a sus cabalismos, a su ecumenismo, y por esas cosas los jesuitas no pasaban, y menos aún por la más fija de todas sus ideas, sobre la que Postel no estaba dispuesto a transigir, la idea de que el rey de Francia tenía que ser Rey del Mundo. Ignacio sería santo, pero era español.

De modo que, en determinado momento, se había producido la ruptura, Postel había abandonado a los jesuitas; o los jesuitas lo pusieron a la puerta de la calle. Pero si Postel había sido jesuita, aunque fuera por un periodo breve, debía de haberle confesado su misión a San Ignacio, a quien había jurado obediencia perinde ac cadaver. Querido Ignacio, debía de haberle dicho, has de saber que al recibirme también recibes el secreto del Plan templario cuya representación en Francia inmerecidamente me ha sido confiada, y en particular has de saber que todos estamos esperando que se produzca la tercera reunión secular, prevista para 1584, y mucho mejor será esperarla ad majorem Dei gloriam.

De manera que, a través de Postel, y por un momento de debilidad de éste, los jesuitas se enteran de la existencia del secreto de los templarios. Un secreto como éste no puede desaprovecharse. San Ignacio accede a la eterna beatitud, pero sus sucesores vigilan, y no pierden de vista a Postel. Quieren saber con quién se reunirá en 1584. Pero, ay, Postel muere antes y de nada vale que, como afirmaba una de nuestras fuentes, un jesuita desconocido esté junto a su lecho de muerte. Los jesuitas no logran averiguar quién es su sucesor.

--Perdone usted, Casaubon --dijo Belbo--, hay algo que no va, porque en tal caso los jesuitas no han podido enterarse de que la reunión de 1584 ha fracasado.

--Sin embargo, tampoco hay que olvidar --observó Diotallevi-- que según me dicen los gentiles, esos jesuitas eran hombres tenaces y no se dejaban embaucar fácilmente.

--Bueno, si se trata de eso --dijo Belbo--, un jesuita es capaz de zamparse un par de templarios a la hora del almuerzo, y otros dos a la hora de la cena. También a ellos les disolvieron, y más de una vez, y lo intentaron los gobiernos de toda Europa, y nada, aún siguen existiendo.

Había que ponerse en el lugar de un jesuita. ¿Qué hace un jesuita, si Postel se le escapa de las manos? A mi se me había ocurrido algo en seguida, pero era una idea tan diabólica que, pensaba, ni siquiera nuestros diabólicos hubiesen podido digerirla: ¡los rosacruces eran una invención de los jesuitas!

--Al morir Postel --proponía--, los jesuitas, con su astucia característica, previeron matemáticamente la confusión de los calendarios y decidieron tomar la iniciativa. Entonces montan la mistificación rosacruciana, calculando con exactitud lo que sucederá. Entre los muchos exaltados que tragan el anzuelo, no falta algún miembro de los grupos auténticos que, cogido por sorpresa, se delata. Ya pueden imaginarse ustedes la furia de Bacon: Fludd, imbécil. ¿No podías estarte callado? Pero vizconde, My Lord, esos parecían de los nuestros... Cretino, ¿no te había enseñado a desconfiar de los papistas? ¡A ti, tenían que haberte quemado, y no a ese infeliz de Nola!

--Pero entonces --decía Belbo--, ¿por qué, cuando los rosacruces se trasladan a Francia, los jesuitas, o los polemistas católicos que trabajan para ellos, les atacan acusándoles de herejes y endemoniados?

--Supongo que no pretenderá que los jesuitas actúen rectamente, ¿si no, qué clase de jesuitas serían?

Discutimos largamente mi propuesta, y al final decidimos, de común acuerdo, que era mejor la hipótesis inicial: los rosacruces eran el anzuelo que los baconianos y los alemanes habían arrojado para atraer a los franceses. Pero tan pronto como habían aparecido los manifiestos, los jesuitas se habían dado cuenta de todo. E inmediatamente se habían metido en el juego, para confundir las cartas. Sin duda, los jesuitas se habían

propuesto impedir la reunión de los grupos inglés y alemán con el grupo francés, y cada golpe, por bajo que fuera, era bueno.

Entretanto seguían registrando datos, acumulando información, que metían... ¿dónde? En Abulafia, sugirió Belbo bromeando. Pero Diotallevi, que mientras tanto había estado documentándose, dijo que no se trataba de una broma. Desde luego, los jesuitas estaban construyendo el inmenso, poderosísimo calculador electrónico, capaz de extraer una conclusión de la centenaria y paciente mescolanza de fragmentos de verdad y mentira que habían estado recopilando.

--Los jesuitas --decía Diotallevi-- comprendieron algo que ni los pobres viejos templarios de Provins ni el ala baconiana habían llegado a intuir, es decir, que la reconstrucción del mapa podía lograrse por vía combinatoria, ¡o sea, con procedimientos que anticipaban los de los modernos cerebros electrónicos! Los jesuitas son los primeros que inventan a Abulafia. El padre Kircher se lee todos los tratados sobre el arte combinatoria, de Lulio en adelante. Miren lo que publica en su *Ars Magna Sciendi*.

--Parece un esquema para una labor de ganchillo --decía Belbo.

--No señor, se trata de todas las combinaciones posibles entre n elementos. El cálculo factorial, el del Séjer Yuesirah. El cálculo de las combinaciones y las permutaciones. ¡La esencia misma de la Temurah!

Tenía razón. Una cosa era concebir el vago proyecto de Fludd, para localizar el mapa partiendo de una proyección polar, y otra muy distinta saber cuántos ensayos eran necesarios, y saber cómo realizarlos todos, para llegar a la solución óptima. Sobre todo, una cosa era crear el modelo abstracto de las combinaciones posibles, y otra muy distinta pensar en una máquina que fuese capaz de ejecutarlas. Y así es como Kircher, y su discípulo Schott, proyectan organillos mecánicos, mecanismos que trabajan con tarjetas perforadas, computers ante literam. Basados en el cálculo binario.

Cábala aplicada a la mecánica moderna.

IBM: Iesus Babbage Mundi, Iesum Binarium Magnificamur. AMDG:
¿Ad Maiorem Dei Gloriam? Qué va: -Ars Magna, Digitale Gaudium! IHS:
¡Iesus Hardware & Software!

Se formó, en medio de las más densas tinieblas, una sociedad de seres nuevos que se reconocen sin haberse visto antes se entienden sin haberse expresado, se ayudan sin ser amigos...

Esa sociedad toma del régimen jesuita la obediencia ciega, de la francmasonería las pruebas y las ceremonias exteriores, de los templarios, las evocaciones subterráneas y la audacia inaudita. ¿Acaso el Conde de Saint-Germain hizo otra cosa que imitar a Guillaume Postel, que tenía la manía de fingirse más viejo de lo que era?

(*Marquis de Luchet, Essai sur la secte des illuminés, Paris 1789, V y XII*)

Los jesuitas habían comprendido que la mejor técnica para desestabilizar al enemigo consiste en crear sectas secretas, esperar que los entusiastas peligrosos se precipiten en ellas, y luego detenerlos a todos. O sea, si temes una conjura, organízala, así todos los que podrían participar en ella se ponen bajo tu control.

Recordé el recelo que expresara Aglie sobre Ramsay, el primero en proponer una relación directa entre la masonería y los templarios, pues había insinuado que Ramsay estaba vinculado con ambientes católicos. En efecto, ya Voltaire le había denunciado como hombre de los jesuitas. Cuando surge la masonería inglesa, los jesuitas responden desde Francia con el neotemplarismo escocés.

Así se entendía por qué en respuesta a esa maquinación, en 1789, un tal marqués de Luchet había escrito, anónimo, un célebre *Essai sur la secte des illuminés*, donde arremetía contra todos los iluminados, ya fuesen de Baviera o de otra parte, anarquistas comecuras o místicos neotemplarios, y no se libraban (¡era increíble, todas las piezas de nuestro rompecabezas iban encajando poco a poco, y perfectamente!) ni los paulicianos, para no mencionar a Postel y a Saint-Germain. Y se quejaba de que esas formas de misticismo templario habían quitado credibilidad a la masonería, que en cambio era una sociedad de personas honestas y excelentes.

Los baconianos habían inventado la masonería como una especie de Rick's Café Americain de Casablanca, pero el neotemplarismo jesuita les arruinaba el invento, y entonces enviaban al sicario Luchet para que eliminase a todos los grupos ajenos al ala baconiana.

Aquí, sin embargo, había que tomar en cuenta otro hecho, que el pobre Aglie no lograba ver claro. ¿Por qué de Maistre, que era hombre de los jesuitas, había ido a Wilhemsbad, y siete años antes de que apareciese el marqués de Luchet, a sembrar cizaña entre los neotemplarios?

--El neotemplarismo funcionaba bien en la primera mitad del siglo XVIII --decía Belbo--, pero pésimamente a finales del siglo, uno, porque habían tomado el poder los revolucionarios, a quienes Diosa Razón o Ente Supremo, todo hacia al caso con tal de cortarle la cabeza al rey, ahí tienen ustedes a Cagliostro, y dos, porque al otro lado del Rin se habían entrometido los príncipes alemanes, sobre todo Federico de Prusia, cuyos objetivos no tenían demasiado que ver con los de los jesuitas. Cuando el neotemplarismo místico, quienesquiera que hayan sido sus creadores, produce *La Flauta Mágica*, es natural que los hombres de Loyola decidan deshacerse de él. Es como en el mundo de las finanzas: compras una empresa, la revendes, la liquidas, la declaras en quiebra, revalorizas el capital, conforme a los planes generales, y desde luego no te preocupas demasiado por la suerte del portero. O como con un coche de segunda mano: cuando ya no funciona, lo envías al cementerio de coches.

En el verdadero código masónico no se encontrarán más dioses que el [dios] Manes. Es el [dios] del Masón cabalista, el de los antiguos Rosa-Cruces, es el [dios] del Masón martinista...

Por lo demás, todas las infamias atribuidas a los Templarios son exactamente las mismas que se atribuían a los Maniqueos.

(Abbé Barruel, Mémoires pour servir a l'histoire du jacobinisme, Amburgo, 1798, 2, XIII)

Cuando descubrimos al padre Barruel, la estrategia de los jesuitas se nos aclaró. Entre 1797 y 1798, como reacción ante la revolución francesa, Barruel escribe sus Mémoires pour servir a l'histoire du jacobinisme, verdadera novela por entregas que, menuda casualidad, se inicia con los templarios. Después de la quema de Molay, éstos se transforman en sociedad secreta para destruir la monarquía y el papado, y crear una república mundial. En el siglo XVIII, se apoderan de la francmasonería, que se convierte en su instrumento. En 1763 crean una academia literaria integrada por Voltaire, Turgot, Condorcet, Diderot y d'Alembert, que se reúne en casa del barón d'Holbach y, conjura tras conjura, en 1776 ve la luz la secta de los jacobinos. Estos, por lo demás, son meros títeres en manos de los verdaderos jefes, los iluminados de Baviera, regicidas por vocación.

Cementerio de coches, si, si. Después de haber dividido en dos a la masonería, con la ayuda de Ramsay, los jesuitas habían vuelto a unificarla, para atacarla de frente.

El libro de Barruel produjo cierto efecto, tanto que en los Archives Nationales franceses se conservaban al menos dos informes policiales sobre las sectas clandestinas solicitados por Napoleón. Estos informes están redactados por un tal Charles de Berkheim, quien, fiel a las prácticas de todos los servicios secretos, cuyas informaciones reservadas proceden siempre de fuentes ya publicadas, no encuentra nada mejor que piratear datos primero en el libro del marqués de Luchet, y luego en el de Barruel.

Ante esa estremecedora descripción de los iluminados y esa clara denuncia de un directorio formado por Superiores Desconocidos capaces de dominar el mundo, Napoleón no duda: decide unirse a ellos. Hace nombrar a su hermano José gran maestro del Gran Oriente y él mismo, según muchas fuentes, se pone en contacto con la masonería, mientras que según otros se convierte incluso en uno de sus dignatarios de más alto rango.

Sin embargo, no está claro a qué rito se habría adherido. Quizá, por prudencia, a todos.

No sabíamos qué sabía Napoleón, pero teníamos presente que había estado un tiempo en Egipto, y Dios sabe con qué sabios había hablado a la sombra de las pirámides (a esas alturas hasta un niño era capaz de darse cuenta de que los famosos cuarenta siglos que le contemplaban eran una clara alusión a la Tradición Hermética).

Pero debía de saber muchas cosas, porque en 1806 había convocado una asamblea de judíos franceses. Las razones oficiales eran triviales: reducir la usura, asegurarse la fidelidad de la minoría israelita, obtener nuevas financiaciones... Pero eso no explica por qué decidió llamar Gran Sanedrín a la asamblea, evocando la idea de un directorio de Superiores, más o menos Desconocidos. En realidad, el astuto corso había localizado a los representantes del ala jerosolimitana, y estaba tratando de reunir a los distintos grupos dispersos.

--Tampoco es casual que en 1808 las tropas del mariscal Ney se instalen en Tomar. ¿Ven la relación?

--Estamos aquí sólo para ver las relaciones.

--Ahora Napoleón, que se dispone a derrotar a Inglaterra, controla casi todos los núcleos europeos y, a través de los judíos franceses, también a los jerosolimitanos. ¿Qué le falta?

--Los paulicianos.

--Exacto. Y aún no hemos decidido donde acabaron. Aunque el propio Napoleón nos lo sugiere, porque va a buscarles donde están, en Rusia.

Bloqueados durante siglos en la zona eslava, era natural que los paulicianos se hubieran reorganizado mimetizándose con los distintos grupos místicos rusos. Uno de los consejeros influyentes de Alejandro I era el príncipe Salitzin, vinculado con algunas sectas de inspiración martinista. ¿Y a quién encontramos en Rusia, unos doce años antes que Napoleón, plenipotenciario de los Saboya, dedicado a establecer vínculos con los cenáculos místicos de San Petersburgo? A de Maistre.

A estas alturas de Maistre ya desconfiaba de toda organización de iluminados, que para él eran lo mismo que los ilustrados, responsables del baño de sangre de la revolución. De hecho, en este período, repitiendo casi literalmente las palabras de Barruel, hablaba de una secta satánica que quería conquistar el mundo, y probablemente pensaba en Napoleón. Por tanto, si nuestro gran reaccionario se proponía seducir a los grupos martinistas era porque se había dado cuenta, con gran lucidez, de que, aunque inspiradas en las mismas fuentes que el neotemplarismo francés y alemán, esas sectas eran la manifestación del único grupo aún no corrompido por el pensamiento occidental: el de los paulicianos.

Sin embargo, todo parecía indicar que el plan de de Maistre había fracasado. En 1816 los jesuitas son expulsados de San Petersburgo y de Maistre regresa a Turín.

--Vale --dijo Diotallevi--, hemos reencontrado a los paulicianos. Ahora podemos dejar de lado a Napoleón, cuyo intento también fracasó, porque, si no, le hubiese bastado chasquear un dedo en Santa Elena para poner de rodillas a sus adversarios. ¿Qué sucede ahora entre toda esa gente? Ya me da vueltas la cabeza.

--La de muchos de ellos rodaba --replicó Belbo.

¡Oh, qué bien habéis desenmascarado a esas sectas infernales que preparan el camino del Anticristo!... Sin embargo, hay una de esas sectas a la que sólo os habéis referido de pasada.

(Carta del capitán Simonini a Barruel, en La civilta cattolica, 21.10.1882)

La jugada de Napoleón con los judíos había provocado un cambio de rumbo por parte de los jesuitas. Las Mémoires de Barruel no contenían ninguna referencia a los judíos. Pero, en 1806, Barruel recibe una carta de un tal capitán Simonini, quien le recuerda que incluso Manes y el Viejo de la Montaña eran judíos, que la masonería había sido fundada por los judíos y que los judíos se habían infiltrado en todas las sociedades secretas existentes.

La carta de Simonini se hizo circular hábilmente por París y puso en apuros a Napoleón, que acababa de contactar con el Gran Sanedrín. Sin duda, este contacto también había despertado preocupación entre los paulicianos, porque en aquellos años el Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa Moscovita declaraba: "Hoy Napoleón se propone reunir a todos los judíos que la ira de Dios dispersó por la faz de la tierra, para que destruyan a la Iglesia de Cristo y para que le proclamen a El como el verdadero Mesías."

El bueno de Barruel acepta la idea de que el complot no es sólo masónico, sino judeomasónico. Por lo demás, la idea de esa conjura satánica venía bien para atacar a un nuevo enemigo, la Alta Venta Carbonaria, y, por tanto, a los padres anticlericales del Resurgimiento Italiano, de Mazzini a Garibaldi.

--Pero todo esto sucede a principios del siglo XIX --decía Diotallevi--.

En cambio, la gran ofensiva antisemita empieza a finales del siglo, cuando se publican Los Protocolos de los Sabios de Sión. Los Protocolos se publican en la zona rusa. Por tanto, se trata de una iniciativa pauliciana.

--Lógico --dijo Belbo--. Es evidente que ahora el grupo jerosolimitano se ha dividido en tres ramas. La primera, a través de los cabalistas españoles y provenzales, ha inspirado el ala neotemplaria; la segunda ha sido absorbida por el ala baconiana, y sus miembros se han convertido en hombres de ciencia y banqueros. Contra ellos se dirigen los ataques de los jesuitas. Pero queda una tercera rama, establecida en Rusia. Los judíos rusos son en gran parte pequeños comerciantes y prestamistas, y por tanto son mal vistos por los campesinos pobres; y, en gran parte, como la cultura judía es una cultura del Libro, y todos los judíos saben leer y escribir, muchos de ellos van a engrosar las filas de la *intelligentzia* liberal y revolucionaria. Los paulicianos son místicos, reaccionarios, están estrechamente vinculados con los señores, y se han infiltrado en la corte. Es evidente, en tre ellos y los jerosolimitanos no puede haber entendimiento. Por tanto les interesa desacreditar a los judíos y, a través de los judíos, como han visto hacer a los jesuitas, logran crearles dificultades a sus enemigos del extranjero, tanto a los neotemplaristas como a los baconianos.

No cabe la menor duda. Con todo el poder y el terror de Satanás, el reino del Rey victorioso de Israel se acerca a nuestro mundo no regenerado; el Rey nacido de la sangre de Sión, el Anticristo, se acerca al trono del poder universal.

(Serguei Nilus, Epl70go a los Protocolos)

La idea era aceptable. Bastaba con ver quién había introducido los Protocolos en Rusia.

Uno de los martinistas más influyentes de finales del siglo, Papus, había fascinado a Nicolás II cuando éste visitara París, más tarde había ido a Moscú, y había llevado consigo a un tal Philippe, o sea, Philippe Nizier Anselme Vachod. Poseído por el diablo a los seis años, curandero a los trece, hipnotizador en Lyon, había seducido tanto a Nicolás II como a la histérica de su mujer. Le habían invitado a la corte, le habían nombrado médico de la academia militar de San Petersburgo, general y consejero de Estado.

Entonces sus adversarios deciden oponerle una figura igualmente carismática y capaz de minar su prestigio. Así es como aparece Nilus.

Nilus era un monje peregrino, que vistiendo hábitos talaes peregrinaba (lo dice la palabra misma) por los bosques con su gran barba de profeta, sus dos mujeres, una hijita y una asistente o quizá amante, todas ellas pendientes de sus labios. Mitad gurú, de los que luego huyen llevándose la caja, y mitad eremita, de los que proclaman que el fin está próximo.

Y, en efecto, su idea fija eran las maquinaciones del Anticristo.

El plan de los patrocinadores de Nilus consistía en hacerle ordenar pope para que luego, casándose (mujer más, mujer menos) con Elena Alexandrovna Ozerova, doncella de honor de la zarina, se convirtiese en el confesor de los soberanos.

--Soy un hombre apacible --decía Belbo--, pero empiezo a sospechar que quizá la matanza de Tsarkoie Tseló haya sido una operación de desratización.

En suma, en determinado momento los partidarios de Philippe habían acusado a Nilus de llevar una vida lasciva, y Dios sabe que no se equivocaban demasiado. Nilus había tenido que marcharse de la corte, pero alguien había acudido en su ayuda y le había entregado el texto de los Protocolos.

Puesto que todos confundían a los martinistas (que se inspiraban en Saint Martin) con los martinesistas (seguidores de ese Martines de Pasqually que le inspiraba tan poca confianza a Aglie), y como circulaban rumores de que Pasqually era judío, desacreditando a los judíos se desacreditaba a los martinistas, y desacreditando a los martinistas se eliminaba a Philippe.

De hecho, ya en 1803 había aparecido una primera versión incompleta de los Protocolos, en el Znamia, periódico de San Petersburgo, dirigido por el antisemita militante

Kruschevan. En 1805, con el visto bueno de la censura gubernativa, esta primera versión se había publicado, completa en un libro anónimo: La causa de nuestros males, editado probablemente por un tal Boutmi, que había participado con Kruschevan en la fundación de la Unión del Pueblo Ruso, conocida más tarde como Centurias Negras, que reclutaba delincuentes comunes para llevar a cabo pogroms y atentados de extrema derecha. Boutmi continuaría publicando, ahora ya con su nombre, otras ediciones de la obra, rebautizada Los enemigos de la raza humana - Protocolos procedentes de los archivos secretos de la cancillería central de Sión.

Pero sólo eran libritos baratos. La versión extensa de los Protocolos la que se traduciría en todo el mundo, se publica en 1805 en la tercera edición del libro de Nilus, Lo Grande en lo Pequeño: el Anticristo es una posibilidad política inminente, Tsarkoie Tseló, con el patrocinio de una sección local de la Cruz Roja. El marco era el de una reflexión mística más amplia, y el libro llega a manos del zar. El metropolitano de Moscú prescribe su lectura en todas las iglesias de la ciudad.

--Pero, ¿qué relación existe --pregunté-- entre los Protocolos y nuestro Plan? Siempre se habla de esos Protocolos, ¿nos los leemos?

--Nada más fácil --dijo Diotallevi--, siempre hay un editor que vuelve a publicarlos, bueno, antes lo hacían, demostrando indignación, por deber informativo, ahora, poco a poco, han empezado a hacerlo con satisfacción.

--Siempre tan Gentiles.

Sólo conocemos una sociedad que sería capaz de competir con nosotros en estas artes: la de los jesuitas. Pero hemos logrado desacreditar a los jesuitas ante la plebe ignorante, aprovechando que se trata de una sociedad visible, mientras que nosotros nos mantenemos detrás de los bastidores, conservando el secreto.

(Protocolos, V)

Los Protocolos son una serie de veinticuatro declaraciones programáticas atribuidas a los Sabios de Sión. Los designios de esos Sabios nos habían parecido bastante contradictorios, unas veces quieren abolir la libertad de prensa, y otras veces se proponen impulsar el libre pensamiento. Critican el liberalismo, pero parecen enunciar el programa que las izquierdas radicales atribuyen a las multinacionales capitalistas, incluida la utilización del deporte y la educación visual para estupidizar al pueblo. Estudian diversas técnicas para hacerse con el poder mundial, alaban la fuerza del oro.

Deciden favorecer las revoluciones en todos los países, aprovechando el descontento y confundiendo al pueblo mediante la proclamación de ideas liberales, pero lo que quieren es agudizar las desigualdades. Se proponen instaurar en todas partes regímenes presidenciales controlados por testaferros de los Sabios. Deciden el estallido de guerras, el aumento de la producción de armas y (ya lo había dicho Salon) la construcción de ferrocarriles metropolitanos (¡subterráneos!) para poder minar las grandes ciudades.

Dicen que el fin justifica los medios y se proponen impulsar el antisemitismo, tanto para controlar a los judíos pobres como para ablandar el corazón de los gentiles ante el espectáculo de sus desdichas (caro, decía Diotallevi, pero eficaz). Declaran con candidez “tenemos una ambición ilimitada, una codicia devoradora, un implacable deseo de venganza y un odio profundísimo” (dando pruebas de un exquisito masoquismo, porque reproducen con gusto el cliché del judío malvado que ya circulaba en la prensa antisemita y que adornará la cubierta de todas las ediciones del libro), y deciden abolir el estudio de los clásicos y de la historia antigua.

--Vamos --observaba Belbo--, los Sabios de Sión eran un hatajo de imbéciles.

--Nada de bromas --decía Diotallevi--. Este libro fue tomado muy en serio. Hay algo que me llama la atención. Se presenta como un plan judío con siglos de antigüedad, y todas sus referencias aluden a pequeñas polémicas francesas de finales de siglo. La referencia a la educación visual, que sirve para estupidizar a las masas, aludiría al programa educativo de Léon Bourgeois, que incorpora a nueve masones en su gobierno. En otro pasaje se aconseja apoyar la elección de personas implicadas en el escándalo del canal de Panamá, y tal era el caso de Emile Loubet, presidente de la república en 1899. La referencia al metro corresponde al hecho de que en aquella época los periódicos de derecha protestaban porque en la Compagnie du Metropolitain había muchos accionistas judíos. Todo esto permite suponer que el texto fue compuesto en Francia durante la última década del siglo XIX, en la época del caso Dreyfus, para debilitar al frente liberal.

--A mi no es eso lo que me impresiona --dijo Belbo--, sino el dejavú. Porque, en definitiva, estos Sabios exponen un plan para la conquista del mundo, y yo diría que no es la primera vez que oímos hablar de esto. Eliminen ustedes algunas referencias a hechos y problemas del siglo pasado, reemplacen los subterráneos del metro por los subterráneos de Provins, y cada vez que aparece la palabra judíos sustitúyanla por la palabra templarios, y hagan otro tanto con las expresiones “Sabios de Sión” y “Treinta y seis Invisibles divididos en seis grupos”... Amigos míos, ¿es la Ordonation de Provins!

Voltaire lui-meme está mort jésuite: en avoit-il le moindre soupçon?

(F. N. de Fonleville, Les Jésuites chassés de la Maçonnerie et leur poignard brisé par les Maçons, Orient de Londres, 1788, 2, p. 74)

Hacía tiempo que todos los elementos estaban delante de nuestros ojos, pero nunca habíamos comprendido plenamente su significado. Durante seis siglos seis grupos se disputan la realización del Plan de Provins, cada grupo coge el texto ideal de ese Plan y se limita a cambiar el sujeto para atribuirlo a su enemigo.

Cuando los rosacruces aparecen en Francia, los jesuitas presentan el plan invertido: al desacreditar a los rosacruces, desacreditan a los baconianos y a la naciente masonería inglesa.

Cuando los jesuitas inventan el neotemplarismo, el marqués de Luchet atribuye el plan a los neotemplarios. Los jesuitas, que ahora ya se están deshaciendo de los neotemplarios

a través de Barruel, copian a Luchet, pero atribuyen el plan a los francmasones en general.

Contraofensiva baconiana. Al examinar cuidadosamente los textos de la polémica liberal y laica, habíamos descubierto que desde Michelet y Quinet hasta Garibaldi y Gioberti, todo el mundo atribuía la Ordonation a los jesuitas (tal vez la idea procedía del templario Pascal y sus amigos).

El tema se popularizaba con El judío errante de Eugene Sue, con el personaje del malvado monsieur Rodin, quintaesencia de la conjura jesuítica mundial. Pero investigando la obra de Sue habíamos encontrado algo mucho más interesante: un texto que parecía calcado, pero que era anterior en medio siglo, de los Protocolos, palabra por palabra. Se trataba del último capítulo de Los misterios del Pueblo. Aquí el diabólico plan jesuita se explicaba hasta el último delictuoso detalle en un documento que el general de la Compañía, el padre Roothaan (personaje histórico), enviaba a monsieur Rodin (ya personaje de El judío errante). El documento caía en manos de Rodolphe de Gerolstein (ya héroe de Los misterios de Paris), quien lo revelaba a los demócratas: “Vea usted, estimado Lebrenn, qué bien urdida está esta trama infernal, y qué espantosos sufrimientos, qué horrenda dominación, qué despotismo terrible reserva para Europa y el mundo, si por desgracia lograra consumarse...”

Parecía el prefacio de Nilus a los Protocolos. Sue atribuía a los jesuitas la divisa (que luego aparecería en los Protocolos, atribuida a los judíos) “el fin justifica los medios”.

Nadie nos pedirá que añadamos más pruebas para demostrar que ese grado de Rosa-Cruz fue introducido hábilmente por los jefes secretos de la francmasonería... La identidad de su doctrina, de su odio y de sus prácticas sacrílegas con las de la Cábala, las de los Gnósticos y las de los Maniqueos nos indica la identidad de los autores, es decir los Judíos Cabalistas.

(Monseñor León Meurin, S. J., La Franc-Maçonnerie, Synagogue de Satán, Paris, Retaux, 1893, p. 182)

Cuando se publican Los misterios del pueblo, los jesuitas ven que se les atribuye la Ordonation, y se lanzan sobre la única táctica ofensiva que nadie había utilizado hasta entonces, sacan a relucir la carta de Simonini y atribuyen la Ordonation a los judíos.

En 1869 Gougenot de Mousseaux, célebre por haber escrito dos libros sobre la magia en el siglo XIX, publica Les Juifs, le judaisme et la judaïsation des peuples chrétiens, donde se afirma que los judíos usan la Cábala y son adoradores de Satanás, puesto que una secreta filiación vincula directamente a Cain con los gnósticos, los templarios y los masones. De Mousseaux recibe una bendición especial de Pío IX.

Pero el Plan que Sue había novelado lo aprovechan también otros autores, que no son jesuitas. Había una historia muy interesante, casi policiaca, que sucedió muchos años después. En 1921 el Times, después de la publicación de los Protocolos, que había tomado muy en serio, había descubierto que un terrateniente ruso monárquico, refugiado

en Turquía, había comprado a un ex oficial de la policía secreta rusa, refugiado en Constantinopla, un lote de libros viejos entre los que figuraba uno sin cubierta y en cuyo lomo sólo decía "Joli", con un prefacio fechado en 1864, que parecía ser la fuente literal de los Protocolos. El Times había investigado en el British Museum y había descubierto el libro original de Maurice Joly, *Dialogue aux enfers entre Montesquieu et Machiavel*, Bruselas (pero con la indicación Geneve 1864). Maurice Joly no tenía nada que ver con Crétineau-Joly, pero convenía registrar la analogía, algún significado encerraría.

El libro de Joly era un panfleto liberal contra Napoleón III, en el que Maquiavelo, que representaba el cinismo del dictador, discutía con Montesquieu. Joly había sido detenido por ese acto subversivo, había estado preso quince meses y en 1878 se había suicidado. El programa de los judíos de los Protocolos estaba tomado literalmente del que Joly atribuía a Maquiavelo (el fin justifica los medios) y a través de él a Napoleón. Sin embargo, el Times no se había dado cuenta (a diferencia de nosotros) de que Joly había copiado a mansalva el documento de Sue, publicado al menos siete años antes.

Una escritora antisemita, una apasionada de la teoría del complot y de los Superiores Desconocidos, una tal Nesta Webster, ante este hecho, que reducía los Protocolos a un plagio trivial, nos había sugerido una intuición luminosísima, como sólo el auténtico iniciado, o el cazador de iniciados, es capaz de tenerlas. Joly era un iniciado, conocía el plan de los Superiores Desconocidos y, como odiaba a Napoleón III, se lo había atribuido a él, pero ello no significaba que el plan no existiese independientemente de Napoleón. Como el plan que exponían los Protocolos correspondía exactamente al que suelen urdir los judíos, era evidente que se trataba del plan de los judíos. Lo único que teníamos que hacer era corregir a la señora Webster basándonos en su misma lógica: como el plan se adaptaba perfectamente a lo que hubiesen tenido que pensar los templarios, era el plan de los templarios.

Además nuestra lógica era lógica de los hechos. Nos había encantado la historia del cementerio de Praga. Era la historia de un tal Hermann Goedsche, un pequeño funcionario de los correos prusianos. Goedsche ya había publicado unos documentos falsos para desacreditar al demócrata Waldeck, acusándole de querer asesinar al rey de Prusia. Desenmascarado, se había convertido en el director de *Die Preussische Kreutzzeitung*, órgano de los grandes propietarios conservadores. Más tarde, con el nombre de sir John Readclif, había empezado a publicar novelas sensacionalistas, entre ellas Biarritz, de 1868. Allí describía una escena ocultista que tenía lugar en el cementerio de Praga, muy parecida a la reunión de los iluminados que Dumas describiera al comienzo de *Joseph Balsamo*, donde Cagliostro, jefe de los Superiores Desconocidos, entre los que se sienta Swedenborg, urde la conjura del collar de la reina. En el cementerio de Praga se reúnen los representantes de las doce tribus de Israel, que exponen sus planes para la conquista del mundo.

En 1876, un libelo ruso retoma la escena de Biarritz, pero como si se tratase de un hecho real. Otro tanto hace, en 1881, *Le Contemporain*, en Francia. Y afirma que la noticia procede de una fuente fidedigna, el diplomático inglés sir John Readcliff. En 1896, un tal Bournand publica un libro, *Les Juifs, nos contemporains*, donde sale la escena del cementerio de Praga, y dice que el discurso subversivo fue pronunciado por el gran

rabino John Readclif. Una tradición posterior sostendrá, en cambio, que el verdadero Readclif había sido conducido hasta el cementerio en cuestión por Ferdinand Lasalle, peligroso revolucionario.

Y estos planes son más o menos similares a los que en 1880, o sea unos pocos años antes, se describieron en la *Revue des Etudes Juives* (antisemita), que había publicado dos cartas atribuidas a judíos del siglo XV. Los judíos de Arles piden ayuda a los judíos de Constantinopla porque son perseguidos, y éstos responden: “Amados hermanos en Moisés, si el rey de Francia os obliga a haceros cristianos, hacedlo, porque no podéis hacer otra cosa, pero conservad la ley de Moisés en vuestros corazones. Si os despojan de vuestros bienes, haced que vuestros hijos lleguen a ser comerciantes para que poco a poco les arrebaten los suyos a los cristianos. Si se atenta contra vuestras vidas haced que vuestros hijos lleguen a ser médicos y boticarios, para que puedan quitarles la vida a los cristianos. Si destruyen vuestras sinagogas, haced que vuestros hijos lleguen a ser canónigos y clérigos para que puedan destruir sus iglesias. Si os imponen otras vejaciones, haced que vuestros hijos lleguen a ser abogados y notarios y que se mezclen en los asuntos de todos los estados, para que podáis subyugar a los cristianos, dominar el mundo y vengaros de ellos.”

Se trataba siempre del plan de los jesuitas y, originariamente, la Ordonation templaria. Pocas variantes, permutaciones mínimas: los Protocolos se estaban fabricando por sí solos. Un proyecto abstracto de conjura que migraba de conjura a conjura.

Y cuando nos ingeniamos para descubrir el eslabón que faltaba, el vínculo entre toda esta historia tan bonita y Nilus, nos topamos con Rakovsky el jefe de la terrible Okrana, la policía secreta del zar.

Siempre se necesita una tapadera. La ocultación constituye gran parte de nuestra fuerza. Por eso siempre debemos ocultarnos tras el nombre de otra sociedad.

(Die neuesten Arbeiten des Spartacus und Philo in dem Illuminaten-Orden, 1794, p. 165)

Precisamente en aquellos días, leyendo unas páginas de nuestros diabólicos, habíamos descubierto que el conde de Saint-Germain, entre sus varios disfraces, había utilizado el de Rackoczi, o al menos así lo había identificado el embajador de Federico II en Dresde. Y el landgrave de Hesse, en cuya corte, aparentemente, había muerto Saint-Germain, había dicho que era de origen transilvano y se llamaba Ragozki. A eso había que añadir que Comenio había dedicado su *Pansofia* (obra sin duda imbuida de rosacrucismo) a un landgrave (cuántos landgraves había en nuestra historia) llamado Ragovsky. Ultimo toque al mosaico, hurgando en el puesto de un librero de la piazza Castello, me había topado con una obra alemana sobre la masonería, anónima, en la que una mano desconocida había escrito en la anteportada una nota según la cual el texto era obra de un tal Karl Aug. Ragotgky. Si considerábamos que el misterioso individuo que quizá había matado al coronel Ardentí se llamaba Rakosky, he aquí que encontrábamos la manera de meter, en el trazado del Plan, a nuestro conde de Saint-Germain.

--¿No le estaremos dando demasiado poder a ese aventurero? --preguntaba preocupado Diotallevi.

--No, no---respondía Belbo--. Es imprescindible. Como la salsa de soja en los platos chinos. Si falta, no es cocina china. Mira a Aglie, que entiende un poco de todo esto: no ha tomado como modelo a Cagliostro o a Willermoz. Saint-Germain es la quintaesencia del Homo Hermeticus.

Pierre Ivanovitch Rakovsky. Jovial, insinuante, felino, inteligente y astuto, falsificador genial. Pequeño funcionario, entra en contacto con grupos revolucionarios, en 1879 es detenido por la policía secreta y acusado de haber dado asilo a amigos terroristas que habían atentado contra el general Drentel. Pasa a trabajar para la policía y se inscribe (mira, mira) en las Centurias Negras. En 1890, descubre en París una organización que fabricaba bombas para atentados en Rusia y logra hacer detener en su país a sesenta y tres terroristas. Diez años más tarde se descubrirá que las bombas habían sido fabricadas por sus hombres.

En 1887, difunde la carta de un tal Ivanov, revolucionario arrepentido, quien asegura que la mayoría de los terroristas son judíos; en 1890, una “confession par un vieillard ancien révolutionnaire”, donde se acusa a revolucionarios exiliados en Londres de ser agentes británicos. En 1892, da a conocer un falso texto de Plejanov donde se acusa a la dirección del partido Narodnaia Volia de haber hecho publicar esa confesión.

En 1902, trata de formar una liga antisemita francorrusa. Para ello utiliza una técnica similar a la de los rosacruces. Afirma que esa liga existe para que luego alguien vaya y la cree. Pero además recurre a otra técnica.

Mezcla sabiamente la verdad con la falsedad, y la verdad aparentemente le perjudica, razón por la cual nadie duda de la falsedad. Hace circular por París un misterioso llamamiento a los franceses para que apoyen a una Liga Patriótica Rusa con sede en Jarkov. En el llamamiento se ataca a si mismo atribuyéndose la intención de sabotear la liga, y se desea a si mismo que llegue a cambiar de actitud. Se autoacusa de utilizar a personajes desacreditados como Nilus, lo cual es cierto.

¿Por qué se pueden atribuir los Protocolos a Rakovsky?

El protector de Rakovsky era el ministro Serguei Witte, un progresista que quería transformar Rusia en un país moderno. Por qué un progresista como Witte se servía del reaccionario Rakovsky, lo sabe sólo Dios, pero a esas alturas ya estábamos preparados para todo, nada nos sorprendía.

Witte tenía un adversario político, un tal Elie de Cyon, que ya le había atacado públicamente esgrimiendo argumentos polémicos que recuerdan ciertos pasajes de los Protocolos. Pero en los escritos de Cyon no había referencias a los judíos, porque él mismo era de origen judío. En 1897, por orden de Witte, Rakovsky hace registrar la villa de Cyon en Territat y encuentra un libelo de Cyon basado en el libro de Joly (o en el de Sue;, donde se atribuían a Witte las ideas de Maquiavelo-Napoleón III. Con su talento

para las falsificaciones, Rakovsky reemplaza a Witte por los judíos y hace circular el texto. El nombre de Cyon parece hecho a propósito para evocar a Sión, lo que permite demostrar que es un exponente judío quien denuncia una conjura judía. Así nacieron los Protocolos. El texto cae también en manos de Iuliana o Justine Glinka, que frecuenta en París el ambiente de Madame Blavatsky, y que en los ratos libres espía y denuncia a los revolucionarios rusos en el exilio. La Glinka es sin duda un agente de los paulicianos, que están vinculados con los terratenientes y por tanto desean convencer al zar de que los programas de Witte corresponden a los de la conjura judía internacional. Glinka envía el documento al general Orgeievski quien, a través del comandante de la guardia imperial, lo hace llegar al zar. Witte se encuentra en apuros.

Así es como Rakovsky, arrastrado por su encono antisemita, contribuye a la desgracia de su protector. Y probablemente también a la propia.

De hecho, a partir de entonces perdíamos sus huellas. Tal vez Saint-Germain se había movido hacia nuevos disfraces y nuevas reencarnaciones. Pero nuestra historia había ganado consistencia, racionalidad, claridad, porque estaba corroborada por una serie de hechos reales, tan verdaderos, decía Belbo, como Dios es verdadero.

Todo eso me recordaba las historias de De Angelis sobre la sinarquía.

Lo bueno de la historia, de la nuestra, claro, pero quizá también de la Historia, como insinuaba Belbo, con mirada febril, mientras me pasaba sus fichas, era que unos grupos enfrentados a muerte se estaban eliminando entre sí empuñando cada uno armas del otro.

--El primer deber del buen infiltrado --comentaba-- consiste en denunciar como infiltrados a aquellos entre quienes acaba de infiltrarse.

Belbo había dicho:

--Recuerdo una historia en el pueblo. Al anochecer siempre encontraba, en la avenida, en un Fiat negro, a un tal Remo, o un nombre por el estilo.

Bigotes negros, cabello rizado negro, camisa negra y dientes negros, horriblemente cariados. Y besaba a una muchacha. A mi me daban asco esos dientes negros que besaban aquella cosa bella y rubia, ni siquiera recuerdo su rostro, pero para mi era virgen y prostituta, era el eterno femenino. Y todo mi ser se estremecía. --Instintivamente, había adoptado un tono áulico para manifestar su ironía, consciente de haberse dejado llevar por el abandono inocente de los recuerdos--. Me preguntaba y también había preguntado por ahí, por qué ese Remo, que pertenecía a las Brigadas Negras, podía exhibirse de aquel modo, incluso en períodos en que el lugar no estaba ocupada por los fascistas. Me habían respondido que se decía que era un infiltrado de los partisanos. Así o asá, el caso es que una noche me lo veo en el mismo Fiat negro, con los mismos dientes negros y besando a la misma muchacha rubia, pero con el pañuelo rojo en el cuello y una camisa caqui. Se había pasado a las Brigadas Garibaldinas. Todos le festejaban y había escogido como nombre de guerra X9, como el personaje de Alex Raymond, del que haba

leído El aventurero. Bravo X9, le decían... Y yo le odiaba más aún, porque poseía a la muchacha con el permiso del pueblo. Pero otros decían que era un infiltrado fascista entre los partisanos, y creo que eran los que deseaban a la chica, pero, bueno, así era, X9 resultaba sospechoso...

--¿Y después?

--Perdone, Casaubon, ¿por qué le interesan tanto mis asuntos?

--Porque usted cuenta, y los cuentos pertenecen a lo imaginario colectivo.

--Good point. Pues bien, cierta mañana X9 estaba pasando por fuera de su sector, quizá tenía una cita con la muchacha en el campo, para ir más allá de aquel miserable petting y demostrarle que su verga no estaba tan cariada como sus dientes, perdonen pero todavía no logro quererle, en fin, que los fascistas le tienden una celada, le conducen a la ciudad y a las cinco de la mañana, al día siguiente, le fusilan.

Pausa. Belbo se había mirado las manos, que mantenía unidas, como en una plegaria. Después las había separado y había dicho:

--Eso probaba que no era un infiltrado.

--¿Significado de la parábola?

--¿Quién le ha dicho que las parábolas deben tener un significado? Aunque pensándolo mejor, quizá quiera decir que muchas veces para probar algo hay que morir.

Ego sum qui sum.

(Exodo, 3, 14)

Ego sum qui sum.

An axiom of hermetic philosophy. (Mme. Blavatsky, Isis Unsealed, p. I)

--¿Quién eres tú? --preguntaron al mismo tiempo trescientas voces mientras veinte espadas resplandecían en manos de los fantasmas que estaban más cerca.

--Ego sum qui sum --dijo.

(Alexandre Dumas, Joseph Balsamo, 11)

A la mañana siguiente, volvi a ver a Belbo.

--Ayer escribimos una buena página de folletín --dije--. Pero, si queremos hacer un Plan convincente, quizá tendremos que apegarnos más a la realidad.

--¿Qué realidad? --me preguntó--. quizá sólo el folletín nos dé la verdadera medida de la realidad. Nos han engañado.

--¿Quiénes?

--Nos han hecho creer que por un lado está el gran arte, el que representa personajes típicos en situaciones típicas, y por el otro la novela por entregas, que habla de personajes atípicos en situaciones atípicas. Pensaba que un verdadero dandy nunca haría el amor con Scarlett O'Hara y ni siquiera con Constance Bonacieux o con la Perla de Labuan. Yo jugaba con el folletín, para darme un paseo fuera de la vida. Me tranquilizaba porque me proponía lo inalcanzable. Pero no.

--¿No?

--No. Tenía razón Proust: la vida está mejor representada en la música mala que en una Missa Solemnis. El arte nos engaña y nos tranquiliza, nos hace ver el mundo tal como los artistas quisieran que fuese. El folletín hace como si bromeara, pero luego nos hace ver el mundo tal como es, o al menos tal como será. Las mujeres se parecen más a Milady que a Madame Bovary. Fu Manchú es más real que Pierre Besucov, y la Historia se parece más a la que cuenta Sue que a la proyectada por Hegel. Shakespeare, Melville, Balzac y Dostoievski cultivaron el folletín. Lo que ha sucedido en la realidad es lo que habían contado por adelantado las novelas por entregas.

--Es más fácil imitar al folletín que al arte. Llegar a ser la Gioconda es un buen esfuerzo, convertirse en Milady sigue nuestra tendencia natural hacia la facilidad.

Diotallevi, que hasta entonces había permanecido en silencio, observó:

--Miren el caso de Aglie. Le resulta más fácil imitar a Saint-Germain que a Voltaire.

--Si --asintió Belbo--. En el fondo, también a las mujeres les resulta más interesante Saint-Germain que Voltaire.

Después encontré este Sile, en el que Belbo resumía nuestras conclusiones en clave novelesca. Digo en clave novelesca porque me doy cuenta de que se divirtió reconstruyendo la historia sin poner, de su cosecha, nada más que unas pocas frases de enlace. No consigo identificar todas las citas, los plagios, los préstamos, pero he logrado reconocer muchos pasajes de este furibundo collage. Una vez más, para escapar a la inquietud de la Historia, Belbo había escrito y revisitado la vida por interpósita escritura.

file name: El regreso de Saint-Germain.

Ya han transcurrido cinco siglos desde que la mano vengadora del Omnipotente me arrojara desde las profundidades del Asia hasta estas tierras. A mi paso voy sembrando el terror, la desolación, la muerte. Pero, qué diantres, soy el notario del Plan, aunque los otros lo ignoren. He visto cosas mucho peores, y tramar la noche de San Bartolomé me resultó más tedioso que lo que estoy a punto de hacer. Oh ¿por qué mis labios se

tuercen en esta sonrisa satánica? Soy el que soy, ah, si el maldito Cagliostro no me hubiese usurpado incluso este último derecho.

Pero se avecina el momento de la victoria. Soapes, cuando yo era Kelley, me lo enseñó todo, en la Torre de Londres. El secreto consiste en transformarse en otro.

Con astutos engaños he hecho encerrar a Giuseppe Balsamo en la fortaleza de San Leo, y me he apoderado de sus secretos. Como Saint-Germain ha desaparecido: ahora todos creen que soy el conde de Cagliostro.

Hace poco que ha sonado la medianoche en todos los relojes de la ciudad. Reina una calma sobrenatural. Este silencio me resulta sospechoso. La noche es espléndida, aunque gélida, desde lo alto la luna derrama su helada claridad sobre las impenetrables callejas del viejo Paris. Podrían ser las diez de la noche: poco ha que el campanario del convento de los Black Fnars ha dado lentamente las ocho. El viento impulsa con metálico, lúgubre chirrido las veletas que jalonan la desolada extensión de los tejados. Una espesa mortaja de nubes cubre el cielo.

¿Volvemos a subir, capitán? No, al contrario, nos hundimos.

Maldición, dentro de poco el Patna se irá a pique, salta, Jim el del Cáñamo, salta. ¿Acaso no daría para escapar a esta angustia un diamante grande como una avellana? Orzad la barra, la cangreja, el juanete de proa, ¿y qué más quieres, maldito? ¡allá abajo sopla el viento!

Mis dientes desgranar horribles chirridos y una palidez mortal enciende verdosas llamaradas en mi rostro de cera.

¿Cómo he llegado hasta aquí, yo, que parezco la imagen misma de la venganza? Los espíritus infernales sonreirán con desdén ante las lágrimas del ser cuya amenazadora voz tantas veces les ha hecho temblar en el fondo de su abismo de fuego.

Vamos, allá brilla una luz.

¿Cuántos peldaños he bajado hasta llegar a este cuchitril?

¿Siete? ¿Treinta y seis? No ha habido piedra que haya rozado, ni paso que haya dado, que no ocultase un jeroglífico. Cuando lo revele, mis fieles conocerán finalmente el Misterio. Después sólo habrá que descifrarlo, y su solución será la Clave, tras la cual se oculta el Mensaje, que al iniciado, y sólo a él, le dirá claramente cuál es la naturaleza del Enigma.

Del enigma al desciframiento la distancia es muy breve, y una vez recorrida surgirá con claridad el hierograma, en el que se purificará la plegaria de la interrogación. Después ya nadie podrá ignorar el Arcano, ese velo o manto o tapiz egipcio que cubre el Pentáculo. Y de allí hacia la luz, hasta revelar el Sentido Oculto del Pentáculo, la Pregunta Cabalística a la que sólo unos pocos responderán, para proclamar con voz atronadora cuál es el

Signo Insondable. Has de inclinarte sobre El, y Treinta y Seis Invisibles deberán enunciar la respuesta, la enunciación de la Runa cuyo sentido sólo es accesible a los hijos de Hermes, a quienes será entregado el Sello Sardónico, la máscara tras la cual se perfilará ese rostro que se han propuesto dejar al descubierto, el Jeroglífico Místico, el Sublime Anagrama...

“¡Sator Arepo!” grito con voz capaz de hacer temblar a los espectros. Y, dejando a un lado la rueda que sostiene con la rápida acción de sus manos asesinas, Sator Arepo aparece, obedeciendo a mi orden. Lo reconozco, ya me sospechaba quién podía ser. Es Luciano, el empaquetador mutilado, al que los Superiores Desconocidos han designado ejecutor de mi infame y sangrienta faena.

“Sator Arepo.. pregunto con tono burlón, “¿sabes tú cuál es la respuesta final que se oculta tras el Sublime Anagrama?”

“No, señor conde” responde el incauto, “y espero que vos me la reveléis.”

Una infernal carcajada brota de mis pálidos labios y retumba en las vetustas bóvedas.

“¡Iluso! ¡Sólo el verdadero iniciado sabe que no la sabe!”

“Sí, amo” responde obtuso el empaquetador mutilado, “lo que vos queráis. Estoy preparado.”

Estamos en un sórdido cuchitril de Clignancourt. Esta noche debo castigarte a ti, antes que a nadie, a ti que me has iniciado en el noble arte del crimen. A ti, que finges amarme y peor aún, lo crees, y a los enemigos sin nombre con los que pasarás el próximo fin de semana. Luciano, testigo inoportuno de mis humillaciones, me prestará su brazo --el único-- y después morirá.

Un cuchitril con una trampa en el suelo, por la que se accede a una especie de torrentera, de réservoir de conducto subterráneo, utilizado desde tiempos inmemoriales para almacenar mercancías de contrabando. y que invaden inquietantes humedades, porque limita con las galerías de las alcantarillas de Paris, laberinto del crimen, cuyas viejas paredes rezuman miasmas indescritibles, de modo que basta con practicar, ayudado por Luciano, fidelísimo en el mal, un agujero en la pared para que el agua entre a borbotones, inunde el sótano, derrumbe los muros ya inseguros, y conecte la torrentera con el resto de las alcantarillas, donde flotan costras putrescentes, la superficie negruzca que se divisa por la abertura de la trampa es ahora antesala de la perdición nocturna: a lo lejos, a lo lejos, el Sena, y luego el mar..

De la trampa cuelga una escala de cuerda, amarrada al borde superior, y en ella, casi tocando la superficie del agua, se instala Luciano, con un cuchillo: una mano se aferra al primer peldaño, la otra agarra el puñal, la tercera espera a que aparezca la víctima para atraparla. “Ahora aguarda, en silencio” le digo, “ya verás.”

Te he convencido de que eliminemos a todos los hombres de la cicatriz. Ven conmigo, sé mía para siempre, eliminemos esas presencias inoportunas, bien sé que no les amas, me lo has dicho, quedaremos tú y yo, y las corrientes subterráneas.

Acabas de entrar, altiva como una vestal, encogida y encorvada como una arpía, oh visión infernal que despiertas mis centenarios ímpetus y enciendes en mi pecho la llama del deseo oh espléndida mulata, instrumento de mi perdición. Mis manos como garras rasgan la camisa de fina batista que adorna mi pecho, y con las uñas lo cubro de sangrientos surcos, mientras un ardor atroz consume mis labios fríos como las manos de la serpiente. Un sordo rugido brota de las cavernas más negras de mi alma y desborda la cerca de mis ferinos dientes --yo, centauro vomitado por el Tártaro-- y el silencio es tal que casi no se oye ni el vuelo de una salamandra, porque mi alarido contengo y a ti me acerco con una sonrisa atroz.

“Querida mía, mi Sophia” te digo con esa gracia felina con que sólo el jefe secreto de la Okrana es capaz de hablar. “Ven, te estaba esperando, ocúltate conmigo en las tinieblas, y espera.” Sí, ríe, arpía encorvada, viscosa, saborea de antemano alguna herencia o botín, un manuscrito de los Protocolos para vendérselo al zar... ¡Qué bien sabes ocultar tras ese rostro angelical tu naturaleza demoniaca, pudorosamente enfundada en tus andróginos blue jeans, mientras la T-shirt casi transparente consigue sin embargo ocultar el infame lirio que estampara sobre tus blancas carnes el verdugo de Lille!

Ya está aquí el primer insipiente que ha caído en mi celada.

Apenas distingo sus facciones, bajo el herreruelo que lo cubre, pero me muestra el signo de los templarios de Provins. Es Soapes, el sicario del grupo de Tomar. “Conde” me dice, “ha llegado el momento. Durante demasiados años hemos errado por el mundo. Vos tenéis el último fragmento del mensaje, yo, el que apareció al comienzo del Gran Juego. Pero ésta es otra historia. Reunamos nuestras fuerzas, y que los otros...”

Completo su frase: “Y que los otros se vayan al infierno. Hermano, ve al centro de la habitación. allá hay un cofre, y en el cofre está lo que buscas desde hace siglos. No tengas miedo de la oscuridad, no nos amenaza, nos protege.”

El insipiente da unos pasos, avanza casi a tientas. El ruido sordo de un cuerpo al caer Ha caído por la trampa, a ras del agua. Luciano le agarra y descarga su puñal, un fulmíneo tajo en el cuello y el borboteo de la sangre se confunde con el fermentar de los pútridos humores atónicos.

Llaman a la puerta. “¿Eres tú, Disraeli?”

“Sí” responde el desconocido, al que mis lectores ya habrán reconocido como el gran maestro del grupo inglés, que ha conquistado los fastos del poder, pero aún no se da por satisfecho.

El habla: "My Lord, it is useless to deny, because it is impossible to conceal, that a great part of Europe is covered with a network of these secret societies, just as the superficies of the earth is now being covered with railroads....."

"Eso ya lo dijiste en la Cámara de los Comunes el 14 de julio de 1856, no se me escapa nada. Vayamos al grano."

El judío baconiano maldice entre dientes, y prosigue: "Son demasiados. Ahora los treinta y seis invisibles son trescientos sesenta. Multiplica por dos, setecientos veinte. Réstale los ciento veinte años al cabo de los cuales se abren las puertas, y tendrás seiscientos, como la carga de la Brigada Ligera."

Qué hombre, la ciencia secreta de los números no tiene secretos para él. "¿Y entonces?" "Nosotros tenemos el oro; tú, el mapa. Unámonos y seremos invencibles."

Con ademán hierático le señalo el cofre fantasmagórico que él, cegado por la avidez, cree divisar entre las sombras. Avanza, cae.

Oigo el siniestro resplandor del puñal de Luciano, a pesar de las tinieblas consigo ver el estertor que brilla en la muda pupila del inglés. Se ha hecho justicia.

Espero al tercero, al hombre de los rosacruces franceses Monffaucon de Villars; dispuesto a traicionar los secretos de su secta, ya estoy Informado.

"Soy el conde de Gabalis" se presenta, el muy fatuo y mentiroso.

No necesito susurrar muchas palabras para encaminarle hacia su destino. Cae, y Luciano, sediento de sangre, hace su faena. Tú sonríes conmigo en las tinieblas, me dices que eres mía y tuyo será mi secreto. Engáñate, engañate, siniestra caricatura de la Sefirah. Sí, soy tu Simone, espera, aún te falta conocer lo mejor. Y cuando lo sepas habrás dejado de saberlo.

¿Qué más cabe añadir? Uno a uno van entrando los demás.

El padre Bresclani me había dicho que en representación de los iluminados alemanes vendría Babette de Interlaken, biznieta de Weishaupt, la gran virgen del comunismo helvético, criada entre orgías, atracos y homicidios, experta en arrebatar secretos impenetrables, en abrir mensajes sin violar sus sellos en administrar venenos obedeciendo a los dictados de la secta.

Pues bien, la joven agatodemonio del delito llega envuelta en un abrigo de piel de oso blanco, los largos cabellos rubios escapan del insolente colback, su mirada es altiva, su expresión sarcástica. Y, con el señuelo habitual, la envió a la perdición.

Ah, ironía del lenguaje --ese don que nos ha dado la naturaleza para silenciar los secretos de nuestra alma. La iluminada ha caído en la trampa de la Oscuridad. La oigo

vomitara horribles blasfemias, mientras el cuchillo de Luciano hurga tres veces en su impenitente corazón. Déja vu, déja vu...

Ahora le toca a Nilus, quien llegó a pensar que se había apoderado tanto de la zarina como del mapa. Monje sucio y lujurioso, ¿querías el Anticristo? Pues aquí lo tienes, pero no lo ves.

Y ciego, entre místicas lisonjas, lo encamino hacia el infame escotillón que ha de tragarme. Luciano le parte el pecho con una herida en forma de cruz, y él se hunde en el sueño eterno.

Debo superar la desconfianza ancestral del último, el Sabio de Sión, que se hace pasar por Ahasverus, el Judío Errante, inmortal como yo. Desconfía, mientras me dirige una sonrisa untuosa y muestra una barba aún empapada de la sangre de las tiernas criaturas cristianas que suele sacrificar en el cementerio de Praga. Sabe que soy Rakovsky, de modo que debo ser más astuto que él. Le doy a entender que el cofre no sólo contiene el mapa, sino también unos diamantes en bruto, que aún hay que tallar. Conozco la fascinación que los diamantes en bruto ejercen sobre esa estirpe deicida. Se encamina hacia su destino impulsado por la avidez y es a su Dios, cruel y vengador, a quien maldice mientras muere, traspasado como Hiram, y no le resulta fácil ni siquiera maldecirle, porque su Dios no tiene un nombre pronunciable.

Iluso de mí, que creía haber concluido la Gran Obra.

Como empujada por un torbellino, vuelve a abrirse la puerta del cuchitril y aparece una figura de rostro lívido, con las manos devotamente recogidas sobre el pecho, la mirada huidiza, incapaz de ocultar su identidad porque viste las negras vestiduras de su negra Compañía. ¡Un hijo de Loyola!

“¡Crétineau!” grito, me he dejado engañar.

El levanta la mano en un hipócrita ademán de bendición.

“No soy el que soy” me dice con una sonrisa desprovista de todo rasgo de humanidad.

Es cierto, siempre han usado esa técnica: unas veces se niegan a sí mismos su propia existencia, y otras proclaman el poder de su orden para intimidar al pusilánime.

“Siempre somos distintos de lo que vosotros creéis, hijos de Belial (dice ahora ese seductor de soberanos). Pero tú, oh SaintGermain...”

“¿Cómo sabes quién soy yo en realidad?” pregunto turbado.

Me dirige una sonrisa amenazadora: “Me has conocido en otras épocas, cuando intentaste apartarme de la cabecera de Postel, cuando, haciéndome llamar Abad de Herblay, te acompañe a despedirte de una de tus encarnaciones en el corazón de la Bastilla (¡oh, siento aún en el rostro la máscara de hierro que la Compañía, con ayuda de

Colbert, me había impuesto como castigo!), me conociste cuando espiaba tus conciliábulos con d'Holbach y Condorcet..."

"¡Rodin!" exclamo como alcanzado por un rayo.

-Sí, Rodin, ¡el general secreto de los jesuitas! Rodin, a quien no engañarás haciéndole caer en la trampa como has hecho con los otros incautos. Has de saber, oh Saint-Germain, que no existe delito, artificio nefasto, engaño criminal, que nosotros no hayamos inventado antes que vosotros, ¡para mayor gloria de ese Dios nuestro que justifica los medios! Cuántas cabezas coronadas no habremos hecho caer en la noche sin mañana, en trampas mucho más sutiles, para obtener el dominio del mundo. ¿Y ahora quieres impedir que, a un paso ya de la meta, nuestras rapaces manos se apoderen del secreto que desde hace cinco siglos impulsa la historia del mundo?"

Mientras esto dice, Rodin va adquiriendo un aspecto terrorífico. Todos los instintos de ambición sanguinaria, sacrílega execrable, que se habían manifestado en los papas del Renacimiento, asoman ahora en la frente de este hijo de Ignacio. Sí: una insaciable sed de dominio agita su impura sangre, un sudor ardiente lo inunda, una especie de vapor nauseabundo se difunde a su alrededor ¿Cómo destruir a este último enemigo? De pronto sobreviene la Intuición imprevista, como sólo puede alimentar una mente para la que, desde hace siglos, el alma humana ha dejado de tener secretos inviolables.

"Mírame" digo, "también yo soy un Tigre."

De un solo golpe te empujo hasta el centro de la habitación y te arranco la T-shirt, desgarró el cinturón de la ceñida coraza que oculta los encantos de tu vientre ambarino Y ahora tú, a la pálida luz de la luna que penetra por la puerta entornada te yergues más bella que la serpiente que sedujo a Adán, altiva y lasciva, virgen y prostituta, vestida sólo con tu carnal poder porque la mujer desnuda es la mujer armada.

El egipcio klaft desciende por tu abundante cabellera, azul de tan negra, mientras tus senos palpitan bajo la ligera muselina. Alrededor de la pequeña frente curvada y obstinada se enrosca el dorado uraeus de esmeraldinos ojos, que por encima de tu cabeza esgrime su triple lengua de rubí. Oh, tu negra túnica de gasa con reflejos plateados, ceñida por una faja recamada con funestos iris y perlas también negras. ¡Tu combado pubis afeitado sin piedad para que en ti tus amantes abracen la desnudez de una estatua! ¡La punta de tus pezones que ya ha rozado el suave pincel de tu esclava de Malabar, mojado en el mismo carmín que ensangrienta tus labios, incitantes como una herida!

Rodin ya jadea. Las largas abstinencias, la vida inmolada a un sueño de poder, no han hecho más que prepararle mejor para este deseo incontenible. Ante esta reina bella e impúdica, con ojos negros como los del demonio, con hombros torneados, cabellos fragantes, piel blanca, tersa, Rodin es invadido por la esperanza de ignoradas caricias, de placeres inefables, y su carne tiembla como la del dios silvestre que contempla a la ninfa desnuda reflejada en las aguas en que Narciso ha hallado su cruel destino. Adivino a contraluz su rictus compulsivo, está como petrificado por la Medusa, esculpido en el

deseo de una virilidad reprimida y ya declinante, llamaradas obsesivas de lascivia envuelven sus carnes, y es como un arco tendido hacia la meta, tendido hasta que cede y se quiebra.

De repente cae al suelo, se arrastra ante esa aparición, su mano es una garra tendida que suplica un sorbo de elixir. "Oh" exclama en un estertor. "Qué bella eres. Cómo brillan tus dientecitos de lobezna cuando entreabres esos labios rojos, carnosos... Tus grandes ojos de esmeralda que tan pronto se iluminan como se apagan. Oh demonio de voluptuosidad."

Y motivo no le falta, al miserable, mientras mueves tus caderas enfundadas en la tela azulina y echas el pubis hacia adelante para acabar de enloquecer al flipper.

"Oh, visión" exclama Rodin, "sé mía. Sólo un instante, un instante de placer que colme una vida sacrificada a una divinidad celosa, una chispa de lujuria que compense las eternas llamas a las que tu visión me empuja y precipita. Te lo ruego, roza mi rostro con tus labios, tú Antinea, tú María Magdalena, tú a quien he deseado en el rostro de las santas pasmadas por el éxtasis, a quien he codiciado en mis hipócritas adoraciones de rostros virginales, oh, Señora, bella como el sol, blanca como la luna, sí, sí, reniego de Dios, y de los Santos y del propio Pontífice romano, aún diría más, reniego de Loyola, y del criminal juramento que me liga a la Compañía, te suplico un solo beso, que acabe con mi vida."

Ha dado otro paso, arrastándose sobre las tumefactas rodillas, con la sotana recogida sobre la cintura y la mano aún más tendida hacia esa felicidad inalcanzable. De repente ha caído de espaldas, sus ojos parecen querer salirse de las órbitas. Atroces convulsiones imprimen a sus rasgos descargas inhumanas, como las que la pila de Volta produce en el semblante dormido de los cadáveres. Una espuma azulina enrojece sus labios, de los que brota una voz sibilante y ahogada, como la de un hidrófobo, porque, como bien dice Charcot, cuando esta terrible enfermedad llamada satiriasis, castigo de la lujuria, llega a su fase paroxística, sus síntomas, sus estigmas, coinciden con los de la locura canina.

Es el fin. Rodin lanza una carcajada demencial. Después se desploma exánime, imagen viva de la rigidez cadavérica.

En un solo instante se ha vuelto loco y ha muerto condenado.

Me he limitado a empujar el cuerpo hacia la trampa, con cuidado, para no ensuciar el charol de mis borceguíes con la pringosa sotana de mi último enemigo.

Ya no se necesita el puñal homicida de Luciano, pero el sicario ya no puede controlar sus gestos, presa de una feroz compulsión repetitiva, ríe al tiempo que apuñala un cadáver privado ya de vida.

Ahora voy contigo hasta el borde de la trampa, te acaricio el cuello y la nuca, mientras tú te inclinas para gozar del espectáculo, te digo: “¿estás contenta de tu Rocambole, amor mío inaccesible?”

Y mientras asientes colmada de lascivia y con una mueca burlona entreabres los labios dejando caer unas gotas de saliva que van a perderse en el vacío, mis dedos empiezan a apretarte imperceptiblemente, qué haces, amor mío, nada, Sophia te mato, ahora soy Giuseppe Balsamo y ya no te necesito.

La querida de los Arcontes expira, cae al agua, con una cuchillada. Luciano ratifica el veredicto de mi despiadada mano y entonces le digo: “Ahora puedes subir, fiel servidor, ángel maligno”, y, mientras sube y me da la espalda, le clavo entre los omóplatos un fino estilete de hoja triangular que casi no deja cicatriz. Se precipita, cierro la trampa, ya está, me marchó de aquel cuchitril, mientras ocho cuerpos navegan hacia el Chatelet, atravesando conductos que sólo yo conozco.

Regreso a mi pisito del Faubourg Saint-Honore, me miro en el espejo. Muy bien, digo para mis adentros, soy el Rey del Mundo. Desde mi aguja hueca domino el universo. En ciertos momentos mi poder llega a marearme. Soy un maestro de energía. Estoy ebrio de autoridad.

Pero, ay, la vida no tardará en descargar su venganza. Meses después, en la cripta más profunda del castillo de Tomar ya en poder del secreto de las corrientes subterráneas y amo de los seis lugares sagrados otrora dominados por los Treinta y Seis Invisibles, último de los últimos templarios y Superior Desconocido de todos los Superiores Desconocidos, me dispongo a desposar a Cecilia, la andrógina de los ojos de hielo, de la que ya nada me separa. La he reencontrado al cabo de muchos siglos, después de que me la arrebatara el hombre del saxofón. Ahora camina haciendo equilibrios por el borde del respaldo del banco, azul y rubia, y aún ignoro lo que oculta el vaporoso tul que la engalana...

La capilla está excavada en la roca, sobre el altar hay una inquietante pintura que representa los suplicios de los condenados en las vísceras del infierno. Algunos monjes encapuchados me rodean como un halo tenebroso, pero yo no siento turbación, sólo fascinación por la fantasía ibérica...

De pronto, ¡horror!, el cuadro se levanta y al otro lado aparece, obra de un Arcimboldo de las cavernas, otra capilla, en todo similar a ésta, y allá, ante otro altar, está arrodillada Cecilia, y junto a ella --un sudor helado moja mi frente, se me erizan los cabellos--, ¿a quién veo, que ostenta burlón su cicatriz? ¡Al Otro, al verdadero Giuseppe Balsamo, que alguien ha liberado de su calabozo en San Leo!

¿Y yo? Es entonces cuando el más viejo de los monjes se quita la capucha y reconozco la horrible sonrisa de Luciano que, Dios sabe cómo, se ha salvado de mi estilete, de las alcantarillas, del sangriento lodo que, ya cadáver, debía de haberle arrastrado hasta el silencioso fondo de los ocbanos... y se ha pasado al bando de mis enemigos movido por justa sed de venganza.

Los monjes se quitan las túnicas y aparecen encubiertos en unas armaduras hasta entonces invisibles, en sus níveos mantos una cruz incandescente. ¡Son los templarios de Provins!

Me cogen, me obligan a volver la cabeza, a mis espaldas ha aparecido un verdugo con dos ayudantes deformes, me colocan en una especie de garrote y una marca de fuego me encomienda eternamente al carcelero, la infame sonrisa del Bafomet queda impresa para siempre en mi hombro, ahora comprendo, para que pueda reemplazar a Balsamo en San Leo, o sea para volver a ocupar el puesto que me estaba asignado desde el principio de los tiempos.

Pero me reconocerán, digo para mis adentros, y como ahora todos creen que soy él, y que él es el condenado, no faltará quien venga en mi ayuda --al menos mis cómplices--, no es posible reemplazar a un prisionero sin que nadie lo advierta, ya no estamos en la época de la máscara de Hierro... ¡Illuso!

De pronto comprendo, mientras el verdugo inclina mi cabeza sobre una palangana de cobre de la que brotan vapores verdosos... ¡El vitriolo!

Me ponen una venda en los ojos y me bajan la cabeza hasta tocar el líquido voraz, un dolor insostenible, punzante, la piel de mis mejillas, de la nariz, de la boca, de la barbilla, se arrebata, se arruga, se descama; un solo segundo, pero, cuando levantan mi cabeza tirándome del cabello, mi rostro ya es irreconocible, una tabes, una viruela, una nada indescriptible, un himno a la repugnancia, regresaré al calabozo como regresan muchos fugitivos que han tenido el valor de desfigurarse para que no puedan prenderles.

Ah, grito derrotado y, según el narrador, una palabra brota de mis corruptos labios, un suspiro, un grito de esperanza: ¡Redención!

Pero, ¿redención de qué, viejo Rocambole? ¡Sabías muy bien que no debías tratar de ser un protagonista! Has sido castigado, y con tus mismas artes. Has humillado a los escribas de la ilusión, y ahora --ya lo ves-- escribes, con la coartada de la máquina. Te engañas creyendo que eres un espectador, porque te lees en la pantalla como si las palabras fuesen de otro, pero has caído en la trampa, y ahora tratas de dejar huellas en la arena. Te has atrevido a cambiar el texto de la novela del mundo, y ahora la novela del mundo te atrapa en sus tramas, te amarra a su intriga, que tú no has decidido.

Más te hubiese valido quedarte en tus islas, Jim el del Cáñamo, y que ella hubiese pensado que habías muerto.

El partido nacionalsocialista no toleraba las sociedades secretas porque él mismo era una sociedad secreta, con su gran maestro, su gnosis racista, sus ritos y sus Iniciaciones.

(René Alleau, Les sources occultes du nazisme, Parls, Grasset, 1969, p. 214)

La mirada perdida en el vacío, la estilográfica a punto de caérsele de la mano. No estaba dormido, estaba extenuado.

Pero había otro motivo por el que aceptábamos el progresivo abandono de Aglie, que se limitaba a devolvernos los originales que había descartado y desaparecer en el corredor. En realidad, no queríamos que escuchase nuestras conversaciones. Si nos hubiesen preguntado por qué, habríamos respondido que por vergüenza, o por delicadeza, puesto que estábamos parodiando unas metafísicas en las que él de alguna manera creía. Pero en realidad lo hacíamos por desconfianza, poco a poco nos iba invadiendo esa reserva típica de quien se sabe poseedor de un secreto, e insensiblemente estábamos empujando a Aglie hacia la plebe de los profanos, nosotros, que paulatinamente, y sonriendo cada vez menos, llegábamos a conocer lo que habíamos inventado. Además, como dijo Diotallevi en un momento de buen humor, ahora que teníamos un Saint-Germain verdadero ya no sabíamos qué hacer con uno supuesto.

Aglie no parecía agraviado por nuestra reticencia. Nos saludaba con toda gentileza y se eclipsaba. Una gentileza que ya rozaba la arrogancia.

Un lunes por la mañana llegué tarde a la oficina, y Belbo, impaciente, me invitó a pasar a su despacho; también llamó a Diotallevi.

--Hay grandes novedades --había dicho.

Iba a empezar a hablar cuando llegó Lorenza. Belbo estaba dividido entre la alegría de aquella visita y la impaciencia por comunicarnos sus descubrimientos. Inmediatamente después oímos que llamaban a la puerta y se asomó Aglie:

--No quiero molestar. Por favor, quédense sentados. No me atrevería nunca a perturbar un cónclave tan importante. Sólo quiero decirle a nuestra querida Lorenza que estoy allí, en las oficinas del señor Garamond.

Quizá pueda atreverme a invitarla a tomar un jerez, a la hora del aperitivo en mi despacho.

En su despacho. Aquella vez Belbo perdió la calma. Tal como él podía perderla. Esperó a que saliese Aglie y luego murmuró:

--Ma gavte la nata.

Lorenza, que aún estaba haciendo gestos cómplices de alegría, preguntó qué significaba esa expresión.

--Es dialecto turinés. Significa quítate el tapón o, si prefieres, tenga usted la bondad de quitarse el tapón. Ante una persona arrogante y engreída se piensa que está hinchada por su propia presunción e igualmente se supone que esa inmoderada autoestima mantiene en vida el cuerpo dilatado únicamente porque un tapón, metido en el esfínter, impide que toda esa aerostática dignidad se disipe, habida cuenta de lo cual, al invitar al

sujeto a que se quite ese corcho, se le condena a ejecutar su propio e irreversible desinflarse, que suele ir acompañado de un silbido muy agudo y a resultas del cual la envoltura del sujeto queda reducida a poca cosa, imagen descarnada y fantasma exangüe de la originaria majestad.

--No pensaba que pudieras ser tan vulgar.

--Pues ya lo sabes.

Lorenza se marchó, fingiendo enfado. Yo sabía que a Belbo aquello le dolía mucho más: la rabia verdadera lo habría tranquilizado, pero un malhumor teatral le hacía pensar que también eran ficticias en Lorenza las manifestaciones de pasión, siempre. Y creo que por eso dijo en seguida, con determinación:

--Sigamos adelante.

Y quería decir, prosigamos con el Plan, trabajemos en serio.

--No tengo ganas --había dicho Diotallevi--. No me siento bien. Me duele aquí --y se tocaba el estómago--, creo que tengo gastritis.

--Vamos --le había respondido Belbo--, si no la tengo yo... ¿Y que te ha provocado la gastritis? ¿El agua mineral?

--quizá --había sonreído Diotallevi, tenso--. Anoche me excedí. Estoy acostumbrado a beber Perrier, y pedí Vichy.

--Pues ten cuidado, esos excesos podrían matarte. Pero, vayamos a lo nuestro, porque hace dos días que me muero de ganas de contar esto. Al fin he descubierto por qué los treinta y seis invisibles llevan siglos sin saber qué forma tiene el mapa. John Dee estaba equivocado, hay que rehacer la geografía. Vivimos dentro de una tierra hueca, envueltos por la superficie terrestre. Y Hitler lo había comprendido.

El nazismo fue el momento en que el espíritu de magia se apoderó de las palancas del progreso material. Lenin decía que el comunismo es el socialismo más la electricidad. En cierto sentido, el hitlerismo era el guenonismo más las divisiones blindadas.

(Pauwels y Bergier, Le matin des magiciens, Paris, Gallimard, 1960, 2, VII)

Belbo había logrado meter incluso a Hitler en el plan.

--Todo escrito, pruebas al canto está constatado que los fundadores del nazismo estaban vinculados con el neotemplarismo teutónico.

--Como el sol que nos ilumina.

--No estoy inventando, Casaubon, ¡por una vez no estoy inventando!

--Tranquilo, ¿cuándo hemos inventado? Siempre hemos partido de hechos objetivos, o en todo caso de datos de dominio público.

--También ahora. En 1912, nace una Germanenorden que propugna una ariosofía, o sea una filosofía de la superioridad aria. En 1918, un tal barón von Sebottendorff funda una secta derivada de esa orden, la Thule Gesellschaft, una sociedad secreta, enésima variante de la Estricta Observancia Templaria, pero con fuertes componentes racistas, pangermanistas, neoarios. En 1933, este von Sebottendorff dirá que él ha sembrado lo que luego Hitler cultivará. Por lo demás, en la Thule Gesellschaft es donde aparece la cruz gamada. ¿Y quién se adhiere en seguida a la Thule? ¡Rudolf Hess, el ángel malo de Hitler! ¡Y después Rosenberg! ¡Y el propio Hitler!

Además, como sabrán por los periódicos, aún hoy, en su cárcel de Spandau, Hess sigue ocupándose de ciencias esotéricas. En 1924, von Sebottendorff escribe un libelo sobre la alquimia, y afirma que los primeros experimentos de fisión atómica demuestran la verdad de la Gran Obra. ¡Y escribe una novela sobre los rosacruces! Además dirigirá una revista de astrología, el Astrologische Rundschau, y Trevor-Roper ha escrito que los jefes nazis, empezando por Hitler, no daban un paso sin antes hacerse un horóscopo. Parece que en 1943 se consultó a un grupo de videntes para averiguar dónde estaba preso Mussolini. En suma, todo el grupo dirigente nazi está vinculado con el neocultismo teutónico.

Belbo parecía haber olvidado el incidente con Lorenza, y yo, por mi parte, le secundaba dándole al acelerador de su reconstrucción:

--En el fondo, también podemos enfocar desde esta perspectiva la fascinación que Hitler ejercía sobre las masas. Físicamente era un renacuajo, tenía una voz chillona, ¿cómo lograba enloquecer a la gente? Debe de haber poseído facultades de médium. Es probable que algún druida de su tierra le hubiera enseñado a ponerse en contacto con las corrientes subterráneas. También él era un clavijero, un menhir biológico. Transmitía la energía de las corrientes a sus fieles reunidos en el estadio de Nuremberg.

Durante cierto tiempo debe de haber funcionado, después se le gastaron las pilas.

A todo el mundo: declaro que la tierra es hueca y habitable por dentro, que contiene cierto número de esferas sólidas, concéntricas, es decir situadas unas dentro de las otras, y que está abierta en los polos, en una extensión de doce o dieciséis grados.

(J. Cleves Symmes, capitán de infantería, 10 de abril de 1818; citado en Sprague de Camp y Ley, Lands Beyond, New York, Rinehart, 1952, X)

--Le felicito, Casaubon, en su inocencia acaba de tener una intuición exacta. La verdadera, la única obsesión de Hitler eran las corrientes subterráneas. Hitler abrazaba la teoría de la oquedad de la Tierra, la Hohlwelillehre.

--Muchachos, yo me marchó, tengo gastritis --decía Diotallevi.

--Espera, espera, que ahora viene lo mejor. La Tierra es hueca: nosotros no vivimos fuera, en la costra externa, convexa, sino dentro, en la superficie interna, cóncava. Lo que creemos que es el cielo, sólo es una masa de gas con zonas de luz brillante, es el gas que llena el interior del globo.

Hay que revisar todas las medidas astronómicas. El cielo no es infinito, sino circunscrito. El Sol, suponiendo que exista, no es más grande de lo que parece. Es una pajita de treinta centímetros de diámetro situada en el centro de la Tierra. Ya lo sospechaban los griegos.

--Esta te la has inventado tú --dijo con tono fatigado Diotallevi.

--¡Esta no me la he inventado yo! Es una idea que ya a principios del siglo pasado expuso en América un tal Symmes. A finales del siglo, la retoma otro americano, un tal Teed, que se basa en experimentos alquímicos y en la lectura de Isaías. Después de la primera guerra mundial, un alemán perfecciona la teoría, cómo se llama, vaya, es el que funda el movimiento de la Hohlweltlehre que, como dice la palabra, es la teoría de la Tierra hueca.

Pues bien, Hitler y los suyos consideran que la teoría de la Tierra hueca corresponde exactamente a sus principios, y hay quien dice incluso que si yerran algunos blancos las VI, es precisamente porque calculan las trayectorias partiendo de la hipótesis de que la superficie es cóncava y no convexa. A esas alturas, Hitler está convencido de que el Rey del Mundo es él y de que el estado mayor nazi son los Superiores Desconocidos. ¿Y dónde vive el Rey del Mundo? En el interior, debajo, no afuera. Basándose en esta hipótesis, Hitler decide invertir totalmente el orden de las investigaciones, la concepción del mapa final, la interpretación del Péndulo. Hay que volver a reunir los seis grupos y rehacer los cálculos desde el principio.

Piensen ustedes en la lógica de la conquista hitleriana... Primera reivindicación, Danzig, para apoderarse de los territorios tradicionales del grupo teutónico. Después conquista París, controla el Péndulo y la Tour Eiffel, contacta con los grupos sinárquicos y los instala en el gobierno de Vichy.

Más tarde se asegura la neutralidad, y de hecho la complicidad, del grupo portugués. Cuarto objetivo, claro está, Inglaterra, pero sabemos que no es tan fácil. Entretanto, con las campañas de África trata de llegar a Palestina, pero tampoco lo logra. Entonces trata de dominar los territorios paulicianos, invade los Balcanes y Rusia. Cuando piensa que tiene en su poder cuatro de las seis partes del Plan, envía a Hess en misión secreta a Inglaterra para proponer una alianza. Puesto que los baconianos no tragan el anzuelo, intuye que la parte más importante del secreto sólo puede estar en poder de los enemigos de siempre: los judíos. Y no es necesario buscarles en Jerusalén, donde sólo han quedado unos pocos. El fragmento de mensaje del grupo jerosolimitano no está en Palestina, sino en poder de algún grupo de la diáspora. Eso explica el Holocausto.

--¿En qué sentido?

--Piensen un poco. Supongan que quieren cometer un genocidio...

--Por favor --dijo Diotallevi--, ya estás exagerando, me duele el estómago, me marchó.

--Espera, hombre, bien que te divertías cuando los templarios destripaban sarracenos, porque había pasado mucho tiempo, y ahora tienes escrúpulos de pequeño intelectual. Estamos tratando de rehacer la Historia, no debemos retroceder ante nada.

Le dejamos proseguir, subyugados por su energía.

--Lo que llama la atención en el genocidio de los judíos es la duración del procedimiento, primero se les encierra en los campos de concentración a pasar hambre, después se les desnuda, después las duchas, y la meticulosa conservación de las montañas de cadáveres, de las ropas, el censo de los bienes personales... Si sólo se trataba de matar, el procedimiento no parece racional. Pero sí lo es en el caso de que se tratara de buscar, de buscar un mensaje que uno de esos seis millones de seres humanos, el representante jerosolimitano de los Treinta y Seis Invisibles conservaba en los pliegues de la ropa, en la boca, tatuado en la piel... ¡Sólo el Plan explica la inexplicable burocracia del genocidio! Hitler busca en los judíos la sugerencia, la idea que le permita determinar, gracias al Péndulo, el punto exacto en que, bajo la bóveda cóncava formada por la Tierra hueca, se cruzan las corrientes subterráneas, que, observen ahora la perfección de la teoría, se identifican con las corrientes celestes, de modo que esta teoría de la Tierra hueca viene a materializar, por decirlo así, la milenaria intuición hermética: ¡lo que está abajo es igual a lo que está arriba! El Polo Místico coincide con el Centro de la Tierra, el designio secreto de los astros no es más que el diseño secreto de los subterráneos de Agartha, ya no hay diferencia entre el cielo y el infierno, y el Grial, el lapis ex illis, es el lapis ex coelis en el sentido de que es la Piedra Filosofal que nace como envoltura, término, límite, útero atónico de los cielos. Y cuando logre descubrir ese punto en el centro hueco de la Tierra que es el centro exacto del cielo, Hitler se convertirá en el amo del mundo, del que es rey por derecho de raza. Por eso, hasta el final, ya encerrado en el abismo de su bunker, sigue convencido de que aún puede llegar a determinar ese Polo Místico.

--Basta --dijo Diotallevi--. Ahora me siento realmente mal. Me duele.

--Se siente mal en serio. No se trata de una polémica ideológica --dije.

Belbo pareció entender sólo entonces. Se levantó solícito y fue a sostener a su amigo que se había apoyado en la mesa y parecía a punto de desmayarse.

--Perdona, hombre, me he dejado llevar por el tema. ¿Verdad que no te sientes mal porque haya dicho todo eso? Hace veinte años que bromeamos juntos, ¿no? Pero tú estás mal en serio, quizá realmente tengas gastritis. Tómate un antiácido que se te pasa. Y te pones una bolsa de agua caliente. Ven, te llevaré a tu casa, pero después será mejor que llames a un médico, siempre conviene controlar.

Diotallevi dijo que podía irse solo a casa en un taxi, que aún no estaba moribundo. Sólo tenía que acostarse. Llamaría en seguida a un médico, prometido. Y su malestar no se debía a la impresión que le produjeron las historias de Belbo, es que no se sentía bien desde la noche anterior. Belbo pareció aliviado, y le acompañó hasta el taxi.

Regresó preocupado:

--Ahora que lo pienso, hace unas semanas que este muchacho tiene mala cara. está ojeroso... Hay que ver, yo debería de haber muerto de cirrosis hace ya diez años y aquí estoy, mientras que él, que vive como un asceta, tiene gastritis, o quizá algo peor, me temo que sea una úlcera. Al diablo con el Plan. Estamos llevando una vida de locos.

--Apuesto a que con un antiácido se le pasará --dije.

--Yo también. Pero, si se pone una bolsa de agua caliente, mejor. Esperemos que sea juicioso.

Qui operatur in Cabala... si errabit in opere aut non purificatus accesserit, deuorabitur ab Azazale.

(Pico della Mirandola, Conclusiones Magicae)

La crisis de Diotallevi se había producido a finales de noviembre. Le esperábamos en la oficina al día siguiente, pero había telefoneado para avisar que le internaban. El médico había dicho que los síntomas no eran inquietantes, pero que era mejor hacerse unos análisis.

Belbo y yo tendíamos a asociar su enfermedad con el Plan, que quizá habíamos llevado demasiado lejos. A medias palabras nos decíamos que era impensable pero nos sentíamos culpables. Era la segunda vez que me sentía cómplice de Belbo: una vez habíamos callado juntos (a De Angelis), esta vez, juntos, habíamos hablado demasiado. Era irracional que nos sintiésemos culpables, estábamos convencidos de ello, pero no podíamos evitar el malestar. Así fue como estuvimos más de un mes sin hablar del Plan.

Al cabo de dos semanas, Diotallevi reapareció y, con tono desenfadado, nos dijo que había hablado con Garamond para pedir una excedencia por enfermedad. Le habían indicado un tratamiento, sobre el que no dijo demasiado, que le obligaba a ir a la clínica cada dos o tres días, y que le debilitaría un poco. No sé cuánto más podía debilitarse a esas alturas: tenía el rostro del mismo color que el cabello.

--Y a ver si os olvidáis de esas historias --dijo--, ya veis que son malas para la salud. Es la venganza de los rosacruces.

--No te preocupes --le dijo Belbo sonriendo--, a los rosacruces les damos una buena patada en el culo y te dejan en paz. Con un solo gesto.

Y chasqueó los dedos.

El tratamiento duró hasta comienzos del nuevo año. Yo estaba sumergido en la historia de la magia, la verdadera, la seria, pensaba, no la nuestra. Garamond aparecía por nuestros despachos al menos una vez al día para preguntar cómo seguía Diotallevi.

--Y por favor, señores, avísenme de cualquier exigencia, quiero decir de cualquier problema que surja, de cualquier circunstancia en la que yo, la empresa, podamos hacer algo por nuestro noble amigo. Para mí es como un hijo, aún diría más, como un hermano. De todas formas, gracias a Dios, estamos en un país civilizado y, dígame lo que se diga, disfrutamos de una excelente seguridad social.

Aglie había estado muy amable, había preguntado el nombre de la clínica y había telefoneado al director, que era un gran amigo suyo (y además, había dicho, era hermano de un AAF con quien la editorial tenía relaciones muy cordiales). Diotallevi recibiría una atención especial.

Lorenza estaba conmovida. Venía casi cada día a Garamond, para saber cómo seguía el enfermo. Esta asiduidad hubiera debido alegrar a Belbo, sin embargo, le había dado la ocasión de formular un diagnóstico sombrío. Aún tan presente, Lorenza seguía siendo inalcanzable porque no venía por el.

Poco antes de Navidades, había oído por casualidad un fragmento de conversación. Lorenza le decía: "Créeme, una nieve magnífica, y tienen unos cuartitos divinos. Tú puedes hacer esquí de fondo. ¿De acuerdo?" Me había hecho la idea de que pasarían el fin de año juntos. Pero después de Reyes, Lorenza apareció en el corredor y Belbo le dijo: "Feliz año", al tiempo que evitaba su abrazo.

Desde allí pasamos a una comarca llamada Milestre... en la que se dice que solía habitar uno que llaman el Viejo de la Montaña... Y sobre unos montes muy altos había hecho construir, alrededor de un valle, una muralla de enorme espesor y altura, de XXX millas de longitud, y había dos puertas por las que se podía entrar, que estaban ocultas y excavadas en la montaña.

(Odorico da Pordenone, De rebus incognitis, Impressus Esauri, 1513, cap. 21, p. 15)

Cierto día, a finales de enero, al pasar por vía Marchese Gualdi, donde había dejado el coche, vi a Salon que salía de Manuzio.

--He subido a conversar con el amigo Aglie... --me dijo.

¿Amigo? Por lo que recordaba de la fiesta en el Piamonte, Aglie no le estimaba demasiado. ¿Era Salon quien estaba figgoneando en Manuzio, o Aglie quien le estaba utilizando a fin de conseguir sabe Dios qué contacto?

No me dio tiempo para pensar en ello porque propuso que tomáramos un aperitivo, y acabamos en el Píladés. Nunca le había visto por allí, pero saludó al viejo Píladés como si se conociesen desde hacía mucho tiempo.

Nos sentamos, me preguntó cómo iba mi historia de la magia. También estaba enterado de eso. Le provoqué con lo de la Tierra hueca y lo de ese von Sebottendorff que mencionara Belbo.

Se echó a reír.

--¡Desde luego por su editorial pasan muchos locos! De esa historia sobre la oquedad de la Tierra no sé nada. En cuanto a von Sebottendorff, pues, era un tipo extraño... Estuvo a punto de meter en la cabeza de Himmler y compañía unas ideas suicidas para el pueblo alemán.

--¿Qué ideas?

--Fantasías orientales. Ese hombre desconfiaba de los judíos, pero adoraba a los árabes y a los turcos. ¿Sabía usted que en el escritorio de Himmler, además de Mein Kampf, siempre estaba el Corán? En su juventud, Sebottendorff había quedado deslumbrado con no sé qué secta iniciática turca, y había empezado a estudiar la gnosis islámica. Decía "Führer", cuando en realidad pensaba en el Viejo de la Montaña. Y, cuando juntos fundaron las SS, pensaban en una organización similar a la de los Asesinos...

¿Nunca se ha preguntado por qué Alemania y Turquía fueron aliados en la primera guerra mundial?

--Pero, ¿cómo sabe esas cosas?

--Ya le he dicho, creo, que mi pobre padre trabajaba para la Okrana rusa. Pues bien, recuerdo que por entonces la policía zarista estaba preocupada por los Asesinos, creo que la primera intuición fue de Rakovsky...

Pero después abandonaron la pista, porque si se trataba de los Asesinos ya no podía tratarse de los judíos, y el peligro eran ellos. Como siempre.

Los judíos han regresado a Palestina y han obligado a los otros a salir de las cavernas. Pero hablamos de una historia muy confusa, mejor dejarlo.

Parecía arrepentido de haber hablado demasiado, y se apresuró a despedirse. Pero sucedió algo más. Después de todo lo que ha ocurrido desde entonces, estoy convencido de no haber soñado, pero aquel día pensé que había sido víctima de una alucinación, porque, mientras seguía con la mirada a Salon, que salía del bar, me pareció ver que se encontraba, en un rincón, con un individuo de rostro oriental.

De todas maneras, Salon había dicho lo suficiente como para volver a disparar mi imaginación. El Viejo de la Montaña y los Asesinos no eran desconocidos para mí: les

había mencionado en la tesis, a los templarios también se les había acusado de contubernio con ellos. ¿Cómo era posible que los hubiésemos olvidado?

Así fue como volví a hacer trabajar la mente, y sobre todo las yemas de los dedos, revisando viejas fichas, hasta que tuve una idea tan luminosa que no pude contenerme.

Una mañana aterricé en el despacho de Belbo --está todo mal. Todo mal.

--Calma, Casaubon, ¿qué es lo que está mal? Oh, Dios mío, el Plan.

--Tuvo un momento de vacilación--. ¿Sabe que hay malas noticias de Diotallevi? El no dice nada; he telefoneado a la clínica, pero no han querido decirme nada concreto porque no soy de la familia. Si no tiene parientes ¿quién se ocupa entonces de él? Esa reticencia no me ha gustado nada. Dicen que es algo benigno, sólo que el tratamiento no ha sido suficiente y será mejor internarle por un mes y someterle quizá a una pequeña intervención quirúrgica... En fin, que se andan con rodeos, y a mí esto me huele cada vez peor.

No supe qué decirle, me puse a hojear lo primero que encontré para olvidar mi entrada triunfal. Pero fue Belbo quien no resistió. Era como un jugador al que de repente le hubiesen mostrado una baraja.

--Qué diablos --dijo--. La vida continúa, desgraciadamente. Cuénteme.

--Se han equivocado en todo. Nos hemos equivocado en todo, o casi. Mire usted: Hitler hace lo que sabemos con los judíos, pero sale con las manos vacías. Durante siglos los ocultistas de medio mundo se dedican a aprender hebreo, cabalizan en todas direcciones, y lo más que consiguen es hacer el horóscopo. ¿Por qué?

--Bueno... Porque el fragmento de los jerosolimitanos sigue oculto en alguna parte. Además, que sepamos, tampoco ha aparecido el de los paulicianos...

--Esa es una respuesta de Aglie, no nuestra. Tengo algo mejor. Los judíos no pintan nada en esta historia.

--¿Cómo?

--Los judíos no tienen nada que ver con el Plan. Es imposible. Tratemos de imaginar la situación de los templarios, primero en Jerusalén y luego en las capitanías de Europa. Los caballeros franceses se encuentran con los alemanes, con los portugueses, con los españoles, con los italianos, con los ingleses, y todos tienen contactos con la zona bizantina, y sobre todo se enfrentan con el adversario, el turco. Un adversario con el que, según vimos, además de combatir traban relaciones. Estas eran las fuerzas en pugna, y las relaciones eran caballerescas, entre pares de igual rango. ¿Qué eran en aquella época los judíos en Palestina? Una minoría religiosa y racial tolerada y respetada por los árabes, que los trataban con benévola indulgencia, pero muy maltratada por los cristianos, porque no olvidemos que en el curso de las distintas cruzadas, de paso,

saqueaban los guetos y a matar se ha dicho. ¿Y nosotros pensamos que los templarios, con los humos que se daban, iban a intercambiar informaciones místicas con los judíos? Nunca jamás. Y en las capitanías de Europa los judíos eran usureros, gente mal vista, a la que había que recurrir pero sin darle confianza.

Nosotros estamos hablando de una relación entre caballeros, estamos elaborando el plan de una caballería espiritual, ¿cómo hemos podido suponer que los templarios de Provins pudieran incorporar en sus proyectos a unos ciudadanos de segunda categoría? Nunca jamás.

--Pero todos los magos renacentistas que se ponen a estudiar la Cábala..

--Era de rigor. Se aproxima el tercer encuentro, reina la impaciencia, se buscan atajos, el hebreo es visto como un idioma sagrado y misterioso, los cabalistas han estado trabajando por su lado, y con otros fines, y los treinta y seis repartidos por el mundo se empeñan en creer que un idioma incomprensible es capaz de ocultar Dios sabe qué secretos. Será Pico della Mirandola quien diga que nulla nomina, ut signif cativa et in quantum nomina sunt, in magico opere virtutem habere non possunt, nisi sint Hebraica Pues bien, Pico della Mirandola era un cretino.

--Y usted que lo diga.

--Además era italiano y como tal estaba excluido del Plan. ¿Qué podía saber al respecto? Peor para los Agrippa, los Reuchlin y el resto de la caterva que sigue esa pista falsa. Esto que estoy reconstruyendo es la historia de una pista falsa, ¿verdad? Nos hemos dejado influir por Diotallevi, que cabalizaba. Y, como Diotallevi cabalizaba, metimos a los judíos en el Plan.

Pero si Diotallevi se hubiese interesado por la cultura china, ¿habríamos metido a los chinos en el Plan?

--quizá sí.

--O quizá no. Pero tampoco hay por qué desgarrarse las vestiduras, todos nos han inducido a error. Todos se han equivocado, desde Postel en adelante, con toda probabilidad. Doscientos años después de Provins, se convencieron de que el sexto grupo era el jerosolimitano. Pero no era verdad.

--Perdone, Casaubon, fuimos nosotros quienes corregimos la interpretación de Ardeni y dijimos que la cita encima de la piedra no era en Stonehenge, sino encima de la piedra de la Mezquita de Omar.

--Y nos equivocamos. Esas no son las únicas piedras que hay en el mundo. Hubiésemos tenido que pensar en un sitio fundado sobre la piedra, sobre la montaña, sobre las rocas, sobre las peñas, sobre los precipicios.

Los del sexto grupo esperan en la fortaleza de Alamut.

*Y apareció Kairos, que llevaba un cetro, símbolo de realeza, y lo entregó al primer dios creado, y éste lo cogió y dijo: "Tu nombre secreto tendrá treinta y seis letras."
(Hasan-i Sabb, Sago asUt-i Sayyida-na)*

Había ejecutado mi obra de virtuosismo, ahora debía una explicación.

Fue lo que hice, larga, minuciosa, documentadamente, en los días que siguieron, aportando pruebas y más pruebas en las mesas del Píldes ante un Belbo que las examinaba con la mirada cada vez más turbia, encendiendo un pitillo con la colilla del otro, extendiendo, cada cinco minutos, el brazo, el vaso vacío con una reliquia de hielo en el fondo, para que Píldes se precipitara a llenarlo, sin más órdenes.

Las primeras fuentes eran precisamente aquellas en donde aparecían los primeros relatos sobre los templarios, desde Gérard de Strasbourg hasta Joinville. Los templarios habían entrado en contacto, a veces en conflicto, más a menudo en misteriosa alianza, con los Asesinos dirigidos por el Viejo de la Montaña.

La historia desde luego era mucho más compleja. Empezaba tras la muerte de Mahoma, con la escisión entre los seguidores de la ley ordinaria, los sunníes, y los partidarios de Alí, el yerno del Profeta, esposo de Fátima, a quien le habían arrebatado la sucesión. Eran los entusiastas de Alí, que se reconocían en la shi'a, el grupo de los adeptos, que habían dado origen al ala herética del Islam, los chiítas. Una doctrina iniciática según la cual la continuidad de la revelación no se basaba en la meditación tradicional sobre las palabras del Profeta, sino en la persona misma del Imam, señor, jefe, epifanía de lo divino, realidad teofánica, Rey del Mundo.

Ahora bien, ¿qué ocurría con esa ala herética del islamismo, que poco a poco iba siendo infiltrada por todas las doctrinas esotéricas de la cuenca mediterránea, desde los maniqueos hasta los gnósticos, desde los neoplatónicos hasta la mística iraní, todas esas influencias cuyas derivaciones occidentales llevábamos años estudiando? Era una larga historia, que no lográbamos desenredar, entre otras cosas porque los distintos autores y protagonistas árabes tenían nombres larguísimos, los textos más serios los transcribían con signos diacríticos, pero al final del día ya no podíamos distinguir entre Abu'Abdi'l-la Muhammad b. 'Ah ibn Razzam at-Ta 'l alKufi, Abu Muhammad 'Ubaydu'l-lah, Abu-Mu'ini'd-Dm N-assir ibn Hosrow Marwazi Qobody-am (creo que un árabe habría tenido la misma dificultad para distinguir entre Aristóteles, Aristoxeno, Aristarco, Arístides, Anaximandro. Anaxímenes, Anaxágoras, Anacreonte y Anacarsis).

Lo cierto era que el chiísmo se dividía en dos ramas, una llamada duodecimana, que aguarda el regreso de un Imam desaparecido, y otra que es la de los ismailíes y nace en el reino de los Fatimidias de El Cairo y luego, a través de una serie de vicisitudes, se consolida como ismailismo reformado en Persia, por obra de un personaje fascinante, místico y feroz llamado Hasan Sabbah. Allí Sabbah establece su centro, su sede inexpugnable, al sudoeste del Mar Caspio, en la fortaleza de Alamut, el Nido del Ave Rapaz.

Allí vivía Sabbah rodeado de sus acólitos, los fdiyyu-n o fedain, fieles hasta la muerte, de quienes se servía para ejecutar sus asesinatos políticos, dentro del marco de la gihaid hafi, la guerra santa secreta. Los fedain o comoquiera que él les llamase, se harían tristemente famosos con el nombre de Asesinos, que no es un buen nombre, ahora, pero en aquel entonces, para ellos, era espléndido, emblema de una estirpe de monjes guerreros que se parecían mucho a los templarios, dispuestos a dar su vida por la fe. Caballería espiritual.

La fortaleza o el castillo de Alamut: la Piedra. Construida sobre el filo de la montaña, con cuatrocientos metros de largo y en algunos sitios sólo unos pasos de ancho, treinta como máximo, vista de lejos, desde el camino hacia Azerbaiján, parecía una muralla natural, blanca al resplandor del sol, azul en el ocaso purpúreo, pálida al alba, sangrienta a la aurora, algunos días confundida entre las nubes o centelleante entre los relámpagos. Sobre sus bordes superiores se divisaba con dificultad un remate impreciso y artificial de torres tetragonales, desde abajo parecía un conjunto de espadas de piedra que se precipitaban a lo alto, centenares de metros que se cernían sobre el espectador, la ladera más accesible era un resbaladizo pedregal, que aún hoy los arqueólogos no logran escalar, en aquella época se llegaba a través de alguna escalera secreta desgarrada tortuosamente en la roca, como si alguien hubiera pelado una manzana fósil, un solo arquero era capaz de defenderla. Inexpugnable, vertiginosa en su Distancia. Alamut, la fortaleza de los Asesinos. Se alcanzaba sólo cabalgando águilas.

Allí reinaba Sabbaí, y después de él aquellos a quienes se conocería como el Viejo de la Montaña, ante todo su sulfúreo sucesor, Sina-n Sabba-h había inventado una técnica de dominio, sobre sus hombres y sobre sus enemigos. A los enemigos les anunciaba que, si no se plegaban a su voluntad, les haría matar. Y de los Asesinos era imposible huir.

Nizamu'l-Mulk, primer ministro del sultán en la época en que los cruzados trataban de conquistar Jerusalén, fue apuñalado por un sicario disfrazado de derviche, mientras le conducían en litera a la residencia de sus esposas. Al atabeg de Hims, mientras bajaba de su castillo para acudir a las oraciones del viernes, rodeado de un grupo de soldados armados hasta los dientes, le apuñalaron los sicarios del Viejo.

Sinan decide asesinar al marqués cristiano Corrado di Montefeltro, y adiestra a dos de sus hombres, que se infiltran entre los infieles e imitan sus costumbres y su idioma, con arduo esfuerzo. Se disfrazan de monjes y, mientras el obispo de Tiro ofrece un banquete al ignaro marqués, se le echan encima y lo hieren. Un Asesino muere a manos de la guardia, el otro se oculta en una iglesia, espera que traigan al herido, le ataca, lo mata, sucumbe beatífico.

Porque, decían los historiadores árabes de la línea sunní, y luego los cronistas cristianos, desde Odorico da l'órdenone hasta Marco Polo, el Viejo había descubierto un método atroz para asegurarse la fidelidad de sus caballeros hasta el extremo sacrificio, máquinas de guerra invencibles. En edad temprana los arrastraba mientras dormían hasta su fortaleza en las alturas, los corrumpía con toda suerte de delicias, vino, mujeres, flores, embriagadores banquetes, los ofuscaba con hachís; de ahí el nombre de la secta. Y, cuando ya habrían sido incapaces de renunciar a las perversas bienaventuranzas de

aquel Paraíso artificial, se los sacaba de allí en el sueño y se les planteaba el dilema: ve y mata, si tienes éxito este Paraíso que dejas será tuyo para siempre, si fracasas te quedarás en tu gehena cotidiano. Y ellos, ofuscados por la droga, dóciles a sus deseos, se sacrificaban para sacrificar, verdugos ajusticiados, víctimas condenadas a cobrarse víctimas.

¡Cómo les temían, cómo encendían la imaginación de los cruzados en las noches de luna nueva mientras el simún silbaba en el desierto! Cómo les admiraban los templarios, brutos subyugados por tan diáfana voluntad de martirio, que aceptaban pagarles peaje a cambio de unos tributos simbólicos, en un juego de mutuas concesiones, complicidades, hermandad de armas, destripándose en campo abierto, lisonjeándose en secreto, susurrándose unos a otros visiones místicas, fórmulas mágicas, exquisiteces alquímicas...

De los Asesinos los templarios aprenden sus ritos ocultos. Sólo la descarada ignorancia de los bailes e inquisidores del rey Felipe les impidió ver que lo de escupir la cruz, besar el ano, adorar el gato negro y el Bafomet no eran más que una repetición de otros ritos, que los templarios ejecutaban bajo el efecto del primero de los secretos que aprendieran en Oriente, el uso del hachís.

Entonces era obvio que el Plan había nacido, sólo podía haber nacido, allí: gracias a los hombres de Alamut los templarios se instruyeron acerca de las corrientes subterráneas, con los hombres de Alamut los templarios se habían reunido en Provins para constituir la trama clandestina de los treinta y seis invisibles, y por eso Christian Rosencreutz habría viajado a Fez y a otros sitios de Oriente, por eso Postel se habría dirigido al Oriente, y de Oriente y de Egipto, sede de los ismailíes fatimidas, los magos del Renacimiento habrían importado la divinidad epónima del Plan, Hermes, Hermes-Teuth o Toth, y a figuras egipcias habría recurrido el intrigante Cagliostro para inventar sus ritos. Y los jesuitas, los jesuitas, menos necios de lo que habíamos supuesto, con el buen Kircher se habían abalanzado sobre los jeroglíficos, y sobre el copto, y sobre los otros idiomas orientales, utilizando el hebreo como una mera fachada, una concesión a la moda de la época.

Esos textos no se dirigen a los comunes mortales... La apercepción gnóstica es una vía reservada a una élite... Porque, como dice la Biblia: no arrojéis vuestras perlas a los cerdos.

(Kamal Jumblatt, Entrevista concedida a Le Jour, 31.3.1967)

Arcana publicata vilescunt: et gratiam prophanata amittunt.

Ergo: ne margaritas objice porcis, seu asinus substerne rosas.

(Johann Valentin Andreae, Die Chymische Hochzeit des Christian Rosencreutz Strassburg, Zetmer, 1616, frontispicio)

Por lo demás, ¿qué otros estaban dispuestos a esperar encima de la piedra durante seis siglos y encima de la piedra habían esperado? Bien es verdad que, al final, Alamut había

caído ante la presión de los mongoles, pero la secta de los ismailíes había sobrevivido en todo el Oriente, una parte se había mezclado con el sufismo no chiíta, otra había dado origen a la terrible secta de los drusos, y otra había sobrevivido entre los khojas indios, los seguidores del Aga Khan, cuyo territorio está situado muy cerca del emplazamiento de Agartha.

Pero también había descubierto otra cosa. Durante la dinastía de los Fatimidas, se habían vuelto a descubrir las nociones herméticas de los antiguos egipcios, a través de la academia de Heliópolis, en el Cairo, donde se había fundado una Casa de las Ciencias. ¡La Casa de las Ciencias! ¿Dónde se había inspirado Bacon para su Casa de Salomón? ¿Cuál había sido el modelo del Conservatoire?

--Es así, es así, no cabe la menor duda --decía Belbo entusiasmado.

Pero luego añadía--: ¿Y los cabalistas qué?

--Se trata de una historia paralela. Los rabinos de Jerusalén se huelen que algo ha sucedido entre los templarios y los Asesinos, y los rabinos de España, so pretexto de usura, al visitar las capitánias europeas, intuyen algo.

Al verse excluidos del secreto, en un acto de orgullo nacional deciden investigar por su cuenta. ¿Cómo es posible que a nosotros, al pueblo elegido, nos tengan a oscuras del secreto de los secretos? Zas, van e inician la tradición cabalista, el intento desesperado de los diásporados, de los marginales, para hacerles tururú a los señores, a los dominadores que pretenden saberlo todo.

--Pero con eso logran que los cristianos piensen que son ellos quienes realmente lo saben todo.

--Y alguien comete un error garrafal. Confunde Ismael con Israel.

--De modo que Barruel, los Protocolos y el holocausto sólo se deben a una confusión de consonantes.

--Seis millones de judíos asesinados por un error de Pico della Mirandola.

--O quizá haya sido por otra causa. El pueblo elegido había asumido la tarea de interpretar el Libro. Difundió esa obsesión. Y como los otros no encontraron nada en el Libro, decidieron vengarse. La gente teme a quien les pone ante la Ley. ¿Pero los Asesinos? ¿Por qué no aparecen antes?

--¡Pero Belbo! Piense cómo queda aquella zona después de la batalla de Lepanto. Sin embargo, su von Sebottendorff se da cuenta de que hay que buscar algo entre los derviches turcos, pero Alamut ya no existe y Dios sabe dónde ha ido a ocultarse su gente. Esperan. Y ahora ha llegado el momento esperado, amparados en el irredentismo islámico salen a la luz del sol. Cuando introdujimos a Hitler en el Plan encontramos una buena razón para la segunda guerra mundial. Al introducir ahora a los Asesinos de

Alamut estamos explicando todo cuanto sucede desde hace muchos años entre el Mediterráneo y el golfo Pérsico. Y aquí es donde podemos situar al Tres, Templi Resurgentes Equites Synarchici. Es una sociedad que se propone restablecer finalmente los contactos con las caballerías espirituales de una y otra fe.

--O que agudiza los conflictos para paralizarlo todo y pescar en río revuelto. está claro. Nuestra labor de zurcido de la historia ha concluido.

¿Y si en el momento supremo el Péndulo revelara que el Umbilicus Mundi está en Alamut?

--Tampoco hay que exagerar. Yo dejaría este último punto en suspenso.

--Como el Péndulo.

--Si le parece. No podemos poner todo lo que se nos ocurre.

--Claro, claro. El rigor ante todo.

Aquella noche sólo me sentía orgulloso por haber construido una bella historia. Era un esteta, que usa la carne y la sangre del mundo para producir belleza. Belbo ya se había convertido en un adepto. Como todos, no por iluminación, sino faute de mieux.

Claudicat ingenium, delirat lingua, labat mens.

(Lucrecio, De rerum natura, III, 453)

Debe de haber sido en esos días cuando Belbo intentó comprender lo que le estaba sucediendo. Pero sin que la severidad con que supo analizarse fuera suficiente para apartarle del morbo al que se estaba acostumbrando.

file name: ¿Y si así fuera?

Inventar un Plan: el Plan te justifica tanto que ni siquiera eres responsable de él. Basta con arrojar la piedra y esconder la mano. No podría haber fracaso si existiese realmente un Plan.

Nunca tuviste a Cecilia, porque los arcontes hicieron que Annibale Cantalamessa y Pio Bo fueran totalmente ineptos para el más amable de los metales. Huiste frente a los de la Acequia, porque los decanos te reservaban para otro holocausto. Y el hombre de la cicatriz tiene un talismán más potente que el tuyo.

Un Plan, un culpable. El sueño de la especie. An Deus sit.

Si existe, la culpa es suya.

La cosa cuyas señas he perdido no es el Fin, sino el Principio. No el objeto que quiero poseer, sino el sujeto que me posee. Quien no se consuela es porque no quiere, y mal de muchos, consuelo de tontos. Endecasílabos.

¿Quién ha escrito ese pensamiento, el más tranquilizador que jamás se haya pensado? Nada podrá quitarme de la cabeza que este mundo es obra de un dios tenebroso de cuya sombra soy prolongación. La fe conduce al Optimismo Absoluto.

Es verdad, he fornicado (o no he fornicado): pero es Dios quien no ha sabido resolver el problema del mal. Adelante, machaquemos el feto en el mortero, con miel y pimienta. Es la voluntad de Dios.

Si realmente hay que creer, que sea una religión que no nos haga sentir culpables. Una religión incoherente, brumosa, subterránea, que no acabe nunca. Como una novela, no como una teología.

Cinco vías para una sola meta. Qué despilfarro. Un laberinto, en cambio, que conduzca a todas partes y a ninguna. Para morir con clase, vivir en barroco.

Sólo un demiurgo maligno nos hace sentir buenos.

¿Y si no existiese el Plan cósmico?

Qué burla, vivir en el exilio que nadie te ha impuesto. Y exiliado de un sitio que no existe.

¿Y si el Plan existiese pero se te escabullera eternamente?

Cuando falla la religión, queda el arte. Inventas el Plan, metáfora de lo incognoscible. Una conjura humana también puede colmar el vacío. No me han publicado Eros y Gigantes porque no estoy metido en la mafia templaria.

Vivir como si un Plan existiese: la piedra de los filósofos.

If you cannot beat them, join them. Si el Plan existe, sólo hay que adaptarse...

Lorenza me pone a prueba. Humildad. Si tuviese la humildad de invocar a los ángeles, incluso sin creer en ellos, y de trazar el círculo justo, alcanzaría la paz. Puede ser.

Cree que existe un secreto, y te sentirás un iniciado. No cuesta nada.

Crear una inmensa esperanza que nunca pueda ser desarraigada, porque no hay raíz. Unos antepasados inexistentes nunca podrán acusarte de traición. Una religión que pueda practicarse traicionándola eternamente.

Como Andreae: crear en broma la mayor revelación de la historia y, mientras los otros se pierden en sus vericuetos, jurar por el resto de tu vida que tú no has sido.

Crear una verdad de contornos imprecisos: tan pronto como alguien trate de definirla, le excomulgas. Justificar sólo a quien sea más impreciso que tú. Jamais d'ennemis a droite.

¿Por qué escribir novelas? Reescribir la Historia. La Historia en la que luego te conviertes.

¿Por qué no lo ambienta en Dinamarca, señor Williams.?

Jim el del Cádiz Johann Valentin Andreae Lucasmateo vaga por el archipiélago de la Sonda entre Patmos y Avalón, de la Montaña Blanca a Mindanao, de la Atlántida a Tesalónica... En el concilio de Nicea, Orígenes se corta los testículos y los muestra sangrantes a los padres de la Ciudad del Sol, a Hiram que rechina filioque filioque, mientras Constantino clava sus uñas rapaces en las órbitas vacías de Robert Fludd, muerte muerte a los judíos del gueto de Antioquía, Dieu et mon droit, Beauceant al viento, a por los ofitas y los borboritas que borboriman venenosamente. Suenan trompetas y llegan los Chevaliers Bienfaisants de la Cité Sainte con la cabeza del Moro clavada en una pica, ¡el Rebis, el Rebis! Huracán magnético, se derrumba la Tour. Rakovsky sonríe burlón sobre el cadáver chamuscado de Jacques de Molay.

No has sido mía, pero todavía puedo hacer estallar la historia.

Si el problema consiste en esta ausencia de ser, y el ser es lo que se dice de muchas maneras, cuanto más hablamos más ser hay.

El sueño de la ciencia consiste en que haya poco ser, concentrado y decible, $E=mc^2$ Error Para salvarse desde el principio de la eternidad, es necesario querer que exista un ser sin ton ni son. Como una serpiente anudada por un marinero borracho. Inextricable.

Inventar, inventar con frenesí, sin fijarse en los nexos, hasta que sea imposible resumir. Una simple carrera de relevos entre emblemas, que uno exprese al otro, ininterrumpidamente. Descomponer el mundo en una zarabanda de anagramas en cadena. Y después creer en lo Inexpresable. ¿No es ésta la verdadera lectura de la Torah? La verdad es el anagrama de un anagrama. Anagrams = ars magna.

Esto es lo que debe de haberle sucedido en aquellos días. Belbo había decidido tomarse en serio el universo de los diabólicos, no por exceso sino por defecto de fe.

Humillado en su incapacidad de crear (y se había pasado la vida utilizando los deseos frustrados y las páginas nunca escritas, unos como metáforas de las otras, y viceversa, todo ello dominado por su supuesta, intangible cobardía), ahora se estaba dando cuenta de que al construir el Plan realmente había creado. Se estaba enamorando de su Golem y aquello le servía de consuelo. La vida, la suya y la de la humanidad, como arte, y, a falta de arte, el arte como mentira. Le monde está fait pour aboutir a un livre (faux). Pero ahora trataba de creer en ese libro falso, porque, como había escrito, si existía la conjura, él dejaba de ser un cobarde, derrotado e indolente.

Eso explica lo que sucedió después, el hecho de que utilizase el Plan, cuya irrealidad le constaba, para luchar contra un rival, cuya realidad le parecía innegable. Y luego, cuando comprendió que el Plan lo estaba envolviendo como si existiese, o como si él, Belbo, estuviera hecho de la misma pasta con que estaba hecho su Plan, fue a París como quien va al encuentro de una revelación, de una redención.

Atrapado en su remordimiento cotidiano, durante años y años, por vivir sólo entre sus propios fantasmas, empezaba a sentirse aliviado al observar unos fantasmas que se estaban volviendo objetivos, y que también otro conocía, aunque ese otro fuese el enemigo. ¿Fue a meterse en la boca del lobo? Sí, porque ese lobo cobraba forma, era más verdadero que Jim el del Cáñamo, más verdadero quizá que Cecilia, que la propia Lorenza Pellegrini.

Belbo, enfermo de tantas citas fallidas, se sentía ahora ante una cita real Y de una manera que ni siquiera podía eludir por cobardía, porque le habían puesto entre la espada y la pared. El miedo le obligaba a ser valiente. Inventando había creado el principio de realidad.

La lista No. 5, seis camisetas, seis calzoncillos y seis pañuelos, siempre ha intrigado a los estudiosos, sobre todo por la total ausencia de calcetines.

(Woody Allen, Getting even, New York, Random House, 1966, "(The Metterling List", p. 8)

Fue en aquellos días, hace apenas un mes, cuando Lia decidió que me convenía tomar un mes de vacaciones. Se te ve cansado, me decía. quizá el Plan me había agotado. Por otra parte, el niño, decían los abuelos, necesitaba respirar un poco de aire limpio. Unos amigos nos prestaron una casita en la sierra.

No nos fuimos en seguida. Teníamos que hacer algunas Cosas en Milán, y además Lia dijo que no hay nada más descansado que unas vacaciones en la ciudad, cuando uno sabe que después se marchará.

En esos días le hablé por primera vez del Plan. Antes estaba demasiado ocupada con el niño: sabía vagamente que, junto con Belbo y Diotallevi, yo estaba tratando de resolver una especie de rompecabezas que nos robaba días y noches enteras, pero no había vuelto a decirle nada desde que me soltara su sermón sobre la psicosis de la semejanza. quizá me sentía avergonzado.

En aquellos días le conté todo el Plan, que habíamos completado hasta el menor detalle. Lia sabía que Diotallevi estaba enfermo; yo tenía la conciencia sucia, como si hubiese hecho algo incorrecto, y trataba de presentarle el Plan como lo que en realidad era, un mero juego de ingenio.

--Pim, tu historia no me gusta.

--¿No te parece bonita?

--También las sirenas eran bonitas

--Nada, ni siquiera sé si existe.

--Pues de eso se trata. Supón que, para divertir a sus amigos un vienés bromista se inventa toda la historia del Ello, y del edipo, e imagina sueños que jamás ha tenido, y pequeños Hans que nunca ha visto... ¿Y qué sucede después? Pues que aparecen millones de personas dispuestas a convertirse realmente en seres neuróticos. Y otras miles dispuestas a explotarlas.

--Lia, te estás volviendo paranoica.

--¿Yo? ¡Tú!

--Seremos paranoicos, pero al menos reconocerás una cosa: que hemos partido del texto de Ingolf. Perdóname, te presentan un mensaje de los templarios, te entran ganas de descifrarlo totalmente. quizá exageras para burlarte de los descifradores de mensajes, pero el mensaje existe.

-Dime: ¿qué sabes de tu inconsciente?

--A todo esto tú sólo sabes lo que te ha dicho ese Ardeni, que según cuentas era un chorizo. Además, ese mensaje, ya me gustaría a mí verlo.

Nada más fácil, estaba en mis carpetas.

Lia cogió la hoja, la miró por delante y por detrás, frunció la nariz, se levantó el flequillo para ver mejor la primera parte, la que estaba cifrada. Y luego dijo:

--¿Esto es todo?

--¿No te basta?

--Basta y sobra. Déjame reflexionar un par de días.

Cuando Lia me pide dos días de reflexión es para demostrarme que soy un estúpido. Siempre se lo echo en cara, y siempre me responde:

--Si compruebo que eres estúpido, puedo estar segura de que realmente te quiero. Te quiero aunque seas estúpido. ¿No te tranquiliza?

Durante dos días no hablamos del asunto. Por lo demás, Lia pasaba casi todo el tiempo fuera de casa. Por la noche la veía acurrucada en un rincón, tomando notas, rompiendo hojas y hojas.

Cuando llegamos a la sierra, el niño se dedicó todo el día a explorar el prado, Lia preparó la cena y me dijo que comiese porque estaba mas flaco que un palillo. Después de cenar me pidió que le preparase un whisky doble con mucho hielo y poca soda, encendió un pitillo como solo hace en las grandes ocasiones, me dijo que me sentara y empezó a explicarme.

--Presta mucha atención, Pim, porque te demostraré que las explicaciones más simples siempre son las más correctas. Vuestro coronel os dijo que Ingolf había encontrado un mensaje en Provins y no lo pondré en duda.

Bajaría a su subterráneo y encontraría un estuche que contenía este texto --y golpeaba con el dedo los versículos en francés--. Nada nos indica que se tratara de un estuche cuajado de diamantes. Lo único que os dijo Ardenti fue que, según las notas de Ingolf, se había producido la venta de un estuche: ¿y por qué no? Era un objeto antiguo, le habrá reportado incluso algún dinerillo, pero nada nos indica que esa operación le haya permitido pasar a vivir de renta. Es probable que algo heredara de su padre.

--¿Y por qué tendría que ser un estuche barato?

--Porque este mensaje es una lista de la lavandería. Mira, ahora volveremos a leerlo.

a la ...Saint Jean 36 p charrete de fein 6 ... entiers avec saiel p ... les blancs mantiax
r ... s ... chevaliers de Pruins pour la ... j. nc
6 foiz 6 en 6 places chascune foiz 20 a ... 120 a ...

iceste está l'ordonation al donjon li premiers it li secunz joste iceus qui ... pans it al refuge
it a Nostre Dame de l'altre part de l'iau it a l'ostel des popelicans it a la pierre 3 foiz 6
avant la feste... la Grant Pute.

--¿Y entonces?

--Cuánta paciencia hay que tener, ¿nunca se os ocurrió echar un vistazo a una guía turística o a una síntesis histórica sobre Provins? Pues basta con hacerlo para descubrir que la Grange-aux-Dimes, donde fue hallado el mensaje, era un sitio donde se reunían los mercaderes, porque Provins era el centro de las ferias de la región de Champagne. También se descubre que la Grange está en la rue St. Jean. En Provins se comerciaba con todo, pero sobre todo se vendían piezas de tela, los draps o dras, como se escribía entonces, y cada pieza estaba marcada con una especie de sello de garantía. El segundo producto de Provins eran las rosas, las rosas rojas que los cruzados habían traído de Siria. Eran tan famosas que cuando Edmund de Lancaster se casa con Blanche d'Artois y adquiere el título de conde de Champagne, pone la rosa roja de Provins en su escudo de ramas y éste es el porqué de la guerra de las dos rosas, ya que los York tenían una rosa blanca en su blasón.

--¿Y cómo sabes todo eso?

--Por un librito de doscientas páginas publicado por la Oficina de Turismo de Provins, que he encontrado en el Centro Cultural Francés. Pero esto no es todo. En Provins hay una fortaleza que se llama el Donjon como el propio nombre indica, hay una Porte-aux-Pains, había una Eglise du Refuge, y desde luego había varias iglesias dedicadas a Nuestra Señora de esto o de aquello, había o todavía hay una rue de la Pierre Ronde, donde había una pierre de cens, en la que los súbditos del conde tenían que depositar las monedas de los diezmos. Además hay una rue de Blancs Manteaux y una calle que llamaban de la Grande Putte Muce, por razones que puedes adivinar tú solito, o sea porque era una calle de burdeles.

--¿Y los popelicans?

--En Provins había habido cátaros, y los habían quemado como Dios manda; el gran inquisidor era un cátaro arrepentido a quien llamaban Robert le Bougre. O sea que no es extraño que existiese una calle o una zona conocida como el sitio de los cátaros, aunque éstos ya hubiesen dejado de existir

--Incluso en 1344...

--¿Y quién te ha dicho que este documento es de 1344? Tu coronel leyó 36 años post la carreta de heno, pero atención, porque en aquella época una p trazada de cierta manera, con una especie de apóstrofe, significaba post, pero una p sin apóstrofe significaba pro. El autor de este texto es un pacífico mercader que ha tomado unas notas sobre algunos negocios hechos en la Grange, es decir en la rue St. Jean, no en la noche de San Juan, y ha registrado un precio de treinta y seis sueldos o denarios o cualquier otra moneda, por una o por cada carreta de heno.

--¿Y los ciento veinte años?

--¿Quién habla de años? Ingolf encontró algo que transcribió como 120 a ... ¿Quién ha dicho que era una a? He mirado una lista de abreviaturas usadas en aquella época y he descubierto que para abreviar denier o dinarium utilizaban signos extraños: uno que parece una delta, otro una theta, una especie de círculo con un corte a la izquierda. Escríbelo mal y deprisa, cual un pobre mercader, y parecerá ideal para que un exaltado como el coronel lo confunda con una a, porque ya había leído en alguna parte la historia de los ciento veinte años, bien sabes tú que podía haberla leído en cualquier libro sobre los rosacruces, -y lo que él quería era encontrar algo que se pareciese a post 120 annos patebo! ¿Y con qué te salta? Encuentra it y lee iterum. Pero iterumáse abreviaba itm; it quiere decir item, igualmente, se usa en las listas donde hay repeticiones. Nuestro mercader está calculando las ganancias que le proporcionarán unos pedidos que le han hecho, y hace la lista de las entregas. Debe entregar ramos de rosas de Provins: eso es lo que significa r ... s ... chevaliers de Pruins. Y donde el coronel leía vainjance (porque pensaba en los caballeros Kadosch) hay que leer jonchée. Las rosas se usaban para hacer sombreros de flores o alfombras de flores, en las distintas festividades. Por tanto, tu mensaje de Provins debe leerse de esta manera:

En la calle Saint Jean.

36 sueldos por carreta de heno.

Seis piezas de tela nuevas con sello en la calle de los Planc Manteaux.

Rosas de los cruzados para hacer una jonchée:

seis ramos de seis en los seis sitios siguientes, cada uno 20 denarios, lo que en total suma 120 denarios.

Este es el orden:

los primeros en la Fortaleza item los segundos a los de la Porte-aux-Pains item en la Iglesia del Refugio item en la Iglesia de Notre Dame, al otro lado del río item en el viejo edificio de los cátaros item en la calle de la Pierre Ronde.

Y tres ramos de seis antes de la fiesta, en la calle de las putas, porque también ellas, pobrecillas, querían tal vez celebrar la fiesta haciéndose su lindo sombrerito de rosas.

--Jesús --dije--. Sospecho que tienes. razón.

--Claro que la tengo. Ya te he dicho que es una lista de la lavandería.

--Un momento. Esta será una lista de la lavandería, pero lo primero es un mensaje cifrado que habla de los treinta y seis invisibles.

--Así es. Al texto francés lo liquidé en una hora, pero el otro me tuvo a maltraer durante dos días. Tuve que leerme a Tritemio en la Ambrosiana y en la Trivulziana, y ya sabes cómo son los bibliotecarios, antes de dejarte tocar un libro antiguo te miran como si fueses a comértelo. Pero la cosa es muy sencilla. Ante todo, y esto deberías haberlo descubierto solo, ¿estás seguro de que "les 36 invisibles separez en six bandes" estaba escrito en el mismo francés que el de nuestro mercader? Y de hecho también vosotros os habíais dado cuenta de que esa expresión figuraba en un libelo del siglo XVII, cuando aparecieron los rosacruces en París. Pero habéis razonado como vuestros diabólicos: si el mensaje está cifrado con el método de Tritemio, es porque Tritemio copió a los templarios, y, como cita una frase que circulaba en el ambiente de los rosacruces, resulta que el plan atribuido a los rosacruces era ya el plan de los templarios. Pero trata de invertir el razonamiento, como haría cualquier persona sensata: puesto que el mensaje está escrito con el método de Tritemio, fue escrito después de Tritemio, y, puesto que cita expresiones que circulaban en el rosacruciano siglo XVII, fue escrito después del siglo XVII. ¿Cuál es entonces la hipótesis más económica? Ingolf encuentra el mensaje de Provins y, puesto que es un fanático de los misterios herméticos, como el coronel, lee treinta y seis y ciento veinte y en seguida piensa en los rosacruces. Y, puesto que también es un fanático de las criptografías, se divierte vertiendo el mensaje de Provins en clave. Primer ejercicio: aplicar un criptosistema de Tritemio para escribir su frasecita rosacruciana.

--La explicación es ingeniosa. Pero vale tanto como la conjetura del coronel.

--De momento sí. Pero supón que haces más de una conjetura, y que todas ellas se apuntalan entre sí. Entonces ya empieza a estar más seguro de haber descubierto la verdad, ¿no? Yo partí de una sospecha. Las palabras que usa Ingolf no son las que

propone Tritemio. Son del mismo estilo asirio babilónico cabalístico, pero no son las mismas. Sin embargo, si Ingolf buscaba palabras que empezaran con las letras que tenía en la cabeza, Tritemio le ofrecía todas las que quisiera. ¿Por qué no eligió esas?

--¿Por qué?

--Quizá también necesitaba que determinadas letras apareciesen en segunda, tercera y cuarta posición. quizá nuestro ingenioso Ingolf quería componer un mensaje de cifra múltiple. Quería ser más listo que Tritemio.

Tritemio propone cuarenta criptosistemas mayores: en uno sólo valen las iniciales, en otro la primera y la tercera letra, en otro una inicial sí y otra no, y así sucesivamente, o sea que, con un poco de buena voluntad, se pueden inventar otros cien sistemas. En cuanto a los diez criptosistemas menores, el coronel se limitó a la primera rótula, que es la más fácil. Pero las siguientes funcionan según el principio de la segunda; toma la copia.

Supón que el círculo interno es móvil y que puedes hacerlo girar de modo que la A inicial coincida con cualquier letra del círculo externo. Con ello tendrás un sistema en el que la A se transcribe como X y así sucesivamente, otro en el que la A coincide con la U y así sucesivamente... A razón de veintidós letras en cada círculo, no tendrás diez sino veintiún criptosistemas, donde sólo el vigésimo segundo resulta nulo, porque en él la A coincide con la A...

--No me dirás que para cada letra de cada palabra has probado los veintiún sistemas...

--He usado la cabeza, y he tenido suerte. Como las palabras más cortas tienen seis letras, es evidente que en todas las palabras sólo son importantes las primeras seis, y que el resto está de adorno. ¿Por qué seis letras?

Supuse que Ingolf había cifrado la primera, y que después había pasado a la tercera, y luego a la sexta, saltándose primero una y luego dos letras.

Si para la letra inicial utilizó la primera rótula, para la tercera letra probé con la rótula número dos y resultó. Entonces apliqué la tercera rótula para descifrar la sexta letra, y también funcionó. No excluyo que Ingolf también haya usado otras letras, pero con tres pruebas me doy por satisfecha sigue tú, si quieres.

--No me tengas en vilo. ¿A qué resultado llegaste?

--Vuelve a mirar el mensaje. He subrayado las letras que importan.

Kuabris Defabrax Rexus_n Ukkazaal Ukzaab Urpaefel Taculbain Habrak Hacoruin Maquafel Tebra~n Hmcatuin Rokas Himesor Argaabil Kaqaan Docrabax Reisaz Reisabrax Decaiquan Oiquail Zaitabor Qaxaop Dugraq Xaelobran Disaeda Magisuan Raitak Huidal Uscolda Arabaom Zipreus Mecrim Cosmae Duquifas Rocasbs.

--Pues bien, ya sabemos que el primer mensaje es el de los treinta y seis invisibles. Ahora mira lo que se obtiene reemplazando las terceras letras con la rótula número dos: chambre des demoiselles, l'aiuille creuse.

--Pero eso lo conozco, es...

--En aval d'Etretat - La Chambre des Demoiselles - Sous le Fort du Fréfossé - Aiguille Creuse. ¡Es el mensaje que descifra Arsene Lupin cuando descubre el secreto de la Aguja Hueca! Te acordarás: en Etretat, al borde de la playa, se yergue la Aiguille Creuse, un castillo natural, cuyo interior es habitable, el arma secreta de Julio César al invadir las Galias, y luego del rey de Francia. Esa es la fuente del inmenso poder de Lupin. Ya sabes que a los lupinólogos esta historia les enloquece, van en peregrinaje a Etretat, buscan otros pasajes secretos, hacen anagramas con cada palabra de Leblanc... Ingolf era lupinólogo, además de rosacruciano, siempre cifro que te cifro.

--Pero mis diabólicos también podrían decir que los templarios conocían el secreto de la aguja y que, por tanto, el mensaje fue escrito en Provins en el siglo XIV...

--Ya he pensado en eso. Pero mira el tercer mensaje, el que se obtiene aplicando la rótula número tres a las sextas letras: merde i'en ai marre de cette steganographie. Esto es francés moderno, los templarios no hablaban así. Era Ingolf quien hablaba así: después de haberse roto la cabeza para cifrar sus jerigonzas, se dio incluso el gusto de enviar al demonio, siempre en cifra, lo que estaba haciendo. Pero el hombre era ingenioso, fíjate que cada mensaje consta de treinta y seis letras. Pobre Pim, Ingolf estaba jugando como vosotros, y ese imbécil del coronel se lo tomó en serio.

--¿Y entonces por qué desapareció Ingolf?

--¿Y quién te dice que lo asesinaron? Ingolf estaba harto de vivir en Auxerre, donde sólo veía al boticario y a su hija solterona que lloriqueaba todo el día. quizá va a París, hace un buen negocio revendiendo uno de sus libros antiguos, encuentra una viudita que le da cuartel y rehace su vida.

Como el que sale un minuto al estanco y su mujer no lo vuelve a ver.

--¿Y el coronel?

--¿No me has dicho que ni siquiera aquel policía estaba seguro de que le hubiesen asesinado? Hizo alguna de las suyas, sus víctimas le localizaron y tuvo que poner pies en polvorosa. quizá en este momento le esté vendiendo la Tour Eiffel a un turista americano y se haga llamar Dupont.

No podía ceder en todos los frentes.

--De acuerdo, hemos partido de una lista de la lavandería, pero eso revela nuestra creatividad. Sabíamos que estábamos inventando. Lo nuestro era pura poesía.

--Vuestro plan no tiene nada de poético. Es grotesco. La gente no piensa en volver a quemar Troya porque ha leído a Homero. Gracias a él el incendio de Troya se convirtió en algo que nunca ha sido, no será jamás, pero que sin embargo existirá eternamente. Tiene tantos sentidos porque todo está claro, límpido. En cambio, tus manifiestos de los rosacruces no eran ni diáfanos ni límpidos, eran meros borborigmos y prometían un secreto.

Por eso tantos intentaron convertirlos en realidad, y cada uno ha visto en ellos lo que quería. En Homero no hay ningún secreto. Vuestro plan está lleno de secretos, porque está lleno de contradicciones. Por eso podríais encontrar millares de pusilánimes dispuestos a reconocerse en él. Tiradlo a la basura. Homero no simuló nada. Vosotros habéis simulado. Cuidado con las simulaciones, todo el mundo se las toma en serio. La gente no creyó a Semmelweis cuando trataba de convencer a los médicos de que se lavaran las manos antes de tocar a las parturientas. Decía cosas demasiado simples. La gente cree al que le vende la loción para curar la calvicie. Algo les dice que ese individuo combina verdades que no se pueden combinar, que no razona correctamente ni tiene buena fe. Pero toda la vida han oído decir que Dios es complejo, e insondable, de modo que para ellos la incoherencia es lo que más se parece a la naturaleza divina. Lo inverosímil es lo que más se parece al milagro. Habéis inventado una loción de esas que curan la calvicie. No me gusta, es un juego feo.

No puedo decir que aquello nos estropeará las vacaciones en la sierra.

Me di unas buenas caminatas, leí libros serios, nunca había estado tan cerca del niño. Pero entre Lia y yo había quedado algo sin decir. Lia me había puesto entre la espada y la pared, y sentía haberme humillado, pero al mismo tiempo no estaba convencida de haberme convencido.

Y en efecto, yo sentía nostalgia del Plan, no quería tirarlo a la basura, había convivido demasiado tiempo con él.

Hace unos pocos días, me levanté temprano y cogí el único tren para Milán. Milán, donde recibiría la llamada de Belbo desde París, y donde empezaría este episodio que aún no he acabado de vivir.

Lia tenía razón. Hubiésemos tenido que hablar antes. Pero tampoco la hubiese creído. Había vivido la creación del Plan como el momento de Tif'eret, el corazón del cuerpo sefirótico, la armonía de la regla y la libertad. Diotallevi me había dicho que Moisés Cordovero ya nos lo había advertido: "El que por su Torah desprecia al ignorante, es decir a todo el pueblo de Yahveh, hace que Tif'eret desprecie a Malkut." Pero sólo ahora comprendo en qué consiste Malkut, el reino de esta tierra, en su fulgurante sencillez. A tiempo para comprender, demasiado tarde quizá para sobrevivir a la verdad.

Lia, quizá no vuelva a verte. Si fuese así, la última imagen que tengo de ti es de hace unos días, adormecida bajo las mantas. Te besé y no me decidía a salir.

NESAH

¿No ves ese perro negro que ronda por los sembrados y por el rastrojo?... Es como si tendiera sutiles lazos mágicos alrededor de nuestros pies... El círculo se está cerrando, ya lo tenemos encima.

(Fausto, 1, Ante la puerta)

Lo que sucedió durante mi ausencia, y sobre todo en los días previos a mi regreso, lo podía deducir sólo a través de los files de Belbo. Pero sólo uno de ellos era claro, estructurado con datos ordenados, el último, que probablemente había escrito antes de partir hacia París, para que yo u otro, futura memoria, pudiésemos leerlo. Los otros textos, que sin duda había escrito, como siempre, para sí mismo, no eran fáciles de interpretar. Sólo yo, que ya había penetrado en el universo privado de sus confidencias a Abulafia, podía descifrarlos, o al menos elaborar conjeturas a partir de ellos.

estábamos a principios de junio. Belbo se sentía intranquilo. Los médicos se habían hecho a la idea de que los únicos parientes de Diotallevi eran él y Gudrun, y al fin habían hablado. A las preguntas de los tipógrafos y de los correctores, ahora Gudrun respondía

esbozando una palabra bisílaba con los labios fruncidos, aunque sin emitir sonido alguno. Así es como se nombra la enfermedad tabú.

Gudrun iba a ver a Diotallevi todos los días, y creo que lo molestaba con su brillante mirada de piedad. El sabía, pero se avergonzaba de que los otros lo supiesen. Le costaba hablar. Belbo había escrito: "El rostro es todo pómulos." Se le estaba cayendo el cabello, pero era por el tratamiento. Belbo había escrito: "Las manos son todo dedos."

Creo que en una de sus penosas conversaciones, Diotallevi le había anticipado lo que le diría el último día. Belbo empezaba a darse cuenta de que identificarse con el Plan estaba mal, a lo mejor eso era el Mal. Pero, quizá para objetivar el Plan y reconducirlo a su dimensión puramente ficticia, lo había escrito, palabra por palabra, como si fuesen las memorias del coronel. Lo contaba como un iniciado que estuviese comunicando su secreto más profundo. Creo que para él era una cura: devolvía a la literatura, por mala que ésta fuese, lo que vida no era.

Pero el diez de junio debe de haber sucedido algo que lo trastornó muchísimo. Las notas sobre ello son bastante confusas, lo que sigue son sólo conjeturas.

Pues bien, Lorenza le había pedido que la llevara en coche a la Riviera, tenía que pasar por casa de una amiga para retirar algo, un documento, un acta notarial, una tontería que desde luego hubiese podido enviarse por correo. Belbo había aceptado, dichoso ante la idea de pasar un domingo en el mar con ella.

Habían ido a ese sitio, no he logrado descubrir exactamente dónde, quizá estaba cerca de Portofino. La descripción de Belbo recogía humores, no había paisajes, sólo excesos, tensiones, desalientos. Lorenza había hecho su diligencia mientras Belbo esperaba en un bar, después había dicho que podían ir a comer pescado en un sitio que estaba al borde de un acantilado.

A partir de este punto, la historia se fragmentaba: sólo puedo deducirla basándome en trozos de diálogo que Belbo alineaba sin comillas, como si estuviese transcribiéndolo aún caliente para que no se perdieran una serie de epifanías. Habían ido en coche hasta donde se podía, después habían seguido a pie por esos senderos ligeros a lo largo de la costa, floridos e impracticables, y habían encontrado el restaurante. Pero, en cuanto se sentaron, descubrieron en la mesa de al lado un cartelito que indicaba que estaba reservada para el doctor Aglie.

Mira qué casualidad, debía de haber dicho Belbo. Una desagradable casualidad, había dicho Lorenza, no quería que Aglie supiese que estaba allí con él. ¿Por qué no quería? ¿Qué tenía de malo? ¿Por qué Aglie tenía derecho a sentirse celoso? Pero, ¿qué derecho? Es una cuestión de buen gusto, me había invitado a salir hoy y le dije que estaba ocupadísima, no querrás que quede como una mentirosa. No quedas como una mentirosa, realmente estabas ocupadísima conmigo, ¿o es algo de lo que hay que avergonzarse? Avergonzarse no, pero me permitirás que tenga mis propias reglas de delicadeza.

Se habían marchado del restaurante y habían empezado a andar por el sendero. Pero de pronto Lorenza se había detenido, había visto que se acercaban unas personas que Belbo no conocía, amigos de Aglie, dijo ella, y no quería que la vieran. Situación humillante, ella, apoyada en el pretil de un puentecillo sobre un barranco lleno de olivos, con la cara sumergida en el periódico, como si se muriese de ganas de saber qué estaba sucediendo en el mundo, él, a diez pasos de distancia, fumando como si pasara por allí por casualidad.

Los comensales de Aglie ya habían pasado, pero si seguían avanzando por el sendero, decía Lorenza, se encontrarían con él, que sin duda estaba por llegar. Belbo decía, al diablo, al diablo, y qué? Y Lorenza le decía que no tenía ni pizca de sensibilidad. Solución, ir hasta el coche evitando el sendero, metiéndose por las torrenteras. Fuga ansiosa, entre bancales bañados por el sol, y a Belbo se le había roto un tacón. Lorenza decía ves que así es más bonito, claro que si sigues fumando tanto te quedas con la lengua fuera en seguida.

Llegaron al coche y Belbo dijo que lo mejor era regresar a Milán. No, había dicho Lorenza, quizá Aglie está retrasado, nos lo cruzamos en la autopista, él conoce tu coche, mira qué día tan bonito, tomemos por el interior, debe de ser una delicia, vayamos hacia la autopista del Sol y busquemos un sitio para cenar en el Oltrepo pavés.

Pero, por qué en el Oltrepo, pero qué significa por el interior, hay una sola solución, mira el mapa, tenemos que trepar a la montaña a partir de Uscio, atravesar todo el Apenino, detenernos en Bobbio, y desde allí llegar hasta Piacenza, estás loca, peor que Aníbal con los elefantes. No tienes sentido de la aventura, había dicho ella, además piensa en todos los sitios bonitos para comer que podemos encontrar en estas colinas. Antes de llegar a Uscio está Manuelina, que tiene doce estrellas en la guía Michelin, podremos hartarnos de pescado.

Manuelina estaba lleno, había una fila de clientes acechando las mesas donde estaban sirviendo el café. Lorenza dijo, no importa, unos kilómetros más arriba hay cien sitios mejores que éste. Encontraron un restaurante a las dos y media, en una aldea infame que según Belbo ni los mapas militares se atrevían a registrar, y comieron espaguetis recocidos con una salsa hecha con carne de lata. Belbo le preguntaba qué estaba ocultando, no podía ser una casualidad que le hubiera dicho que la llevara a un sitio al que precisamente debía llegar Aglie, quería provocar a alguien, pero no lograba descubrir a cual de los dos, y ella le preguntó si era paranoico.

Después de Uscio, habían empezado a subir a un puerto y, al atravesar un pueblecito que parecía detenido en una tarde de domingo siciliana de la época borbónica, un perrazo negro se había plantado en medio de la calle, como si nunca hubiese visto un coche. Belbo lo había golpeado con el parachoques delantero, parecía un golpe sin importancia, pero cuando bajaron vieron que el pobre animal tenía la panza ensangrentada, con algunas cosas raras de color rosado (¿genitales, vísceras?) que asomaban, y gemía mientras la baba resbalaba de su boca. Habían acudido algunos lugareños, se había formado una especie de asamblea popular. Belbo preguntaba quién era el dueño, pagaría los daños, pero el perro no tenía dueño. quizá representaba el diez

por ciento de la población de aquel sitio dejado de la mano de Dios, pero nadie sabía nada, aunque todos lo conocían de vista. Alguien decía que había que buscar al brigada de los carabinieri para que le disparase un tiro, y adiós.

Estaban buscando al brigada cuando apareció una señora que se declaró amante de los animales. Tengo seis gatos, dijo. ¿Y qué?, respondió Belbo, éste es un perro, se está muriendo y yo tengo prisa. Ya sea perro o gato, hay que tener un poco de corazón, dijo la señora. Nada de buscar al brigada, hay que buscar a alguien de la sociedad protectora de animales, o del hospital del pueblo de al lado, quizá el perro aún podía salvarse.

El sol caía sobre Belbo, sobre Lorenza, sobre el coche, sobre el perro y sobre los curiosos, y nunca se ponía, Belbo tenía la impresión de haber salido a la calle en paños menores, pero no lograba despertarse, la señora no aflojaba, el brigada no aparecía por ninguna parte, el perro seguía sangrando y jadeaba mientras emitía lánguidos quejidos. Gañe, dijo Belbo muy académico, y la señora, claro, claro que gañe, el pobrecillo sufre, también usted, ¿no podía haber conducido con más cuidado? Poco a poco la aldea estaba registrando una explosión demográfica, Belbo, Lorenza y el perro se habían convertido en el espectáculo de aquel triste domingo. Una nena con un helado se había acercado a preguntar si eran los de la televisión que estaban organizando el concurso para elegir a Miss Apenino Ligur, Belbo le había dicho que si no se marchaba en seguida la dejaría como al perro, la nena se había echado a llorar. Había llegado el médico municipal y había dicho que era el padre de la niña y que Belbo no sabía quién era él. En un rápido intercambio de excusas y presentaciones, había resultado que el médico era autor de un Diario de un médico rural, publicado por el célebre editor Manuzio, de Milán. Belbo había caído en la trampa y había dicho que era un alto cargo de la editorial, y ahora el doctor quería que él y Lorenza se quedasen a cenar, Lorenza estaba histérica y le daba codazos en las costillas, claro, así saldremos en los periódicos, los amantes diabólicos, ¿no podías estarte callado?

El sol seguía dando de lleno mientras el campanario llamaba a completas (estamos en la Ultima Thule, susurró Belbo, son seis meses de sol de medianoche a medianoche, y me he quedado sin tabaco), el perro se limitaba a sufrir y ya nadie se fijaba en él, Lorenza decía que tenía un ataque de asma, Belbo ya no dudaba de que el cosmos era un error del Demiurgo. Finalmente se le ocurrió que podían ir con el coche a buscar ayuda al puesto más cercano. La señora amante de los animales estuvo de acuerdo, que fuesen y que regresaran lo más pronto posible, un señor que trabajaba en una editorial de poesía era digno de confianza, también a ella le gustaba mucho Gerald.

Belbo se había marchado, y cínicamente había pasado de largo por el puesto más cercano, Lorenza maldecía a todos los animales con que Dios había ensuciado la tierra desde el primero al quinto día, incluido este último, y Belbo estaba de acuerdo, pero también hacía extensiva la crítica a la obra del sexto día, y quizá también al descanso del séptimo, porque jamás le había tocado un domingo tan nefasto como aquél.

Habían empezado a atravesar el Apenino, pero eso, que en los mapas parecía muy fácil, les había llevado varias horas, no habían entrado en Bobbio, y hacia el anochecer habían llegado a Piacenza. Belbo estaba cansado, al menos quería cenar con Lorenza, y había

cogido una habitación doble en el único hotel que no estaba completo, cerca de la estación. Tan pronto como subieron, Lorenza declaró que en un sitio como aquél no dormiría.

Belbo dijo que buscaría otra cosa pero que antes le dejara bajar al bar y beberse un Martini. Sólo tenían coñac nacional, regresó al cuarto, y Lorenza no estaba. Fue a preguntar en recepción y le entregaron un mensaje: "Querido, he descubierto un espléndido tren para Milán. Me marchó. Nos vemos uno de estos días."

Belbo había salido corriendo hacia la estación, pero el andén ya estaba vacío. Como en una película del Oeste.

Se quedó a dormir en Piacenza. Quiso comprar una novela policíaca, pero hasta el kiosco de la estación estaba cerrado. En el hotel sólo encontró una revista del Automóvil Club.

Para su desgracia, había un artículo sobre los puertos del Apenino que acababan de atravesar. En su recuerdo, mustio como si aquello hubiese sucedido muchos años antes, eran tierras áridas, castigadas por el sol, polvorientas, sembradas de detritos minerales. En las lustrosas páginas de la revista, eran parajes idílicos que daban ganas de recorrer incluso a pie, para saborearlos paso a paso. La Samoa de Jim el del Cádiz.

¿Cómo puede precipitarse un hombre hacia su ruina sólo porque ha atropellado un perro? Sin embargo, eso fue lo que sucedió. Belbo decidió aquella noche en Piacenza que retirándose a vivir de nuevo en el Plan ya no sufriría nuevas derrotas, porque allí era él quien decidía quién, cómo y cuándo.

Y debió de tomar esa noche la determinación de vengarse de Aglie, aunque no tuviese muy claro por qué y para qué. Se le ocurrió introducir a Aglie en el Plan, sin que él lo supiese. Y por otra parte era típico de Belbo buscar revanchas en las que él fuera el único testigo. No por pudor sino por desconfianza en la capacidad testimonial de los demás. Una vez que cayese en el Plan, Aglie quedaría anulado, se convertiría en humo, como el pabito de una vela. Irreal como los templarios de Provins, los rosacruces, el propio Belbo.

No debe de ser difícil, pensaba Belbo: hemos reducido a nuestra escala a Bacon y a Napoleón, ¿por qué no Aglie? También a él lo pondremos a buscar el Mapa. De Ardeni y de su recuerdo me he liberado colocándole en una ficción mejor que la suya. Se hará lo mismo con Aglie.

Creo que realmente estaba convencido, tanto puede el deseo frustrado.

Aquel file concluía, no podía ser de otra manera, con la cita obligada de todos los derrotados por la vida: Bin ich ein Gott?

¿Cuál es la influencia oculta que actúa en la prensa, y en todos los movimientos subversivos que hay a nuestro alrededor?

¿Se trata de varios Poderes? ¿O hay un Poder, un grupo invisible que dirige a todos los demás: el círculo de los Verdaderos Iniciados?

(Nesta Webster, Secret Societies and Subversive Movements, London, Boswell, 1924, p. 348)

Quizá se habría olvidado de esta idea. quizá le habría bastado con escribirla. quizá habría sido suficiente con que volviera a ver pronto a Lorenza. El deseo habría vuelto a invadirle, le habría obligado a pactar con la vida. Pero justo aquel lunes, por la tarde, Aglie se le había presentado en la oficina, perfumado con colonias exóticas, sonriente, para entregarle unos originales que debían descartarse y que, según dijo, había leído durante un espléndido fin de semana en la Riviera. Aquello había bastado para reavivar el rencor de Belbo, quien decidió burlarse de él, mostrarle el heliotropo.

Procediendo, pues, como el burlador de Boccaccio, le insinuó que hacía más de diez años que se sentía oprimido por un secreto iniciático. Un tal coronel Ardeni, que decía haber descubierto el Plan de los templarios le había entregado un manuscrito... El coronel había sido secuestrado o asesinado por alguien que se había apoderado de sus papeles, pero, al marcharse de Garamond, Ardeni sólo llevaba consigo un texto cebo, deliberadamente inexacto, fantasioso, incluso pueril, cuyo único objetivo era dar a entender que había descubierto el mensaje de Provins y las notas definitivas de Ingolf, las que sus asesinos aún estaban buscando. Sin embargo una carpeta bastante delgada, que apenas contenía una decena de páginas, entre las que figuraba el texto verdadero, el que Ardeni encontrara realmente entre los papeles de Ingolf, había quedado en manos de Belbo.

Qué curioso, reaccionó Aglie, cuénteme, cuénteme. Y Belbo le contó.

Le contó todo el Plan, tal como lo habíamos concebido, presentándolo como la revelación de aquel remoto manuscrito. Incluso le dijo, adoptando un tono aún más circunspecto y confidencial, que también un policía, un tal De Angelis, había estado a punto de descubrir la verdad, pero él, Belbo había protegido con una hermética, era el caso de decirlo, barrera de silencio aquel supremo secreto de la humanidad. Un secreto que en definitiva se reducía al secreto del mapa.

Entonces hizo un pausa, muy elocuente como todas las grandes pausas. Su reticencia sobre la verdad final garantizaba la verdad de las premisas. Nada, para quien realmente cree en una tradición secreta (ése era su cálculo), es más fragoroso que el silencio.

--Muy interesante, muy interesante --dijo Aglie con aire de estar pensando en otra cosa, mientras extraía su tabaquera del chaleco--. ¿
Y... el mapa?

Belbo pensaba: Viejo voyeur, te estás excitando, te lo tienes merecido, con todos esos aires de Saint-Germain apenas eres un bribón que se gana la vida jugando al monte, y luego vas y le compras el Coliseo al primer bribón más bribón que tú. Ahora te envío a

buscar mapas, así desapareces en las entrañas de la tierra, arrastrado por las corrientes telúricas, y te rompes la cabeza contra el polo sur de algún clavijero céltico.

Con aire circunspecto:

--Desde luego, en el manuscrito también figuraba el mapa, es decir su descripción precisa, y la referencia al original. Es sorprendente, no sabe usted qué simple era la solución del problema. El mapa estaba al alcance de todos, millares de personas han pasado todos los días delante de él, desde hace siglos. Por lo demás, el sistema de orientación es tan elemental que basta con memorizar su esquema, y el mapa podría reproducirse acto seguido, en cualquier parte. Tan simple y tan imprevisible... Mire usted, lo digo sólo para que se haga una idea, es como si el mapa estuviese inscrito en la pirámide de Keops, desplegado ante la vista de todos, y durante Siglos todos han leído y releído y descifrado la pirámide en busca de otras alusiones, otros cálculos, sin intuir su increíble, espléndida simplicidad. Una obra maestra de inocencia. Y de perfidia. Los templarios de Provins eran unos magos.

--Realmente, ha despertado mi curiosidad. ¿No podría mostrármelo?

--Debo confesarle que lo he destruido todo, las diez páginas y el mapa.

Estaba asustado. ¿Me comprende, verdad?

--No me dirá que ha destruido un documento tan importante...

--Lo he destruido, pero ya le he dicho que la revelación era de una simplicidad absoluta. El mapa está aquí --y se tocaba la frente, tenía ganas de echarse a reír, porque pensaba en el chiste del alemán que dice "lo tengo todo aquí, en mi kulo"--. Hace más de diez años que llevo dentro ese secreto, más de diez años que tengo ese mapa aquí --y volvía a tocarse la frente--, como una obsesión, y me aterra pensar en el poder que adquiriría si sólo me decidiese a entrar en posesión de la herencia de los Treinta y Seis Invisibles. ¿Comprende ahora por qué he convencido a Garamond de que publicara *Isis Desvelada* y *la Historia de la Magia*? Estoy esperando el contacto justo.

Después, cada vez más compenetrado con el papel que estaba representando, y para acabar de poner a prueba a Aglie, le repitió casi literalmente las encendidas palabras que Arsene Lupin pronuncia ante Beautrelet al final de *L'Aiguille Creuse*: "En ciertos momentos mi poder llega a marearme. Estoy ebrio de fuerza y de autoridad."

--Pero bueno, amigo Belbo --dijo Aglie--, ¿no estará dando demasiado crédito a las fantasías de un exaltado? ¿está seguro de que el texto era auténtico? ¿Por qué no se fia de mi experiencia en estos temas? Si supiese cuántas revelaciones de este tipo he visto a lo largo de mi vida, al menos tengo el mérito de haber demostrado su incoherencia. Me bastaría con echar un vistazo al mapa para saber si es auténtico. Puedo jactarme de tener algunos conocimientos, modestos quizá, pero precisos, en materia de cartografía tradicional.

--Doctor Aglie --dijo Belbo--, usted sería el primero en recordarme que un secreto iniciático revelado pierde todo su poder. He callado durante años, de modo que puedo seguir callando.

Y callaba. También Aglie, fuese o no un mentecato, se tomaba en serio su papel. había pasado largos años deleitándose con secretos impenetrables y creía firmemente, a esas alturas, que los labios de Belbo seguirían sellados para siempre.

En ese momento entró Gudrun y anunció que la cita en Bolonia era para el viernes al mediodía.

--Puede coger el TEE de la mañana --dijo.

--El TEE es un tren delicioso --dijo Aglie--. Pero siempre hay que reservar asiento, sobre todo en esta época del año.

Belbo dijo que incluso a último momento se encontraba sitio, aunque sólo fuese en el coche restaurante, donde servían el desayuno.

--Le deseo éxito --dijo Aglie--. Bella ciudad, Bolonia. Pero tan calurosa en junio...

--Sólo estaré dos o tres horas. Tengo que discutir un texto de epigrafía, tenemos problemas con las reproducciones. --Y de golpe había añadido--: Estas no son mis vacaciones todavía. Me las tomaré hacia el solsticio de verano, quizá me decida a... Me habrá entendido. Confío en su discreción.

Le he hablado como a un amigo.

--Sé callar incluso mejor que usted. En todo caso le agradezco la confianza, de veras.

Y se marchó.

A Belbo aquel encuentro le había tranquilizado. Victoria completa de su narratividad astral sobre las miserias y vergüenzas del mundo sublunar.

Al día siguiente le telefoneó Aglie:

--Le ruego que me disculpe, estimado amigo. Me veo ante un pequeño problema. Como usted sabe, practico un modesto comercio de libros antiguos. Esta noche me llegará desde París una docena de volúmenes encuadernados, del siglo XVIII. Son obras de cierto valor que debo entregar absolutamente a mi corresponsal de Florencia mañana. Debería llevarlas personalmente, pero tengo otro compromiso. Se me ha ocurrido una solución.

Usted tiene que ir a Bolonia. Yo podría esperarle junto al tren, unos diez minutos antes de la salida, y entregarle un maletín, usted lo pone en la rejilla y lo deja allí cuando se apea en Bolonia, en todo caso podría tomar la precaución de marcharse en último lugar para

estar seguro de que nadie lo coja. En Florencia subirá mi corresponsal y lo retirará antes de que el tren vuelva a partir. Sé que para usted será un incordio, pero si puede hacerme este favor le estaré eternamente agradecido.

--Con mucho gusto --respondió Belbo--, pero ¿cómo hará su amigo de Florencia para saber dónde he dejado el maletín?

--Soy más previsor que usted y he reservado un asiento, el 45, coche número 8. Lo he reservado hasta Roma, así no lo ocupará nadie ni en Bolonia ni en Florencia. Ya ve, a cambio de la molestia que le creo, le ofrezco la seguridad de viajar sentado, sin tener que acomodarse en el coche restaurante. No me he atrevido a comprar el billete, no quería que pensase que pretendía saldar mi deuda de gratitud de una forma tan poco delicada.

Es todo un caballero, pensó Belbo. Me enviará una caja de vinos selectos. Para que los beba a su salud. Ayer quería hacerle desaparecer y ahora hasta le estoy haciendo un favor. Paciencia, no puedo negarme.

El miércoles por la mañana, Belbo llegó temprano a la estación, compró el billete para Bolonia y encontró a Aglie junto al coche número 8, con el maletín. Pesaba bastante, pero no era demasiado grande.

Belbo lo colocó encima del asiento 45, y se instaló con su fajo de periódicos. La noticia del día eran los funerales de Berlinguer. Al cabo de un momento, un señor de barba ocupó el asiento de al lado. Belbo tuvo la impresión de haberle visto antes (más tarde pensaría que era uno de los que habían participado en la fiesta del Piamonte, pero tampoco estaba seguro). A la hora de partir, el compartimiento estaba lleno.

Belbo leía su periódico, pero el viajero de la barba trataba de entablar conversación con todos. había empezado hablando del calor, de la ineficacia del sistema de aire acondicionado, del hecho de que en junio uno nunca sabe si vestirse con ropa de verano o de entretiempo. había dicho que lo más indicado era un blazer ligero, como el de Belbo, y le había preguntado si era inglés. Belbo respondió que era inglés, de Burberry, y volvió a sumirse en la lectura.

--Son los mejores --dijo el señor--, pero éste es particularmente elegante, porque no tiene esos botones dorados tan llamativos. Permítame que le diga que combina muy bien con la corbata color burdeos.

Belbo agradeció y volvió a desplegar el periódico. El señor siguió hablando con los otros de lo difícil que es combinar las corbatas con las chaquetas. Belbo leía. Lo sé, pensaba, todos me miran como un maleducado, pero subo al tren para no tener relaciones humanas. Ya tengo demasiadas en tierra.

Entonces el señor le dijo:

--¡Cántos periódicos lee usted! ¡Y de todas las tendencias! Debe de ser juez, o político.

Belbo respondió que no, que trabajaba en una editorial especializada en metafísica árabe. Lo dijo con la esperanza de aterrorizar al adversario.

Y era evidente que el otro se había aterrorizado.

Después llegó el revisor. Preguntó por qué Belbo tenía un billete para Bolonia si la reserva era hasta Roma. Belbo dijo que había cambiado de idea en el último momento.

--Qué bien --observó el señor de barba--. Poder decidir a su aire, sin preocuparse por el bolsillo. Le envidio.

Belbo sonrió, y se volvió hacia el otro lado. Ya está, pensó, ahora todos me miran como si fuese un derrochador, o hubiese asaltado un banco.

Al llegar a Bolonia, Belbo se levantó y se dispuso a salir.

--Se olvida ese maletín --dijo su vecino.

--No, lo que sucede es que tiene que recogerlo un señor en Florencia --respondió Belbo-- . ¿Le molestaría echarle un vistazo?

--No se preocupe --dijo el señor de la barba--. Puede confiar en mi.

Belbo regresó a Milán al anochecer, se abrió un par de latas de carne, sacó unas galletas y encendió el televisor. Seguían hablando de Berlinguer, claro. De modo que la noticia pasó casi inadvertida, en el último momento.

A últimas horas de la mañana, en el TEE, en el tramo Bolonia-Florencia, en el coche número 8, un señor de barba había expresado sospechas sobre otro viajero que se había apeado en Bolonia dejando un maletín en la rejilla. Ciertamente había dicho que alguien lo recogería en Florencia pero, ¿no es así como actúan los terroristas? Y además, ¿por qué había reservado el asiento hasta Roma si iba a Bolonia?

Una fuerte inquietud se había apoderado de los ocupantes del compartimiento. Hasta que el señor de la barba dijo que no resistía más la tensión. Era mejor equivocarse que morir, y había llamado al revisor. Este había hecho detener el tren y había llamado a la policía ferroviaria. No sé qué sucedió exactamente, el tren detenido en medio de la montaña, los pasajeros pululando, inquietos, por las vías, llegan los artificieros... Los expertos habían abierto el maletín y habían encontrado un dispositivo de relojería calculado para la hora de llegada a Florencia. Contenía suficiente explosivo como para matar a varias decenas de personas.

La policía no había podido encontrar al señor de la barba. quizá había cambiado de coche y se había apeado en Florencia para no salir en los periódicos. Se hacía un llamamiento para que se presentara a declarar.

Los otros viajeros recordaban con una lucidez excepcional al hombre que había dejado el maletín. Debía de ser un individuo que despertaba sospechas a primera vista. Llevaba chaqueta inglesa azul sin botones dorados, corbata de color burdeos, era un tipo taciturno, daba la impresión de estar haciendo todo lo posible para pasar inadvertido. Pero en determinado momento se le había escapado que trabajaba en un periódico, en una editorial, en algo relacionado con (y aquí las opiniones de los testigos estaban divididas) la física, el metano o la metempsicosis. Pero seguro que tenía que ver con los árabes.

Policía y carabineros en estado de alarma. Los investigadores ya estaban examinando denuncias. Dos ciudadanos libios detenidos en Bolonia.

El dibujante de la policía había trazado un retrato robot, que podía verse en la pantalla. El dibujo no se parecía a Belbo, pero Belbo se parecía al dibujo.

Belbo no podía tener duda alguna. El hombre del maletín era él. Pero el maletín contenía los libros de Aglie. había llamado a Aglie, pero el teléfono no respondía.

Ya era muy tarde, no se atrevió a salir a la calle, tomó un somnífero y se acostó. Por la mañana volvió a llamar a Aglie. Silencio. Bajó a comprar los periódicos. Por suerte la primera página aún estaba dedicada a los funerales, y la noticia sobre el tren, con el retrato robot, estaba en las páginas interiores. Regresó a su casa con el cuello levantado, y sólo después se dio cuenta de que todavía llevaba puesto el blazer. Por suerte no tenía puesta la corbata de color burdeos.

Mientras intentaba reconstruir una vez más los hechos, recibió una llamada. Una voz desconocida, extranjera, con acento vagamente balcánico.

Una llamada meliflua, como de alguien que no tuviese nada que ver con la historia y sólo le telefonara por pura simpatía. Pobre señor Belbo, decía, estaba metido en una historia desagradable. Nunca hay que aceptar paquetes ajenos sin antes examinar el contenido. Sería realmente penoso que alguien avisara a la policía de que el desconocido del asiento número 45 era el señor Belbo.

Claro que quizá no había que llegar a este extremo, si Belbo decidía colaborar. Por ejemplo, si decía dónde estaba el mapa de los templarios.

Y puesto que Milán se había convertido en una ciudad caliente, ya que todos sabían que el terrorista del TEE había subido en Milán, era más prudente trasladar todo el asunto a territorio neutral, por ejemplo a París. ¿Por qué no fijaban una cita en la librería Sloane, 3 rue de la Manticore, para dentro de una semana? Aunque quizá para Belbo sería mejor ponerse en marcha ya, antes de que alguien le identificase. Librería Sloane, 3 rue de la Manticore. El miércoles veinte de junio, al mediodía, se encontraría allí con un rostro conocido, el de ese señor de barba con quien conversara tan amablemente en el tren. El le diría dónde debía reunirse con otros amigos, y luego, con toda tranquilidad, en buena compañía, a tiempo para el solsticio de verano, contaría finalmente todo lo que sabía, y

de ese modo todo acabaría sin más sobresaltos. Rue de la Manticore, número 3, fácil de recordar.

Saint-Germain... Un hombre muy fino y agudo... Decía que estaba en poder de toda clase de secretos... Utilizaba a menudo, en sus apariciones, ese famoso espejo mágico al que debía parte de su fama... Como evocaba mediante efectos catóptricos, sombras esperadas, y casi siempre reconocidas, su contacto con el otro mundo era cosa probada

(Le Coulteux de Canteleu, Les sectes et les soc~étés secretes Paris, Didier, 1863, pp. 170-171)

Belbo se sintió perdido. Todo estaba claro. Aglie pensaba que su historia era cierta, quería el mapa, le había tendido una trampa, y ahora le tenía en su poder. O Belbo iba a París, a revelar lo que no sabía (pero sólo él sabía que no lo sabía: yo me había marchado sin dejar las señas, Diotallevi se estaba muriendo), o toda la policía de Italia se le echaría encima.

Pero, ¿era posible que Aglie se hubiese prestado a un juego tan sórdido? ¿Qué podía ganar con ello? Tenía que coger por el pescuezo a ese viejo loco, sólo arrastrándole hasta la jefatura de policía podría salir de aquello.

Cogió un taxi y se dirigió a la casa, cerca de piazza Piola. Ventanas cerradas y en la verja un cartel de una inmobiliaria: SE ALQUILA. Era cosa de locos, Aglie vivía allí hasta hacia una semana, él mismo le había telefoneado. Llamó a la puerta de la casa de al lado. ¿Ese señor? Se había mudado justo ayer. No tengo sus nuevas señas, apenas le conocía de vista era una persona muy reservada, creo que siempre estaba de viaje.

Lo único que podía hacer era preguntar en la agencia. Pero allí no sabían quién era Aglie. La casa había sido alquilada en su día por una empresa francesa. Los pagos llegaban regularmente por vía bancaria. El contrato había sido rescindido veinticuatro horas antes de la mudanza, y habían renunciado al reintegro del depósito de garantía. Todos los contactos habían sido por carta y con un tal señor Ragotgky. Eso era todo lo que sabían.

Parecía imposible. Rakosky o Ragotgky, comoquiera que se llamase era el misterioso visitante del coronel, buscado por el astuto De Angelis y la Interpol, y resultaba que ahora iba por el mundo alquilando casas.

En nuestra historia, el Rakosky de Ardenti era una reencarnación del Rakovsky de la Okrana, y éste una reencarnación del conocido Saint-Germain.

¿Pero qué tenía que ver con Aglie?

Belbo fue a la editorial, subió como un ladrón y se encerró en su despacho. Trató de atar cabos.

Era como para perder la razón, y Belbo estaba seguro de haberla perdido. Y nadie con quien hablar. Y mientras se secaba el sudor, hojeaba casi maquinalmente los originales que había sobre su escritorio, llegados el día anterior, sin saber qué se hacía, y de repente, al pasar una página, había visto escrito el nombre de Aglie.

Miró el título del texto. El opúsculo de un diabólico cualquiera: La verdad sobre el Conde de Saint-Germain. Releyó la página. En ella se citaba la biografía que escribiera Chacornac, según la cual Claude-Louis de Saint-Germain se había hecho pasar sucesivamente por Monsieur de Surmont, conde Soltikoff, Mister Welldone, marqués de Belmar, príncipe Rackoczi o Ragozki, y muchos otros, pero sus nombres de familia eran conde de Saint-Martin y marqués de Aglie, por una posesión de sus antepasados en el Piamonte.

Perfecto, ahora Belbo podía estar tranquilo. No sólo le tenían acorralado acusándole de terrorista, no sólo el Plan era verdadero, no sólo Aglie había desaparecido de la noche a la mañana, y no era un mitómano, sino que era el verdadero e inmortal conde de Saint-Germain, y tampoco había hecho nada para ocultarlo. Lo único verdadero, en aquel torbellino de falsedades que estaban ocurriendo, era su nombre. O tal vez no, también su nombre era falso, Aglie no era Aglie, pero no importaba quién fuese realmente, porque de hecho, y durante años, había estado comportándose como el personaje de una historia que sólo más tarde inventaríamos nosotros.

Comoquiera que fuese, a Belbo no le quedaba otra opción. Al desaparecer Aglie, ya no podía indicarle a la policía quién le había entregado el maletín. Y suponiendo que hubiera logrado convencer a la policía, habría salido a relucir que quien le había dado el maletín era un individuo buscado por homicidio, y que desde hacía al menos un par de años Belbo lo tenía como asesor. Bonita coartada.

Pero para poder concebir toda esa historia, que ya de por sí era bastante novelesca, y para inducir a la policía a que se la creyese, era necesario presuponer otra que iba más allá incluso que la misma ficción. A saber, que el Plan inventado por nosotros coincidía punto por punto, incluida la desenfundada búsqueda final del mapa, con un plan verdadero en el que ya Aglie, Rakosky, Rakovsky, Ragotgky, el señor de la barba, el Tres, y todos, hasta los templarios de Provins, estaban implicados de antemano. Y que el coronel tenía razón. Pero que al mismo tiempo se había equivocado, porque en definitiva nuestro Plan no era igual que el suyo, y, si el suyo era cierto, ya no podía serlo el nuestro, y viceversa, de modo que, si teníamos razón nosotros, ¿por qué diez años antes Rakosky le había robado al coronel un informe falso?

Con sólo leer lo que Belbo le había confiado a Abulafia la otra mañana, tuve ga!las de golpearme la cabeza contra la pared. Para convencerme de que la pared, al menos la pared, era real. Me imaginaba cómo debía de haberse sentido él, Belbo, aquel día, y en los días que siguieron. Pero no quedaba ahí la cosa.

En busca de alguien que pudiera escuchar sus preguntas, había telefoneado a Lorenza. No estaba. Algo le dijo que no volvería a verla. De alguna manera, Lorenza era una criatura inventada por Aglie. Aglie era una criatura inventada por Belbo, y Belbo ya no

sabía quién le había inventado a él. Volvió a coger el periódico. Lo único cierto era que el hombre del retrato robot era él. Para acabar de convencerle, en ese mismo momento recibió, allí, en la oficina, una nueva llamada. El mismo acento balcánico las mismas recomendaciones. La cita en París.

--Pero, ¿quiénes son? --gritó Belbo.

--Somos el Tres --respondió la voz--. Y sobre el Tres usted sabe más que nosotros.

Entonces tomó una decisión. Cogió el teléfono y llamó a De Angelis.

En la jefatura de policía se habían andado con rodeos, por lo visto el comisario ya no trabajaba allí. Después, ante su insistencia, le habían puesto con un despacho.

--Vaya, vaya, el doctor Belbo --dijo De Angelis en un tono que a Belbo le pareció sarcástico--. Me encuentra por casualidad. Estoy haciendo las maletas.

--¿Las maletas? --Belbo temió que se tratase de una alusión.

--Me han transferido a Cerdeña. Parece que es un trabajo tranquilo.

--Doctor De Angelis, necesito hablarle con urgencia. Es por aquella historia...

--¿Qué historia?

--La historia del coronel. Y también por esa otra... Cierta vez usted le preguntó a Casaubon si había oído hablar del Tres. Pues yo he oído hablar de él. Tengo cosas importantes que decirle.

--No me las diga. Ya no es asunto mio. Además, ¿no le parece que es un poco tarde?

--Si, reconozco que hace años le oculté algo. Pero ahora quiero hablarle.

--No, doctor Belbo, no me hable. Por lo pronto, sepa que sin duda alguien está escuchando nuestra conversación, y quiero que se sepa que no quiero oír nada ni sé nada. Tengo dos hijos. Pequeños. Y alguien me ha dado a entender que podría sucederles algo. Y, para demostrarme que no bromeaban, ayer por la mañana, mi mujer puso en marcha el coche y el maletero saltó por los aires. Era una carga muy pequeña, poco más grande que un petardo, pero bastante para hacerme comprender que si quieren pueden. He ido a ver al jefe y le he dicho que siempre he cumplido con mi deber, incluso más de lo necesario, pero que no soy ningún héroe. Podría dar incluso mi vida, pero no la de mi mujer y los niños. He pedido que me transfiriesen. Y después he ido a decirles a todos que soy un cobarde, que estoy cagado de miedo. Y ahora se lo digo también a usted y a los que nos están escuchando. He arruinado mi carrera, he perdido el respeto de mi mismo, sin rodeos, me doy cuenta de que soy un hombre sin honor, pero quiero salvar a mi familia. Me han dicho que Cerdeña es muy bonito, ni siquiera tendré que ahorrar para que los niños veraneen en el mar. Adiós.

--Espere, el asunto es grave, estoy en apuros...

--¿Conque en apuros? Realmente, me alegro. Cuando le pedí ayuda, no me la dió. Y tampoco su amigo Casaubon. Pero ahora que está en apuros recurre a mi. También yo estoy en apuros. Ha llegado tarde. La policía está al servicio del ciudadano, como dicen en las películas, ¿no está pensando en ello? Pues bien, diríjase a la policía, o sea a mi sucesor.

Belbo colgó. No faltaba ni un detalle: hasta le habían impedido recurrir al único policía que hubiera podido creerle.

Después pensó que Garamond, con todos sus conocidos, prefectos, jefes de policía, altos funcionarios, podría echarle una mano. Corrió a verle.

Garamond escuchó con gentileza su historia, interrumpiéndole con corteses exclamaciones tales como "no me diga", "las cosas que hay que oír", "pero si parece una novela, aún diría más, algo inventado". Después juntó las manos, miró a Belbo con infinita simpatía, y dijo:

--Hijo mio, y permita que le llame así porque bien podría ser su padre, bueno, su padre quizá no, porque aún soy un hombre joven, aún diría más, juvenil, pero si un hermano mayor, si usted permite. Le hablaré con el corazón en la mano, hace tantos años que nos conocemos. Tengo la impresión de que usted está sobreexcitado, en el límite de sus fuerzas, con los nervios destrozados, aún diría más, le veo cansado. Y no crea que no valoro su esfuerzo, me consta que se entrega en cuerpo y alma a las tareas de la editorial, y un día habrá que tomarlo en cuenta también en términos, como le diría, materiales, porque, vaya, a nadie le amarga un dulce. Pero, si estuviese en su lugar, me tomaría unas vacaciones. Me dice que se encuentra en una situación incómoda. Francamente, no me lo tomaría tan a la tremenda, aunque permítame decirle que para Garamond sería desagradable que uno de sus empleados, el mejor, se viese envuelto en una historia poco clara. Me ha dicho que alguien quiere que vaya a París. No quiero conocer detalles, simplemente le creo. ¿Qué hacer? Pues vaya, ¿no es mejor aclarar las cosas en seguida? Me ha dicho que se encuentra en términos, cómo diría, conflictivos con un caballero como el doctor Aglie. No quiero saber qué ha sucedido exactamente entre ustedes, y yo que usted no daría demasiada importancia a ese caso de homonimia al que se ha referido. Piense en toda la gente que se llama Germani. Si Aglie le envía, lealmente, un mensaje para decirle que vaya a París, que allí se aclarará todo, pues bien, vaya a París, que tampoco es para tanto. En las relaciones humanas hay que ser claro. Vaya a París y si tiene algo en la boca del estómago no sea reticente. Hay que ir con el corazón en la mano. ¡A qué andarse con tanto secreto! Si no he entendido mal, el doctor Aglie está resentido porque usted no quiere decirle dónde está cierto mapa, plano, mensaje, no sé qué cosa, que usted tiene y con la que no se hace nada, y que quizá al bueno de Aglie le interesa por razones de estudio. ¿Acaso no estamos al servicio de la cultura, o me equivoco? Pues vaya y entréguele ese mapa o atlas o plano topográfico, del que no quiero saber nada. Desde luego, si tanto le interesa a Aglie, por alguna razón será, sin duda respetable, un caballero siempre es un caballero. Vaya a París, un buen

apretón de manos y a otra cosa. ¿De acuerdo? Y no se preocupe tanto. Ya sabe que siempre estoy aquí.

--Después oprimió una tecla del intercomunicador--: Señora Grazia... Claro, no está, cuando la necesito nunca está. Usted tiene problemas, estimado Belbo, si supiese los que tengo yo. Hasta pronto. Si ve en el pasillo a la señora Grazia, dígame que venga a verme. Y, por favor, descanse.

Belbo salió. La señora Grazia no estaba en la secretaria, vio que se encendía la luz roja de la línea privada de Garamond, que, evidentemente, estaba llamando a alguien. No pudo resistir la tentación (creo que era la primera indiscreción que cometía en su vida). Cogió el auricular y escuchó. Garamond le estaba diciendo a alguien:

--No se preocupe. Creo que le he convencido. Irá a París... Era mi deber. No tiene nada que agradecerme, pertenecemos a la misma caballería espiritual.

O sea que también Garamond estaba en el secreto. ¿En qué secreto?

En el que sólo él, Belbo, podía revelar. Un secreto inexistente.

Ya era de noche. Fue al Píladés, cruzó unas pocas palabras con cualquiera, se excedió con el alcohol. A la mañana siguiente fue a ver al único amigo que le quedaba. Diotallevi. Fue a pedirle ayuda a un hombre que se estaba muriendo.

Luego dejaría en Abulafia un relato febril de esta última conversación, una recapitulación en la que me resultaba imposible distinguir entre lo que era de Diotallevi y lo que era de Belbo, porque en ambos casos era como el susurro de quien dice la verdad consciente de que ya ha pasado el momento de jugar con las ilusiones.

Y así sucedió a Rabí Ismahel ben Elis'a con sus discípulos, que estudiaron el libro Yesirah y equivocaron los movimientos y caminaron hacia atrás, y acabaron hundiéndose ellos mismos en la tierra hasta el ombligo, por la fuerza de las letras.

(Pseudo Saadya, Comentario al Séfer Yesirah)

Nunca le había visto tan albino, aunque ya casi no tenía pelos, ni cabello, ni cejas, ni párpados. Parecía una bola de billar.

--Perdona --le dijo--, ¿puedo contarte lo que me sucede?

--Adelante. A mi ya no me sucede nada ni por casualidad. He pasado del azar a la necesidad. Con ene mayúscula.

--Me he enterado de que han descubierto una terapia. Estas cosas devoran a los veinteañeros, pero en los de cincuenta van lentamente, y dan tiempo para encontrar una solución.

--Eso será en tu caso. Yo aún no tengo cincuenta años. Mi cuerpo todavía es joven. Tengo el privilegio de morir más aprisa que tú. Ya ves que me cuesta hablar. Cuéntame tu historia, así descanso.

Por obediencia, por respeto, Belbo le contó toda su historia.

Entonces Diotallevi, respirando como respira la Cosa en las películas de ciencia ficción, habló. Y ya tenía esa transparencia de la Cosa, esa falta de límite entre lo exterior y lo interior, entre la piel y la carne, entre el leve vello rubio que aún asomaba por el pijama, abierto sobre el vientre, y la mucilaginosa sucesión de vísceras que sólo los rayos equis, o una enfermedad muy avanzada, logran poner de manifiesto.

--Jacopo, yo estoy aquí, en la cama, y no puedo ver lo que sucede afuera.

Por lo que sé, eso que me cuentas sucede sólo dentro de ti o sucede afuera.

En uno y otro caso, ya seas tú o el mundo el que se ha vuelto loco, lo mismo da. En ambos casos alguien ha elaborado, mezclado y superpuesto más de lo debido las palabras del Libro.

--¿Qué quieres decir?

--Hemos pecado contra la Palabra, la Palabra que ha creado el mundo y lo mantiene en pie. Ahora estás siendo castigado, como lo estoy siendo yo. No hay diferencia entre tú y yo.

Apareció una enfermera, le dio algo para humedecer los labios, a Belbo le dijo que no había que cansarle, pero Diotallevi se rebeló:

--Déjeme en paz. Debo decirle la Verdad. ¿Usted conoce la Verdad?

--Oh, yo, qué cosas pregunta usted...

--Entonces márchese. Debo decirle algo importante a mi amigo. Escúchame, Jacopo. Así como el cuerpo del hombre tiene miembros, articulaciones y órganos, también la Torah los tiene, ¿vale? Y así como la Torah tiene miembros, articulaciones y órganos, también el cuerpo del hombre los tiene, ¿vale?

--Vale.

--Y rabi Meir, cuando estudiaba con rabi Akiba, mezclaba vitriolo en la tinta, y el maestro no decía nada. Pero cuando rabi Meir le preguntó a rabi Ismahel si obraba bien, éste le dijo: Hijo mio, sé prudente en tu trabajo, porque es un trabajo divino, y sólo con que omitas una letra o escribas una de más, destruirás el mundo entero... Nosotros hemos intentado reescribir la Torah, pero no nos hemos preocupado por una letra más o una letra menos...

--estábamos bromeando...

--No se bromea con la Torah.

--Pero nosotros estábamos bromeando con la historia, con los escritos de los otros...

--¿Acaso hay algún escrito que funde el mundo y no sea el Libro? Dame un poco de agua, no, con el vaso no, moja ese pañuelo. Gracias. Ahora escucha. Mezclar las letras del Libro significa mezclar el mundo. Es inevitable. Cualquier libro, incluso la cartilla escolar. Esos individuos, como tu doctor Wagner, ¿no dicen que uno que juega con las palabras y hace anagramas y trastorna el léxico tiene cosas feas en el alma y odia al padre?

--No es eso exactamente. Esos son psicoanalistas, dicen eso para ganar dinero, no son tus rabinos.

--Rabinos, todos rabinos. Todos hablan de lo mismo. ¿O crees que los rabinos que hablaban de la Torah estaban hablando de un rollo? Hablaban de nosotros, que tratamos de rehacer nuestro cuerpo a través del lenguaje. Ahora escucha. Para manipular las letras del Libro es necesario tener mucha piedad, y nosotros no la hemos tenido. Todo libro lleva entretejido el nombre de Dios, y nosotros hemos hecho anagramas con todos los libros de la historia, sin rezar. No digas nada, escucha. El que se ocupa de la Torah mantiene el mundo en movimiento, y mantiene en movimiento su cuerpo mientras lee, o reescribe, porque no hay parte del cuerpo que no tenga su equivalente en el mundo... Moja el pañuelo, gracias. Si alteras el Libro, alteras el mundo, si alteras el mundo alteras el cuerpo. Esto no lo hemos entendido. La Torah deja salir una palabra de su escriño, ésta aparece un momento y en seguida se oculta. Y sólo por un momento se revela a su amante. Es como una mujer bellísima que se oculta en un cuartito recóndito de su palacio. Tiene un solo amante, cuya existencia todos ignoran. Y si alguien que no es él quiere violarla, tocarla con sus sucias manos, se rebela. Ella conoce a su amante, abre una rendijita y se asoma un instante. Y en seguida vuelve a ocultarse. La palabra de la Torah sólo se revela a quien la ama. Y nosotros hemos tratado de hablar de libros sin amor y por irrisión...

Belbo volvió a mojarle los labios con el pañuelo.

--¿Y entonces?

--Entonces hemos querido hacer lo que no nos estaba permitido, algo para lo que no estábamos preparados. Manipulando las palabras del Libro hemos querido fabricar el Golem.

--No entiendo...

--Ya no puedes entender. Eres prisionero de tu criatura. Pero tu historia todavía transcurre en el mundo externo. No sé cómo, pero puedes salirte de ella. En mi caso es distinto, yo estoy experimentando en mi cuerpo lo que hemos hecho jugando con el Plan.

--No digas tonterías, lo tuyo es un asunto de células...

--¿Y qué son las células? Durante meses, como rabinos devotos, hemos pronunciado con nuestros labios distintas combinaciones de las letras del Libro. GCC, CGC, GCG, CGG. Nuestras células aprendían lo que deían nuestros labios. ¿Qué han hecho mis células? Han inventado otro Plan, y ahora funcionan por su cuenta. Mis células están inventando una historia que no es como la de todos. Mis células han aprendido que se puede blasfemar haciendo anagramas con el Libro y con todos los libros del mundo. Y esto es lo que han aprendido a hacer con mi cuerpo. Invierten, trasponen, alternan, permutan, crean células nunca vistas, y sin sentido, o con sentidos opuestos al sentido justo. Tiene que haber un sentido justo y otros equivocados, si no, es la muerte. Pero ellas juegan, sin fe, a ciegas. Jacopo, en estos meses, mientras pude leer, leí muchos diccionarios. Estudié historias de palabras para entender lo que estaba sucediendo en mi cuerpo. Es lo que hacemos los rabinos. ¿Has pensado alguna vez que el término retórico metátesis es similar al término oncológico metástasis? ¿Que es la met tesis? En lugar de "prelado" se dice "perlado". En lugar de "rosa", "raso". Es la Temurah. El diccionario dice que metathesis significa desplazamiento, mutación. Y metástasis significa mutación y desplazamiento. Qué estúpidos, los diccionarios. La raíz es la misma, el verbo metatithemi o el verbo methistemi. Pero metatithemi significa pongo en el medio, traslado, transfiero, pongo en lugar de, revoco una ley, cambio el sentido.

¿Y methistemi? Significa lo mismo, traslado, permuto, traspongo, cambio la opinión común, pierdo el juicio. Nosotros, y todo aquel que busque un sentido secreto más allá de la letra, hemos perdido el juicio. Y eso han hecho mis células, obedientes. Por esto me estoy muriendo, Jacopo, y tú lo sabes.

--Ahora dices estas cosas porque estás mal...

--Ahora las digo porque finalmente he comprendido todo lo que sucede en mi cuerpo. Lo he estudiado día tras día, sé lo que le pasa, sólo que no puedo intervenir, las células ya no obedecen. Muero porque he convencido a mis células de que no existe una regla, y de que con un texto se puede hacer lo que se quiera. He dedicado mi vida a convencerme de eso, yo, con mi cerebro. Y mi cerebro debe de haberles transmitido ese mensaje, a ellas. ¿Por qué he de pretender que sean más prudentes que mi cerebro?

Muero porque nuestra fantasía ha superado todos los límites.

--Oye, lo que te sucede no tiene nada que ver con nuestro Plan...

--¿No? ¿Y entonces por qué a ti te sucede lo que te está sucediendo?

El mundo ha empezado a comportarse como mis células.

Se dejó caer, exhausto. Entró el médico y dijo siseando en voz baja que a un moribundo no podía sometérsele a esas tensiones.

Belbo salió, y fue la última vez que vio a Diotallevi.

De acuerdo, escribía después, a mí me busca la policía por las mismas causas por las que Diotallevi tiene un cáncer. Pobre amigo, él se está muriendo, pero yo, yo que no tengo un cáncer, ¿qué hago? Me voy a París a buscar la regla de la neoplasia.

No se había rendido en seguida. Se había encerrado cuatro días en su casa, había ordenado sus files, frase tras frase, en busca de una explicación. Después había escrito su relato, como un testamento, para si mismo para Abulafia, para mi o para quienquiera que hubiera podido leerlo. Y por fin, el martes se había ido.

Creo que Belbo fue a París para decirles que no había secretos, que el verdadero secreto consistía en dejar que las células discurriesen según su sabiduría instintiva, que a fuerza de buscar secretos debajo de la superficie se estaba convirtiendo al mundo en un cáncer inmundo. Y que más inmundo y más estúpido que nadie era él, que no sabía nada y se lo había inventado todo, y debía de costarle mucho, pero ya hacia demasiado tiempo que había aceptado la idea de que era un cobarde, y De Angelis le había demostrado que héroes hay muy pocos.

En París debió de haber tenido el primer contacto y se dio cuenta de que Ellos no creían sus palabras. Eran demasiado sencillas. Esperaban una revelación, so pena de muerte. Belbo no tenía ninguna revelación que hacer y, última entre sus cobardías, había tenido miedo de morir. Entonces había tratado de hacer perder su rastro, y me había telefoneado. Pero le habían cogido.

C'est une leçon par la suite. Quand votre ennemi se reproduira, car il n'est pas à son dernier masque, congédiez-le brusquement, et surtout n'allez pas le chercher dans les grottes.

(Jacques Cazotte, Le diable amoureux, 1772, página suprimida en las ediciones siguientes)

¿Y ahora, me preguntaba en el piso de Belbo, acabando de leer sus confesiones, qué debo hacer yo? A Garamond no tiene sentido que recurra, De Angelis se ha marchado, Diotallevi ha dicho todo lo que tenía que decir. Lia está lejos, en un sitio sin teléfono. Son las seis de la mañana del sábado 23 de junio, y si algo tiene que suceder sucederá esta noche, en el Conservatoire.

Debía decidir rápidamente. ¿Por qué, me preguntaba la otra noche en el periscopio, no decidiste hacer como si nada? Tenías ante ti los textos de un loco, que relataba sus coloquios con otros locos, y con un moribundo demasiado excitado, o demasiado deprimido. Ni siquiera estabas seguro de que Belbo te hubiera telefoneado desde París, quizá llamaba desde un lugar situado a pocos kilómetros de Milán, o desde la cabina de la esquina. ¿Por qué tenías que mezclarte en una historia a lo mejor imaginaria, y que no te incumbe?

Pero esto me lo preguntaba en el periscopio, mientras se me iban entumeciendo los pies, y menguaba la luz, y me invadía el miedo sobrenatural y naturalísimo que todo ser humano debe sentir cuando está solo, de noche, en un museo desierto. Aquella mañana, en cambio, no tenía miedo.

Sólo curiosidad. Y quizá sentido del deber, o de la amistad.

Y pensé que debía ir a París yo también, no sabía muy bien para qué, pero no podía dejar solo a Belbo. Tal vez él esperaba eso de mí, sólo eso, que penetrara por la noche en la caverna de los thugs y que, cuando Suyodhana fuera a hundirle en el corazón el cuchillo de los sacrificios, yo irrumpiera bajo las bóvedas del templo con mis cipayos armados de fusiles cargados con metralla, y le salvara.

Por suerte llevaba un poco de dinero encima. En París cogí un taxi y me hice conducir a la rue de la Manticore. El taxista estuvo un buen rato protestando, porque no figuraba ni siquiera en los callejeros, esos que llevan ellos, y en efecto era una callejuela tan ancha como el pasillo de un tren, cerca de la vieja Bievre, detrás de Saint Julien le Pauvre. El taxi ni siquiera podía entrar, y me dejó en la esquina.

Penetré vacilando en aquella calleja a la que no daba ninguna puerta, pero en una parte se ensanchaba un poco y allí estaba la librería. No sé por qué tenía el número 3, porque no había número uno ni dos, ni ningún otro número. Era una tienducha con un solo vano, y la mitad de la puerta hacía las veces de escaparate. A los lados, unas pocas docenas de libros, suficientes para dar una idea de la especialidad. Abajo, una serie de péndulos radiestésicos, paquetes polvorientos de bastoncillos de incienso, pequeños amuletos orientales o sudamericanos. Muchos mazos de cartas de tarot de diversos estilos y presentaciones.

El interior no era más agradable, una aglomeración de libros en las paredes y en el suelo, con una mesita al fondo, y un librero que parecía estar allí sólo para que un novelista pudiera escribir que era más viejo que sus libros. Estaba examinando un gran registro escrito a mano, desinteresándose de los clientes. Por lo demás, en ese momento sólo había un par de visitantes, que levantaban nubes de polvo al extraer de unas estanterías inestables viejos volúmenes, casi todos carentes de cubierta, y que se ponían a leer sin aparente intención de comprarlos.

El único espacio libre de estanterías estaba ocupado por un cartel. Colores chillones, una serie de retratos inscritos en círculos de doble borde, como los carteles del mago Houdini. "Le Petit Cirque de l'Incroyable. Madame Olcott et ses liens avec l'Invisible." Una cara aceitunada y masculina, dos bandas de cabellos negros que se unían en un rodete en la nuca, un rostro que me pareció conocido. "Les Derviches Hurlleurs et leur danse sacrée. Les Freaks Mignons, ou Les Petits-fils de Fortunio Liceti." Una camarilla de monstruitos patéticamente repugnantes. "Alex et Denys, les Géants d'Avalon. Theo, Leo et Geo Fox, Les Enlumineurs de l'Ectoplasme..."

Realmente, en la librería Sloane se encontraba de todo, desde la cuna hasta la tumba, incluido el sano entretenimiento vespertino, donde llevar a los niños antes de

machacarlos en el mortero. Oí sonar un teléfono y vi que el librero apartaba una pila de folios hasta extraer el auricular.

--Oui monsieur --estaba diciendo--, c'está bien va.

Escuchó en silencio durante unos minutos, primero asintiendo con la cabeza, después adoptando un aire perplejo, pero, me pareció, dedicado a los presentes, como si todos pudieran oír lo que le estaban diciendo y él no quisiese hacerse responsable de ello. Después había adoptado esa actitud de indignación que exhibe el tendero parisino cuando le piden algo que no tiene, o la de los porteros al anunciar que el hotel está completo.

--Ah non, monsieur. Ah, fa... Non, non, monsieur, c'está pas notre boulot. Ici, vous savez, on vend des livres, on peut bien vous conseiller sur des ca~gues, mais fa... il s'agit de problemes tres personnels, et nous... Oh, lors, il-y-a, sais pas, moi, des curés, des... oui, si vous voulez, des exorcistes. D'accord, je le sais, on connah des confreres qui se pretent... Mais pas nous. Non, vraiment la description ne me suffit pas, et quand meme... Désolé monsieur. Comment? Oui... si vous voulez. C'está un endroit bien connu, mais ne demandez pas mon avis. C'está bien ça, vous savez, dans ces cas, la confiance c'está tout. A votre service, monsieur.

Los otros dos clientes se habían marchado, me sentía incómodo. Al fin me decidí, tosí para atraer la atención del viejo y le dije que buscaba a un conocido, un amigo que solía ir por allí, monsieur Aglie. Me miró como si fuese el hombre que acababa de telefonar. quizá , añadí, no le conociera con ese nombre, sino con el de Rakosky, o Soltikoff, o... Me seguía mirando, los ojos entrecerrados, inexpresivo, y se limitó a decirme que tenía amigos extraños, con muchos nombres. Entonces dije que no importaba, que se lo había preguntado por mera curiosidad. Espere, me dijo, ahora vendrá mi socio, quizá él conozca a la persona que usted busca. Mejor, siéntese, allá al fondo hay una silla. Haré una llamada para cerciorarme.

Cogió el teléfono, marcó un número y se puso a hablar en voz baja.

Casaubon, pensé, eres más estúpido que Belbo. ¿Qué estás esperando?

Que Ellos lleguen y digan, qué coincidencia, también ha llegado el amigo de Jacopo Belbo, venga, venga también usted...

Me puse de pie de golpe, saludé y salí. Recorrí en un minuto la rue de la Manticore, vagué por otras callejas, me encontré junto al Sena. Imbécil, pensaba, ¿qué pretendías? Llegar allí, encontrar a Aglie, cogerle por el pescuezo, él se excusa, ha sido una confusión, aquí tiene usted a su amigo, no le hemos tocado ni un cabello. Y ahora saben que también tú estás aquí.

Eran más de las doce del mediodía, por la noche algo sucedería en el Conservatoire. ¿Qué tenía que hacer? había tomado la rue Saint Jacques, y de vez en cuando me volvía para mirar hacia atrás. En determinado momento me pareció que me seguía un árabe.

Pero, ¿por qué pensaba que era un árabe? La característica de los árabes es que no parecen árabes, al menos en París, en Estocolmo ya sería otra cosa.

Pasé por delante de un hotel, entré, pedí una habitación. Mientras subía con la llave por una escalera de madera que daba a un primer piso con barandilla, desde donde se veía la recepción, observé que entraba el supuesto árabe. Después vi en el pasillo otras personas que hubieran podido ser árabes. Lógico, en esa zona sólo había hoteles para árabes. ¿Qué esperaba?

Entré en la habitación. Era decente. Incluso había teléfono, lástima que no supiese a quién llamar.

Y allí me quedé dormido, inquieto, hasta las tres. Después me lavé la cara y me encaminé hacia el Conservatoire. Ya no me quedaba más remedio que entrar en el museo, permanecer allí después de la hora de cierre y esperar a la medianoche.

Eso fue lo que hice. Y pocas horas antes de la medianoche estaba en el periscopio, esperando algo.

Según algunos intérpretes, Nesah es la sefirah de la Resistencia, del Aguante, de la Paciencia Constante. En efecto, nos esperaba una Prueba.

Pero según otros intérpretes es la Victoria. ¿La victoria de quién? quizá en aquella historia de derrotados, de diabólicos burlados por Belbo, de Belbo burlado por los diabólicos, de Diotallevi burlado por sus células, el único victorioso por el momento era yo. Estaba al acecho en el periscopio, yo sabía que los otros vendrían, los otros no sabían que yo estaba allí. La primera parte de mi proyecto se había cumplido conforme a mis planes.

¿Y la segunda? ¿Se ajustaría a mis planes, o al Plan, que ya no me pertenecía?

HOD

Para nuestras Ceremonias y Ritos tenemos dos largas y bellas galerías, en el Templo de los Rosa-Cruces. En una de ellas colocamos modelos y muestras de todo tipo de inventos extraordinarios y geniales, en la otra colocamos las Efigies de los principales Inventores.

(John Heydon, The English Physitians Cuide: Or a Holy Cuide, London, Ferris, 1662, The Preface)

Llevaba demasiado tiempo metido en el periscopio. Serían las diez, o las diez y media. Si algo debía suceder, sucedería en la nave, frente al Péndulo. Por tanto, tenía que prepararme para bajar, encontrar un refugio, y un punto de observación. Si llegaba demasiado tarde, cuando ya hubiesen entrado (¿por dónde?), Ellos me descubrirían.

Bajar. Moverme... Llevaba varias horas deseando sólo eso, pero ahora que podía, ahora que era oportuno que lo hiciera, me sentía como paralizado. Tendría que atravesar las salas de noche, usando con moderación la linterna. Poca luz nocturna se filtraba por los ventanales, si me había imaginado un museo espectral a la luz de la luna, me había equivocado. A las vitrinas llegaban reflejos imprecisos de las ventanas. Si no me movía con cautela, podía derribar algo, chocar contra ello con un estruendo de cristales o chatarra. Encendí la linterna. Me sentía como en el Crazy Horse, de vez en cuando una luz repentina me revelaba una desnudez, pero no de carne, sino de tornillos, prensas, pernos.

¿Y si de pronto iluminaba una presencia viva, la figura de alguien, un enviado de los Señores, que estuviese repitiendo especularmente mi recorrido? ¿Quién habría gritado primero? Aguzaba el oído. ¿Para qué? Yo no hacía ruido, me deslizaba. Por lo tanto también él.

Por la tarde había estudiado atentamente el orden de las salas, estaba convencido de que incluso en la oscuridad sabría encontrar la escalinata.

En cambio avanzaba casi a tientas, y me había desorientado.

Quizá estaba pasando de nuevo por la misma sala, quizá nunca lograría salir de allí, quizá esto, este dar vueltas sin sentido entre las máquinas, era el rito.

En realidad, no quería bajar, en realidad, quería retrasar la cita.

había salido del periscopio después de un largo, implacable examen de conciencia, durante muchas horas había revivido nuestro error de los últimos años, y había tratado de desentrañar por qué, sin ninguna razón razonable, yo estaba allí buscando a Belbo, caído en aquel lugar por razones todavía menos razonables. Pero me había bastado con poner un pie fuera para que todo cambiase. Mientras me movía pensaba con la cabeza de otro. Me había convertido en Belbo. Y como Belbo, ahora al final de su largo viaje

hacia la iluminación, sabía que todo objeto terrenal, hasta el más miserable, debe leerse como el jeroglífico de algo distinto, de otra cosa, y que ninguna Otra Cosa es tan real como el Plan. Oh, era astuto, me bastaba un destello, una mirada en un rayo de luz para entender. No me dejaba engañar.

...Motor de Froment: una estructura vertical de base romboidal, que encerraba, como un modelo anatómico que exhibiese sus costillas artificiales, una serie de bobinas, no sé, pilas, ruptores, o como diablos los llamen los libros de texto, accionados por una correa de transmisión conectada a un piñón mediante un engranaje... ¿Para qué podía haber servido?

Respuesta: para medir las corrientes telúricas, claro está.

Acumuladores. ¿Qué acumulan? Bastaba con imaginarse a los Treinta y Seis Invisibles como otros tantos tenaces secretarios (los guardianes del secreto) que tecleasen por las noches en sus clavicémbalos transmisores para producir un sonido, una chispa, una llamada, pendientes de un diálogo de costa a costa, de abismo a superficie, de Machu Picchu a Avalón, zip zip zip, hola hola hola, Pamersiel Pamersiel, he captado el temblor, la corriente Mu 36, la que los brahmanes adoraban como tenue respiración de Dios, ahora enchufo el clavijero, circuito micro-macrocósmico activado, bajo la costra terrestre tiemblan todas las raíces de mandrágora, escucha el canto de la Simpatía Universal, cambio y corto.

Dios mio, los ejércitos se ensangrentaban en las llanuras de Europa, los papas lanzaban anatemas, los emperadores se reunían, hemofílicos e incestuosos, en el pabellón de caza de los Jardines Palatinos, para proporcionar una tapadera, una fachada suntuosa al trabajo de éstos, que en la Casa de Salomón auscultaban las tenues llamadas del Umbilicus Mundi.

Ellos estaban aquí, accionando estos electrocapiladores pseudotérmicos hexatetragramáticos, así les habría llamado Garamond, ¿no?, y de vez en cuando, no sé, uno habría inventado una vacuna, una bombilla, para justificar la maravillosa aventura de los metales, pero la tarea era muy distinta, ahí estaban, reunidos a medianoche para accionar esta máquina estática de Ducretet, una rueda transparente que parece una bandolera, y detrás dos pequeñas esferas vibrátiles sostenidas por sendas varillas arqueadas, quizá entonces se tocaban, producían chispas, Frankenstein confiaba en que con ello podría infundir vida a su golem, pero no, había que esperar otra señal: conjetura, trabaja, cava cava viejo topo...

... Una máquina de coser (diferente de esas cuya propaganda se hacía con grabados, junto con la pildora para desarrollar los senos, y la gran águila que vuela entre las montañas llevando en sus garras una botella de la bebida regeneradora, Robur Le Conquérrant, (R-C), que al funcionar hace girar una rueda, y la rueda un anillo, el anillo... ¿qué hace?, ¿qué capta el anillo? El cartelito ponía "las corrientes inducidas por el campo terrestre". Sin ningún pudor, lo pueden leer hasta los niños que visitan el museo por las tardes, total la humanidad estaba convencida de que la meta era otra, se podía hacer de todo, el experimento supremo, con decir que era para desarrollar la mecánica.

Los Señores del Mundo nos han engañado durante siglos. estábamos envueltos, vendados, seducidos por la Conjura, y nos dedicábamos a escribir himnos de alabanza a la locomotora.

Iba y venía. Habría podido imaginarme más pequeño, microscópico, y me habría visto como un viajero asombrado recorriendo las calles de una ciudad mecánica, fortificada con rascacielos metálicos. Cilindros, baterías, botellas de Leyden, unas encima de las otras, pequeño tiouvivo de veinte centímetros de altura, tourniquet électrique a attraction et répulsion. Talismán para estimular las corrientes de simpatía. Colonnade étincelante formée de neuf tubes, électro-aimant, una guillotina: en el centro, y parecía un tórculo de imprenta, colgaban unos ganchos sujetos con cadenas de caballeriza. Un tórculo en el que se puede meter una mano, una cabeza que aplastar. Campana de vidrio movida por una bomba neumática de dos cilindros, una especie de alambique y debajo tiene una copa y a la derecha una esfera de cobre. Con esto cocinaba Saint-Germain sus tinturas para el landgrave de Hesse.

Un portapipas con una multitud de pequeñas clepsidras de gollete alargado como una mujer de Modigliani, llenas de una sustancia incierta, ordenadas en dos filas de diez, cada una rematada por una esfera de distinta altura, como pequeños globos a punto de despegar, retenidos por una bola pesada. Aparato para la producción del Rebis, a la vista de todos.

Sección de los cristales. había retrocedido. Botellitas verdes, un sádico anfitrión estaba ofreciéndome venenos en quintaesencia. Máquinas de hierro para fabricar botellas, se abrían y se cerraban con dos manoplas, y si en lugar de la botella alguien metía la muñeca? Chac, lo mismo sucedería con esas enormes tenazas, esos tijerones, esos bisturíes de pico curvo que podían introducirse en el esfínter, en las orejas, en el útero, para extraer el feto aún fresco y machacarlo con miel y pimienta para saciar la sed de Astarté... La sala que atravesaba ahora tenía grandes vitrinas, divisaba botones para accionar punzones helicoidales que avanzarían inexorablemente hacia el ojo de la víctima, el Pozo y el Péndulo, estábamos al borde de la caricatura, las máquinas inútiles de Goldberg, los tornos de tortura en los que Pata de Palo metía al Ratón Mickey, l'engrenage extérieur a trois pignons, triunfo de la mecánica renacentista, Branca, Ramelli, Zonca, conocía esos engranajes, los había compaginado para la maravillosa aventura de los metales, pero aquí los habían colocado más tarde, en el siglo pasado, estaban preparados para reprimir a los sediciosos después de la conquista del mundo, los templarios habían aprendido de los Asesinos la técnica para hacer callar a Noffo Dei, el día que le capturasen, la esvástica de von Sebottendorff retorcería en el sentido del movimiento del Sol los dolientes miembros de los enemigos de los Señores del Mundo, todo preparado, esperaban una señal, todo estaba ante los ojos de todos, el Plan era público, pero nadie habría podido descubrirlo, fauces chirriantes habrían cantado su himno de conquista, gran orgía de bocas convertidas en puros dientes que se ensamblaban entre sí, en un espasmo de tic-tac, como si todos los dientes cayesen al suelo al mismo tiempo.

Por último había llegado ante el émetteur a étincelles sou Mées proyectado para la Tour Eiffel, para la emisión de señales horarias entre Francia, Túnez y Rusia (templarios de

Provins, paulicianos y Asesinos de Fez- Fez no está en Túnez y los Asesinos estaban en Persia, y qué, no se puede sutilizar cuando se habitan las espiras del Tiempo Sutil), yo había visto ya esa máquina enorme, más alta que yo, con las paredes perforadas por una serie de escotillas, tomas de aire, ¿quién quería convencerme de que era una radio? Pues claro, la conocía, aquella misma tarde había pasado junto a ella. ¡El Beaubourg!

Delante de nuestras narices. Y, en efecto, ¿para qué serviría ese inmenso cajón plantado en el centro de Lutecia (Lutecia, la escotilla del mar de fango subterráneo), donde antaño estuviera el Vientre de París, con esas trompas prensiles de corrientes aéreas, ese delirio de tuberías, de conductos, esa oreja de Dionisio desplegada hacia el vacío exterior para introducir sonidos, mensajes, señales, hasta el centro del globo, y devolverlos vomitando informaciones desde el infierno? Primero el Conservatoire, como laboratorio, después la Tour, como sonda, por último, el Beaubourg, como máquina receptora transmisora global. ¿O acaso habrían montado aquella enorme ventosa para entretener a cuatro estudiantes melencólicos y hediondos que entraban allí para escuchar los últimos discos en un auricular japonés? Delante de nuestras narices. El Beaubourg como puerta de acceso al reino subterráneo de Agartha, el monumento de los Equites Synarchici Resurgentes. Y los otros, dos, tres, cuatro billones de Otros, lo ignoraban, o se esforzaban por ignorarlo. Estúpidos e hílicos. Pero los Pneumáticos siempre fieles a su meta, durante seis siglos.

De repente encontré la escalinata. Bajé, extremando la cautela. Faltaba poco para la medianoche. Tenía que ocultarme en mi observatorio antes de que llegaran Ellos.

Creo que eran las once, o quizá todavía no. Atravesé la sala de Lavoisier sin encender la linterna, recordando las alucinaciones de la tarde, recorrí la galería de los modelos ferroviarios.

Ya había alguien en la nave. Veía unas luces, débiles y móviles. Oía ruidos de pasos, de objetos desplazados o arrastrados.

Apagué la linterna. ¿Tendría tiempo de alcanzar la garita? Me deslizaba junto a las vitrinas de los trenes, y no tardé en llegar hasta la estatua de Gramme, en el cruce. Erguida sobre su zócalo de madera, cúbico (¡la piedra cúbica de Esod!), parecía estar allí para vigilar la entrada del coro.

Recordaba que más o menos mi Estatua de la Libertad estaba inmediatamente detrás de ella.

La cara anterior del zócalo estaba levantada hacia adelante formando una especie de pasarela en la que desembocaba un túnel. Y en efecto, vi salir a un individuo con un farol, quizá de gas, con vidrios de color, que le iluminaba el rostro de llamaradas rojizas. Me aplasté contra un rincón, y no me vio. Se le acercó alguien que venía del coro.

--Vite --dijo--, aprisa, dentro de una hora estarán aquí.

De modo que aquélla era la vanguardia, estaban preparando algo para la ceremonia. Si no eran muchos, aún podría eludirles y alcanzar la Libertad. Antes de que llegasen Ellos,

quién sabía desde dónde, y cuántos, por el mismo camino. Permanecí agazapado un buen rato, siguiendo los reflejos de los faroles por la iglesia, la periódica alternancia de las luces, los momentos de mayor y menor intensidad. Calculaba cuánto se alejaban de la Libertad, y cuánto tiempo podía ésta quedar en la sombra. En determinado momento decidí arriesgarme, me deslicé por el lado izquierdo de Gramme, aplastándome con dificultad contra la pared, y contrayendo los músculos abdominales. Por suerte estaba flaco como un palillo. Lia... Me arrojé, deslizándome hacia la garita.

Para ser menos perceptible, me dejé caer al suelo y tuve que acurrucarme en posición casi fetal. Aceleré el castañeteo del corazón, los latidos de los dientes.

Tenía que relajarme. Respiré rítmicamente por la nariz, aumentando poco a poco la intensidad de aspiración. Creo que eso es lo que hacen los torturados para desmayarse y eludir el dolor. De hecho, sentí que lentamente me iba entregando al abrazo del Mundo Subterráneo.

Nuestra causa es un secreto dentro de un secreto, el secreto de algo que permanece velado, un secreto que sólo otro secreto puede explicar, es un secreto sobre un secreto que se satisface con otro secreto.

(J'far-al Sadiq, sexto Imam)

Emergí lentamente a la conciencia. Oía unos sonidos, me molestaba una luz que se había vuelto más intensa. Sentía los pies entumecidos. Traté de incorporarme poco a poco, sin hacer ruido, y fue como si pisase una alfombra de erizos de mar. La Sirenita. Hice unos movimientos silenciosos, unas flexiones con las puntas de los pies, y el dolor disminuyó. Sólo entonces asomé con cautela la cabeza, hacia la derecha, hacia la izquierda comprobé que la garita había quedado en una zona bastante oscura y logré dominar la situación.

Había luz en toda la nave. Eran los faroles, pero ahora había decenas y decenas, los traían los invitados, que estaban apareciendo detrás de mí.

Sin duda, emergían del túnel, desfilaban luego por mi izquierda, entraban en el coro e iban a ocupar su sitio en la nave. Dios mio, pensé, la Noche en el Monte Pelado en la versión de Walt Disney.

No alzaban la voz, susurraban, pero todos juntos producían un rumor sordo, sostenido, como el que consiguen los figurantes en las óperas diciendo bárbaro bárbaro.

A mi izquierda, los faroles estaban apoyados en el suelo, en semicírculo, completando con una circunferencia aplastada la curva oriental del coro, tocando, en el punto extremo de esa especie de hemiciclo, la estatua de Pascal. En ese sitio había un brasero encendido, al que alguien arrojaba hierbas, esencias. El humo llegaba hasta mi garita, me secaba la garganta y me sumía en un estado de sobreexcitado aturdimiento.

A la oscilante luz de los faroles alcancé a ver algo que se agitaba en el centro del coro, una sombra sutil y movilísima.

¡El Péndulo! El Péndulo ya no oscilaba en su sitio habitual, en medio del crucero. Ahora colgaba, más grande, de la clave de bóveda, en el centro del coro, más grande la esfera, más grueso el hilo, me pareció que era una sogá, o un cable de metal retorcido.

El Péndulo ahora era enorme, como debía de aparecer en el Panthéon.

Como la Luna vista con telescopio.

Habían querido restaurarlo tal como debía de haber sido cuando los templarios hicieron el primer experimento, medio milenio antes que Foucault. Para que pudiera oscilar libremente habían eliminado algunos elementos de infraestructura, creando en el anfiteatro del coro aquella rudimentaria antiestrofa simétrica, delimitada por los faroles.

Me pregunté cómo podían mantenerse constantes las oscilaciones del Péndulo, ahora que no podía haber un regulador magnético bajo el pavimento. Después comprendí. En el borde del coro, junto a los motores Diesel, había un individuo que, dispuesto a moverse con agilidad felina para seguir las variaciones del plano de oscilación, imprimía a la esfera, cada vez que ésta caía hacia él, un leve impulso, con un golpe preciso de la mano, con un ligero toque de los dedos.

Vestía frac, como Mandrake. Después, al ver a sus otros compañeros, comprendería que era un prestidigitador, un ilusionista del Petit Cirque de Madame Olcott, un profesional capaz de dosificar la presión de las yemas de los dedos, con pulso seguro, para operar desplazamientos infinitesimales. quizá podía percibir, a través de la delgada suela de sus zapatos de charol, las vibraciones de las corrientes, y podía mover las manos conforme a la lógica de la esfera, y de la Tierra a la que la esfera respondía.

Sus compañeros. Ahora también les veía a ellos. Se movían entre los automóviles expuestos en la nave, se deslizaban junto a las draisiennes y las motocicletas, parecía que rodaban en la oscuridad, unos transportaban un sitial y una mesa cubierta con un paño rojo hacia la girola del fondo, otros instalaban más faroles. Pequeños, nocturnos, bulliciosos, como niños raquícos, y cuando uno pasó a mi lado alcancé a percibir sus rasgos mongoloides y su cabeza calva. Les Freaks Mignons de Madame Olcott, los monstruitos inmundos que viera en el cartel de la librería Sloane.

Estaba el circo completo, personal, policía y coreógrafos de la ceremonia. Divisé a Alex et Denys, les Géants d'Avalon, enfundados en unas armaduras de cuero tachonado, realmente gigantescos, y de cabellos rubios, apoyados en la gran mole del Obéissant, con los brazos cruzados esperando.

No tuve tiempo para seguir interrogándome. Alguien había entrado con paso solemne y había impuesto silencio extendiendo la mano. Sólo supe que era Bramanti porque llevaba la túnica escarlata, la capa blanca y la mitra que le viera puestas aquella noche en el Piamonie. Bramanti se acercó al brasero, arrojó algo, produjo una llamarada y luego una

densa y blanca humareda, cuyo perfume se esparció lentamente por la sala. Como en Río, pensé, como en la fiesta alquímica. Y no tengo el agogó. Me llevé el pañuelo a la nariz y a la boca, como un filtro. Pero ya estaba viendo dos Bramantis y el Péndulo oscilaba delante de mi en todas direcciones, como un tiovivo. Bramanti empezó a salmodiar:

--Alef bet gimel dalet he' waw zain het tet yod kaf lamed mem nun samek ayin pe sade qof resU sin tau!

La multitud orante respondió:

--Parmesiel, Padiel, Camuel, Asiel, Barmiel, Gediel, Asyriel, Maseriel, Dorchtel, Usiel, Cabariel, Raysiel, Symiel, Armediel...

Bramanti hizo una señal y alguien emergió de la multitud y fue a hincarse a sus pies. Por un instante pude ver su rostro. Era Riccardo, el hombre de la cicatriz, el pintor.

Bramanti le estaba interrogando y él respondía repitiendo de memoria las fórmulas del rito.

--¿Quién eres?

--Soy un adepto, aún no iniciado en los misterios supremos del Tres.

Me he preparado en el silencio, en la meditación analógica del misterio del Bafomet, en la conciencia de que la Gran Obra gira alrededor de los seis sellos intactos, y de que sólo al final conoceremos el secreto del séptimo.

--¿Cómo has sido recibido?

--Pasando por la perpendicular al Péndulo.

--¿Quién te ha recibido?

--Un Emisario Místico.

--¿Podrías reconocerle?

--No, porque llevaba una máscara. Sólo conozco al caballero de grado superior al mio, y éste al naometra de grado superior al suyo, y cada uno sólo conoce a uno solo. Y así lo deseo.

--¿Quid facit Sator Arepo?

--Tenet Opera Rotas.

--¿Quid facit Satan Adama?

--Tabat Amata Natas. Mandabas Data Amata, Nata Sata.

--¿Has traído a la mujer?

--Si, está aquí. La he entregado a quien me habían ordenado. Está preparada.

--Ahora ve, y espera.

El diálogo se había desarrollado en una especie de francés, por ambas partes. Después Bramanti dijo:

--¡Hermanos, estamos reunidos aquí en nombre de la Orden Unica, de la Orden Desconocida, a la que hasta ayer no sabíais que pertenecíais y a la que pertenecíais desde siempre! Juremos. ¡Anatema contra los profanadores del secreto! ¡Anatema contra los sicofantes de lo Oculto! ¡Anatema contra los que han divulgado los Ritos y los Misterios!

--¡Anatema!

--¡Anatema contra el Invisible Colegio, contra los hijos bastardos de Hiram y de la viuda, contra los maestros operativos y especulativos de la mentira de oriente o de occidente, Antigua, Aceptada o Corregida, contra Misraim y Menfis, contra Filatetes y contra las Nueve Hermanas, contra la Estricta Observancia y contra la Ordo Templi Orientis, contra los iluminados de Baviera y de Aviñón, contra los Caballeros Kadosch, contra los Elegidos Cohen, contra la Perfecta Amistad, contra los Caballeros del Aguila Negra y de la Ciudad Santa, contra los Rosacrucianos de Anglia, contra los Cabalistas de la Rosa-Cruz de Oro, contra la Golden Dawn, contra la Rosa Cruz Católica del Templo y del Grial, contra la Stella Matutina, contra el Astrum Argentinum y contra Thelema, contra Vril y contra Thule, contra todos los antiguos y místicos usurpadores del nombre de la Gran Fraternidad Blanca, contra los Vigilantes del Templo, contra todos los Colegios y Prioratos de Sión o de las Galias!

--¡Anatema!

---Todo aquel que por ingenuidad, obediencia, proselitismo, cálculo o mala fe haya sido iniciado a una logia o colegio o priorato o capitulo u orden que invoque ilícitamente la obediencia de los Superiores Desconocidos y los Señores del Mundo, ha de abjurar esta noche e implorar su exclusiva readmisión en el espíritu y el cuerpo de la única y verdadera observancia, el Tres, Templi Resurgentes Equites Synarchici, triuna y trinosófica orden mística y archisecreta de los Caballeros Sinárquicos del Renacimiento Templario!

--¡Sub umbra alarum tuarum!

--Que entren ahora los dignatarios de los treinta y seis últimos y secretísimos grados.

Y, mientras Bramanti llamaba uno por uno a los elegidos, éstos entraban vistiendo paramentos litúrgicos, luciendo todos en el pecho la insignia del Toisón de Oro.

--Caballero del Bafomet, Caballero de los Seis Sellos Intactos, Caballero del Séptimo Sello, Caballero del Tetragrammaton, Caballero Justiciero de Florian y Dei, Caballero del Atanor... Venerable Naometra de la Turris Babel, Venerable Naometra de la Gran Pirámide, Venerable Naometra de las Catedrales, Venerable Naometra del Templo de Salomón, Venerable Naometra del Hortus Palatinus, Venerable Naometra del Templo de Heliópolis...

Bramanti nombraba las dignidades, y los convocados entraban en grupos, de modo que yo no lograba determinar a quién correspondía cada título, pero sin duda entre los primeros doce vi a De Gubernatis, al viejo de la librería Sloane, al profesor Camestres y a otros que habían estado presentes aquella noche en el Piamonte. Y, creo que como Caballero del Tetragrammaton, vi al señor Garamond, solemne y hierático, compenetrado en su nuevo papel, y tocando con manos temblorosas el Toisón que llevaba sobre el pecho. Y Bramanti proseguía:

--Emisario Místico de Karnak, Emisario Místico de Baviera, Emisario Místico de los Barbelognósticos, Emisario Místico de Camelot, Emisario Místico de Montsegur, Emisario Místico del Imam Oculto... Supremo Patriarca de Tomar, Supremo Patriarca de Kilwinning, Supremo Patriarca de Saint-Martin-des-Champs, Supremo Patriarca de Marienbad, Supremo Patriarca de la Okrana Invisible, Supremo Patriarca in partibus de la Fortaleza de Alamut...

Y desde luego el patriarca de la Okrana Invisible era Salon, con el mismo rostro gris pero sin guardapolvo, resplandeciente en una túnica amarilla con guarda roja. Detrás venía Pierre, el psicopompo de la Eglise Luciferienne, que en vez del Toisón de Oro llevaba sobre el pecho un puñal con vaina dorada. Y Bramanti proseguía:

--Sublime Hierógamo de las Bodas Químicas, Sublime Psicopompo Rodostaurótico, Sublime Referendario de los Arcanos Arcanísimos, Sublime Esteganógrafo de las Monas Ieroglífica, Sublime Nexo Astral Utriusque Cosmi, Sublime Guardián de la Tumba de Rosencreutz... Imponderable Arconte de las Corrientes, Imponderable Arconte de la Tierra Hueca, Imponderable Arconte del Polo Místico, Imponderable Arconte de los Laberintos, Imponderable Arconte del Péndulo de los Péndulos... --Bramanti hizo una pausa, y tuve la impresión de que pronunció la última fórmula de mala gana--: ¡Y el Imponderable entre los Imponderables Arcontes, el Siervo de los Siervos, Humildísimo Secretario del Edipo Egipcio, Infimo Mensajero de los Señores del Mundo y Portero de Agarttha, Ultimo Turiferario del Péndulo, Claude-Louis, conde Saint-Germain, príncipe Rakoczi, conde de Saint-Martin y marqués de Aglie, señor de Surmont, marqués de Welldone, marqués de Monferrato, de Aymar y Belmar, conde Soltikoff caballero Schoening, conde de Tzarogy!

Mientras los otros se desplegaban por la girola, mirando hacia el Péndulo y hacia los fieles de la nave, entró Aglie, impecable en su traje cruzado azul marino, pálido y contraído el rostro, trayendo de la mano, como si acompañara a un alma en la senda

hacia el Hades, pálida también ella y como entontecida por una droga, vestida sólo con una blanca túnica casi transparente, Lorenza Pellegrini, la cabellera suelta sobre los hombros. La vi de perfil mientras pasaba, pura y lánguida como una adúltera prerrafaelita. Demasiado diáfana como para no estimular una vez más mi deseo.

Aglie condujo a Lorenza junto al brasero, cerca de la estatua de Pascal, acarició su rostro ausente e hizo una seña a los Géants d'Avalon, que se situaron a su lado, sosteniéndola. Después fue a sentarse a la mesa, frente a los fieles, y pude observarle perfectamente mientras extraía su tabaquera del chaleco y la acariciaba en silencio antes de hablar.

--Hermanos, caballeros. estáis aquí porque en estos días los Emisarios Místicos os han informado, de modo que ya todos sabéis para qué nos hemos reunido. Hubiéramos tenido que reunirnos la noche del veintitrés de junio de 1945, y quizá algunos de vosotros aún no habían nacido, al menos en la forma actual, quiero decir. Estamos aquí porque después de seiscientos años de dolorosísimo error hemos encontrado a alguien que sabe. El hecho de que sepa, y de que sepa más que nosotros, constituye un misterio inquietante. Pero confío en que esté presente entre nosotros, y no podrías faltar, verdad, amigo mío, puesto que ya en una ocasión diste muestras de excesiva curiosidad, confío, decía, en que esté presente entre nosotros alguien que podría explicárnoslo. ¡Ardenti!

El coronel Ardenti, sin duda era él, corvino como siempre, aunque envejecido, se abrió paso entre los asistentes y se situó frente al que habría de ser su tribunal, mantenido a prudente distancia por el Péndulo, que marcaba una frontera inviolable.

--Cuánto tiempo sin vernos, hermano --sonreía Aglie--. Cuando difundí la noticia sabía que no resistirías. Pues bien. Ya sabes qué ha dicho el prisionero, y él dice que se lo dijiste tú. De modo que sabías y callabas.

--Conde --dijo Ardenti--, el prisionero miente. Me avergüenza decirlo, pero el honor ante todo. La historia que le entregué no es la que me han comunicado los Emisarios Místicos. La interpretación del mensaje, si, es cierto, había descubierto un mensaje, ya os lo dije hace años en Milán, es diferente... Yo no habría sido capaz de leerlo como lo ha leído el prisionero, por eso en aquella ocasión busqué ayuda. Y debo decir que no encontré apoyo, sino sólo desconfianza, desafíos, amenazas... --quizá quería añadir algo, pero al fijar la mirada en Aglie fijaba la mirada en el Péndulo, que estaba actuando sobre él como un hechizo. Hipnótico, cayó de rodillas y sólo dijo--: Perdón, porque no sé.

--Estás perdonado, porque sabes que no sabes --dijo Aglie--. Puedes retirarte. Pues bien, hermanos, el prisionero sabe demasiadas cosas que ninguno de nosotros sabía. Sabe incluso quiénes somos, y nosotros lo hemos sabido gracias a él. Hay que darse prisa, falta poco para que amanezca.

Mientras vosotros seguís meditando aquí, yo volveré a reunirme con él para arrancarle la verdad.

---¡Ah, non, señor conde! --Pierre, se había adelantado hacia el hemiciclo, con las pupilas dilatadas--. Durante dos días habéis hablado con él, sin avisar a nosotros, y él n'a rien vu,

n'a rien dit, n'a rien entendu, como los tres monitos. ¿Qué queréis preguntarle de más, esta noche? ¡Non, ici, ici delante todos!

--Cálmese, estimado Pierre. He hecho conducir hasta aquí, esta noche, a la que considero la más exquisita encarnación de la Sophia, vínculo místico entre el mundo del error y las Ogdoadas Superiores. No me pregunte cómo ni por qué, pero con esta mediadora el hombre hablará. Díselo a estos, ¿quién eres, Sophia?

Lorenza, siempre sonámbula, casi deletreando, con dificultad:

--Yo soy... la prostituta y la santa.

--Esto es bueno --se rió Pierre--. Tenemos aquí a la creme de l'initiation y recurrimos a las putes. ¡Non, queremos ese hombre aquí, y en seguida, delante el Péndulo!

--No sea infantil --dijo Aglie--. Deme una hora. ¿Qué le induce a pensar que aquí, delante del Péndulo, hablaría?

--El ir hablar en el se disolver. ¡Le sacrífice humain! --gritó Pierre dirigiéndose a la nave.

Y la nave, a voz en grito:

--¡Le sacrífice humain!

Se adelantó Salon:

--Conde, infantilismos aparte, creo que tiene razón el hermano. No somos policías...

--No debería decirlo usted --ironizó Aglie.

--No somos policías y no nos parece decente recurrir a los métodos de investigación habituales. Pero tampoco creo que puedan servir los sacrificios a las fuerzas del mundo subterráneo. Si éstas hubiesen querido enviarnos una señal, ya lo habrían hecho hace tiempo. Además del prisionero había otra persona que sabía, sólo que ha desaparecido. Pues bien esta noche tenemos la posibilidad de confrontar al prisionero con los que sabían y... --sonrió mientras desde la sombra de las cejas sus ojos entrecerrados se clavaban en Aglie-- de confrontarlo también con nosotros, o con algunos de nosotros...

--¿Qué está tratando de decir, Salon? --preguntó Aglie con voz evidentemente insegura.

--Si el señor conde lo permite, querría explicarlo yo --dijo Madame Olcott.

Era ella, la reconocía por el cartel. Lívida en su traje verde oliva, su cabello brillante de ungüentos, recogido en la nuca, su voz de hombre ronco. En la librería Sloane me había parecido que conocía aquel rostro, y ahora recordaba: era la druida que había estado a punto de caer sobre nosotros, aquella noche, en el claro.

--Alex, Denys, traed al prisionero.

Había hablado con tono imperioso, el rumor de la nave parecía serle favorable, los dos gigantes habían obedecido, tras dejar a Lorenza en manos de dos Freaks Mignons, Aglie tenía las suyas clavadas en los brazos del sitial, y no se había atrevido a oponerse.

Madame Olcott había hecho una seña a sus monstruitos, y entre la estatua de Pascal y el Obéissant habían colocado tres butaquitas, en las que ahora Madame estaba instalando a tres individuos. Los tres tenían tez oscura, eran bajos, nerviosos, de grandes ojos blancos.

--Estos son los trillizos Fox, usted les conoce bien, conde. Theo, Leo Geo, sentaos y estad preparados.

En ese momento reaparecieron los gigantes de Avalón; traían, cogido por los brazos, al mismísimo Jacopo Belbo, que apenas les llegaba a los hombros. Mi pobre amigo estaba pálido, con una barba de muchos días tenía las manos atadas detrás de la espalda y llevaba la camisa abierta en el pecho. Al entrar en aquel circo lleno de humo, parpadeó. No pareció asombrarse por la asamblea de hierofantes que vio ante sí, en aquellos días debía de haberse habituado a esperarse cualquier cosa.

No se esperaba, sin embargo, ver el Péndulo, verlo en ese lugar. Pero los gigantes le arrastraron hasta delante del sitial de Aglie. Del Péndulo ahora sólo percibía el levísimo susurro que producía al rozarle los hombros. Sólo por un instante se volvió, y vio a Lorenza. Se emocionó, trató de llamarla, de liberarse, pero Lorenza, que le miraba con rostro inexpresivo no pareció reconocerle.

Sin duda, Belbo se disponía a preguntarle a Aglie qué le habían hecho pero no tuvo tiempo. Desde el fondo de la nave, cerca de la caja y del puesto de libros, resonó un redoble de tambores y unas notas estridentes de flautas. De pronto se abrieron las portezuelas de cuatro coches y aparecieron cuatro seres que también había visto en el cartel del Petit Cirque.

Sombreros de fieltro sin ala, que tenían algo de fez, amplias capas negras cerradas hasta el cuello, Les Derviches Hurleurs salieron de los coches como resucitados que surgiesen de sus sepulcros, y fueron a acurrucarse al borde del círculo mágico. Al fondo las flautas modulaban ahora una música suave, y ellos con igual suavidad golpeaban el suelo con la mano e inclinaban la cabeza.

De la carlinga del aeroplano de Breguet, como un muecín en el minarete, se asomó el quinto, que empezó a salmodiar en un idioma desconocido, gimiendo, lamentándose, con tonos estridentes, mientras volvían a sonar los tambores, cada vez con más intensidad.

Madame Olcott estaba inclinada detrás de los hermanos Fox y les alentaba en voz baja. Los tres estaban hundidos en los asientos, con las manos aferradas a los brazos de las butacas, y los ojos cerrados, empezaban a transpirar y a tensar todos los músculos del rostro.

Madame Olcott se dirigía a la asamblea de dignatarios.

--Ahora mis buenos hermanitos nos traerán a tres personas que sabían.

--Hizo una pausa y luego anunció--: Edward Kelley, Heinrich Khunrath y ... --otra pausa-- el conde de Saint-Germain.

Por primera vez vi que Aglie perdía el control. Se levantó del sitial, y fue un error. Después se precipitó hacia la mujer, esquivando casi por casualidad la trayectoria del Péndulo, al tiempo que gritaba:

--¡Víbora, mentirosa, sabes muy bien que es imposible...!--. Y después, dirigiéndose a la nave--: ¡Impostura, impostura! ¡Detenedla!

Pero nadie se movió, de modo que Pierre fue a instalarse en el sitial y dijo:

--Prosigamos, madame.

Aglie se calmó. Recobró su sangre fría y fue a confundirse entre los fieles.

--Adelante --desafió--, veamos qué sucede.

Madame Olcott movió el brazo con el ademán de quien da la señal de partida para una carrera. La música adquirió tonos cada vez más agudos, se desintegró en una cacofonía de disonancias, los tambores redoblaron arrítmicos, los bailarines, que ya habían empezado a mover el busto hacia adelante y hacia atrás, hacia la derecha y hacia la izquierda, se pusieron de pie, se arrancaron las capas y tendieron los brazos, rígidos, como si fueran a alzar el vuelo. Después de un instante de inmovilidad, empezaron a girar sobre si mismos, apoyados en el pie izquierdo, con el rostro vuelto hacia arriba, concentrados y ausentes, mientras sus casacas plisadas acompañaban las piruetas abriéndose como campanas y parecían flores azotadas por un huracán.

Entretanto, los mediums se habían como encogido, el rostro tenso y desfigurado, como si trataran infructuosamente de defecar, su respiración sonaba cavernosa. La luz del brasero era más tenue y los acólitos de Madame Olcott habían apagado todos los faroles que había en el suelo. La iglesia sólo estaba iluminada por el halo de los faroles instalados en la nave.

Y poco a poco se realizó el prodigio. De los labios de Theo Fox empezó a brotar una especie de espuma blancuzca, que poco a poco se fue solidificando, y una espuma análoga empezó a brotar, con un poco de retraso, de los labios de sus hermanos.

--Fuerza, hermanitos --susurraba insinuante Madame Olcott--, fuerza, así, así...

Los bailarines cantaban, con tonos entrecortados e histéricos, hacían oscilar la cabeza, luego la bamboleaban, lanzaban gritos, primero convulsivos, después fueron estertores.

Los mediums parecían trasudar una sustancia gaseosa que poco a poco se iba volviendo consistente, como una lava, un albumen que se estiraba lentamente, subía y bajaba, se deslizaba por sus hombros, por el pecho, por las piernas, con sinuosos movimientos de reptil. Yo no lograba entender por dónde les salía, por los poros de la piel, por la boca, por las orejas por los ojos. La multitud avanzaba, acercándose cada vez más a los mediums, a los bailarines. Mi miedo había desaparecido: seguro de que mi presencia pasaría inadvertida, salí de la garita, exponiéndome aún más a los vapores que se difundían bajo la bóveda.

Alrededor de los mediums aleteaba una fosforescencia de contornos lechosos e imprecisos. La sustancia estaba a punto de separarse de ellos y adoptaba formas como de ameba. De la masa procedente de uno de los hermanos se había segregado una especie de punta, que se curvaba y volvía a erguirse por encima de su cuerpo, como si fuese un animal dispuesto a dar un picotazo. En el extremo de la punta estaban empezando a formarse dos excrecencias retráctiles, como los cuernos de una babosa...

Los bailarines tenían los ojos cerrados, la boca llena de espuma, sin dejar de girar sobre sí mismos habían empezado, en la medida en que el espacio lo permitía, a moverse en círculo alrededor del Péndulo, evitando por milagro que su movimiento interceptase la trayectoria de la esfera. Giraban cada vez más aprisa, habían arrojado sus gorros y, al ondular las negras y largas cabelleras, las cabezas parecían separarse de los cuerpos.

Gritaban como había oído gritar aquella noche en Río, houu houu houuuuu...

Las formas blancas se iban definiendo, una de ellas había adquirido una vaga apariencia humana, otra aún era un falo, una burbuja, un alambique, la tercera estaba adquiriendo claramente el aspecto de un pájaro, de una lechuza con sus grandes gafas y las orejas atentas, el pico curvado de vieja profesora de ciencias naturales.

Madame Olcott estaba interrogando a la primera forma:

--¿Eres tú, Kelley?

Y una voz emergió de la forma. Desde luego, no era Theo Fox quien hablaba, sino una voz lejana, que pronunciaba con dificultad:

--Now... I do reveale, a... a mighty Secret if you make it well...

--Si, si --insistía la Olcott.

Y la voz:

--This very place is called by many names... Earth... Earth is the lowest element of All... When thrice yee have turned this Wheele about... thus my greate Secret I have revealed...

Theo Fox hizo un gesto con la mano, como pidiendo clemencia.

--Relájate, pero sólo un poco, no dejes que se marche la cosa... --dijo Madame Olcott. Después se volvió hacia la forma de la lechuza--. Te reconozco Khunrath, ¿qué quieres decirnos?

Dio la impresión de que la lechuza hablaba:

--Hallelu... I ah... Hallelu... I ah... Was...

--¿Was?

--Was helfen Fackeln Licht... oder Briln... so die Leut... nicht sehen... wollen. . .

--Nosotros si queremos --dijo Madame Olcott--, dinos lo que sabes...

--Symbolon kósmou... ta ntra... kai tan enkosmion... dun meon erithento... oi theológoi...

También Leo Fox estaba extenuado, la voz de la lechuza se había vuelto muy débil hacia el final. Leo había ido inclinando la cabeza y apenas lograba sostener a la forma. Madame Olcott, implacable, le incitaba a resistir, mientras se volvía hacia la última forma, que ahora también había adquirido rasgos antropomórficos.

--Saint-Germain, Saint-Germain, ¿eres tú? ¿Qué sabes?

Entonces la forma se había puesto a tararear una melodía. Madame Olcott indicó a los músicos que atenuaran su estruendo, los bailarines dejaron de ulular pero seguían en sus piruetas, cada vez más cansados.

La forma cantaba:

--Gentle love this hour befriends me...

--Eres tú, te reconozco --decía con tono incitante Madame Olcott--.

Habla, dinos dónde, qué...

La forma dijo:

--il était nuit... La tete couverte du voile de lin... j'arrive... je trouve un autel de fer, j'y place le rameau mystérieux... Oh, je crus descendre dans un ablme... des galeries composées de quartiers de pierre noire... mon voyage souterrain...

--¡Falso, falso! --gritaba Aglie--. ¡Hermanos, todos vosotros conocéis ese texto, es la Tres Sainte Trinosophie, yo mismo la he escrito, cualquiera puede leerla por sesenta francos!

Se había precipitado hacia Geo Fox y le estaba sacudiendo por el brazo.

--¡Detente, impostor --gritó Madame Olcott--, le matarás!

--¡Y qué! --gritó Aglie arrancando al médium de la silla.

Geo Fox trató de sostenerse aferrándose a su propia secreción, pero ésta, arrastrada en la caída, se disolvió babeando sobre el suelo. Geo se dejó caer en el viscoso aguazal que seguía vomitando, y después se quedó rígido, sin vida.

--Detente, loco --gritaba Madame Olcott, mientras sus manos aferraban a Aglie. Luego, volviéndose hacia los otros dos hermanos, añadió--:

Resistid, hijos míos, aún tienen que hablar. ¡Khunrath, Khunrath, díles que sois reales!

Para sobrevivir, Leo Fox estaba tratando de reabsorber la lechuza. Madame Olcott se había situado a su espalda y le apretaba las sienes, para que se plegase a su protervia. La lechuza advirtió que iba a desaparecer y se volvió hacia el que la había parido: "Phy, Phy, Diabolo", siseaba, al tiempo que trataba de picarle en los ojos. Leo Fox emitió un borborigmo, como si le hubiese cortado la carótida, y cayó de rodillas. La lechuza desapareció en un cieno asqueroso (phiii, phiii, gritaba), sobre el que cayó para ahogarse, el médium, embadurnado e inmóvil. Furiosa, la Olcott se había vuelto hacia Theo, que estaba resistiendo con valor:

--Habla, Kelley. ¿Me oyes?

Kelley ya no hablaba. Trataba de separarse del médium, que aullaba como si le estuviesen arrancando las vísceras, y dando manotadas en el vacío, trataba de recuperar lo que había producido.

"Kelley, desorejado, basta de trampa", gritaba la Olcott. Pero Kelley, al no lograr separarse del médium, trataba de ahogarle. Se había convertido en una especie de chicle del que el último hermano Fox intentaba en vano liberarse. Después, también Theo cayó de rodillas, tosía, empezaba a confundirse con la cosa parásita que lo devoraba, rodó por el suelo agitándose como si fuese presa de las llamas. Lo que había sido Kelley lo cubrió primero como una mortaja, después murió licuándose y lo dejó vacío sobre el suelo, la mitad de sí mismo, la momia de un niño embalsamado por Salon. En ese preciso momento, los cuatro bailarines se detuvieron al unísono, agitaron los brazos en el aire, durante unos segundos parecieron ahogarse, como si estuviesen zozobrando, después se abandonaron gañendo como cachorros, y cubriéndose la cabeza con las manos.

Entretanto, Aglie había vuelto a situarse en el corredor del fondo y estaba secándose el sudor de la frente con el pañuelito que le adornaba el bolsillo superior. Aspiró dos veces, y se puso una pastilla blanca en la boca.

Después impuso silencio.

--Hermanos, caballeros. Habéis visto a qué miserias ha querido someternos esta mujer. Recobremos la calma y volvamos a mi proyecto. Dadme una hora para traeros al prisionero.

Madame Olcott había quedado eliminada, inclinada sobre sus mediums, con un sufrimiento casi humano. Pero Pierre, que había observado los acontecimientos sin abandonar el sitio, retomó el control de la situación.

--Non --dijo--, sólo hay una manera. ¡Le sacrifie humain! ¡A mi, el prisionero!

Magnetizados por su energía, los gigantes de Avalón aferraron a Belbo, que contemplaba atónito la escena, y le empujaron hasta donde estaba Pierre. Este, con la agilidad de un malabarista, se había puesto de pie, había colocado el sitio sobre la mesa y los había empujado hasta el centro del coro, después había cogido el hilo del Péndulo mientras pasaba y había detenido la esfera, retrocediendo por el contragolpe. Fue un instante: como si estuviesen ajustándose a un plan, y quizá durante la confusión se habían puesto de acuerdo, los gigantes habían subido a ese podio, habían colocado a Belbo sobre el sitio y ahora uno le estaba pasando por el cuello, con dos vueltas, el hilo del Péndulo, mientras el otro tenía suspendida la esfera para luego apoyarla en el borde de la mesa.

Bramanti se precipitó hacia la horca, llameando majestuoso en su vestidura escarlata y salmodió:

---Exorcizo igitur te per Pentagrammaton, et in nomine Tetragrammaton, per Alfa et Omega qui sunt in spiritu Azoth. Saddai, Adonai, Jotchavah, Eieazereie! Michael, Gabriel, Raphael, Anael. -Fluat Udor per spiritum Eloim! -Maneat Terra per Adam lot-Cavah! -Per Samael Zebaoth et in nomine Eloim Gibor, veni Adramelech! -Vade retro Lilith!

Belbo permaneció erguido sobre el sitio, con la cuerda alrededor del cuello. Ya no era necesario que los gigantes le cogieran. Un movimiento en falso hubiera bastado para hacerle caer de esa posición tan inestable, y el cable le hubiese estrangulado.

--Imbéciles --gritaba Aglie--. ¿Cómo lo situaremos otra vez en su eje?

Pensaba en salvar el Péndulo.

--No se preocupe, conde --sonrió Bramanti--. Aquí no estamos mezclando tintes. Esto es el Péndulo tal como fuera concebido por Ellos. El sabrá hacia dónde ir. De todos modos, nada mejor que un sacrificio humano para conseguir que una Fuerza se decida a actuar.

Hasta ese momento Belbo había temblado. Vi que se relajaba, no digo que estuviese sereno, pero contemplaba al público con curiosidad. Creo que en ese instante, ante la discusión entre los dos adversarios, al ver allí delante los cuerpos desarticulados de los mediums, y a su lado los derviches que aún se agitaban gimiendo, los paramentos de los dignatarios en desorden, recobró su cualidad más auténtica, el sentido del ridículo.

En ese momento, estoy seguro, decidió que ya no debía dejarse atemorizar, quizá su posición elevada le hacía sentirse superior, mientras observaba desde el proscenio aquel atajo de dementes inmersos en una reyerta de Grand Guignol, y en el fondo, casi en el atrio, los monstruitos, que ya habían perdido todo interés por el asunto, no paraban de darse codazos y soltar risitas, como Annibale Cantalamessa y Pio Bo.

Sólo dirigió una mirada de angustia hacia Lorenza, a quien los gigantes habían vuelto a coger por los brazos, agitada por breves estremecimientos. Lorenza había recobrado la conciencia. Lloraba.

No sé si Belbo decidió no ofrecer el espectáculo de su miedo, o si su decisión había sido más bien la única manera de demostrar su desprecio, su superioridad, a aquella gentuza. Pero el hecho es que estaba erguido, con la frente alta, la camisa abierta en el pecho, las manos atadas detrás de la espalda, altivo, como alguien que jamás hubiese conocido el miedo.

Serenado por el aplomo de Belbo, resignado en todo caso a la interrupción de las oscilaciones, siempre ansioso por conocer el secreto, ya a punto de concluir la búsqueda de toda una vida, o de muchas, decidido a recobrar el control de sus seguidores, Aglie había vuelto a dirigirse a Jacopo:

--Vamos, Belbo, decídase. Ya ve que se encuentra en una situación, cuanto menos, incómoda. Acabe ya con su comedia.

Belbo no había respondido. Miraba hacia otro lado, como si por discreción quisiera dejar de oír un diálogo que hubiese captado por casualidad.

Aglie había insistido, con tono conciliador, como si estuviese hablándole a un niño:

--Comprendo su resentimiento y, si me permite, su reserva. Comprendo que le repugne la idea de confiar un secreto tan íntimo, y guardado con tanto celo, a una plebe que acaba de ofrecerle un espectáculo tan poco edificante. Pues bien, podrá confiarme su secreto sólo a mi, al oído. Ahora ordenaré que le bajen de allí, y estoy seguro de que me dirá una palabra, una sola palabra.

Y Belbo:

--¿De veras?

Entonces Aglie cambió de tono. Por primera vez en su vida le veía imperioso, sacerdotal, desmedido. Hablaba como si llevase puesta alguna de las vestiduras egipcias de sus amigos. Su tono me pareció falso, como si estuviese parodiando a aquellos a quienes nunca había escatimado su indulgente compasión. Pero al mismo tiempo se le veía bastante compenetrado con aquel insólito papel. Por algún cálculo, porque no podía tratarse de un impulso, estaba introduciendo a Belbo en una escena de melodrama. Si interpretó un papel, lo hizo bien, porque Belbo no advirtió ninguna trampa, y escuchó a su interlocutor como si sólo eso pudiera esperarse de él.

--Ahora hablarás --dijo Aglie--, hablarás, y no quedarás fuera de este gran juego. Si callas estás perdido. Si hablas participarás en la victoria.

Porque en verdad te digo que esta noche tú, yo y todos nosotros estamos en Hod, la sefirah del esplendor, de la majestad y de la gloria, Hod, que gobierna la magia ceremonial y ritual, el momento en que se revela la eternidad. Un momento que he soñado durante siglos. Hablarás y te unirás a los únicos que, después de tu revelación, podrán declararse Señores del Mundo. Humíllate, y serás exaltado. ¡Hablarás porque lo ordeno yo, hablarás porque lo digo yo, y mis palabras efficiunt quod figurant!

Entonces Belbo dijo, ya invencible:

--Ma gavte la nata...

Aglie, aunque estaba preparado para una negativa, palideció ante el insulto.

--¿Qué es lo que ha dicho? --preguntó Pierre, histérico.

--No va a hablar --resumió Aglie. Extendió los brazos, en un gesto entre resignado y condescendiente, y dijo a Bramanti--: Es vuestro.

Y Pierre, fuera de si:

--Assai, assai! Le sacrifice humain, le sacrifice humain!

--¡Sí, que muera, encontraremos igualmente la respuesta! --gritaba Madame Olcott que, también fuera de sí, había vuelto a aparecer y se había precipitado hacia Belbo.

Casi al mismo tiempo se había movido Lorenza. Se había soltado de las manos de los gigantes y estaba frente a Belbo, al pie de la horca, con los brazos extendidos como para detener una invasión, gritando entre lágrimas:

--¿Pero estáis todos locos? ¿Qué vais a hacer?

Aglie, que ya se estaba retirando, vaciló un momento y luego se lanzó hacia ella, para retenerla.

Después todo se desencadenó en un segundo. La Olcott, con el rodete deshecho, livor y llamas, como una medusa, tendía sus garras contra Aglie, le arañaba la cara, y le apartaba con la violencia del impulso acumulado para ese salto, Aglie retrocedía, tropezaba con una pata del brasero, giraba sobre si mismo como un derviche e iba a dar con la cabeza contra una máquina, desplomándose con el rostro ensangrentado. En el mismo instante, Pierre se arrojaba sobre Lorenza, y mientras se precipitaba hacia ella extraía el puñal que llevaba sobre el pecho. Ahora me daba la espalda, no comprendí en seguida lo que había sucedido, pero vi que Lorenza caía a los pies de Belbo, con el rostro exangüe, y que Pierre levantaba el cuchillo aullando:

--Enfin, le sacrifie humain! --y entonces, dirigiéndose hacia la nave, a voces--: -l'a Cthulhu! -l'a S'ha-t'n!

Como un solo hombre, la multitud que colmaba la nave se había movido, y algunos caían atropellados, otros estaban a punto de derribar el vehículo de Cugnot. Oí, al menos eso creo, no puedo haberme imaginado un detalle tan grotesco, la voz de Garamond que decía:

--Por favor, señores, un mínimo de educación...

Bramanti, estático, estaba arrodillado ante el cuerpo de Lorenza y declamaba:

--¡Asar Asar! ¿Quién me coge del cuello? ¿Quién me paraliza? ¿Quién apuñala mi corazón? ¡Soy indigno de trasponer el umbral de la casa de Maat!

Quizá nadie lo deseaba, quizá el sacrificio de Lorenza debía bastar, pero los fieles ya estaban penetrando en el círculo mágico, ahora accesible por la inmovilidad del Péndulo, y alguien, habría jurado que era Ardentí, fue arrojado por los otros contra la mesa, que desapareció literalmente de debajo de los pies de Belbo, salió despedida, mientras, en virtud del mismo golpe, el Péndulo iniciaba una oscilación rápida y violenta, llevándose a su víctima consigo. La cuerda se había tendido por el peso de la esfera, y se había enroscado, ahora ya cerrada como un lazo, alrededor del cuello de mi pobre amigo que, lanzado por el aire, pendiente del hilo del Péndulo, había volado hacia el extremo oriental del coro, y ahora estaba regresando, ya sin vida (espero), hacia mí.

La multitud, pisoteándose, había retrocedido hasta el borde, para dejar sitio al prodigio. El encargado de las oscilaciones, extasiado ante el renacimiento del Péndulo, secundaba su ímpetu actuando directamente sobre el cuerpo del ahorcado. El eje de oscilación trazaba una diagonal entre mis ojos y una de las ventanas, sin duda la que tenía la grieta, por donde dentro de pocas horas penetraría el primer rayo de sol. De modo que no veía oscilar a Jacopo frente a mí, pero creo que eso fue lo que sucedió, creo que ésa era la figura que él trazaba en el espacio...

El cuello de Belbo parecía una segunda esfera insertada en el tramo de hilo que iba desde la base hasta la clave de bóveda, y, mientras la esfera de metal se inclinaba hacia la derecha, la cabeza de Belbo, la otra esfera, diría, se inclinaba hacia la izquierda, y luego al revés. Durante largo rato las dos esferas oscilaron en direcciones opuestas, de modo que lo que hendía el espacio ya no era una línea recta, sino una estructura triangular. Pero, mientras la cabeza de Belbo se plegaba por la tracción del hilo tendido, su cuerpo, al principio quizá debido al último espasmo, luego con la espástica agilidad de una marioneta de madera, trazaba otras trayectorias en el vacío, independiente de la cabeza, del hilo y de la esfera que oscilaba más abajo, los brazos por aquí, las piernas por allá, y tuve la impresión de que alguien había fotografiado la escena con la máquina de Muybridge, fijando en la placa cada momento de una sucesión espacial, registrando los dos puntos extremos en que iba a situarse la cabeza en cada periodo de la oscilación, los dos puntos en que se detenía la esfera, los puntos en que idealmente se cruzaban los

hilos, independientes de ambos, así como los puntos intermedios marcados por los extremos del plano de oscilación del tronco y de las piernas, quiero decir que Belbo, ahorcado con el Péndulo, habría dibujado en el vacío el árbol de las sefirot, resumiendo en su último momento la historia misma de todos los universos, marcando en su ir y venir las diez etapas de la exhalación agotada y de la deyección de lo divino en el mundo.

Después, mientras el oscilador seguía impulsando aquel fúnebre columpio, en una atroz composición de fuerzas, una migración de energías, el cuerpo de Belbo había quedado inmóvil, y el hilo y la esfera sólo habían seguido oscilando entre su cuerpo y el suelo, porque la parte superior, que iba desde Belbo hasta la bóveda, permanecía vertical. De ese modo Belbo, libre del error del mundo y de sus movimientos, se había convertido él, ahora, en el punto de suspensión, en el Pivote Fijo, en el lugar en que se sujeta la Bóveda del Mundo, y sólo a sus pies oscilaban el hilo y la esfera, de uno a otro polo, sin sosiego, mientras la Tierra huía debajo de ellos, mostrando cada vez un nuevo continente, y la esfera no sabía indicar, nunca lo sabría, dónde estaba el Ombligo del Mundo.

Mientras la jauría de los diabólicos, atónita por un instante al contemplar el prodigio, volvía a vociferar, pensé que realmente la historia había concluido. Si Hod es la sefirah de la Gloria, Belbo había alcanzado la gloria. Un solo gesto impávido le había reconciliado con lo Absoluto.

El péndulo ideal consiste en un hilo finísimo, incapaz de oponer resistencia a flexión y torsión, de longitud L , al que está asida una masa por su baricentro. Para la esfera el baricentro es el centro, para un cuerpo humano es un punto que depende del 0.65 de su altura, midiendo desde los pies. Si el ahorcado mide 1.70 m. el baricentro está a 1.10 m. de sus pies y la longitud L comprende esta longitud. Es decir, si la cabeza hasta el cuello mide 0.30 m., el baricentro está a $1.70 - 1.10 = 0.60$ m. de la cabeza y a $0.60 - 0.30 = 0.30$ m. del cuello del ahorcado.

El período de pequeñas oscilaciones del péndulo, determinado por Huygens, resulta de:

$$T \text{ (segundos)} = L \sqrt{7r/g} \quad (I)$$

donde L son metros, $7r = 36415927\dots$ y $g = 9.8 \text{ m/sec}^2$. Por lo que (I) da:

$$2 \sqrt{3.1415927}$$

$$T = L = 2.00709 \sim/\sim$$

es decir, más o menos:

$$T = 2\sqrt{L/g}$$

N.B.: T es independiente del peso del ahorcado (igualdad de los hombres ante Dios)...

Un péndulo doble, con dos masas, unido al mismo hilo... Si mueves A, A oscila y al cabo de un rato se detiene y oscila B. Si los Péndulos unidos tienen masas y longitudes diferentes, la energía pasa de uno a otro pero los tiempos de estas oscilaciones de la energía no son iguales... Este vagabundear de la energía se produce también si, en vez

de empezar a hacer oscilar A libremente, después de haberle dado impulso, se sigue impulsándolo periódicamente mediante una fuerza.

Es decir, si el viento sopla en ráfagas sobre el ahorcado, en antisintonía, después de un rato el ahorcado no se mueve y la horca oscila como si tuviera su perno en el ahorcado.

(De una carta privada de Mario Salvadori, Columbia University, 1984)

Ya había visto todo lo que podía ver en aquel sitio. Aproveché la confusión para llegar hasta la estatua de Gramme.

El pedestal aún estaba abierto. Entré, bajé, y al final de la escalerilla desemboqué en un pequeño rellano, iluminado por una bombilla, que daba a una escalera de caracol, de piedra. Cuando la hube recorrido me encontré en un corredor de bóvedas bastante altas, apenas iluminado. En el primer momento no comprendí dónde estaba, ni de dónde procedía el chapoteo que estaba oyendo. Después mis ojos se habituaron: estaba en una alcantarilla, una especie de pretil con barandilla me impediría caer al agua, pero no me impedía percibir un tufo asqueroso, entre químico y orgánico.

Al menos algo era cierto en toda nuestra historia: las alcantarillas de París. ¿Las de Colbert, las de Fantomas, las de de Caus?

Seguí el conducto principal, desechando las desviaciones más oscuras, y con la esperanza de que alguna señal me indicase dónde debía detenerse mi recorrido subterráneo. De todas formas, me alejaba del Conservatoire, y, comparadas con aquel reino de la noche, las alcantarillas de París eran el alivio, la libertad, el aire puro, la luz.

Llevaba una imagen grabada en los ojos, el jeroglífico que el cuerpo muerto de Belbo trazaba en el coro. No podía comprender a qué correspondía aquel dibujo. Ahora sé que era una ley física, pero el modo en que he venido a saberlo confiere un valor aún más emblemático al fenómeno.

Aquí, en la casa de campo de Jacopo, entre sus muchas notas, he encontrado una carta de alguien que, en respuesta a una pregunta suya, le explicaba cómo funciona un péndulo, y cómo se comportaría si se colgase otro peso de su hilo. De manera que, quizá desde hacía mucho tiempo, cuando Belbo pensaba en el Péndulo, lo imaginaba no sólo como un Sinaí sino también como un Calvario. No había sido víctima de un Plan elaborado en estos últimos años, llevaba muchísimo tiempo elaborando su muerte en la fantasía, sin saber que, pese a creerse negado a la creación, esas cavilaciones estaban proyectando la realidad. O quizá no, quizá había querido morir de ese modo para probarse a sí mismo, y probar a los otros, que incluso cuando falta el genio, la imaginación siempre es creadora.

De alguna manera, al perder había ganado. ¿O lo pierde todo quien escoge esta única manera de vencer? Lo pierde todo quien no comprende que la victoria ha sido otra. Pero el sábado por la noche yo todavía no lo había descubierto.

Iba por el túnel, amens como Postel, quizá perdido en las mismas tinieblas, y de pronto percibí una señal. Una bombilla más potente, fijada a la pared, me mostraba otra escalera, provisional, que subía hasta una trampa de madera. Intenté la escalada, y aparecí en un sótano lleno de botellas vacías, por el que se llegaba a un pasillo al que daban dos lavabos, con el hombrecito y la mujercita en cada puerta. Estaba en el mundo de los vivos.

Me detuve jadeante. Sólo entonces pensé en Lorenza. Ahora era yo quien lloraba. Pero Lorenza ya estaba desapareciendo de mi sangre, como si nunca hubiese existido. Ni siquiera lograba recordar su rostro. En ese mundo de muertos, ella era la que estaba más muerta.

Al final del pasillo encontré otra escalera, una puerta. Entré en un salón lleno de humo y mal olor, una taberna, un bistrot, un bar oriental, camareros de color, clientes sudorosos, pinchos grasientos y jarras de cerveza. Salía por aquella puerta como alguien que ya estuviese allí, y regresara de orinar. Nadie advirtió mi presencia, salvo, quizá, el hombre de la caja que, al verme aparecer, me hizo un gesto imperceptible con los ojos entrecerrados, un está bien, como diciéndome he entendido, pasa, yo no he visto nada.

Si el ojo pudiera ver a los demonios que pueblan el universo, la existencia sería imposible.

(Talmud, Berakhoth, 6)

Salí del bar y me encontré entre las luces de la Porte St-Martin. La taberna de la que acababa de salir era oriental, orientales eran las tiendas que había por allí, todavía iluminadas. Olor a cuscús y a falafel, a muchedumbre. Montones de jóvenes, con cara de hambre, muchos con saco de dormir, grupos. No pude entrar en ningún bar para beber algo. Le pregunté a un chaval qué sucedía. La manifestación, al día siguiente era la gran manifestación contra la ley Savary. Llegaban en autocares.

Un turco, un druso, un ismailí disfrazado, me invitaba en mal francés a entrar en un sitio. Nunca más, fuga de Alamut. No sé quién trabaja para quién. Desconfiar.

Atravieso la calle. Ahora sólo oigo el ruido de mis pasos. La ventaja de las grandes ciudades es que basta con alejarse unos metros para volver a estar solo.

Pero de repente, después de unas pocas manzanas, a mi izquierda, el Conservatoire, pálido en medio de la noche. Por fuera, perfecto. Un monumento que duerme el sueño de los justos. Prosigo hacia el sur, en dirección al Sena. Tenía alguna meta, pero no la tenía clara. Quería preguntarle a alguien qué había sucedido.

¿Belbo muerto? El cielo está despejado. Me cruzo con un grupo de estudiantes. En silencio, invadidos por el *genius loci*. A la izquierda, la silueta de Saint-Nicolas-des-Champs.

Prosigo por la rue St-Martin, atravieso la rue aux Ours, ancha, parece un boulevard, tengo miedo de perder la dirección, que por lo demás ignoro. Miro a mi alrededor y a la derecha, en la esquina, veo los dos escaparates de las Editions Rosicruziennes. Están apagados, pero entre la luz de las farolas y la de mi linterna logro descifrar su contenido. Libros y objetos. Histoire des Juifs, comte de St-Germain, alchimie, monde caché, les maisons secretes de la Rose-Croix, el mensaje de los constructores de las catedrales, cátaros, Nueva Atlántida, medicina egipcia, el templo de Karnak, Bagavad Gita, reencarnación, cruces y candelabros rosacrucianos, bustos de Isis y Osiris, incienso en cajas y en tabletas, tarot. Un puñal, un cortapapeles de estaño, con el sello de los rosacruces en la redonda empuñadura. ¿Qué están haciendo? ¿Se están mofando de mí?

Ahora paso frente a la fachada del Beaubourg. De día es una verbena, pero ahora la plaza está casi desierta, sólo algún grupo silencioso y dormido, pocas luces que llegan desde las braserías lindantes. Es verdad. Grandes ventosas que absorben energía de la tierra. quizá las multitudes que lo colman de día sirvan para aportar vibraciones, la máquina hermética se alimenta de carne fresca.

Iglesia de Saint-Merri. Enfrente, una Librairie la Vouivre, tres cuartas partes dedicadas al ocultismo. No debo dejar que me invada la histeria.

Doblo por la rue des Lombards, quizá para evitar una tropa de chicas escandinavas que salen riendo de una taberna aún abierta. Callad, ¿acaso no sabéis que Lorenza ha muerto?

Pero, ¿ha muerto? ¿Y si el muerto fuese yo? Rue des Lombards: en ella desemboca perpendicular la rue Flamel, y al fondo de la rue Flamel se divisa, blanca, la Tour Saint-Jacques. En la esquina, la librería Arcane 22, tarot y péndulos. Nicolas Flamel, el alquimista, una librería alquímica, y la Tour Saint-Jacques: con esos grandes leones blancos en el zócalo, esa inútil torre de estilo gótico tardío erigida junto al Sena, a la que también estaba dedicada una revista esotérica, la torre donde Pascal había realizado experimentos sobre el peso del aire, y parece que incluso hoy, a cincuenta y dos metros de altura, alberga una estación de investigaciones climatológicas. quizá habían empezado allí, antes de erigir la Tour Eiffel. Hay zonas privilegiadas. Y nadie se da cuenta.

Regreso hacia Saint-Merri. Otras risas de muchachas. No quiero ver gente, rodeo la iglesia, por la rue du Cloître Saint-Merri, una de sus puertas del crucero, vieja, de madera basta. A la izquierda se abre una plaza, última frontera del Beaubourg, totalmente iluminada. En la explanada, las máquinas de Tinguely y otros artefactos multicolores que flotan en el agua de una piscina o estanque, en una burlona dislocación de ruedas dentadas, y al fondo vuelvo a ver el andamiaje y las enormes bocas extasiadas del Beaubourg, como un Titanic arrumbado contra una pared devorada por la hiedra, naufragado en un cráter de la luna. Allí donde las catedrales han fracasado, susurran las grandes escotillas transoceánicas que están en contacto con las Vírgenes Negras. Las descubre sólo quien sabe circunnavegar Saint-Merri. De modo que hay que seguir, tengo

una pista, estoy descubriendo una de las tramas de Ellos, en el centro mismo de la Ville Lumiere, la trama de los Oscuros.

Doblo por la rue des Juges Consules, vuelvo a aparecer ante la fachada de Saint-Merri. No sé por qué, pero algo me impulsa a encender la linterna y dirigirla hacia la portada. Gótico flamígero, arcos conopiales.

Y de repente, mientras busco lo que no esperaba encontrar, lo veo en la arquivolta del portal.

Bafomet. Justo donde se unen los semiarcos, uno coronado por una paloma del espíritu santo y una radiante gloria de piedra, y en el otro, asediado por ángeles orantes, él, el Bafomet, con sus alas horribles. En la portada de una iglesia. Sin ningún pudor.

¿Por qué allí? Porque estamos a poca distancia del Temple. ¿Dónde está el Temple, o lo que ha quedado de él? Retrocedo, vuelvo a subir hacia el nordeste, llego a la esquina de la rue de Montmorency. En el número 51 está la casa de Nicolás Flamel. Entre el Bafomet y el Temple. El sagaz espagórico sabía muy bien con quién tenía que vérselas. Poubelles repletas de basura nauseabunda, frente a una casa de época imprecisa, Taverne Nicolas Flamel. La casa es vieja, la han restaurado con fines turísticos, para diabólicos de ínfima categoría. Hílicos. Al lado hay un bar americano con una publicidad de Apple: "secouez vous les puces". Soft-Hermes. Dir Temurah.

Ahora estoy en la rue du Temple, la recorro y llego a la esquina de la rue de Bretagne, donde está el square du Temple, un jardín pálido como un cementerio, la necrópolis de los caballeros sacrificados.

Rue de Bretagne hasta el cruce con la rue Vieille du Temple. En la rue Vieille du Temple, después del cruce con la rue Barbette, hay extrañas tiendas con lámparas eléctricas de formas raras, formas de pato, de hoja de hiedra. Demasiado alarde de modernidad. A mí no me engañan.

Rue des Francs-Bourgeois: estoy en el Marais, lo conozco, dentro de poco aparecerán las viejas carnicerías kosher, ¿qué tienen que ver los judíos con los templarios, ahora que hemos decidido que su papel en el Plan correspondía a los Asesinos de Alamut? ¿Por qué estoy aquí? ¿Busco una respuesta? No, quizá sólo quiera alejarme del Conservatoire. O quizá me esté dirigiendo, sin saberlo, hacia un sitio, sé que no puede estar aquí, pero sólo trato de recordar dónde está, como Belbo, que buscaba en el sueño unas señas que había olvidado.

Me cruzo con un grupo obscuro. Risas falsas. Caminan desplegados, y tengo que bajar de la acera. Por un momento temo que hayan sido enviados por el Viejo de la Montaña, y que me busquen a mí. No es cierto, desaparecen en la noche, pero hablan en un idioma extranjero, sibilante, chiíta, talmúdico, copto como una serpiente del desierto.

Pasan a mi lado figuras andróginas que visten largos guardapolvos.

Guardapolvos Rosa-Cruces. Me adelantan, doblan por la rue de Sévigné.

Ya es muy tarde. He huido del Conservatoire para reencontrar la ciudad de todos y me doy cuenta de que la ciudad de todos está concebida como una catacumba de recorridos especiales para iniciados.

Un borracho. Quizá finja. Desconfiar, desconfiar siempre. Paso delante de un bar que aún está abierto, los camareros, con los largos mandiles hasta los tobillos, ya están recogiendo las sillas y las mesas. Alcanzo a entrar y pido una cerveza. Me la trago y pido otra. "Parece que tenía sed ¿eh?", dice uno de ellos. Pero sin cordialidad, con desconfianza. Sí, tengo sed, llevo sin beber desde las cinco de la tarde, pero para tener sed no es imprescindible haberse pasado la noche debajo de un péndulo. Imbéciles.

Pago y me marchó, antes de que mis rasgos puedan grabárseles en la memoria.

Llego a la esquina de la place des Vosges. Recorro los pórticos. ¿En qué película vieja los solitarios pasos de Mathias, el asesino loco, resonaban de noche en la place des Vosges? Me detengo. ¿Oigo pasos a mis espaldas? Seguro que no, se han detenido también ellos. Bastarían algunas vitrinas para que estos pórticos se convirtiesen en salas del Conservatoire.

Techos bajos del siglo XVI, arcos de medio punto, tiendas de grabados y de antigüedades, muebles. Place des Vosges, tan baja, con sus portales viejos y estriados y desconchados y leprosos, hay gente que no se ha movido de aquí desde hace centenares de años. Hombres de guardapolvos amarillos. Una plaza en la que sólo viven taxidermistas. Sólo salen por la noche. Conocen la losa, la boca de alcantarilla por la que se penetra en el Mundus Subterraneus. Ante los ojos de todos.

Union de Recouvrement des Cotisations de sécurité sociale et d'allocations familiales de la Patellerie número 75, u 1. Puerta nueva, quizá viva gente rica, pero inmediatamente después hay una puerta vieja y desconchada como una casa de vía Sincero Renato; después, en el número 3, una puerta restaurada hace poco. Alternancia de Hílicos y de Pneumáticos. Los Señores y sus esclavos. Aquí, donde hay unas tablas clavadas sobre lo que debe de haber sido un arco. Es evidente, aquí había una librería ocultista, que ha desaparecido. Todo un bloque vaciado. Evacuado en una noche.

Como Aglie. Ahora saben que hay uno que sabe, y empiezan a pasar a la clandestinidad.

Estoy en la esquina de la rue de Birague. Veo la infinita procesión de pórticos desiertos, preferiría la oscuridad, pero está la luz amarilla de las farolas. Aunque gritase nadie me escucharía. Silenciosos, ocultos detrás de aquellas ventanas cerradas por las que no se filtra ni un hilo de luz, los taxidermistas se reirían malignamente, con sus guardapolvos amarillos.

Sin embargo, no, entre los pórticos y el jardín central hay coches aparcados y pasa alguna rara sombra. Aunque no por eso la situación es menos tensa. Un gran pastor

alemán se cruza en mi camino. Un perro negro solo de noche. ¿Dónde está Fausto? ¿quizá ha enviado al fiel Wagner para que saque a mear al perro?

Wagner. Esa era la idea que me daba vueltas por la cabeza sin aflorar a la conciencia. El doctor Wagner, es a él a quien busco. El podrá decirme si estoy delirando, a qué fantasmas he dado cuerpo. Podrá decirme que nada es verdad, que Belbo está vivo, que el Tres no existe. Qué alivio si estuviese enfermo.

Me marché de la plaza casi corriendo. Un coche me sigue. No, quizá sólo esté buscando aparcamiento. Tropiezo con sacos de plástico llenos de basura. El coche aparca. No me estaban buscando. Estoy en la rue St. Antoine. Busco un taxi. Como por arte de magia, pasa uno.

Digo:

--Sept, avenue Elisée Reclus.

Je voudrais être la tour, pendre à la Tour Eiffel.

(siaisé Cendrars)

No sabía dónde estaba, pero no me atrevía a preguntárselo al taxista, porque el que coge un taxi a esas horas lo hace para regresar a su casa, si no sólo puede tratarse de un asesino, o de algo peor, y por lo demás aquél refunfuñaba, se quejaba de que el centro aún estaba lleno de esos malditos estudiantes, autocares aparcados por todas partes, un asco, si por él fuera, todos al paredón, y que valía la pena dar un rodeo. Prácticamente dio todo un periplo a París, hasta que al fin me dejó frente al número siete de una calle desierta.

No aparecía ningún doctor Wagner. ¿Sería el diecisiete? ¿O el veintisiete? Probé dos o tres veces, y después volví en mí. Aunque llegara a localizar el portal, ¿acaso pensaba sacar de la cama al doctor Wagner a esas horas para contarle mi historia? Había acabado en aquel sitio por las mismas razones que antes me habían impulsado a vagar desde la Porte St. Martin hasta la place des Vosges. Estaba huyendo. Y ahora había huido del sitio al que había huido cuando huyera del Conservatoire. No necesitaba un psicoanalista, sino una camisa de fuerza. O una cura de sueño. O Lia. Para que me cogiese la cabeza, me la apretase entre el pecho y la axila, y con voz muy suave me dijese que me portara bien.

¿Había buscado al doctor Wagner o la avenue Elisée Reclus? Porque ahora recordaba que este nombre había surgido en el curso de mis lecturas para el Plan, era alguien que en el siglo pasado había escrito no sé qué libro sobre la Tierra, sobre el subsuelo, los volcanes, uno que, con el pretexto de dedicarse a la geografía académica, había estado figoneando por el Mundus Subterraneus. Uno de ellos. No hacía más que huir de ellos, pero volvían a mi alrededor. Poco a poco, en el curso de unos siglos, habían ocupado todo París. Y el resto del mundo.

Tenía que regresar al hotel. ¿Encontraría otro taxi? Por lo que había llegado a comprender, debía de estar en el extrarradio. Había echado a andar hacia donde brillaba una luz más clara y difusa, donde se vislumbraba el cielo abierto. ¿El Sena?

Y cuando llegué a la esquina la vi.

A mi izquierda. Hubiera tenido que sospechar que estaba allí, acechando en las cercanías. En aquella ciudad los nombres de las calles escribían un mensaje inequívoco, siempre poniéndote en guardia, peor para mí que no me había dado cuenta.

Estaba allí, la inmundada araña mineral, el símbolo, el instrumento de su poder: hubiera tenido que huir, pero me sentía atraído hacia la tela, y movía la cabeza de abajo arriba, y luego a la inversa, porque ya no podía abarcarla con una sola mirada, estaba prácticamente dentro de ella, sus mil aristas eran otros tantos sables que descargaba sobre mí, me sentía bombardeado por puertas metálicas que se cerraban por todas partes, si se hubiese movido un milímetro habría podido aplastarme con una de sus patas de mecano.

La Tour. Estaba en el único sitio de la ciudad donde no se la ve de lejos, de perfil, asomada pacíficamente sobre el océano de tejados, frívola como en un cuadro de Dufy. Aquí estaba sobre mí, se me echaba encima.

Adivinaba su punta, pero me movía alrededor de la base, y luego dentro de ella, encerrado entre sus patas, divisaba sus espolones, su vientre, sus genitales, adivinaba su vertiginoso intestino, unido al esófago, en ese cuello de jirafa politécnica. Perforada por todas partes, era capaz de oscurecer la luz que la rodeaba, y a medida que me iba desplazando me ofrecía, desde distintas perspectivas, distintos arcos cavernosos que encuadraban tomas con zoom de las tinieblas.

Ahora a su derecha, aún cerca del horizonte, hacia el nordeste, había surgido una guadaña de luna. A veces la torre la encuadraba como si se tratase de una ilusión óptica, una fluorescencia de una de sus pantallas retorcidas, pero bastaba con que yo me desplazase, las pantallas cambiaban de forma, la luna desaparecía, había ido a enredarse entre alguna costilla metálica, el animal la había triturado, digerido, despachado a otra dimensión.

Tesseract. Cubo tetradimensional. Ahora veía a través de un arco una luz móvil, incluso dos, rojo y blanco, que relampagueaban, sin duda era un avión en busca de Roissy, o de Orly, no sé. Pero en seguida, me había desplazado yo, o el avión, o la Torre, las luces desaparecían detrás de una nervadura, esperaba que reaparecieran al otro lado del recuadro, y habían dejado de existir. La Tour tenía cien ventanas, todas móviles, y cada una daba a un segmento distinto del espacio/tiempo. Sus costillas no señalaban pliegues euclideos, destrozaban el tejido cósmico, volcaban catástrofes, hojeaban páginas de mundos paralelos.

¿Quién había dicho que esa aguja de Notre Dame de la Brocante servía para “suspender Paris au plafond de l'univers”? Todo lo contrario, servía para que el universo quedase suspendido de su propia aguja, es lógico, ¿no se trata del Ersatz del Péndulo?

¿Cómo la habían llamado? Supositorio solitario, obelisco hueco, gloria del alambre, apoteosis de la pila, altar aéreo de un culto idolátrico, abeja en el corazón de la rosa de los vientos, triste como una ruina, sucio coloso del color de la noche, grotesco símbolo de poder inútil, prodigio absurdo, pirámide insensata, guitarra, tintero, telescopio, prolija como discurso de ministro, dios antiguo y bestia moderna... Eso y muchas cosas más, y, si yo hubiese tenido el sexto sentido de los Señores del Mundo, ahora que estaba atrapado en el haz de cuerdas vocales cubiertas por una costra de pólipos remachados, habría podido oírle murmurar su ronca trasposición de la música de las esferas, ondas que en aquel momento la Tour estaba succionando del corazón de la tierra hueca, y retransmitía a todos los menhires del mundo. Rizoma de articulaciones bloqueadas, artrosis cervical, prótesis de una prótesis, qué horror, estando donde yo estaba para estrellarme en el fondo del abismo habrían tenido que precipitarme hacia la cumbre. Sin duda, estaba emergiendo de un viaje a través del centro de la tierra, me hallaba en el vértigo antigravitacional de las antípodas.

No habíamos inventado nada, ahora la Torre se me aparecía como la prueba incumbente del Plan, pero pronto se daría cuenta de que yo era el espía, el enemigo, el grano de arena en aquel engranaje del que ella era imagen y motor, dilataría imperceptiblemente uno de los ojetes de su encaje plúmbeo, y me tragaría, yo desaparecería en un pliegue de su nada, trasladado a Otra Parte.

Si permanecía un poco más bajo su taladro, sus grandes garras se cerrarían, se curvarían como colmillos, me engullirían, y luego el animal volvería a adoptar su burlona actitud de sacapuntas criminal y siniestro.

Otro avión: éste no venía de ninguna parte, lo había engendrado ella entre sus vértebras de mastodonte descarnado. La contemplaba, no acababa nunca, como el proyecto que la había engendrado. Si hubiese conseguido permanecer allí sin que me devorara, habría podido percibir sus desplazamientos, sus lentas revoluciones, su descomponerse y recomponerse infinitesimalmente, impulsada por la fría brisa de las corrientes, a lo mejor los Señores del Mundo eran capaces de interpretarla como un trazado geomántico, y en sus imperceptibles metamorfosis habrían leído señales decisivas, mandatos inconfesables. La Torre giraba sobre mi cabeza, era el destornillador del Polo Místico. O no, estaba inmóvil como un pivote magnetizado, y hacía girar la bóveda celeste. El vértigo era el mismo.

Qué bien se defiende la Tour, pensaba yo, desde lejos asoma como una amiga afectuosa, pero, si te acercas, si tratas de penetrar en su misterio, te mata, te hiela los huesos, sólo tiene que exhibir el espanto insensato con que está hecha. Ahora sé que Belbo ha muerto y que el Plan es verdadero, porque la Torre es verdadera. Si no logro huir, huir una vez más, no podré decírselo a nadie. Hay que dar la alarma.

Ruidos. Alto, vuelvo a la realidad. Un taxi que avanza a toda velocidad. De un salto logré evadirme del recinto mágico, hice grandes gestos, por poco me atropella, porque el taxista sólo frenó en el último momento, como si se detuviese de mala gana, durante el trayecto me diría que también a él, cuando pasa de noche entre sus patas, la Torre le da miedo, y acelera.

--¿Por qué? --le pregunté.

--Parce que... parce que ca fait peur, c'está tout.

Poco después estaba en mi hotel. Tuve que tocar el timbre un buen rato para despertar a un portero somnoliento. Me dije: ahora debes dormir. El resto para mañana. Tomé unas píldoras, demasiadas, hubiera podido envenenarme. Después no recuerdo nada más .

Tiene la locura un inmenso pabellón donde a gentes de todas partes da pensión, sobre todo si tienen oro y poder a discreción.

(Sebastian srandt, Das Narrenschiff, 46)

Me desperté a las dos de la tarde, atontado y catatónico. Lo recordaba exactamente todo, pero no tenía ninguna garantía de que lo que recordaba fuese cierto. En un primer momento, pensé en correr a comprar los periódicos, pero después se me ocurrió que, aunque una compañía de españoles hubiera penetrado en el Conservatoire inmediatamente después de los sucesos, tampoco habría habido tiempo para que saliera en los periódicos de la mañana.

Además, aquel día París tenía otras cosas en qué pensar. Me lo dijo en seguida el portero, cuando bajé en busca de un café. La ciudad estaba alborotada, muchas estaciones de metro habían sido cerradas, en algunos sitios la policía cargaba, los estudiantes eran demasiados y estaban pasándose.

En el listín de teléfonos encontré el número del doctor Wagner. Intenté incluso llamarle, pero era evidente que el domingo no estaba en la consulta. De todos modos, debía ir al Conservatoire para verificar los hechos.

Recordaba que también abría los domingos por la tarde.

El barrio latino estaba agitado. Pasaban grupos vociferando, con banderas. En la calle de la Cité había visto una barrera policial. Al fondo se oían disparos. Debía de haber sido así en el sesenta y ocho. A la altura de la Sainte Chapelle había habido jaleo, olía a gases lacrimógenos. Había oído una especie de carga, no sabía si de los estudiantes o de los flics, la gente corría a mi alrededor, nos habíamos refugiado en un portal, con un cordón policial delante, mientras que en la calle había follón. Qué vergüenza, yo allí, con los burgueses entrados en años, esperando a que amainara la revolución.

Después había podido proseguir, metiéndome por calles secundarias alrededor de las antiguas Halles, y había llegado hasta la rue St-Martin.

El Conservatoire estaba abierto, con su patio blanco, la placa en la fachada: "El Conservatoire des arts et métiers, creado por decreto de la convención del 19 de vendimiario del año III... en el antiguo priorato de SaintMartin-des-Champs, fundado en el siglo XI." Todo en orden, incluida la pequeña muchedumbre dominical, ajena a la verbena estudiantil.

Entré (gratis, los domingos) y todo estaba como en la tarde anterior antes de las cinco. Los guardias, los visitantes, el Péndulo en el sitio de siempre... Busqué huellas de lo que había sucedido, pero, si había sucedido, alguien debía de haber hecho una limpieza muy cuidadosa. Si había sucedido.

No recuerdo cómo pasé el resto de la tarde. Tampoco recuerdo lo que vi mientras vagaba por las calles, obligado de vez en cuando a elegir otra ruta porque seguía habiendo follón. Telefoneé a Milán, sólo para probar.

Supersticiosamente, marqué el número de Belbo. Después, el de Lorenza.

Después, el de la Garamond, que no podía estar sino cerrada. Y sin embargo, si esta noche todavía es hoy, todo sucedió ayer. Pero entre antes de ayer y esta noche ha transcurrido una eternidad.

Al anochecer recordé que estaba en ayunas. Quería tranquilidad y lujo.

Cerca del Forum des Halles entré en un restaurante que me ofrecía pescado. Incluso demasiado. La mesa justo frente a un acuario. Un universo lo bastante irreal como para volver a sumirme en una atmósfera de sospecha absoluta. Nada es casual. Ese pez parece un hesiquiasta asmático que está perdiendo la fe y acusa a Dios de haber recortado sentido al universo.

Sabaoth, Sabaoth, ¿cómo puedes ser tan maligno que me haces creer que no existes? Como una gangrena, la carne se extiende sobre el mundo... Ese otro parece Minnie, agita sus largas pestañas y pone boquita de fresa. Minnie es la novia del Ratón Mickey. Como una ensalada demente y un haddock tierno como carne de bebé. Con miel y pimienta. Los paulicianos están aquí. Aquel planea entre los corales como el aeroplano de Breguet. Lento aletear de lepidóptero, me apuesto cualquier cosa a que ha descubierto su feto de homunculus abandonado en el fondo de un atamor ya agujereado, arrojado a la basura delante de la casa de Flamel. Y después un pez templario, con su negra loriga, busca a Noffo Dei. Roza al hesiquiasta asmático, que navega ensimismado y enfurruñado con lo indecible. Aparto la mirada, al otro lado de la calle descubro el cartel de otro restaurante, CHEZ... ¿Rosa-Cruz? ¿Reuchlin? ¿Rosispergius? ¿Rakovskyragotzitarogi? Signaturas, signaturas...

Veamos, la única manera de fastidiar al diablo consiste en hacerle creer que no creemos en su existencia. No hay mucho que razonar sobre la historia de la carrera nocturna por París y la visión de la Torre. Salir del Conservatoire, después de que se ha visto o creído

ver lo que se ha visto, y vivir la ciudad como una pesadilla, es normal. Pero, ¿qué es lo que vi en el Conservatoire?

Era absolutamente imprescindible que hablase con el doctor Wagner.

No sé por qué se me había metido en la cabeza que ésa era la panacea, pero así era. Terapia de la palabra.

¿Cómo he conseguido hacer llegar la mañana? Tengo la impresión de haber entrado en un cine donde ponían *La dama de Shangai* de Orson Wells. Cuando llegué a la escena de los espejos, no pude soportar más y salí. Pero quizá no sea cierto, me lo he imaginado.

Esta mañana a las nueve he telefonado al doctor Wagner, el nombre de Garamond me ha permitido superar la barrera de la secretaria, el doctor parecía acordarse de mí, al ver la urgencia que tenía me ha dicho que fuera en seguida, a las nueve y media, antes de que llegasen sus pacientes.

Me ha parecido amable y comprensivo.

Quizá también he soñado la visita al doctor Wagner. La secretaria me ha preguntado los datos generales, ha preparado una ficha, me ha hecho pagar los honorarios. Por suerte ya tenía el billete de vuelta.

Era un estudio más bien pequeño, sin diván. Ventanas al Sena, a la izquierda la sombra de la Tour. El doctor Wagner me ha recibido con afabilidad profesional; al fin y al cabo era justo, había dejado de ser uno de sus editores, era un cliente. Con ademán amplio y sereno me ha invitado a sentarme frente a él, al otro lado del escritorio, como un funcionario de un ministerio.

--Et alors?

Eso ha dicho, impulsando su butaca giratoria hasta darme la espalda.

Tenía inclinada la cabeza y me parecía que había unido las manos. Yo no tenía más remedio que hablar.

Y he hablado, como una catarata, se lo he contado todo, desde el principio hasta el final, lo que pensaba hacía dos años, lo que pensaba el año pasado, lo que pensaba que había pensado Belbo, y Diotallevi. Y sobre todo lo que había sucedido la noche de San Juan.

Wagner no me ha interrumpido, no ha dado muestras de asentir, no me ha reprobado. Por lo que a mí respecta, podía estar sumido en el sueño más profundo. Pero eso debe de formar parte de su técnica. Y yo hablaba.

Terapia de la palabra.

Después he esperado la palabra, la suya, su palabra salvadora.

Wagner se ha puesto de pie, muy lentamente. Sin volverse hacia mí, ha rodeado el escritorio y ha ido a pararse frente a la ventana. Ahora miraba a través de los cristales, con las manos cruzadas detrás de la espalda, absorto.

En silencio, durante unos diez o quince minutos.

Después, siempre dándome la espalda, con voz neutra, serena, tranquilizadora:

--Monsieur, vous etes fou.

Se ha quedado inmóvil, yo también. Al cabo de otros cinco minutos, he comprendido que eso era todo. Sesión concluida.

Me he marchado sin saludar. La secretaria me ha dedicado una amplia sonrisa, y me he encontrado en la avenue Elisée Reclus.

Eran las once. He recogido mis cosas en el hotel y me he ido corriendo al aeropuerto, confiando en la suerte. He esperado dos horas, y entretanto he llamado a Milán, a Garamond, cobro revertido, porque me había quedado sin un céntimo. Ha respondido Gudrun, parecía aletada más que de costumbre, he tenido que gritarle tres veces que dijera que sí, oui, yes, que aceptaba la llamada.

Lloraba: Diotallevi murió el sábado a medianoche.

--¡Y ninguno, ninguno de sus amigos en el funeral, esta mañana, qué vergüenza! Ni siquiera el señor Garamond que, según dicen, está de viaje, en el extranjero. Yo, Grazia, Luciano y un señor todo negro, con barba, unas patillas de rizos y un sombrero enorme, que parecía uno de la funeraria. Sabe Dios de dónde venía. Pero, ¿usted dónde estaba, Casaubon? ¿Y Belbo? ¿Qué está sucediendo?

He balbuceado unas explicaciones confusas y he colgado. Me han llamado y he subido al avión.

YESOD

La teoría social de la conspiración... es una consecuencia de la desaparición de Dios como punto de referencia, y de la consiguiente pregunta: "¿Quién lo ha reemplazado?"

(Karl Popper, Conjectures and refutations, London, Routledge, 1969, 1, 4)

El viaje me ha sentado bien. No sólo he dejado París, sino también el subsuelo, incluso el suelo, la corteza terrestre. Cielo y montañas aún blancas de nieve. La soledad a diez mil metros de altura, y esa embriaguez que siempre produce el vuelo, la presurización, el atravesar una leve turbulencia. Pensaba que sólo allá arriba estaba volviendo a poner los pies sobre la tierra. Y he decidido hacer un resumen de la situación, primero escribiendo una lista en mi libreta de notas y después lo que saliera, con los ojos cerrados.

He decidido apuntar ante todo los datos irrefutables.

Es indudable que Diotallevi ha muerto. Me lo ha dicho Gudrun. Gudrun siempre ha estado al margen de nuestra historia, no la habría comprendido, por tanto es la única que puede decir la verdad. además, es cierto que Garamond no estaba en Milán. Claro que podría estar en cualquier parte, pero el hecho de que no estuviera en Milán y de que no haya estado allí durante estos últimos días sugiere que estaba en París, donde le vi.

Igualmente, tampoco Belbo está.

Ahora, tratemos de pensar que lo que vi el sábado por la noche en SaintMartin-des-Champs sucedió realmente, quizá no como lo vi yo, seducido por la música y el incienso, pero algo sucedió. Es como la historia de Amparo. Al regresar a casa, ya no estaba segura de haber sido poseída por la Pomba Gira, pero sí sabía que había estado en la

tenda de umbanda, y que había creído que, o se había comportado como si, la Pomba Gira la hubiese poseído.

Por último, lo que me dijo Lia en la montaña era cierto, su lectura era absolutamente convincente, el mensaje de Provins era una lista de la lavandería. Nunca hubo reuniones de los templarios en la Grange-aux-Dimes.

No había ningún Plan y no había ningún mensaje.

Para nosotros, la lista de la lavandería fue un crucigrama con las casillas aún vacías, pero sin las definiciones. En tal caso, hay que llenar las casillas cuidando de que todo se cruce como corresponde. Pero quizá el ejemplo es vago. En el crucigrama se cruzan palabras, y las palabras deben cruzarse en una letra común a ambas. En nuestro juego no cruzábamos palabras, sino conceptos y hechos, de modo que las reglas eran diferentes, y eran fundamentalmente tres.

Primera regla, los conceptos se vinculan por analogía. No hay reglas para decidir al comienzo si una analogía vale o no vale, porque cualquier cosa guarda alguna similitud con cualquier otra cosa desde algún punto de vista. Ejemplo. Patata se cruza con manzana porque ambas son vegetales y redondas. De manzana se pasa a serpiente, por relación bíblica. De serpiente a rosquilla, por semejanza formal, de rosquilla a salvavidas, y de allí a traje de baño, del baño al water, del water al papel higiénico, de la higiene al alcohol, del alcohol a la droga, de la droga a la jeringa, de la jeringa al pico, del pico al terreno, del terreno a la patata.

Perfecto. La segunda regla dice, en efecto, que, si al final tout se tient, el juego es válido. De patata a patata tout se tient. Por tanto, es correcto.

Tercera regla, las conexiones no deben ser inéditas, en el sentido de que ya deben haber aparecido al menos una vez, y mejor si ya han aparecido muchas veces, en otros textos. Sólo así los cruces parecen verdaderos, porque resultan obvios.

Que por lo demás, era la idea del señor Garamond: los libros de los diabólicos no deben innovar, deben repetir lo ya dicho, ¿dónde va a parar, si no, la fuerza de la tradición?

Eso fue lo que hicimos nosotros. No inventamos nada, salvo la disposición de las piezas. También era lo que había hecho Ardeni, no había inventado nada, sólo había dispuesto las piezas con bastante torpeza y, además, menos culto que nosotros, le faltaban piezas.

Ellos tenían las piezas, pero les faltaba el esquema del crucigrama. Y además nosotros, una vez más, éramos mejores.

Recordaba una frase que me había dicho Lia en la sierra, cuando me reprochó que hubiésemos inventado un juego feo:

--La gente está sedienta de planes, si le ofreces uno se arroja sobre él como una manada de lobos. Tú inventas, y ellos creen. No hay que crear más imaginario del que hay.

En el fondo siempre sucede así. Un joven Eróstrato sufre porque no sabe qué hacer para volverse famoso. Después ve una película en la que un muchacho debilucho dispara contra la estrella de la música country, y crea el acontecimiento del día. Ha encontrado la fórmula, va y dispara contra John Lennon.

Es lo mismo que en el caso de los AAF. ¿Qué puedo hacer para dejar de ser un poeta inédito y figurar en las enciclopedias? Y Garamond le explica: es muy sencillo, pague. El AAF nunca había pensado en eso, pero puesto que existe el plan de Manuzio, va y se asimila a él. Ahora el AAF está convencido de que ha estado esperando a Manuzio desde la infancia, sólo que aún ignoraba su existencia.

Conclusión, nosotros inventamos un Plan inexistente y Ellos, no sólo se lo tomaron en serio, sino que también se convencieron de que hacia mucho tiempo que formaban parte de él, o sea que tomaron los fragmentos de sus proyectos, desordenados y confusos, como momentos de nuestro Plan, estructurado conforme a una irrefutable lógica de la analogía, de la apariencia, de la sospecha.

Pero si se inventa un plan y los otros lo realizan, es como si el Plan existiese, más aún, ya existe.

A partir de ese momento, enjambres de diabólicos recorrerán el mundo en busca del mapa.

Ofrecimos el mapa a unas personas que estaban empeñadas en superar alguna oscura frustración. ¿Cuál? Me lo había sugerido el último file de Belbo: si realmente existiese el Plan, no habría fracaso. Derrota, si, pero no por culpa nuestra. El que sucumbe ante una conspiración cósmica no tiene por qué avergonzarse. No es un cobarde, es un mártir.

No nos lamentamos de ser mortales, presa de mil microorganismos que no dominamos, no somos responsables de nuestros pies poco prensiles, ni de haber perdido la cola, ni de que no vuelvan a salirnos los dientes ni a crecernos los cabellos, ni de las neuronas que vamos dejando por el camino, ni de las venas que se van endureciendo. Todo es culpa de los Angeles Envidiosos.

Y lo mismo vale para la vida de todos los días. Como los desastres bursátiles. Se producen porque cada uno adopta una decisión equivocada, y la suma de todas las decisiones equivocadas crea el pánico. Después el que no tiene nervios de acero se pregunta: ¿Quién ha urdido esta conspiración?

¿A quién beneficia? Y pobre del que no logre descubrir un enemigo que haya conspirado, porque se sentiría culpable. Mejor dicho, como se siente culpable, inventa una conspiración, inventa muchas. Y para desbaratarlas tiene que organizar su conspiración propia.

Cuantas más conspiraciones atribuye a los otros, para justificar su falta de entendimiento, más se enamora de ellas, y las toma como modelo para construir la suya. Por lo demás,

eso fue lo que sucedió cuando los jesuitas y los baconianos, los paulicianos y los neotemplarios se dedicaban a enrostrarse el Plan unos a otros. Entonces Diotallevi había observado:

--Si, atribuyes a los otros lo que estás haciendo tú, y como estás haciendo algo odioso, los otros se vuelven odiosos. Pero, como normalmente los otros querrían hacer la misma cosa odiosa que estás haciendo tú, colaboran contigo dando a entender que si, que en realidad lo que les atribuyes es lo que ellos siempre han deseado. Dios ciega a quienes quiere perder, sólo es cuestión de ayudarle.

Una conspiración, para ser tal, debe ser secreta. Debe existir un secreto cuyo conocimiento nos liberaría de todas las frustraciones, ya sea porque ese secreto nos conduciría a la salvación, o porque el hecho de conocerlo representaría la salvación. ¿Existe un secreto tan luminoso?

Claro, con la condición de no conocerlo jamás. Una vez revelado, sólo podría decepcionarnos. ¿No me había hablado Aglie de la tensión hacia el misterio, que agitaba la época de los Antoninos? Sin embargo, acababa de llegar uno que se decía hijo de Dios, el hijo de Dios que se hace carne, y redime los pecados del mundo. ¿Era un misterio de poca monta? Y prometía la salvación a todos, bastaba con amar al prójimo. ¿Era un secreto sin importancia? Su legado era que cualquiera que supiese pronunciar las palabras justas en el momento justo podría transformar un trozo de pan y medio vaso de vino en la carne y la sangre del hijo de Dios, y hacer de ellas su alimento. ¿Era un enigma despreciable? E inducía a los padres de la Iglesia a conjeturar, y luego a declarar, que Dios era Uno y Trino, y que el Espíritu procedía del Padre y del Hijo, pero que el Hijo no procedía del Padre y del Espíritu. ¿Era una fórmula sencilla para uso de los hílicos?

Y, sin embargo, esa gente que ya tenía la salvación al alcance de la mano, do it yourself, nada, no se inmutaba. ¿Esa es toda la revelación? Qué trivialidad. Y se lanzaron, histéricos, a recorrer con sus veloces proas todo el Mediterráneo en busca de otro saber perdido, un saber del que esos dogmas de treinta denarios sólo fueran el velo aparente, la parábola para los pobres de espíritu, el jeroglífico alusivo, el guiño dirigido a los Pneumáticos. ¿El misterio trinitario? Demasiado fácil, debe de ocultar alguna otra cosa.

Hubo alguien, quizá Rubinstein, que cuando le preguntaron si creía en Dios respondió: "Oh, no, yo creo... en algo mucho más grande..." Pero hubo otro (¿quizá Chesterton?) que dijo: "Desde que los hombres han dejado de creer en Dios, no es que no crean en nada, creen en todo."

Todo no es un secreto más grande. No hay secretos más grandes, porque tan pronto como se revelan resultan pequeños. Hay un solo secreto vacío. Un secreto escurridizo. El secreto de la planta orkhis consiste en que significa y actúa sobre los testículos, pero los testículos significan un signo del zodiaco, éste una jerarquía angélica, ésta una gama musical, la gama una relación entre distintos humores, y así sucesivamente, la iniciación consiste en aprender a no detenerse jamás, se pela el universo como una cebolla, y una cebolla es toda piel, imaginémos una cebolla infinita cuyo centro esté situado en todas partes y su circunferencia en ninguna, o tenga forma de anillo de Moebius.

El verdadero iniciado es quien sabe que el secreto más poderoso es un secreto sin contenido, porque ningún enemigo logrará hacérselo confesar, ningún fiel logrará sustraérselo.

Ahora me parecía más lógico, más consecuente, el desarrollo del rito nocturno delante del Péndulo. Belbo había dicho que poseía un secreto, y con esto había adquirido poder sobre ellos. Y su impulso, incluso en un hombre tan sagaz como Aglie, que en seguida había batido el tam tam para convocar a todos los demás, fue arrebatarlo. Y cuanto más se negaba Belbo a revelarlo, más convencidos estaban Ellos de la importancia del secreto, y, cuanto más juraba él que no lo poseía, más seguros estaban Ellos de que lo poseía, y de que era un verdadero secreto, porque si hubiera sido falso lo habría revelado.

Durante siglos la búsqueda de ese secreto había sido el cemento que los había mantenido unidos, a pesar de las excomuniones, las luchas internas, los golpes de mano. Ahora estaban a punto de conocerlo. Y dos terrores se apoderaron de Ellos: que fuera un secreto decepcionante, y que, al volverse público, ya no quedara ningún secreto. Eso hubiese significado su fin.

había sido entonces cuando Aglie había caído en la cuenta de que, si Belbo hablaba, todos sabrían, y él, Aglie, perdería esa vaga aureola que le confería carisma y poder. Si Belbo se lo hubiera confiado a él solo, Aglie hubiera podido seguir siendo Saint Germain, el inmortal, la dilación de su muerte coincidía con la dilación del secreto. Entonces trató de inducir a Belbo a que se lo dijese al oído, y cuando comprendió que no lo haría, le provocó, no sólo previendo su misma claudicación, sino también exhibiendo fatuidad. Oh, lo conocía bien el viejo conde, sabía que en la gente de esas tierras la tozudez y el sentido del ridículo siempre pueden más que el miedo. Le obligó a alzar el tono del desafío, y a decir no de un modo definitivo.

Y los otros, impulsados por el mismo temor, prefirieron matarle. Perdían el mapa, podrían seguir buscándolo durante siglos, pero salvaban la frescura de su baboso y decrepito deseo.

Recordé una historia que me había contado Amparo. Antes de venir a Italia, había estado unos meses en Nueva York y había ido a vivir a un barrio de aquellos donde como mucho ruedan las películas sobre la brigada de homicidios. Regresaba a casa sola, a las dos de la madrugada. Cuando le pregunté si no tenía miedo de los maniacos sexuales, me explicó su método. Tan pronto como el maniaco se le acercaba y se le insinuaba, ella le cogía del brazo y le decía: "Pues vayamos a acostarnos." El otro huía, desconcertado.

Un maniaco sexual no quiere sexo, el sexo quiere desearlo, a lo sumo robarlo, y si es posible sin que la víctima se entere. Si le ponen frente al sexo y le dicen "Hic Rodon, hic salta", es lógico que huya, si no, qué clase de maniaco sería.

Y nosotros fuimos y excitamos sus deseos, les ofrecimos un secreto que más vacío imposible, porque no sólo ni siquiera nosotros lo conocíamos, sino que, además, sabíamos que era falso.

El avión estaba sobrevolando el Mont Blanc y los viajeros se agolpaban en el mismo lado, para no perderse la revelación de ese obtuso bubón crecido de una distonía de las corrientes subterráneas. Yo pensaba que, si lo que estaba pensando era cierto, las corrientes no existían, como no había existido el mensaje de Provins, pero la historia del desciframiento del Plan, tal como la habíamos reconstruido, no era más que la Historia.

Volví con la memoria al último file de Belbo. Pero entonces, si el ser es tan frágil e insustancial como para sostenerse únicamente por la ilusión de quienes buscan su secreto, entonces, como decía Amparo en la tenda, después de su derrota, entonces realmente no hay redención, somos todos esclavos, y lo único que merecemos es un amo...

No es posible. No es posible, porque Lia me ha enseñado que hay otra posibilidad, y tengo la prueba, se llama Giulio, y en este momento está jugando en un valle, y tira de la cola de una cabra. No es posible, porque Belbo dijo dos veces no.

El primer "no" se lo dijo a Abulafia, y al que tratase de violar su secreto. "¿Tienes la palabra clave?" era la pregunta. Y la respuesta, la clave del saber, era "no". Hay algo cierto, y es el hecho de que no sólo no existe la palabra mágica sino que ni siquiera la sabemos. Pero quien sepa reconocerlo podrá saber algo, al menos lo que he podido saber yo.

El segundo "no" lo dijo el sábado por la noche, al rechazar la salvación que le ofrecían. Hubiera podido inventar un mapa cualquiera, mencionar uno de los que yo le había mostrado, total, con el Péndulo colgado de aquella manera, aquella banda de enajenados nunca llegaría a localizar el Umbilicus Mundi, y, aunque lo lograra, tardarían varios decenios en descubrir que no era ése. Pero no, no quiso someterse, prefirió morir.

No es que no quisiera someterse a la avidez del poder, no quiso someterse al sinsentido. Y eso significa que de alguna manera sabía que, por frágil que sea el ser, por infinita e inútil que sea nuestra interrogación del mundo, hay algo que tiene más sentido que el resto.

¿Qué había intuido Belbo, quizá sólo en aquel momento, que le había impulsado a contradecir su último, desesperado file, y a no delegar su destino a quien le garantizase la existencia de un Plan cualquiera? ¿Qué había comprendido, finalmente, que le permitía jugarse la vida, como si desde hacía mucho tiempo hubiera descubierto todo lo que tenía que saber, pero sólo ahora cobrase conciencia de ello, y como si frente a su único, verdadero, absoluto secreto, todo lo que estaba sucediendo en el Conservatoire resultase irremediabilmente estúpido, y estúpido resultara a esas alturas empecinarse en seguir viviendo?

Me faltaba algo, un eslabón de la cadena. Tenía la impresión de que ya conocía todas las hazañas de Belbo, desde la vida hasta la muerte, salvo una.

Al llegar, mientras buscaba el pasaporte, he encontrado en el bolsillo la llave de esta casa. La había cogido el jueves pasado junto con la del piso de Belbo. Me he acordado de aquel día en que Belbo nos mostrara el viejo armario donde guardaba, según dijo, su opera omnia, o sea, sus juvenilia.

Quizá había escrito algo que no podía encontrarse en Abulafia, y ese algo estaba sepultado aquí, en su pueblo.

No había nada razonable en mi conjetura. Razón de más, he pensado, para darle crédito. A estas alturas.

He ido a buscar el coche y he venido aquí.

Ni siquiera he encontrado a la vieja pariente de los Canepa, la que se encargaba de cuidar la casa, a quien viéramos en aquella ocasión. Tal vez también haya muerto en este tiempo. Aquí no hay nadie. He recorrido las distintas habitaciones, huele a humedad, y he pensado incluso en encender la tumbilla en uno de los dormitorios. Pero no tiene sentido calentar la cama en junio, con abrir las ventanas entra el aire tibio de la noche.

Después de la puesta del sol no había luna. Como el sábado por la noche en París. Tardó mucho en salir, veo lo poco que hay, menos que en París, sólo ahora, y se eleva lentamente sobre las colinas más bajas, en la hondonada que se extiende entre el Bricco y otra protuberancia amarillenta, quizá ya segada.

Creo que he llegado a eso de las seis, todavía había luz. No me he traído nada de comer, después, dando vueltas por la casa, he encontrado un salchichón colgado de una viga de la cocina. Mi cena ha consistido en salchichón y agua fresca, serían las diez. Ahora tengo sed, me he traído aquí, al estudio del tío Carlo, una gran jarra de agua, que apenas me dura diez minutos, después bajo, la lleno, vuelvo a empezar. Ahora deben de ser las tres. Pero he apagado la luz y no veo bien el reloj. Reflexiono, mirando hacia la ventana. Hay como luciérnagas, estrellas fugaces en las laderas de las colinas. Pasan pocos coches, bajan hacia el valle, suben hacia los pueblecitos posados en las cimas. Cuando Belbo era niño, no debía de tener estas visiones. No había coches, no existían esas carreteras, por las noches había toque de queda.

He abierto el armario de los escritos juveniles tan pronto como he llegado. Estantes y estantes llenos de papeles, desde los deberes de la escuela hasta cuadernos y cuadernos de poesía y prosas de adolescencia. En la adolescencia todos escriben poesías, después los verdaderos poetas las destruyen y los malos las publican. Belbo estaba demasiado desengañado para salvarlas, demasiado indefenso para destruirlas. Las enterró en el armario del tío Carlo.

He pasado unas horas leyendo. Y luego muchas otras, hasta este momento, meditando sobre el último texto, que he encontrado cuando ya estaba a punto de rendirme.

No sé cuándo lo escribiría. Son hojas y hojas donde se cruzan distintas caligrafías, mejor dicho la misma en diferentes épocas. Como si lo hubiese escrito de muy joven, a los dieciséis o diecisiete años, y luego lo hubiese dejado de lado, para retomarlo a los veinte, y más tarde a los treinta, y quizá después. Hasta que renunciara a escribir sólo para recomenzar con Abulafia, pero sin atreverse a recuperar estas líneas y someterlas a la humillación electrónica.

Al leerlas da la impresión de asistir a una historia conocida, los acontecimientos en el lugar entre 1943 y 1945, el tío Carlo, los partisanos, la escuela parroquial, Cecilia, la trompeta. Conozco el prólogo, eran los temas obsesivos del Belbo tierno, borracho, desilusionado y dolido. La literatura de la memoria, también él lo sabía, era el último refugio de los canallas.

Pero yo no soy un crítico literario, una vez más soy Samás pade, busco la última pista.

Pues acabo de encontrar el Texto Clave. Probablemente, es el último capítulo de la historia de Belbo aquí. Después ya no pudo haber sucedido nada más.

Se incendió la corona de la trompeta, y entonces vi cómo se abría el ojo de la cúpula y un resplandeciente dardo de fuego hendía el tubo de la trompeta y penetraba en los cuerpos sin vida. Después, el ojo volvió a cerrarse y también se alejó la trompeta.

(Johann Valentin Andreae, Die Chymische Hochzeit des Christian Rosencreutz, Strassburg, Zetzner, 1616, 6, pp. 125-126)

El texto tiene blancos, frases superpuestas, interrupciones, bifaturas (se nota que acabo de regresar de París), más que releerlo, lo revivo.

Debía de ser hacia finales de abril del cuarenta y cinco. Los ejércitos alemanes ya estaban derrotados, los fascistas se estaban dispersando. En todo caso, el lugar ya estaba, definitivamente, en poder de los partisanos.

Después de la última batalla, la que Jacopo nos había relatado precisamente en esta casa (hace casi dos años), varias brigadas de partisanos habían convergido ahí para luego marchar hacia la ciudad. Esperaban una señal de Radio Londres, se moverían cuando también Milán estuviese preparada para la insurrección.

También habían llegado los de las formaciones garibaldinas, comandados por Ras, un gigante de barba negra, muy popular en el pueblo: llevaban uniformes de fantasía, unos distintos de los otros, salvo los pañuelos y la estrella en el pecho, que eran rojos, y también sus armas eran casuales, unos tenían viejas carabinas, mientras que otros tenían metralletas tomadas al enemigo. Contrastaban con las brigadas de los seguidores de Badoglio, que llevaban el pañuelo azul, uniformes de color caqui como los de los ingleses, y las sten nuevísimas. Los aliados les ayudaban con generosos lanzamientos de paracaídas en la noche, después de las once, hora en que, desde hacia ya dos años,

pasaba el misterioso Pippetto, el avión de reconocimiento inglés que, por lo demás, nadie comprendía qué podía reconocer, porque no se veía luz alguna en muchos kilómetros a la redonda.

Había tensiones entre los garibaldinos y los partidarios de Badoglio, se decía que la tarde de la batalla estos últimos se habían lanzado contra el enemigo al grito de “Adelante Saboya”, pero algunos de ellos alegaban que era la fuerza de la costumbre (qué quieres que grite en el momento del ataque), eso no significaba que fueran necesariamente monárquicos, también ellos sabían que el rey había hecho cosas muy graves. Los garibaldinos sonreían despectivos, se puede gritar Saboya en una carga con bayoneta en campo abierto, pero no tirándose detrás de una esquina con la sten preparada. Lo que pasaba era que estaban vendidos a los ingleses.

Sin embargo, habían llegado a un *modus vivendi*, era necesario tener un comando unificado para atacar la ciudad, y la elección había recaído sobre Terzi, que comandaba la brigada mejor pertrechada, era el de más edad, había participado en la gran guerra, era un héroe y gozaba de la confianza del comando aliado.

Pocos días después, creo que antes de que se produjera la sublevación en Milán, habían partido para dar asalto a la ciudad. Llegaban buenas noticias, la operación había sido un éxito, las brigadas estaban regresando victoriosas a al lugar, pero había habido bajas, corrían rumores de que Ras había caído en combate y Terzi estaba herido.

Una tarde se oyó el ruido de los vehículos, cantos de victoria, la gente se había precipitado hacia la plaza mayor, por la carretera estaban llegando los primeros contingentes, con el puño en alto, banderas, agitando las armas por las ventanillas de los automóviles, o desde el estribo de los camiones. Durante el camino, ya habían recubierto de flores a los partisanos.

De repente alguien había gritado Ras Ras, y allí estaba Ras, encaramado sobre el guardabarros de un Dodge, con la barba desordenada y el abundante y negro vello sudado asomando de la camisa, abierta sobre el pecho, y saludaba riendo a la muchedumbre.

Junto con Ras también se había apeado del Dodge Rampini, un chaval miope que tocaba en la banda, un poco mayor que los otros, que había desaparecido hacia tres meses y se decía que estaba con los partisanos. Y, en efecto, allí estaba, con el pañuelo rojo en el cuello, una casaca de color caqui y unos pantalones azules. Era el uniforme de la banda del padre Tico, con la diferencia de que él ahora lucía un cinturón militar, y una pistola.

A través de esas gafas gruesas que tantas bromas le valieran por parte de sus antiguos compañeros de la escuela parroquial, miraba a las chicas que se agolpaban a su alrededor como si fuese Flash Gordon. Jacopo se preguntaba si Cecilia no estaría entre la multitud.

Al cabo de media hora, la plaza se tiñó de partisanos y la gente se puso a reclamar a gritos la presencia de Terzi, querían que pronunciase un discurso.

En un balcón del ayuntamiento había aparecido Terzi, apoyado en su muleta, pálido, y con la mano había tratado de calmar a la multitud. Jacopo esperaba el discurso, porque toda su infancia, como la de todos los chicos de su edad, había estado marcada por grandes e históricos discursos del Duce, cuyos pasajes más significativos debían aprenderse luego de memoria para la escuela, o sea que debían memorizarlos enteros, porque todos los pasajes eran una cita significativa.

Cuando se hizo el silencio, Terzi habló, con una voz ronca, apenas audible. Dijo:

--Ciudadanos, amigos. Después de tantos y tan penosos sacrificios... henos aquí. Gloria a los caídos por la libertad.

Eso fue todo. Se retiró del balcón.

Entretanto, la muchedumbre gritaba, y los partisanos levantaban las metralletas, las sten, las moschetti, las noventa y uno, y disparaban ráfagas de júbilo, mientras los casquillos caían por todas partes y los chavales se metían entre las piernas de los combatientes y de los civiles, porque ya no volverían a hacer una cosecha como aquélla, había peligro de que la guerra acabase ese mismo mes.

Sin embargo, había habido muertos. Por una atroz casualidad, ambos eran de San Davide, una aldea situada más arriba de ahí, y las familias querían que se les sepultara en el pequeño cementerio local.

El comando partisano había decidido celebrar unos funerales solemnes, con las compañías formadas, carruajes fúnebres ornados, la banda del ayuntamiento, el canónigo de la catedral. Y la banda de la escuela parroquial.

El padre Tico había accedido inmediatamente. En primer lugar, decía él, porque siempre había tenido sentimientos antifascistas. Y además, según se rumoreaba entre sus músicos, porque desde hacía un año estaba haciéndoles ensayar, para que se ejercitaran, dos marchas fúnebres y tarde o temprano debían ejecutarlas. Por último, según decían las malas lenguas del pueblo, porque quería echar tierra sobre lo de ciovinezza.

La historia de ciovinezza había sido así.

Unos meses atrás, antes de que llegasen los partisanos, la banda del padre Tico había salido para tocar en no sé qué fiesta, y en el camino les habían detenido las Brigadas Negras.

--Toque ciovinezza, reverendo --le había ordenado el capitán, haciendo tamborilear los dedos sobre el cañón de la metralleta.

¿Qué hacer, tal como aprenderíamos a decir después? El padre Tico dijo, muchachos, probemos, el pellejo es el pellejo. había dado el tiempo con la mano y el inmundito tropel

de cacofónicos había atravesado el pueblo, tocando algo que sólo la más delirante esperanza de redención hubiera permitido confundir con Giovinezza. Una vergüenza para todos. Por haber cedido, decía luego el padre Tico, pero sobre todo por haber tocado tan mal, sería cura, si, y antifascista, pero el arte era el arte.

Jacopo no estaba aquel día. Tenía anginas. Sólo estaban Annibale Cantalamessa y Pio Bo, y su sola presencia debe de haber sido decisiva para la derrota del nazifascismo. Pero para Belbo el problema no era éste, al menos en el momento de describir el episodio. había perdido otra ocasión para saber si habría sido capaz de decir que no. quizá por eso moriría colgado del Péndulo.

En fin, los funerales debían celebrarse el domingo por la mañana. En la plaza de la catedral estaban todos. Terzi con sus hombres, el tío Carlo y algunos notables del pueblo con las medallas de la gran guerra, no importaba si habían sido fascistas o no, estaban allí para rendir homenaje a unos héroes. Estaba el clero, la banda del ayuntamiento, vestidos de negro, y los carruajes con los caballos con gualdrapa y arreos de color crema, plata y negro. El automedonte iba ataviado como un mariscal de Napoleón, sombrero de dos puntas, esclavina y gran capa, que hacían juego con los arneses de las cabalgaduras. También estaba la banda de la escuela parroquial, gorra de visera, chaqueta caqui y pantalones azules, reluciente de bronces, negra de maderas y centelleante de platillos y bombos.

Entre el lugar y San Davide había cinco o seis kilómetros de curvas en subida. Un trayecto que los domingos por la tarde los jubilados solían recorrer jugando a la petanca, una partida, una pausa, unas copas de vino, otra partida y así sucesivamente, hasta el santuario en la cima.

Unos kilómetros cuesta arriba no son nada para quien los recorre jugando a la petanca, y quizá tampoco para quien lo hace en formación, con el arma al hombro, la mirada firme y los pulmones estimulados por el fresco aire de la primavera. Pero hay que tratar de recorrerlos tocando un instrumento, los carrillos hinchados, el sudor chorreando por la cara, el aliento desfalleciente. La banda del ayuntamiento llevaba toda la vida haciéndolo, pero para los chavales de la escuela parroquial había sido una dura prueba. habían aguantado como héroes, el padre Tico marcaba el compás en el aire, los clarines gañían exhaustos, los saxofones balaban asmáticos, el bombardino y las trompetas chillaban agonizantes, pero lo habían logrado, habían llegado hasta el pueblo, hasta el pie de la cuesta que conducía hasta el cementerio. Hacia mucho que Annibale Cantalamessa y Pio Bo se limitaban a fingir que tocaban, pero Jacopo había sido fiel a su función de perro de pastor, bajo la mirada de bendición del padre Tico. No habían hecho mala figura junto a la banda del ayuntamiento; así lo habían reconocido Terzi y los otros comandantes de las brigadas: muchachos, habéis estado estupendos.

Un comandante que exhibía el pañuelo azul y un arco iris de condecoraciones de las dos guerras mundiales, había dicho:

--Reverendo, será mejor que los chavales descansen un poco en el pueblo, se ve que no pueden más. Que suban después, al final. Luego regresarán en camión al pueblo.

Se habían precipitado en la fonda, y los de la banda municipal, viejos arneses endurecidos por infinitos funerales, se instalaron en las mesas sin el menor recato y pidieron callos y vino a discreción. Se habrían quedado de juerga hasta la noche. Los chavales del padre Tico, en cambio, se habían agolpado en la barra, donde el tabernero les estaba sirviendo unos granizados de menta verdes como un experimento químico. El hielo, pasando de golpe por la garganta, provocaba un dolor en el centro de la frente, como la sinusitis.

Después habían subido hasta el cementerio, donde esperaba un pequeño camión. Durante el camino no habían parado de gritar y estaban todos apiñados, todos de pie, golpeándose con los instrumentos, cuando el comandante de antes salió del cementerio y dijo:

--Reverendo, para la ceremonia final necesitamos una trompeta, ya sabe usted, para los toques de rigor. Apenas cinco minutos.

--Trompeta --había dicho el padre Tico, profesional.

Y el infeliz titular del privilegio, sudoroso de granizado verde y añorando la comida familiar, campesino palurdo impermeable a la menor emoción estética y a cualquier solidaridad de ideas, había empezado a quejarse, que era tarde, que quería regresar a casa, que se había quedado sin saliva, etcétera, etcétera, para gran molestia del padre Tico, que se avergonzaba ante el militar.

Fue entonces cuando Jacopo, vislumbrando en la gloria del mediodía la dulce imagen de Cecilia, dijo:

--Si me da la trompeta, puedo ir yo.

Destellos de reconocimiento en la mirada del padre Tico, sudoroso alivio del miserable trompetista titular. Intercambio de los instrumentos, como dos centinelas.

Y Jacopo se había internado en el cementerio, guiado por el psicopompo condecorado por la gesta de Addis Abeba. Allí todo era blanco, la tapia calcinada por el sol, las tumbas, las flores de los árboles de la cerca, la sobrepelliz del arcipreste preparado para dar su bendición, salvo el sepia de las fotos en las lápidas. Y la gran mancha de color de los escuadrones que escoltaban las dos fosas.

--Muchacho --había dicho el jefe--, ponte aquí, a mi lado, y cuando dé la voz de orden toca el firmes. Después, siempre que oigas mi orden, el descansen. ¿Verdad que es fácil?

Facilísimo. Sólo que Jacopo nunca había tocado la señal de firmes, ni la de reposo.

Sostenía la trompeta con el brazo derecho plegado, contra las costillas, con la punta un poco hacia abajo, como si fuese una carabina, y se mantuvo a la expectativa, frente alta vientre hacia adentro y pecho hacia afuera.

Terzi estaba pronunciando un discurso sobrio, con frases muy breves.

Jacopo pensaba que para tocar la señal tendría que elevar la vista hacia el cielo, y que el sol le deslumbraría. Pero así mueren los trompetistas, y ya que sólo se muere una vez más valía hacerlo bien.

Después el comandante le había susurrado: "Ahora", y había empezado a gritar "¡Fiiir...!" Y Jacopo no sabía cómo se toca el fiiirmes.

La estructura melódica debía de ser mucho más compleja, pero en aquel momento sólo había sido capaz de tocar do-mi-sol-do, y a esos rudos combatientes pareció bastarles. El do final lo había tocado después de haber tomado aliento, para poder sostenerlo mucho, y darle tiempo, escribía Belbo, para llegar al sol.

Los partisanos estaban firmes, rígidos. Los vivos inmóviles como los muertos.

Los únicos que se movían eran los sepultureros, se oía el ruido de los féretros al descender a las fosas, y el rumor de las cuerdas al rozar contra la madera. Pero era un movimiento débil, como el serpentear de un reflejo sobre una esfera, leve variación de luz que sólo sirve para revelar que en el Ser nada fluye.

Después se había oído el ruido abstracto de un presenten armas. El arcipreste había susurrado las fórmulas de la aspersion, los comandantes se habían acercado a las fosas y habían arrojado un puñado de tierra cada uno. En ese momento, una orden repentina había desencadenado una descarga hacia el cielo, ta-ta-ta, ta-pum, y los pajaritos habían huido alborotando de los árboles en flor. Pero tampoco aquél era movimiento, era como si siempre el mismo instante se presentara desde perspectivas diferentes, y mirar un instante para siempre no significa mirarlo mientras el tiempo pasa.

Por eso Jacopo se había quedado inmóvil, insensible incluso a la caída de los casquillos que rodaban a sus pies, y no había vuelto a colocar la trompeta bajo el brazo, sino que aún la tenía en la boca, con los dedos en las llaves, rígido en el firmes, apuntando el instrumento hacia lo alto.

Todavía estaba tocando.

Su larguísima nota final no se había interrumpido en ningún momento: imperceptible para los otros, seguía saliendo por la bocina de la trompeta como un soplo leve, una ráfaga de aire que él seguía introduciendo por la embocadura con la lengua entre los labios apenas abiertos que no ejercían presión alguna sobre la ventosa de bronce. El instrumento se mantenía levantado sin apoyarse en el rostro, por la sola tensión de los codos y de los hombros.

Jacopo seguía emitiendo aquella ilusión de nota porque sentía que en ese momento estaba desenredando un hilo capaz de frenar el movimiento del sol. El astro se había detenido, se había fijado en un mediodía que hubiera podido durar una eternidad. Y todo dependía de Jacopo, bastaba con que interrumpiese aquel contacto, con que soltara el hilo, para que el sol se alejase saltando, como un globo, y con él el día, y el acontecimiento de ese día, aquella acción continua, aquella secuencia sin antes ni después, que se desarrollaba en la inmovilidad sólo porque ese era su poder de querer y hacer.

Si hubiese abandonado para atacar una nueva nota, se habría oído un desgarrón mucho más estrepitoso que las ráfagas que le estaban ensordeciendo, y los relojes habrían vuelto a palpar con ritmo taquicárdico.

Jacopo deseaba con todo su ser que el hombre que estaba a su lado no diese la orden de reposo; podría negarme, decía para sus adentros, y todo seguiría así para siempre, haz que te dure el aliento todo lo que puedas.

Creo que había entrado en ese estado de aturdimiento y vértigo que invade al buceador cuando trata de no salir a la superficie y quiere prolongar la inercia que lo arrastra hacia el fondo. Hasta el punto de que, al tratar de expresar aquellos sentimientos, las frases del cuaderno que ahora yo estaba leyendo se quebraban asintácticas, mutiladas por puntos suspensivos, roídas por elipsis. Pero era evidente que en ese momento, no, no lo decía, pero estaba claro: en ese momento estaba poseyendo a Cecilia.

Es que en aquel momento Jacopo Belbo no podía comprender, ni comprendía aún mientras escribía sin conciencia de si mismo, que estaba celebrando de una vez para siempre sus bodas químicas, con Cecilia, con Lorenza, con Sophia, con la Tierra y con el Cielo. quizá fuera el único de los mortales que, finalmente, estaba concluyendo la Gran Obra.

Nadie le había dicho aún que el Grial es una copa, pero también una lanza, y su trompeta elevada como un cáliz era al mismo tiempo un arma, un instrumento de dulcísimo dominio, que disparaba hacia el cielo y vinculaba la Tierra con el Polo Místico. Con el único Punto Quieto que había existido en el universo: con aquello que, por ese único instante, el estaba haciendo existir con su aliento.

Diotallevi aún no le había explicado que es posible estar en Yesod, la sefirah del Fundamento, el signo de la alianza del arco superior que se tiende para poder disparar flechas a la medida de Malkut, que es su blanco. Yesod es la gota que surge de la flecha para dar origen al árbol y al fruto, es anima mundi porque es el momento en que la fuerza viril, al procrear, consigue unir todos los estados del ser.

Saber hilar este Cingulum Veneris significa reparar el error del Demiurgo.

¿Cómo se puede pasar una vida buscando la Ocasión, sin darse cuenta de que el momento decisivo, que justifica el nacimiento y la muerte, ya ha pasado? No regresa,

pero ha sucedido, es irreversiblemente, pleno, deslumbrante, generoso como toda revelación.

Aquel día Jacopo Belbo se había encontrado con la Verdad, y la había mirado a los ojos. La única que le sería concedida, porque la verdad que estaba aprendiendo le revelaba que la verdad es brevísima (el resto, solo es comentario). De ahí su esfuerzo por domar la impaciencia del tiempo.

Desde luego, no lo comprendió en aquel momento. Tampoco cuando trataba de describirlo, ni cuando decidía renunciar a la escritura.

Lo he comprendido yo esta noche: el autor debe morir para que el lector descubra su verdad.

La obsesión del Péndulo, que había acompañado a Jacopo Belbo durante toda su vida de adulto, había sido, como las señas perdidas del sueño, la imagen de aquel otro momento, registrado y luego relegado, en que realmente había tocado la bóveda del mundo. Y aquel momento en que había congelado el espacio y el tiempo al disparar su flecha de Zenón no había sido un signo, un síntoma, una alusión, una figura, una signatura, un enigma: era lo que era, lo que no estaba en lugar de ninguna otra cosa, el momento en el que ya nada remite a nada, las cuentas están saldadas.

Jacopo Belbo no había comprendido que ya había tenido su momento, y que habría debido bastarle para toda la vida. No lo había reconocido, había pasado el resto de su vida buscando otra cosa, hasta condenarse.

O quizá lo sospechase, porque, si no, no se explicaba la frecuencia con que evocaba el recuerdo de la trompeta. Pero en su memoria era una trompeta perdida, cuando en realidad la había poseído.

Creo, espero, ruego que en el instante en que moría oscilando con el Péndulo, Jacopo Belbo haya comprendido esto, y haya encontrado la paz.

Después se había oído la orden de descanso. De todas formas habría acabado por ceder, porque le estaba faltando el aliento. había interrumpido el contacto, y luego había tocado una sola nota, alta y cada vez menos intensa, la había tocado con dulzura, para que el mundo se habituase a la melancolía que estaba a punto de envolverlo.

--Bravo, jovencito --había dicho el comandante--. Ya puedes marcharte.

Bonita trompeta.

El arcipreste se había escurrido, los partisanos se habían dirigido hacia la verja posterior, donde les esperaban sus vehículos, los sepultureros se habían marchado después de haber rellenado las fosas. Jacopo había sido el último en salir. No lograba abandonar ese lugar de felicidad.

En la explanada no estaba el camión de la escuela parroquial.

Jacopo se había asombrado, no lograba comprender cómo el padre Tico podía haberle abandonado. Retrospectivamente, lo más probable es que hubiera habido un malentendido y alguien le hubiese dicho al padre Tico que el chaval regresaría con los partisanos. Pero en aquel momento Jacopo había pensado, no sin razón, que entre el firmes y el descansan habían transcurrido demasiados siglos, que los chicos le habían esperado hasta encanecer, hasta morir, y que el polvo de sus huesos se había dispersado hasta formar esa leve neblina que ahora estaba tiñendo de azul el paisaje de colinas que se extendía ante sus ojos.

Jacopo estaba solo. A sus espaldas un cementerio ahora desierto, en sus manos la trompeta, delante las colinas difuminadas en tonos cada vez más turquesa, unas detrás de otras hacia el membrillo del infinito, y, vengativo sobre su cabeza, el sol en libertad.

Había decidido llorar.

Pero de repente había aparecido la carroza fúnebre con su cochero ataviado como un general del emperador, todo color crema, negro y plata, los caballos enjaezados con bárbaras máscaras que sólo dejaban ver los ojos, engualdrapados como féretros, las columnillas salomónicas que sostenían el tímpano asirio-greco-egipcio, todo en blanco y oro. El hombre del sombrero de dos puntas se había detenido un momento delante de aquel trompetista solitario, y Jacopo le había preguntado:

--¿Me lleva a casa?

El hombre era benévolo. Jacopo había subido al pescante y se había sentado a su lado, en el carruaje de los muertos había iniciado el regreso hacia el mundo de los vivos. Aquel Caronte fuera de servicio azuzaba taciturno a sus fúnebres corceles a través de los barrancos, Jacopo erguido y hierático, con la trompeta apretada bajo el brazo, y la visera brillante, compenetrado con aquel nuevo papel, inesperado.

Habían bajado de las colinas, a cada recodo surgían viñas teñidas de cardenillo, todo en medio de una luz cegadora, y al cabo de un tiempo incalculable habían llegado al pueblo. Habían atravesado la plaza mayor, con sus pórticos, desierta como sólo pueden estarlo las plazas del Monferrato a las dos de la tarde de un domingo. Un compañero de escuela, desde una esquina de la plaza, había visto a Jacopo subido al carruaje, la trompeta debajo del brazo, la mirada clavada en el infinito, y le había hecho un gesto de admiración.

Jacopo había regresado a su casa, no había querido comer, ni contar nada. Se había refugiado en la terraza y se había puesto a tocar la trompeta como si tuviese puesta la sordina, soplando despacio para no perturbar el silencio de la siesta.

Su padre se le había acercado y sin maldad, con la calma de quien conoce las leyes de la vida, le había dicho:

--Dentro de un mes, si no hay novedades, regresaremos a casa. No puedes pensar que en la ciudad podrás seguir tocando la trompeta. El propietario nos echaría de la casa. Así que ya puedes empezar a olvidarla. Si realmente te interesa la música, podrás tomar lecciones de piano. --Y luego, al ver que le brillaban los ojos--: Vamos, tontito. ¿No te das cuenta de que se han acabado los días malos?

Al día siguiente, Jacopo había devuelto la trompeta al padre Tico. Dos semanas más tarde, la familia abandonaba el lugar para regresar al futuro.

MALKUT

Pero lo que me parece deplorable es que veo a unos idólatras tan necios como insensatos que... imitan la excelencia del culto de Egipto; y buscan la divinidad, de la que no tienen conocimiento alguno, en los excrementos de cosas muertas e inanimadas; y con todo eso, no sólo se mofan de aquellos divinos y sensatos cultores, sino también de nosotros... y, peor aún, con ello exultan, al ver que sus absurdos ritos gozan de tan elevada reputación... --No te inquietes por eso, ¡oh, Momo! --dijo Isis--, porque el hado ha establecido que las tinieblas y la luz se alternen. --Pero lo malo --respondió Momo-- es que se han convencido de que están en la luz.

(Giordano Bruno, Spaccio della bestia trionfante, 3)

Debería estar en paz. He comprendido. ¿Acaso algunos de ellos no decían que la salvación llega cuando se ha alcanzado la plenitud del conocimiento?

He comprendido. Debería estar en paz. ¿Quién decía que la paz brota de la contemplación del orden, del orden comprendido, gozado, realizado por completo, alegría, triunfo, cesación del esfuerzo? Todo es claro, diáfano, y el ojo se posa sobre el todo y las partes, y ve cómo las partes tendían al todo, capta el centro donde fluye la linfa, el aliento, la raíz de los porqués...

Debería estar extenuado de paz. Por la ventana del estudio del tío Carlo contemplo la colina, y ese poco de luna que está apareciendo. La gran giba del Bricco, los dorsos más ondulados de las colinas al fondo, narran la historia de lentas y somnolientas conmociones de la Madre Tierra, que al estirarse y bostezar hacia y deshacia cerúleas llanuras en el siniestro resplandor de cien volcanes. Ninguna dirección profunda de las corrientes subterráneas. La tierra se descamaba en su dormitar y cambiaba una superficie por otra. Donde antes pastaban amonites, diamantes. Donde antes germinaban diamantes, viñas. La lógica de la morrena, del alud, del desprendimiento de rocas. Basta con que un guijarro no encaje bien, por casualidad empieza a moverse, a caer, libera espacio en su descenso, (¡ya, el horror vacui!), otro se le echa encima, y llega el otro. Superficies. Superficies de superficies sobre superficies. La sabiduría de la Tierra. Y de Lia. El abismo es la resaca de una llanura. ¿Por qué adorar una resaca?

Pero, ¿por qué el hecho de haber comprendido no me tranquiliza? ¿Por qué amar al Hado si es tan mortífero como la Providencia o la Conjura de los Arcontes? quizá aún no lo he comprendido todo, me falta un espacio, un intervalo.

¿Dónde he leído que en el momento final, cuando la vida, superficie sobre superficie, está cubierta por una costra de experiencia, sabemos todo, el secreto, el poder y la gloria, por qué hemos nacido, por qué estamos muriendo, y que todo podría haber sido distinto? Somos sabios. Pero la mayor sabiduría, en ese momento, consiste en saber que lo hemos sabido demasiado tarde. Comprendemos todo cuando ya no hay nada que comprender.

Ahora sé cuál es la Ley del Reino, de la pobre, desesperada, desharrapada Malkut en que ha ido a exiliarse la Sabiduría, buscando a tientas su lucidez perdida. La verdad de Malkut, la única verdad que brilla en la noche de las sefirot, consiste en que la Sabiduría descubre su desnudez en Malkut, y descubre que su misterio consiste en no ser, aunque sólo sea por un momento, que es el último. Después vuelven a empezar los Otros.

Y con ellos, los diabólicos, que buscan abismos capaces de esconder el secreto que es su locura.

En las laderas del Bricco se extienden hileras e hileras de vides. Las conozco, recuerdo haber visto otras similares en mi infancia. Ninguna Doctrina de los Números ha podido establecer jamás si van hacia arriba o hacia abajo. En medio de las vides, pero tienes que recorrer descalzo las hileras, con el talón endurecido, desde pequeño, surgen los melocotoneros. Son unos melocotones amarillos, que crecen entre las vides, basta apretarlos con el pulgar para que se abran, y el hueso sale casi solo, limpio como después de un baño químico, salvo algún gusanillo gordo y blanco de pulpa que se queda pegado por un tomo. Y al comerlos casi no se siente el terciopelo de la piel, y uno se estremece desde la lengua hasta la ingle. En una época aquí pastaban dinosaurios. Después otra superficie cubrió la suya. Sin embargo, al igual que Belbo en el momento en que tocaba la trompeta, me bastaba con hincar el diente en los melocotones para comprender el Reino y fundirme con él. El resto, sólo ingenio. Inventa, inventa el Plan, Casaubon. Es lo que han hecho todos, para explicar los dinosaurios y los melocotones.

He comprendido. La certeza de que no había nada que comprender, ésa debía ser mi paz y mi triunfo. Pero estoy aquí, habiéndolo comprendido todo, y Ellos me buscan, convencidos de que puedo revelarles el objeto de su sórdido deseo. No basta con haber comprendido, si los otros se niegan a aceptarlo y siguen interrogando. Me están buscando, deben de haber encontrado mis huellas en París, saben que ahora estoy aquí, aún quieren el Mapa. Y por mucho que les diga que no hay mapas, seguirán queriéndolo. Belbo tenía razón: Jódete, imbécil, ¿qué quieres, matarme? ¿Pero dónde vas? Mátame, pero no te voy a decir que el Mapa no existe, aprende a buscarte la vida.

Me duele pensar que no volveré a ver a Lia y al niño, la Cosa, Giulio, mi Piedra Filosofal. Pero las piedras sobreviven por si solas. quizá ahora esté viviendo su Ocasión. Ha encontrado una pelota, una hormiga, una brizna de hierba, y en ellas está contemplando una imagen en abyme del paraíso. También él lo sabrá demasiado tarde. Estar bien que agote así, por si solo, su jornada.

Mierda. Y sin embargo duele. Paciencia, en cuanto muera lo habré olvidado.

Es muy tarde, he salido de París esta mañana, he dejado demasiadas huellas. Han tenido tiempo de descubrir dónde estoy. Dentro de poco llegarán. Me hubiera gustado escribir todo lo que he pensado desde esta tarde hasta ahora. Pero si Ellos lo leyesen se inventarían otra teoría siniestra, y se pasarían la eternidad tratando de descifrar el mensaje oculto en mi historia. Es imposible, pensarían, que éste sólo esté diciendo que nos estaba tomando el pelo. No, quizá él no lo supiera, el Ser nos estaba enviando un mensaje a través de su olvido.

De todas maneras, lo mismo da que lo haya escrito o no. Siempre buscarían otro sentido, incluso en mi silencio. Son así. Incapaces de ver la revelación. Malkut es siempre Malkut, y punto.

Pero no vale la pena decírselo. Hombres de poca fe.

Entonces lo mejor es quedarse aquí y esperar, mirar la colina.

Es tan hermosa.

INDICE

1. KETER
2. HOKMAH
3. BINAH
4. HESED
5. GEBURAH
6. TIFERET
7. NESAH
8. HOD
9. YESOD
10. MALKUT